

# LO QUE DICE EL EVANGELIO

JOSÉ LUIS DÍEZ JIMÉNEZ

Edita : José Luis Díez Jiménez  
Calle Oriente, nº 13  
Brunete 28690 (Madrid)

Edición revisada

Título: **LO QUE DICE EL EVANGELIO**

Diseño e ilustración: *José Luis Díez Jiménez*

Depósito Legal:

I.S.B.N.: 84-611-4458-9

Impreso en España. Printed in Spain.

Imprime:

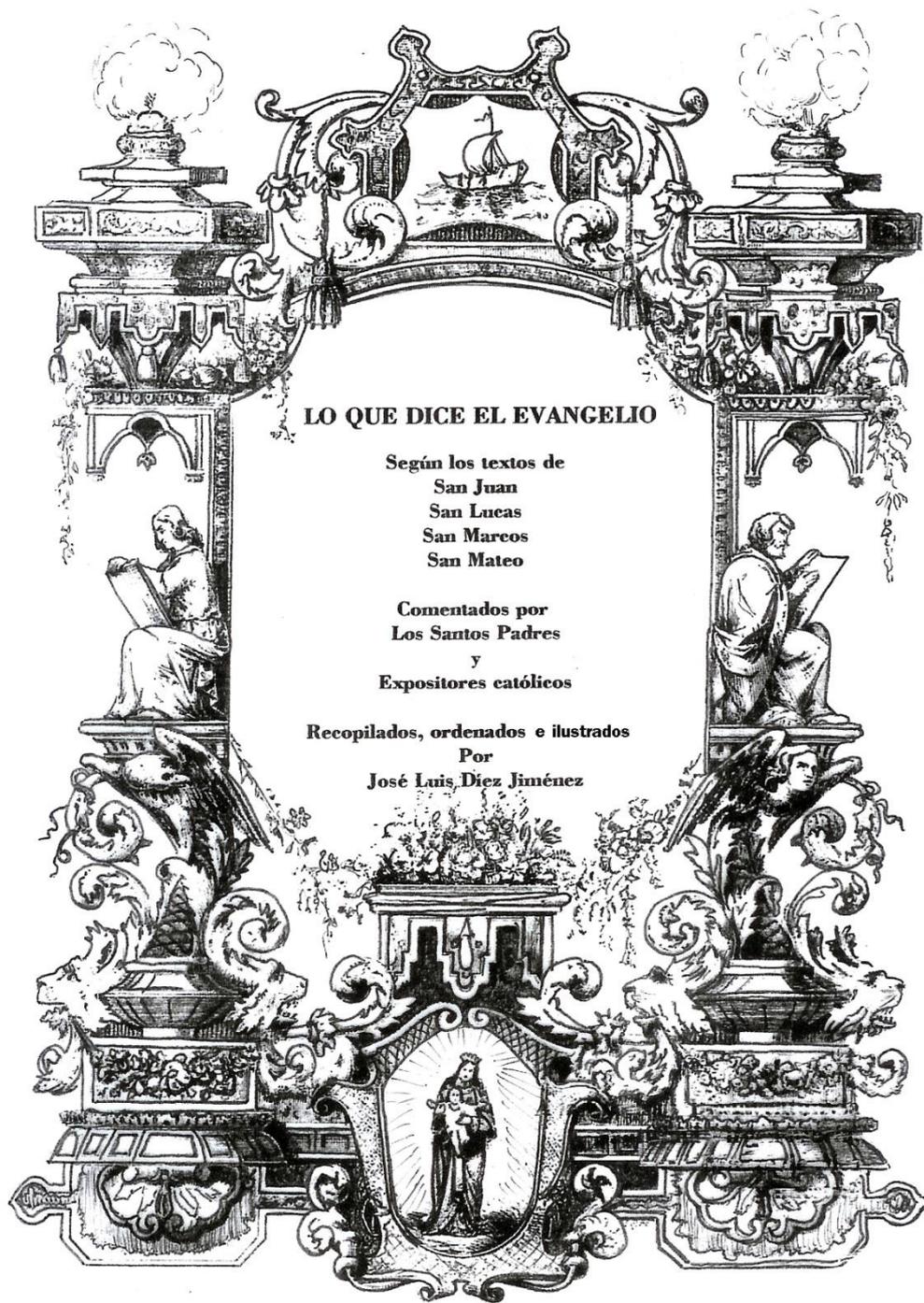
Queda rigurosamente prohibida, sin el permiso y la autorización previa y escrita del titular y bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial, su tratamiento informático, la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos de esta obra.

# **LO QUE DICE EL EVANGELIO**

\*

## **LIBRO I**





**LO QUE DICE EL EVANGELIO**

Según los textos de  
San Juan  
San Lucas  
San Marcos  
San Mateo

Comentados por  
Los Santos Padres  
y  
Expositores católicos

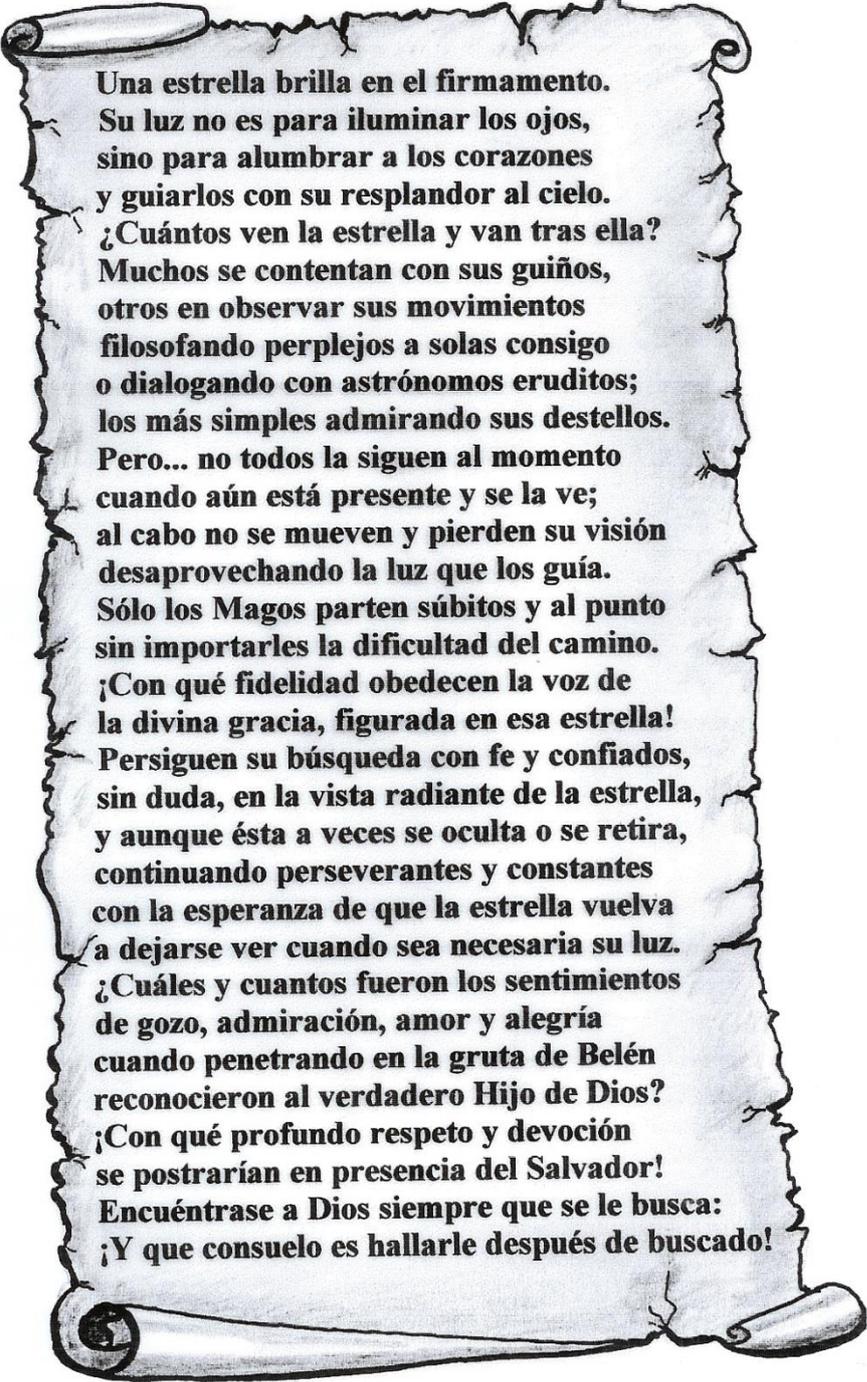
Recopilados, ordenados e ilustrados  
Por  
José Luis Díez Jiménez





**“Al ángel de la iglesia de Laodicea escribe: Esto dice el Amén, el testigo fiel y veraz, el principio de la creación de Dios. Conozco tus palabras y que no eres ni frío ni caliente. Ojalá fueras frío o caliente; más porque eres tibio y no eres caliente ni frío, estoy para vomitarte de mi boca. Porque dices: Yo soy rico, me he enriquecido, y de nada tengo necesidad, y no sabes que eres un desdichado, un miserable, un indigente, un ciego, un desnudo; te aconsejo que compres de mi oro acrisolado por el fuego, para que te enriquezcas y vestiduras blancas, para que te vistas y no aparezca la vergüenza de tu desnudez, y colirio para ungir tus ojos, a fin de que veas. Yo reprendo y corrijo a cuantos amo; ten pues, celo y arrepíentete. MIRA QUE ESTOY A LA PUERTA Y LLAMO; si alguno escucha mi voz y abre la puerta, yo entraré a él y cenaré con él y él conmigo. Al que venciere le haré sentarse conmigo en mi Trono, así como yo también vencí y me senté con mi Padre en su Trono. El que tenga oídos, oiga lo que el espíritu dice a las iglesias.” (Apocalipsis 3, 14-22)**





**Una estrella brilla en el firmamento.  
Su luz no es para iluminar los ojos,  
sino para alumbrar a los corazones  
y guiarlos con su resplandor al cielo.  
¿Cuántos ven la estrella y van tras ella?  
Muchos se contentan con sus guiños,  
otros en observar sus movimientos  
filosofando perplejos a solas consigo  
o dialogando con astrónomos eruditos;  
los más simples admirando sus destellos.  
Pero... no todos la siguen al momento  
cuando aún está presente y se la ve;  
al cabo no se mueven y pierden su visión  
desaprovechando la luz que los guía.  
Sólo los Magos parten súbitos y al punto  
sin importarles la dificultad del camino.  
¿Con qué fidelidad obedecen la voz de  
la divina gracia, figurada en esa estrella!  
Persiguen su búsqueda con fe y confiados,  
sin duda, en la vista radiante de la estrella,  
y aunque ésta a veces se oculta o se retira,  
continuando perseverantes y constantes  
con la esperanza de que la estrella vuelva  
a dejarse ver cuando sea necesaria su luz.  
¿Cuáles y cuantos fueron los sentimientos  
de gozo, admiración, amor y alegría  
cuando penetrando en la gruta de Belén  
reconocieron al verdadero Hijo de Dios?  
¿Con qué profundo respeto y devoción  
se postrarían en presencia del Salvador!  
Encuétrase a Dios siempre que se le busca:  
¿Y que consuelo es hallarle después de buscado!**

*Jaehin Diez*



*“Uno es más o menos religioso según la medida en que organiza toda su existencia, toda su propia actividad, desde el punto de vista de Dios, al cual se subordinan las cosas y el propio yo.”*

## INTRODUCCIÓN

*Durante toda mi vida he buscado la verdad. Desde mis años jóvenes hasta el presente, en todo momento y situación, he indagado de forma racional, y eso sí, he de confesarlo, sin prejuicios ni partidismos, para aproximarme lo más posible a ser un hombre verdadero, es decir, a obrar según mi pensamiento, guardando un equilibrio y siendo consecuente con mis creencias. Pienso que al menos he sido honrado conmigo mismo; aunque ahora también sé que eso no es suficiente, porque no basta con buscar afanosamente la verdad subjetiva y adherirse a ella como si fuese absoluta, justificando de esta forma la existencia, sino que se ha de buscar la Verdad, así con mayúsculas, para identificarnos con ella en una unión personal.*

*Desde siempre he caminado y me he movido buscando la sabiduría. En un principio, cuando terminé el bachillerato comencé una carrera de ciencias, pensando que en las matemáticas encontraría en verdadero saber y la armonía de las cosas. No fue así, e imitando a un péndulo, característica común de muchos españoles y que en mi caso es propia, cambié los números por las letras, e inicié estudios en lo que entendía eran las raíces y la panacea del saber, estudiando a los filósofos antiguos y modernos, apoyándome concienzudamente en la Ética aristotélica, para alcanzar ese estado perfecto, que me permitiese encontrarme a mí mismo dentro de mi mundo. A pesar del ánimo empleado en ello, mi vida continuaba vacía sin encontrar el equilibrio deseado entre mi forma de pensar y mi forma de obrar. Habían transcurrido varios años y a pesar de que eran muchos los conocimientos adquiridos, mayor era el desencanto. Me preguntaba como San Pablo: ¿Dónde están los sabios? ¿Dónde los doctores? ¿Dónde los profundos pensadores?... pero sin terminar la cita pues, mis ansias de saber y de encontrar la verdad, al no llenar mi razón de ser, tampoco permitían considerarme débil y pequeño. Di un cambio*

*radical a mi vida, y con años maduros y suficientes abandoné los estudios liberales, ingresando en el seminario, casi convencido de que sería definitivo, y que podría alcanzar la meta deseada, pero nuevamente me equivoqué, pues buscaba la verdad a secas, sola y en exclusiva, y eso conlleva necesariamente, después de lo sabido, a no encontrarla; y nuevamente decepcionado abandoné los estudios teológicos, para desde posiciones límites y existenciales, encontrar la perla oculta que yo siempre he buscado, siguiendo el consejo evangélico de Jesús, con el ánimo de venderlo todo para adquirirla si la encontraba.*

*Viajé, anduve nuevas tierras, visité diferentes países, conocí culturas antagónicas, sobreviví a climas y gastronomías, estudié nuevas religiones y creencias, tanto ancestrales como de la nueva era, mezclándome con sus raíces y tratando de adaptarme a sus costumbres, todo ello sin alcanzar, o mejor sería decir sin aproximarme un ápice a la verdad deseada.*

*También indagué en la belleza, pensando que esta forma deslumbrante de mostrar al mundo sus encantos, podría llevarme al encuentro deseado del saber. Craso error, pues la belleza actual, al menos la que yo he conocido y gustado, dentro y fuera de nuestras fronteras, es, un querer y no poder, fugaz y banal que no se parece en nada a la Belleza que ansío.*

*Por último, y haciendo un nuevo esfuerzo intenté la búsqueda en la libertad, hermosa palabra llena de ideal y vacía de realidad al disfrazarse de libertinaje vulgar y soez, esperando que ella me llevase a la verdad, embarqué mi vida en esta nueva travesía que es la aventura política, y en donde descubrí, dentro de la veda abierta del prohibido prohibir, que la democracia es la libertad para el mal en todas sus manifestaciones, y me sentí burlado más que decepcionado, viéndome avanzar en una alucinación sin medida hacia una quimera de denominador común: conseguir fácilmente el éxito con la sombría revolución progresista y prosaico de otorgar a los hombres todo el bienestar material posible, intentando hacer aquí abajo el cielo con la bandera de la libertad y con el lema: Sigue a la mayoría, aunque te apartes de la verdad. Utopía ridícula que se cae sola, porque la experiencia y hechos diarios nos muestran que cuando se rechaza a Dios, es cuando los hombres se hacen más inhumanos y su afán de crear el cielo en la tierra se convierte inevitablemente en un infierno.*

*Nuevamente había que cambiar de vía y comenzar la búsqueda que había iniciado por diferentes caminos, siempre en solitario, por diferentes*

*caminos y sin haber alcanzado la meta final. Porque con libertad no se consigue la verdad, sino que es la verdad la que nos hace libres.*

*Así ha transcurrido mi existencia activa antes y después de mi matrimonio, permaneciendo siempre inquieto por esa búsqueda constante de la verdad, primeramente investigando en las ciencias, después en las letras, luego en la belleza, y recientemente en la libertad, pero siempre falto e insatisfecho al no conseguir el fin deseado, quizás porque dentro de esa investigación, lo confieso con rubor, he tenido altibajos, con lapsus y abandono aparente en periodos de nula práctica religiosa, lo cual embota la mente y dificulta en circunstancias normales abrirse a la verdad. Hasta que en otoño de mi vida, cuando me encontraba más hastiado de todo, no de todos, cansado, fatigado, casi indiferente y quizás más apartado de Dios que nunca, paseando sin rumbo y sin timón, nunca mejor dicho, pues parecía flotar en el aire y a la deriva, tras el abandono de mi última excursión al país de jauja en el todo terreno político, y de la que acababa de regresar desencantado, rabioso, malhumorado, engañado, burlado, desalentado y casi cansado y exhausto de continuar mi insaciable búsqueda por caminos que llevan a ninguna parte, por no admitir ni permitir el que se me obligase, en opresión dictatorial, a meterme dentro de un molde político-borreguil, con perdón de los borregos, y a comulgar con los dogmas desnaturalizados, que obligatoriamente se han de aceptar sin rechistar. Era algo tan absurdo y burlesco que me hacía recordar a aquel republicano exiliado en Méjico, tras la derrota sufrida por el comunismo en nuestra cruzada de liberación, al que, en tierra extraña, le propusieron hacerse protestante, y sin pensárselo dos veces contestó: ¡Amos anda! Conque no soy católico, que es la religión verdadera, y me voy hacer de otra falsa, ¡No jorobes!*

*Pues bien, como he dicho, iba paseando sin saber adónde, cuando me tropecé de sopetón con un antiguo compañero de estudios, que en el presente es un buen sacerdote, y quién reconociéndome, a pesar del tiempo transcurrido, me saludó amigablemente el estilo de Fray Luis de León con su famoso decíamos ayer, y sin apenas cambiar las primeras impresiones y desvelar nuestros pormenores, debió advertir que algo no me funcionaba bien, (normalmente y casi siempre los demás nos ven mejor que nuestro propio espejo), y por eso a pesar de mi fachada bonachona, sonriente y de aparentemente calma normal, debía reflejar un interior necesitando de ayuda urgente; y sin darme tiempo a reaccionar, me acogió abierta y desinteresadamente como un buen samaritano, ofreciéndose, en*

reconocimiento a nuestra vieja amistad, su permanente apoyo sacerdotal, amén de sus oraciones. A los pocos días mantuvimos nuestra primera entrevista. Fue de tanteo y sin profundizar, aunque le noté un poco nervioso y asombrado por mi relajación religiosa. Después otra y otras, en las que me rogó muy suavemente una explicación sencilla y sin muchos detalles. Con la sinceridad, que siempre me ha caracterizado, fui derecho al problema, y hablando mucho mientras él escuchaba paciente mi exposición ordenada y casi confesional, desgranando minuciosamente, como mejor supe, la angustia de mi solitaria búsqueda permanente y el vacío interior que en ese momento me embargaba, así como el desencanto sufrido en todos los estamentos, incluso la Iglesia, de la que casi me había apartado por completo tras mi indiferencia existencial, y a la que había vuelto, tras un paréntesis, digamos de olvido aceptado, y a la que, después del tiempo transcurrido, había encontrado distinta, diferente y a años luz de la que yo había frecuentado en el pasado. Con la caridad del buen pastor limpió heridas, limó asperezas, amarró cabos, estrechó pareceres, mientras perfilábamos los significados de nuestros propios vocablos, para, según sus propias palabras prender la llama que encendiese definitivamente el rescoldo que aún quedaba en mi corazón.

Me arrodillé en su presencia, pues a Cristo representaba, confesé arrepentido mis muchos pecados, y de los consejos dados antes de la absolución, que fueron pocos, pero muy buenos, tengo que resaltar uno que ha dejado en mí una profunda herida abierta: Dicen que el amor es ciego, pero nadie sabe más ni enseña mejor. El amor no se equivoca nunca. Quien precipita en el error es el egoísmo, el torcido interés y la pasión. Es propio del amor unirse a la verdad y está en lo íntimo del amor de Dios, adherirse al mismo Dios, Verdad eterna e incommovible. La alegría de amar es el canto de la Verdad, de la que no quiere separarse, busca su unión; hacerse uno misma con ella. Lo que has buscado durante toda tu vida, amigo José Luis, lo tienes al alcance, sólo has de decir como María: fiat.

Encontré, de sopetón, la única respuesta a todas las preguntas, dudas, críticas e incomprensiones que durante toda mi vida había buscado en solitario, queriendo bastarme a mí mismo. Reconocí mis descaminos y el amor que me ofrecía el Señor en las primicias de este arrepentimiento, y que yo no podía corresponder sino con un corazón usado, y agotado por el amor de las criaturas, pero que Él hacía renacer ahora de nuevo abrasado por la gracia de su Amor.

*Terminada la confesión y para cerrar este capítulo de mi vida, tan emocionante como sagrado, mi buen samaritano lo finalizó exhortándome con este deseo tan comfortable como lleno de caridad: La medida del amor es amar sin medida. Que ames tanto como el Señor te ha perdonado, y te vista de hombre nuevo que ha sido creado por Dios en justicia, en santidad y en verdad.*

*Con la claridad radiante desprendida del resplandor de la perla buscada puesta al descubierto: El Amor. Supe al instante que ahí estaba mi solución. Dómine, non sum dignus... No puede continuar, di un suspiro muy hondo y tras un profundo silencio, incliné mi cabeza, hasta entonces siempre erguida, para mirarme por dentro y recorrer sin pausa el pasado andado, y que ahora reconocía, en la desconcertante búsqueda de mí mismo. ¡Qué vanidad tan necia la mía! Haber pecado y no querer parecer pecador. Haber sido tantas veces humillado sin ser humilde. Haber andado los caminos sin querer ser peregrino. Con mucha firmeza y confianza levanté la cabeza para mirar el crucifijo colgado en la pared del viejo caserón, y comprendí que ese era el camino preparado y reservado para mí por el buen Dios, como prueba de su Amor y desde siempre. Sin vacilar y con la mirada clavada en el crucificado, le dije, suplicante y esperanzado, con mi corazón: Gracias, Dios mío. Testigo sois de mi vivo arrepentimiento. Os ruego, Señor, que con vuestra divina gracia me reconozca pecador, que sea humilde siempre que fuere humillado, y que camine siempre mientras me alumbra la luz de vuestra cruz, sin que me coja la noche y me sorprendan las tinieblas.*

*Acababa de descubrir, no sin asombro, que donde no hay amor, poniéndole se encuentra. La estrella esplendorosa y encendida por la bondad divina y transmitida en los siglos, de generación en generación, para guiar e indicar el camino de la salvación, acababa de mostrarse clara y brillante, para que por fin entendiésemos, sin sombras ni obstáculos, su mensaje paternal: Donde no hay amor, poniéndole se encuentra. Y comprendí con tal claridad, que Dios escoge lo que se reputa como insensato en el mundo para humillar a los sabios, y a los débiles para abatir y confundir a los fuertes, que sentí vergüenza de mi presunción y de haber mendigado placeres acomodados a mi hambre, cuando sólo tenía que reconocerme y aceptarme como criatura ante la grandiosidad de mi Creador ¡Qué gran momento! Sí, en ese instante vi la claridad y comprendí convencido que el Señor ha elegido, repito, lo que parece innoble y despreciable, y lo que no es para derribar lo que es, a fin de que ninguna*

*carne se gloríe de su presencia. ¡Bendito encuentro que tanta luz me ha proporcionado! Sin ningún género de dudas, mi amigo había derrochado caridad, bondad, paciencia y respeto a mi persona, y como si cayese un velo de mis ojos, quedó al descubierto que yo no era el poseedor de la verdad, que siempre, orgullosamente había creído ser, y mucho menos el sabio presumido, que a pesar de tantos estudios y experiencias, de haber probado todo sin saborear nada, y de andar siempre al filo de la navaja, no era sino un miserable engreído, capaz, eso sí, de alcanzar lo más grande, si asimilaba la pequeñez de mi persona ante la majestad de Aquel que desde siempre me ha amado y obsequiado con su paternidad.*

*Estaba recibiendo la lección de mi vida, para aprobar la asignatura pendiente, al comprender que la perfección buscada durante toda mi existencia no estaba en encontrar la verdad, la belleza o la libertad, sino en abrirme de par en par a Dios, que en su amor hacia mí, no se contenta con la existencia que me ha dado, sino que desea además unirse a mí y transformarme en Él, en una combinación de ambas partes, que en amalgama óptima se apoya y funda todo el sistema de vida. Por la parte de Dios, amor y respeto hacia mí, y de mi parte, la miseria y la grandeza, objetos de ese amor y de ese respeto de Dios.*

*Conocida, así pues, que mi condición humana caída puede ser elevada a la condición divina, gracias a esa combinación de elementos morales, recientemente aprendidos, no dude ni por un momento en adherirme voluntariamente a ellos, pues sabía que la fe o incredulidad que había profesado hasta entonces no era otra cosa que la incredulidad o la fe que se tenga en ellos.*

*Bien sé, que el amor de Dios, bien entendido y presentado, por sí solo basta para determinar la fe humana a todos mis misterios. Y en efecto, su razón suprema me la dio el mismo Cristo cuando dijo: Tanto amó Dios al mundo que le dio a su mismo Unigénito Hijo. Creer en tal amor, es sin lugar a dudas, creer que el cristianismo es obra de ese amor, porque Dios es todo Amor. Y desde que plugo a Dios grabar en mi corazón que su amor es la causa de todo lo que creo, me he persuadido de que su amor infinito me da pruebas que sobrepujan con mucho la capacidad de mi débil razón para encontrar aislada la verdad.*

*Siguiendo a ese Amor, como parte inherente a Él, está el respeto de Dios a mi persona. Efectivamente, si el respeto se encuentra virtualmente formando parte del verdadero amor, es por lo que Dios hace verdadero alarde de él respecto a mí y a todos los hombres, apareciendo plenamente*

*en el cristianismo con esa hermosa expresión que nos honra: Nos tratáis, Señor, con miramientos infinitos. Toda la economía cristiana de nuestra religión, desde el origen del mundo, consiste, en efecto, en atraerse libremente al hombre y hacerse amar de él.*

*Amor pide amor, y el amor es esencialmente libre, porque es la donación de sí mismo. Dios no quiere robarnos, y mucho menos aprovecharse de nosotros, sino conquistarnos; no nos quiere forzar, sino atraernos con los encantos de la bondad, lo cual es tanto más admirable cuanto que si quisiera podría hacer por fuerza lo que hace por amor. Así es que emplea toda su Omnipotencia en ocultar su poder y en no mostrar sino su amor, no queriendo que seamos ni siquiera sus servidores, y mucho menos sus esclavos, sino sus hijos. De ahí proceden todos esos pasos, todos esos actos, todas esas obras, que Dios se digna hacer en su Iglesia, diligencias envueltas en tantas precauciones y mimos, y tan misteriosos atractivos, que llegan hasta el extremo de tomar Él una vida mortal, a fin de poder darnos el mayor testimonio posible de su amor, amor infinito que, según el mismo Dios nos enseña, consiste en dar su vida por sus amigos.*

*Y ese respeto, y este amor de Dios hacia nosotros, son los que nos confunden, y en los que no queremos creer, porque lo que debiera realmente embelesarnos y lisonjearnos, que es el que Dios se ha hecho Hombre, es exactamente lo que nos escandaliza y repugna. Y es que la razón por lo que los hombres no tenemos amor ni respeto ni a nosotros mismos ni por nuestra especie. No amamos, ni apreciamos el justo valor de los humanos. Así es, que nuestro mezquino y tramposo modo de pensar no acepta la verdad objetiva, y por ello mismo nos es inconcebible y falso que Dios nos ame, porque es infamia y mofa la cruz, cuando debe ser de eterna adoración.*

*La insensibilidad y menosprecio que experimentamos con la persona de Jesucristo no es sino el resultado de la insensibilidad y menosprecio que tenemos de nosotros mismos. No podemos creer en sentimientos que no poseemos, y no es porque no seamos extremadamente apasionados y soberbios, sino que la pasión no es amor, ni aprecio el orgullo, sino que contrariamente, es egoísmo saciado y menosprecio vengativo, dos componentes bien mezclados y profesados por los hombres hasta convertirse en pasión y orgullo; tal es el fondo de nuestra incredulidad en Jesucristo, y en todos los procedimientos divinos a favor de los hombres.*

*Y eso es así porque no conocemos, y por consiguiente no aceptamos, ni nuestra propia miseria ni nuestra propia grandeza, que son los otros dos*

*elementos de la mezcla, propios el hombre, que hemos de combinar con el amor y respeto de Dios, para comprender y fundamentar todo nuestro ser, y por ende nuestra existencia actual y futura. Somos todos tan miserables, y me pongo al principio de la lista, que aún los más virtuosos y hasta los santos más conspicuos tenemos el ser inclinado a todos los crímenes y a todas las aberraciones, sintiendo bramar y rebelarse en nuestras entrañas los instintos más brutales y perversiones más abominables y que, por desgracia, caen algunas veces sobre nuestro yugo. Y ese es el motivo por el que muchas veces estamos caídos, enfermos, quebrantados, en una palabra fangados y llenos de miseria, y de ahí nace, quizás, ese menosprecio que de nosotros mismos tenemos, pero que, para colmo de nuestra flaqueza, no queremos reconocer y mucho menos confesar, tratando nuestro orgullo con mil artificios, entre otros justificando nuestra maldad con la subjetiva verdad creada por nosotros mismos para acallar nuestra conciencia y en beneficio de nuestro propio interés, rehusando, como a enemigo, al Médico divino bajado de lo alto para curarnos. Ese Médico es Dios hecho Hombre, cuyo arte y especialidad es la misericordia, consistente en curar la miseria, ininteligible si no admitimos nuestra enfermedad y admirable desde el momento en que libremente la confesamos.*

*Los medios y el amor de ese Médico celestial se miden de otra parte, por la grandeza del enfermo, objeto de su visita; grandeza tan conocida de Éste, como su miseria. Sin embargo, la grandeza del hombre no se alcanza a conocer hasta que se convence de que las grandezas ficticias y quiméricas sugeridas por su orgullo no son otra cosa que sus propias miserias vueltas del revés. El desgraciado enfermo no sabe, ni quiere muchas veces saber, sumido en esa bajeza en que cayó, que es hijo de Rey, llamado a ser hijo de Dios. Efectivamente, no se respeta la verdadera grandeza, porque no creemos en el destino primitivo, presente y futuro de que hemos sido llamados a ser hijos del Altísimo, y porque para serle fiel, sería necesario abandonar ese otro destino que nos hemos creado aquí abajo con la vil idolatría de las pasiones.*

*Pero Dios sabedor de nuestra miseria y paradójicamente de nuestra grandeza, nos ha creado grandes y nos llama aún a ser más grandes, aún en medio de nuestro abatimiento, amando y respetando la facultad nativa de la libertad moral, que es esa perfección, esa grandeza misma en potencia, por medio de la cual nos ha creado a su imagen para asociarnos a su destino.*

*Resumiendo, esa mezcla de amor y respeto aplicada a Dios a esa otra mezcla de miseria y grandeza, esto es, a la naturaleza libre del hombre, exige para salvarle, el empleo de medios correspondientes a este estado, con un miramiento divino de condescendencia y de mandato, de socorro y de adentrarse en esa aventura de libertad; y cuyo resultado, en definitiva, ha de consistir en hacer amar los padecimientos, ambicionar humillaciones, achicarse en sencillez y esforzarse en ser pequeño, adorar la cruz, vencer al infierno, santificar la tierra y escalar los cielos.*

*Esta lección aprendida y hecha propia, a la luz y enseñanza de mi buen samaritano, que ha sido el medio escogido por Dios, estoy seguro de ello, para que dejase de ser como el río y volver, del penoso y tenebroso desvío, al camino que había olvidado andar, por esos momentos, mayores o menores, en que no se avanzaba, o de otros en los que se retrocede, adueñándose el desorden de uno mismo y haciéndose el amo de los actos. Ahora, como peregrino, estoy de nuevo en el camino, creo que, revestido de limpio con la palabra de Jesús, dispuesto a conquistar el mundo. Imposible de narrar esta vivencia tan maravillosa y placentera, que embargó de gozo y de alegría mi interior, y me puso nuevamente en pie para poder mirar al cielo, descubriendo que la verdad, la belleza, la libertad, todo lo que, aun suponiendo que el pecado no existía, había buscado solo para acertadamente formarme armonizando todas mis potencias para conseguir la sabiduría, era un infinito que sobrepujaba mi pequeñez, porque la Sabiduría es infinita y solo tiene un nombre: la Palabra de Dios. La palabra de Jesús es una realidad tan actual y tan necesaria, que, sin lugar a duda, es la sazón de la vida y del avance humano, a pesar de que el mundo progresista piense que el Evangelio pertenece a un pasado caduco, porque, al no conocerlo bien, le repudia sin haber superado el haberse apartado de él, queriendo implantar la utópica felicidad terrenal, sin darse cuenta que compromete gravemente el progreso humano, que es siempre solidario de nuestra vocación divina, pues en el corazón de cada hombre late oculta la nostalgia de la perfección. Y es ese mundo ebrio de soberbia, enemigo profundo del alma, el que se empeña en argumentar que los verdaderos seguidores de Cristo son un ínfimo puñado de cristianos insuficientes para poder transformar a la multitud de las masas adoctrinadas a fin de que solo crean en el dinero y en la fuerza de la violencia para implantar su razón, y a las que únicamente se las mueve por la avaricia, la envidia, la pasión, la abundancia y el ansia de poder, junto a las promesas de felicidad terrena,*

*para que discapacitadas, rebajadas y sin dignidad por la apetecible oferta de la sensualidad y la demanda de placer desordenado, su orgullo se cargue de egoísmo, y así embotadas, ciegas y obtusas se puedan moldear a su antojo, para que desde ese paraíso artificial siempre se le otorgue el poder, que le acercará más al único objetivo deseado de su reinado terrenal, que es en definitiva lo que verdaderamente le importa a este mundo gobernado por el sanedrín de la iniquidad, principal valedor y siniestro proselitista de las masas. Efectivamente, no ha mucho que estamos viviendo los abismos de miseria y envilecimiento del progreso humano, que camina empecinado por una civilización tan artificial, virtual y vacía, que presentándose como avanzada, moderna, sofisticada y vanguardista piensa haber dejado atrás al cristianismo. Sin embargo, la historia se encarga de recordarnos diariamente que la acción de las minorías selectas y poco numerosas constituye la base de todos los resurgimientos, pues no en vano son la levadura que se necesita para levantar la harina. Por ello aunque el mundo proclame el liderato de la cantidad, obsesionado con la estadística para implantar un progreso materialista, Dios, en cambio, mira la cualidad, y desde siempre ha hecho progresar su reinado, no con astucias y opresiones numéricas, sino con las débiles minorías como los doce galileos, que reunidos el día de Pentecostés, siguiente al de la Ascensión, fueron suficientes para que obedeciendo la orden de Jesús: ¡Id y predicad el Evangelio! fuesen por los caminos cambiando los pensamientos mundanos por los del Señor. Y es que Dios cuenta más con la humildad de una Virgen sencilla, con la obediencia de un José de Nazaret, con la pobreza de un Francisco de Asís, con la caridad de un Vicente de Paúl o la soledad de un Carlos de Foucault, que con las mayorías empeñadas en negar Su existencia. El Señor se sirve de los pequeños para emplearlos en sus grandes designios como menguados instrumentos, que obedeciendo ciegamente a su mano transformen el mundo, siendo la sal que se mezcla en las masas cumpliendo así perfectamente su tarea, consistente en hacer progresar el reino de Cristo vistiéndolo a los hombres de nuevo para hacer posible un mundo nuevo. Porque el Evangelio, no solo es el pasado, sino el presente y el porvenir, que nos sale al encuentro, sin haber sido, hasta el día de hoy, realizado por la sociedad humana. Y es tan vigente que cuanto más nos acerquemos a Él, nos damos más cuenta que todavía nos llama más lejos y más alto. Por consiguiente, el encuentro con la Buena Nueva, que así se llama el Evangelio, no es retroceder, no es retrogradarnos para volver a Jesús, al*

*Cristo vivo y siempre presente, sino que es avanzar y apresuradamente para alcanzarlo, pues Él nos precede siempre, siendo los hombres, con nuestro nuevo orden, los que nos atascamos, o lo que es lo mismo, los que retrocedemos cuando no seguimos a la Verdad por seguir el parecer de la mayoría, volviendo a la civilización más deshumanizada y desnaturalizada de los tiempos ancestrales, que hoy nos toca vivir. Por tanto, hemos de tomar en serio y concienciarnos con hombría, que la oración que Él nos propuso: ¡Venga a nosotros tu reino! Hemos de dirigírsela al Padre, día tras día, para que nos ayude a ser los artífices activos de su reinado sobre el individuo, sobre la sociedad y sobre la tierra, pues en ello no solo va nuestra propia felicidad, sino la dicha temporal y eterna de todos.*

*Podría ampliar esta introducción con otras experiencias, pero no quiero hacerla interminable, pues con la anteriormente comentada es más que suficiente, para justificar y dar prueba testimonial de esta pequeña obra: LO QUE DICE EL EVANGELIO, que realizo pensando principalmente en mis hijos y en todos los que con buena voluntad quieran adentrarse en el misterio de Jesucristo, que al igual que los demás misterios, han de hacerlo por la fe. El misterio es una verdad impenetrable, a sea, una condensación de verdad, un exceso de verdad, la plenitud de la verdad. La Verdad es Dios y es ininteligible, que paradójicamente hace inteligible todo lo demás, del mismo modo que una lámpara de gran potencia ilumina todo su entorno, impidiendo que nuestra mirada descansa en ella y la penetre, por lo que no debemos abatirnos ni desazonarnos y mucho menos galopar raudos por llegar a sus entrañas para poseerla, sino que debemos dejarnos conducir dócilmente por la fe hasta el corazón de la verdad, donde reposa lo inverosímil, para ser poseídos por ella, y en ella despojarnos de todas las vanas riquezas del espíritu, para abrazar el misterio de Jesucristo en una limpia victoria sobre la ignorancia, y así calarnos con esa lluvia mansa en el alma, para un mejor conocerle y definitivamente amarle como se merece. Y al mismo tiempo desbordar ese amor para ayudar a cumplir la obligación que tenemos los católicos de restaurar la sociedad fundada en la doctrina de Cristo, y así alcanzar, en esta crítica situación en la que nos encontramos inmersos, la unidad y confesionalidad católica perdida, una utopía para los pusilánimes de la fe muerta, pero una esperanza realizable para los fieles que obramos con, en y por Cristo Rey*

*Este trabajo es una recopilación cronológica la vida de Nuestro Señor Jesucristo, según los textos evangélicos de fidedigna traducción, en los que me he atrevido a intercalar notas aclaratorias a sus versículos, copiando los trozos más importantes o reduciendo el texto de obras acreditadas, que no reseño interlineas, por considerar más conveniente mantener la concentración de la lectura sin distraer la atención, que intercalar notas de las siglas de obras y autores. Puesto que posiblemente podrían impedir la ligazón de su contenido, prefiriendo hacer referencia bibliográfica de los mismos al final de la obra. Nada digo en este libro que no haya aprendido de otros, y aunque me es imposible acordarme de quién he tomado cada frase en particular, ya que no he anotado en cada momento su referencia, puesto no soy ni quiero hacer con este libro profesión de escritor, porque la pesadez de mi imaginación y la condición mi vida, dedicada al trabajo y al servicio de muchas gentes, no me lo permitirían, y además porque el tiempo que me queda libre lo empleo, según el estado de ánimo en que me encuentro, en pintar, hacer cine, leer, soñar y últimamente en rezar. Sin embargo, y esto es muy importante de resaltar, juzgaría un cargo de conciencia no tributarles a los autores, cuyos textos e ideas plasmo en este libro, la alabanza que merecen, quitando toda sospecha de elogio que pudiera venir en mi favor, así lo manifiesto y confieso en esta sincera observación desinteresada. Quiero aclarar, así mismo, que, si en estos comentarios se encontrase error teológico en oposición a lo que enseña Nuestra Santa Madre la Iglesia Católica, habría que atribuirlos solamente a mi persona, ya que sin ánimo de discusión admito el no haber sabido resumir o expresar fielmente el pensamiento de su autor.*

*Antes de terminar, un último consejo para los que se lean este libro sin desvirtuar su significado y profundizando en su pensamiento íntimo: colocarlo y estudiarlo en conexión orgánica con la Iglesia viva y con la tradición perenne, para que la idea única y fundamental, aprendida cuando éramos pequeños en el catecismo, de la unión sobrenatural del hombre con Dios mediante Jesucristo y su gracia, sea desde la primera página la estrella que alumbre este todo orgánico y perfecto que es el Evangelio, que vino a completar a la Ley y a los Profetas, y sea la verdad que resplandece en el pasado que ella explica, después de haber recibido su testimonio.*

*Todos los tiempos se encuentran en Cristo. Él lo es todo; todas las cosas se refieren a Él y del todo procede. Él lo ha creado todo, y todo lo juzgará.*

*El que no lea el Evangelio bajo este aspecto sobrenatural, teniendo siempre la idea principal, que unifica todos los capítulos y versículos un todo orgánico y perfecto creará comprenderlo, pero en realidad no comprenderá nada. Es esta la idea que desgraciadamente descuidan los estetas buscando en exclusiva la belleza, y la que menosprecian los históricos, prescindiendo del pensamiento central y desmenuzando la obra en parcelas atomísticas, que posteriormente se esfuerzan en unir las entre sí, después de haber excluido, a priori, la intervención divina en la historia con medios que superan las fuerzas materiales. Otros, desazonados por el saber y confundiendo la revelación con la razón, emplean un método filosófico para buscar en el Evangelio un sistema incompleto y errado, descartando lo sobrenatural y reduciendo su estado a una teoría moral, equiparando a Cristo con Sócrates, Marco Aurelio u otro sabio filósofo. Por último, otra clase de sabihondos se complacen en confundir el Evangelio con un tratado de física, de química o de astronomía, olvidando que el Evangelio nos fue revelado, no para enseñarnos como gira el cielo, sino cómo se va al cielo, es decir, como se obtiene la posesión sobrenatural de Dios.*

*Finalmente quiero resaltar que los múltiples dibujos que ilustran los textos de cada capítulos, los he copiado de cuadros famosos de diferentes artistas, no estando en ellos plasmada mi originalidad, sino el deseo de dar una mayor información visual, para facilitar en lo posible una ayuda añadida a la meditación después de su lectura, avivando con ello el interés de mover la voluntad a un mayor conocimiento de Jesucristo, Dios y Señor Nuestro, que amando desde el principio nuestra miseria y respetando nuestra grandeza con tan delicada paternal bondad, ha preparado el camino de su conocimiento, para que podamos también amarle y, en su nombre, pedir al Padre su misericordia para que podamos alcanzar y gozar las promesas que gratuitamente nos ha dado, y así lograr la grandeza de su adopción.*

*Antes de poner punto final a esta larga introducción, os manifiesto algo muy especial, y es que otros libros os instruirán sobre cosas útiles de la vida, éste os enseñará a vivir felizmente, porque os enseñará a vivir cristianamente y nadie en este mundo es más feliz que un buen cristiano. Ni el placer ni el dinero son capaces de hacer la felicidad, pues bien sabemos que de nada sirve ganar el mundo y gozarlo todo, si después perdemos el verdadero goce de ver el rostro iluminado de Dios. Salvarse es ser feliz eternamente, condenarse ser desgraciado por siempre jamás. El*

*negocio de la salvación, sin duda alguna, es el más importante que hemos de resolver mientras estemos en este mundo, y para ayudar a ello, me he esforzado en esta obra, que estoy seguro ha de servir a todos los que quieran ser buenos cristianos. No olvidemos que quién no es buen cristiano, no es buen hijo, ni buen padre, ni buen ciudadano. Por eso, no creo que debáis contentaros con leer este libro de carrerilla. Leedlo lentamente, sin prisa, pero sin pausa, una y otra vez, asimilando el contenido de lo que dice el Evangelio, y que puede resumirse en un solo vocablo: ¡Amad! Si así lo hacéis, seréis más felices en esta vida, y después también en la otra.*

*Por último, si cuando leáis esta obra, os parece que me quedo corto en los comentarios a tan gran texto, os ruego seáis indulgentes antes mis fallos, y acudáis a María, testigo privilegiado de la vida de su Hijo, para pedirle que os los alargue y acerque a vuestra medida. He ahí el motivo de dedicar este trabajo a la Señora, a la Madre del Amor, para que la tengamos en cuenta y sea Ella la que supla nuestras deficiencias y nos ayude a amar y a enriquecernos con los tesoros de su amor, enseñándonos a amar al Salvador, que es el Amor de los que se salvan. ¡Que Dios os bendiga! Hasta el cielo, un abrazo.*

**Lo que dice el Evangelio según:**

**San Juan**



**San Lucas**



**San Marcos**



**San Mateo**





**A la Excelsa y Bienaventurada  
Santísima Virgen María,  
Madre de Dios  
y nuestra**



**“Mientras mi vida alentare,  
todo mi amor para Ti.  
Más si mi amor te olvidare,  
Madre mía, Madre mía,  
aunque mi amor te olvidare,  
Tu no te olvides de mí.”**



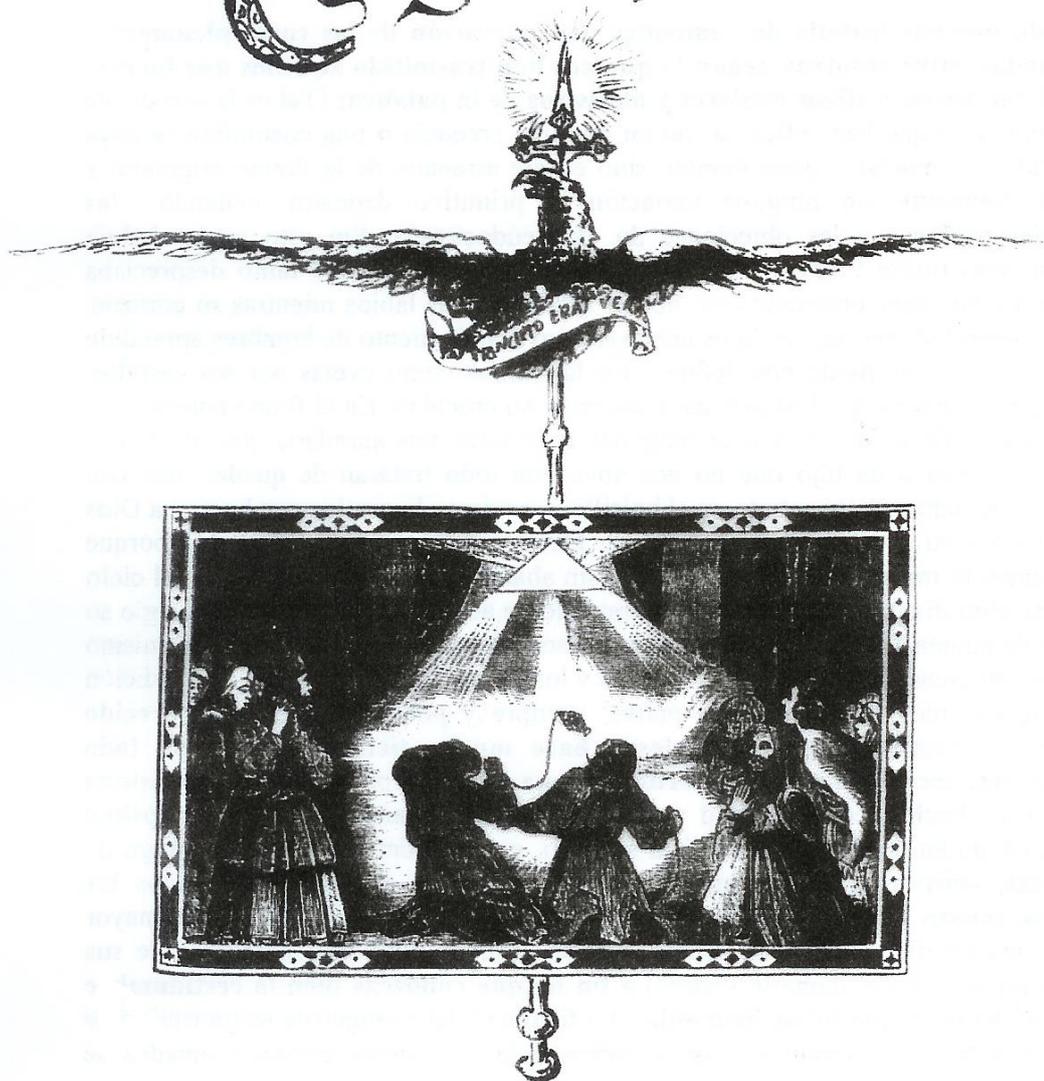


**Despierta, Señor, tu potencia y ven; para que con tu protección merezcamos ser libres de los peligros que nos amenazan por nuestros pecados, y ser salvos con tu gracia.**

## JUSTIFICACIÓN

**Habiendo muchos tratado de componer una narración de las cosas plenamente confirmadas entre nosotros, según lo que nos han transmitido aquellos que fueron, desde el comienzo, testigos oculares y ministros de la palabra;** (Tal es la esencia de la tradición y lo que hace eficacia: no en que una creencia o una costumbre se haya transmitido por mucho o poco tiempo, sino el que arranque de la fuente originaria y conserve fielmente sin ninguna variación el primitivo depósito, evitando las palabrerías profanas y las objeciones de la seudociencia. Sin esto ya no habría tradición, sino rutina y apego a esas *tradiciones de hombres* que tanto despreciaba Jesús en los Fariseos, obcecados en honrar a Dios en sus labios mientras su corazón, falto de sinceridad, permanece lejos apegado a un mandamiento de hombres aprendido de memoria. San Bernardo define a las hipócritas como ovejas raposas por su astucia y lobos por sus acciones y su crueldad. En el fondo entendemos muy bien este fariseísmo con sólo imaginar cuán poco nos agradecería que un deudor que no nos paga o un hijo que no nos ama, con todo trataran de quedar bien con nosotros, llevando nuestro retrato en el bolsillo. Lo mismo hacen los que honran a Dios con la boca y su corazón está lejos de Él. De ahí el empeño de San Pablo porque conservemos lo mismo que hemos recibido sin abandonarlo, aunque un ángel del cielo nos dijese algo distinto de lo anunciado, tratando de acomodar el Evangelio al siglo so pretexto de adaptación. La verdad no es condescendiente sino intransigente. El mismo Señor nos previene contra los falsos cristos y los lobos con piel de oveja. La tradición es la que ha sido creída en todas partes, siempre y por todos.) **me ha parecido conveniente, también a mí, que desde hace mucho tiempo he seguido todo exactamente, escribirlo todo en forma ordenada,** ( No para hacer mera historia contando los hechos con exactitud y orden, sino para afianzar nuestra fe.) **optimo Teófilo,** (A quién dedica el evangelista su libro, es posiblemente un noble amigo de San Lucas, convertido al cristianismo, o un seudónimo que designa a todos los cristianos, puesto que ese nombre significa *amado de Dios* y ¿puede haber mayor nobleza, mayor dignidad y patrimonio que ser amados por Dios, herederos de sus bienes eternos y poder llamarle Padre?) **a fin de que conozcas bien la certidumbre de las palabras en que fuiste instruido.** (La finalidad del evangelista es transmitirnos la verdad para que la amemos y así sentirnos fieles y seguros *teófilos* o amados de Dios.) (Lucas 1, 1- 4).

Deo. Sum. lux. mundi



**Muéstrame, Señor, tus caminos, y enséñame tus sendas.**

## PRÓLOGO

Una historia completa de Cristo, a buen seguro debería empezar, como empieza el Evangelio de san Juan, así. *En el principio era el Verbo*. Ahora bien, no podemos emplear el vocablo historia en sentido propio porque ésta no puede abarcar la eternidad, en donde no existen sucesos ni sucesiones; por ello si entendemos por historia de Cristo el relato de su existencia entera, entonces el vocablo, empleado así magnánimamente nos sirve.

Según esto, es necesario incluir en la historia de Cristo no sólo su prehistoria -su existencia anterior en las alianzas cósmicas y mosaicas- y su posthistoria -su vivencia en su Iglesia-, sino también su metahistoria, aquella vida eterna suya que envuelve, penetra y explica su breve vida mortal. De todos es sabido que la vida de Cristo se remonta a la eternidad y por siglos sin fin ha de prolongarse. San Juan da fe de ello en este prólogo y a lo largo del Apocalipsis. Jesús de Nazaret no es otro que el Verbo, el cual existía ya en el principio. Es también el mismo que al final de los días aparecerá *semejante a un Hijo de hombre, vestido de túnica talar y ceñidos los pechos con un cinturón de oro*. Toda duda quedará entonces disipada, pues Éste hablará así: *Yo soy el primero y el último, el viviente, que fui muerto y ahora vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del infierno*.

Jesús de Nazaret, que es Dios, es el Misterio de Dios.

El primer dato de la biografía de Jesús es la prioridad del Verbo respecto de toda criatura, estando su existencia en el seno del Padre, por lo que su divinidad es incuestionable. Después continúa San Juan con una docena y media de vehículos que sintetizan la vida de Cristo, y que, a pesar de llamarlos Prólogo, no son propiamente una introducción del Evangelio, sino su resumen más apretado y explícito. El Águila, como así se le conoce al Apóstol San Juan, traza una curva que primero desciende desde el Verbo siempre en Dios hasta el mundo donde se encarna y nos da la noticia de que podemos llegar a ser hijos de Dios, para retornar ascendiendo nuevamente a la majestad del Padre.

Pero el Verbo no es un nombre funcional, es la Palabra en sentido metal y primordial, que al encarnarse se hace audible y visible, hiriendo profundamente con amor los oídos de la carne, los ojos y el corazón de los humanos. *Pues este Verbo que hemos oído, que hemos visto con nuestros ojos, que contemplamos y palpamos con nuestras manos, este Verbo, era desde el principio*. Entendiendo así, el Verbo ya no es válido solamente por la revelación que comporta al exterior, sino que es un nombre propio y perdurable, que defina la vida eterna de la Segunda Persona naciendo eternamente del Padre por vía de operación intelectual. Verbo íntimo y estable, idea que permanece dentro de la cabeza, como

indica la misma etimología de la palabra inteligencia *intus legere*, leer por dentro, leer lo que sin tinta está escrito en la memoria, entender, conocer.

Y porque este Verbo que el Padre conoce no es sino su misma y acabada figura, llámese Hijo y se dice que nace. Nacimiento que nadie sabrá ponderar bastante, pues es singular y excelente por muchas razones. Admira ver, lo primero de todo lo soberanamente que el Padre engendra: de su misma substancia y sin terceros, siendo a la vez padre y madre. *Yo te engendré de mi vientre antes que apareciese el lucero*. Se trata pues de una generación que nunca cesa, que en Dios no hallará distinción alguna entre acción y aptitud para nacer, en Acto Puro, un hoy sin vísperas ni ocaso, sin momentos: *Tu eres mi Hijo, hoy te he engendrado*. Nace, pues, el Hijo incesantemente como de un manantial, así de fresco y de joven y de gozoso en todo en Él. Y porque nace siempre, jamás se emancipa de su Padre; antes, al contrario, descansa continuamente en sus entrañas. *Yo y mi Padre somos uno*. Somos: pluralidad de personas; Uno: unidad de naturaleza. Son dos para tener compañía, son uno para no tener discordia. Compañía suficiente, puesto que el Hijo es tan grande como el Padre, tiene cuanto el Padre posee, excepto su nuda calidad de Padre.

Es Verbo consubstancial, que expresa exhaustivamente toda la esencia divina. Nuestro mísero espíritu revélase incapaz de objetivarse en un solo pensamiento, no por riqueza de contenido, sino por pobreza de medios. Dios, por el contrario, infinito en su esencia, pero infinito también en su potencia de conocimiento, se conoce y se refleja como perfección de ese Hijo *que es la imagen de Dios visible, resplandor de su gloria e imagen de su substancia*.

Ahora bien, si del poder infinito del Padre se deduce que puede reflejarse por entero y sin sudores en su Hijo, de la infinita receptividad de Éste concluimos que necesariamente debe darse un solo Hijo y no más. Por ello, cuando Jesucristo habla de su filiación divina, no se proclama un hijo de Dios, sino el Hijo.

Curiosamente el Hijo es quién nos invita a todos a invocar a Dios como Padre. No obstante, existe una gran diferencia entre nuestra filiación y la filiación de Cristo. Es más, parece que Cristo tiene a veces interés en recalcar esa distancia: *Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios*. Nunca dice nuestro Padre ni siquiera en aquellos textos que tratan del amor entre el Primogénito y los demás hermanos: *Venid benditos de mi Padre...* Al decir *mi Padre* y *vuestro Padre* empleando dos términos para nombrar una sola realidad, de tal manera une que distingue, de tal modo distingue que no separa. Cristo no pertenece al nosotros, ni siquiera cuando rezamos el Padre nuestro. Del mismo modo que Jesús no tiene fe -no es sujeto de fe, sino objeto de fe-, así tampoco

nunca se dirige al Padre desde nosotros, exhortándonos a acompañarle. Más bien nos trae al Padre: *Quién me ve a Mí ve al Padre.*

Y en la rueda infatigable de su nacimiento, sigue naciendo, naciendo, naciendo constantemente, llenando la eternidad, definiendo la eternidad. No obstante, aunque su vida sea eterna, hay en ella un instante privilegiado y distinto: el tiempo que transcurre desde la Encarnación hasta la Ascensión. Es casi nada más que eso, un instante, una millonésima, lo más fugaz que darse pueda: una vida humana. Y su débil figura, un punto en la tierra, un punto casi teórico en la dimensión de los espacios. Es Jesús de Nazaret. Es el protagonista de los sinópticos. Para San Pablo, en cambio, Cristo es enorme y lo abraza todo, tanto el tiempo como el espacio. El tiempo, la sucesión de todas las criaturas, viene a ser nada más un latido, algo más perceptible, de su corazón. Y los espacios infinitos quedan incluidos en esa inmensidad sin igual de Cristo, para cuya descripción todos los números imaginables resultan no sólo insuficientes, sino inadecuados, pues sería como pretender expresar en litros un pensamiento, o pesar un aroma, o humedecer el agua.

Ambas concepciones son lícitas. Ambas son necesarias. Cuando Jesucristo habla de su vida en el mundo, la interpreta como un paso: *Salí del Padre y vine al mundo; otra vez dejo el mundo y vuelvo al Padre.* Su aparición en la tierra no fue el comienzo de su existir, sino que, *existiendo en la forma de Dios, no consideró como una presa codiciable mantenerse igual a Dios, antes se anonadó tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres.* Su Ascensión al cielo fue simplemente *subir a donde estaba antes.* Su palabra fue rotunda: *Vosotros sois de abajo, Yo soy de arriba.*

*He venido.* Esta frase supone una preexistencia. *He venido a traer fuego. El Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido. No he venido a traer la paz, sino la espada. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores. No he venido a destruir la ley o los Profetas, sino a darles cumplimiento.* He venido, he venido. Mi sitio propio y habitual no es éste. No he empezado como vosotros. No soy de aquí como vosotros. He salido de Dios, he sido enviado por Dios. *Yo he salido y vengo de Dios, pues Yo no he venido de Mí mismo, sino que es Él quién me ha enviado.* Esta es toda mi verdad, todo cuando debéis saber acerca de Mí. *Les he comunicado las palabras que Tú me diste, y ellos las han recibido, y han conocido verdaderamente que Yo salí de Tí, y han creído que Tú me has enviado.*

Semejante salida y misión de Cristo no entrañan ruptura alguna con su existencia anterior y superior, no significa ninguna desvinculación respecto de Aquel que le confió tal empresa. Efectivamente, *el que me envió está conmigo. El Padre está en Mí y Yo en el Padre.*

Sus dos vidas maman por igual del Padre y no se alejan de Él. Su vida eterna es del Padre, porque de Él nace; en el Padre porque la unidad es estrechísima, consubstancial; es con el Padre, porque es igual en dignidad. Nace del Padre, descansa en el Padre, se sienta con el Padre. Su vida temporal es bajo el Padre, porque a Él se somete, es por el Padre, ya que por Él se mueve y suspira; es del Padre porque de Él viene; es en el Padre, puesto que viene junto con Aquel de quién procede. Esta vida temporal de Cristo no constituye sino la traducción de su relación eterna con el Padre a escala de vida terrena; refleja visiblemente, quebrándose en plegarias, trabajos, postraciones, aquella actitud suya mantenida durante toda la eternidad.

El Hijo queda definido a lo largo de vida mortal, no menos que en su vida eterna, como un Ser que lo recibe todo de Otro, de su Padre: inteligencia, palabra, doctrina, gloria, adoración. *Todo me ha sido entregado por mi Padre.* No puede hablar por Sí, no puede obrar nada por Sí mismo, jamás hace su propia voluntad. Sus primeras palabras, las primeras que de Él conservamos, demuestran ya bien a las claras cual es el sentido y esquema de toda su vida: *¿No sabíais que Yo tengo que ocuparme de las cosas de mi Padre?* Y al final, cuando va a morir, recoge de modo emocionante ese sentido y exclama: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Al que todo le ha dado, se lo devuelve todo.*

Por tres veces el Padre deja oír su voz a lo largo de la vida de Jesús. Y ¿qué es lo que dice? Proclama que Jesús constituye toda su gloria, nos ordena que le escuchemos y promete glorificar su propio nombre mediante la glorificación de su Hijo.

Creemos que esta breve exposición previa del lazo de unión divina y humana, es necesaria para poder entender el Evangelio, sobre todo este Prólogo de San Juan, que muestra en la sublimidad de los versículos que abren la Buena Nueva y que son precisamente los que nos revelan los más altos misterios sobrenaturales, la incompresible vida eterna en amor del Padre con el Verbo.

**En el principio el Verbo era, y el Verbo era junto a Dios, y el Verbo era Dios.** (En estos dos primeros versos San Juan gira en torno a la eternidad del Hijo en Dios. Explicando claramente la unidad de la esencia divina. Afirmando que antes de la creación, de toda la eternidad, era ya el Verbo, la palabra interior de Dios, su Sabiduría y su Imagen perfecta; y estaba con su Padre, como nos anuncia el Antiguo Testamento al llamar Yahvé el *Varón unido conmigo* refiriéndose al Mesías, siendo Dios como Él. Es el Hijo Unigénito, igual al Padre, consubstancial al Padre, coeterno con Él, Omnipotente, Omnisciente, infinitamente Bueno, Sabio, Santo, Misericordioso y Justo, como lo es el Padre.) **Él era, en el principio,**

**junto a Dios: Por Él todo fue hecho, y sin Él nada se hizo de lo que ha sido hecho.** (Este Verbo, Sabiduría, Razón, Modelo Divino y Prototipo, era en el principio con Dios, y el Padre todo lo creó por medio de Él.) **En Él está la vida, y la vida es la luz de los hombres.** (No solamente es el principio de todas las criaturas, sino como particularidad es vida y luz de nuestras almas. Toda la luz y sabiduría que hay en los hombres, no es más que un rayo y una participación de la sabiduría de Dios.) **Y la luz luce en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron.** (Esta luz eterna resplandece en medio de los hombres abismados en las tinieblas del error, del vicio y del pecado. Primeramente, los alumbra interiormente por la razón y la conciencia que descubre a cada uno las obligaciones en que se halla. Se ve pintada, y se hace como sensible en las criaturas, para que viendo los hombres las obras de la Sabiduría de Dios, se eleven al conocimiento del Creador. Más los hombres ciegos por sus pasiones, no perciben ni conocen esta luz, a la manera que un ciego no ve la luz del sol, por más brillantes que envíe sus rayos hasta sus ojos. Puede también entenderse esto de la oscuridad y figuras de la ley de los Profetas, tocante a las promesas de la vida por Jesucristo: todo lo cual había de ser disipado por la luz y resplandor del Evangelio.) **Apareció un hombre, enviado de Dios, que se llamaba Juan.** (La misión de San Juan Bautista fue autorizada con los milagros que sucedieron en su nacimiento, con su vida admirable, y con la santidad de su doctrina.) **Él vino como testigo, para dar testimonio acerca de la luz,** (Para anunciar a los hombres, que había venido al mundo, el que es resplandor de la gloria del Padre, y luz del mundo.) **a fin de que todos creyesen en Él.** (Por su predicación, y por los testimonios que daba de Él.) **Él no era la luz, sino para dar testimonio acerca de la luz.** (Efectivamente no era la luz increada, eterna, inmensa, que habían anunciado los Profetas, sino en testigo, el predicador, el precursor de esta luz.) **La verdadera luz, la que alumbra a todo hombre, venía a este mundo.** (Aquí comienza el evangelista a exponer el misterio de la Encarnación, y la trágica incredulidad de Israel, que no lo conoció cuando vino a ser la luz del mundo.) **Él estaba en el mundo; el mundo había sido hecho por él, y el mundo no lo conoció.** (Antes de su Encarnación lo llenaba todo con su Divinidad y su Omnipotencia, y encarnado estuvo también presente con su humanidad, mas todo aquel gran número de hombres corrompidos, que solamente procuraban satisfacer sus pasiones, siendo insensibles e ingratos a su Creador, no sacaron fruto alguno de la copiosa luz gratuita que les alumbraba.) **Él vino a lo suyo, y los suyos no le recibieron.** (Vino por su encarnación al mundo, que era su propia obra, vino a la casa de Israel, llamada tantas veces heredad de Dios, posesión de Dios, pueblo de Dios, más los judíos no le recibieron.) **Pero todos los que le recibieron, les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios: a los**

**que creen en su nombre.** (Y a los que le reconocieron por su Redentor y Salvador; les dio la prerrogativa y el derecho de ser hijos de Dios, como hermanos de Jesucristo, y por consiguiente herederos de la eterna felicidad.) **Los cuales no han nacido de la sangre, ni del deseo de la carne, ni de la voluntad de varón, sino de Dios.** (Y todo esto no por una generación o parentesco carnal, sino por un nacimiento todo espiritual, que viene del espíritu de Dios, por el cual se corrigen las malas inclinaciones, se disipan las tinieblas del alma, el corazón se purifica, y se enciende en vivas llamas del amor divino: no por la circuncisión, ni por el sacrificio del cordero pascual, sino por la virtud del bautismo del verdadero Cordero sacrificado en la cruz. Claramente se muestra que esta filiación ha de ser divina pues nos predestinó como hijos suyos por Jesucristo en Él mismo, conforme a la benevolencia de su voluntad, mediante un nuevo nacimiento, para que no se creyeren tales por la sola descendencia carnal de Abrahán.) **Y el Verbo se hizo carne,** (El evangelista dice carne, y no hombre; primeramente, para distinguir más claramente las dos naturalezas de Jesucristo; en segundo lugar, para mostrarnos la bondad y caridad inmensa de Dios, que se dignó tomar la porción más vil y abatida que hay en el hombre; y últimamente para proporcionar la medicina a la cualidad de la enfermedad. Se vistió de nuestra carne, para sanar por este mismo medio aquella porción del hombre que el pecado de Adán había viciado y corrompido. Se hizo carne: El Verbo que nace eternamente del Padre se dignó nacer, como hombre, de la Virgen María, por voluntad del Padre y obra del Espíritu Santo. Se hizo carne, no mudando su ser, ni convirtiendo el Verbo en carne, sino que a su primera naturaleza, divina, se añadió la segunda, humana, en la unión hipostática, de tal manera, que la naturaleza humana subsiste en la persona del Verbo, de donde resulta, que su Persona siguió siendo una sola: la divina y eterna Persona del Verbo, permaneciendo entera y perfecta la esencia y las propiedades de una y otra naturaleza.) **y puso su morada entre nosotros** (Viviendo y conversando entre nosotros, como uno más de nosotros.) - **y nosotros vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre - lleno de gracia y de verdad.** (Las señales y efectos de su Majestad Divina las vemos en las obras todas de Cristo, en sus milagros, en su transfiguración, en su sabiduría y en su infinito amor.) **Juan da testimonio de Él, y clama: “De Éste dije yo: El que viene después de mí, se me ha adelantado porque Él existía antes que yo.” Y de su plenitud hemos recibido todos, a saber, una gracia correspondiente a su gracia.** (Jesucristo lleno de gracia y de verdad, es el principio y fuente de todas las gracias, que son dadas a los hombres, es decir que toda nuestra gracia procede de la Suya y en Él somos colmados. Sin Él no podemos recibir absolutamente nada de la vida del Padre. Pero con Él podemos llegar a

una plenitud de vida divina que corresponde a la plenitud de la divinidad que Él posee.) **Porque la Ley fue dada por Moisés, pero la gracia correspondiente a la gracia y la verdad han venido de Jesucristo.** (La gracia superior a la Ley de Moisés, se nos da gratis por los méritos de Cristo, para nuestra justificación.) **Nadie ha visto jamás a Dios; el Dios, Hijo Unigénito, que es en el seno del Padre, Ése le ha dado a conocer.** (Por este verso vemos que todo conocimiento o sabiduría de Dios - eso quiere decir Teosofía - tiene que estar fundado en las palabras reveladas por Él, a quién pertenece la iniciativa de darse a conocer, y no en la pura investigación o especulación intelectual del hombre. Cuidándonos de ser *teósofos*, prescindiendo de estudiar a Dios en sus propias palabras y formándonos sobre Él ideas que solo estén en nuestra imaginación.) (Juan 1,1-18).





**Mueve, Señor, nuestros corazones para prepararlos caminos de tu Unigénito, a fin de que, por su venida, merezcamos servirte con almas purificadas.**

## **1 - GENEALOGÍA DE JESÚS**

**Genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham: Abraham engendró a Isaac; Isaac engendró a Jacob; Jacob engendró a Judá y a sus hermanos; Judá engendró a Farés y a Zara, de Tamar; Farés engendró a Aram; Aram engendró a Aminadab; Aminadab engendró a Salmón; Salmón engendro a Booz; Booz engendró a Obed, de Rut; Obed engendró a Jesé; Jesé engendró al rey David; David engendró a Salomón, de aquella (que había sido mujer) de Urías; Salomón engendró a Roboam: Roboam engendró a Abía; Abía engendró a Asaf; Asaf engendró a Josafat; Josafat engendró a Joram; Joram engendró a Ozías; Ozías engendró a Joatam; Joatam engendró a Acáz; Acáz engendró a Ezequías; Ezequías engendró a Manasés; Manasés engendró a Amón; Amón engendró a Josías; Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos por el tiempo de la deportación a Babilonia. Después de la deportación a Babilonia, Jeconías engendró a Salatiel; Salatiel engendró a Zorobabel; Zorobabel engendró a Abiud; Abiud engendró a Eliaquim; Eliaquim engendró a Azor; Azor engendró a Sadoc, Sadoc engendró a Aquim; Aquim engendró a Eliud; Eliud engendró a Eleazar; Eleazar engendró a Matán; Matán engendró a Jacoj; Jacoj engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo. Así que todas las generaciones son: desde Abraham hasta David catorce generaciones; desde David hasta la deportación de Babilonia, catorce generaciones; desde la deportación de Babilonia hasta Cristo, catorce generaciones. (Mateo 1, 1-17)**

**Y el mismo Jesús era, en su iniciación, como de treinta años, siendo hijo, mientras se creía de José, de Helí, de Matat, de Leví, de Malquí, de Jannaí, de José, de Matatías, de Amós, de Naún, de Eslí, de Naggái, de Mata, de Matatías, de Semeín, de Josech, de Jodá, de Joanán, de Resá, de Zorobabel, de Salatiel, de Nerí, de Melquí, de Addí, de Kosam, de Elmadam, de Er, de Jesús, de Eliezer, de Jorim, de Matat, de Natám, de Leví, de Simeón, de Judá, de José, de Jonam, de Eliaquin, de Meleá, de Menná, de Matatá, de Natán, de David, de Jessaí, de Jebed, de Booz, de Salá, de Naassón, de Aminadab, de Admím, de Arní, de Esrom, de Farés, de Judá, de Jacob, de Isaac, de Abrahán, de Tara, de Nachor, de Seruch, de Ragau, de Falec, de Eber, de Salá, de Cainán, de Arfaxad, de Sem, de Noé, de Lamed, de Matusalá, de Enoch, de Járet, de Maleleed, de Caínan, de Enós, de Set, de Adán, de Dios. (Lucas 3, 23-37)**

(¿Cómo podremos penetrar en los secretos designios de Dios? Apenas si podemos rastrearlos, por medio de la razón y de la fe, siguiendo las huellas que de Dios hay estampadas en sus criaturas y las misteriosas luces que se dignó revelarnos a los hombres.

Sabemos que algo existe desde la eternidad, sin principio, en virtud de su misma perfección infinita que no puede menos que existir, que existe por Sí mismo. Ese algo eterno, fundamento de todo lo temporal, lo llamamos Dios. La perfección de Dios no tiene límites, no reconoce tasa; ¿quién puede decirla: ¿De aquí no pasarás? Dios es, por tanto, infinito en santidad, infinito en sabiduría, en poder, en hermosura, en justicia, en misericordia, en todo género de perfecciones. Es una Bondad sobre toda bondad; porque la bondad de Él no se parece a la bondad de las criaturas, sino que es de un género infinitamente superior; y de la misma manera es una Sabiduría sobre toda sabiduría, un Poder sobre todo poder, una Hermosura sobre toda hermosura, un Ser sobre todo ser. Y es una Bondad por esencia: su esencia es la Bondad, y es Sabiduría, y es Poder, y es Hermosura. Y no son cosas distintas en Dios la Bondad, la Sabiduría, el Poder y la Hermosura, y todas las perfecciones, sino que son una misma cosa, una misma perfección, una misma esencia infinita; de tal modo que en Dios el poder es saber, y el saber es querer, y el querer es deleitarse, y el deleitarse es ser, y el ser es Dios, infinito, incomprensible, inefable. Porque en Dios todo es uno y simplicísimo y espiritualísimo.

Una vez esbozado el concepto de Dios habiendo conjugado la razón y la fe a la luz de la revelación pasamos a lo que realmente nos interesa aquí, que no es otra cosa que la genealogía de Jesús.

Genealogía puede traducirse aquí literalmente como generación de Jesucristo. Su sentido sería, en este caso, los orígenes de Jesús. Aparentemente parece que los evangelistas han querido referirse sola y exclusivamente a la lista de los progenitores de Cristo. El catálogo de ascendentes es lo que significa exactamente esta genealogía que ambos evangelistas detallan de forma censal para darnos noticia de los orígenes de Jesús.

La lista genealógica tiene valor apologético tanto en San Mateo como en San Lucas. Cada evangelista sigue su método. San Mateo da comienzo a su evangelio con el abolengo de Jesús, comprobando con esto que Él, por su padre adoptivo, San José, desciende legalmente en línea recta de David y Abrahán y que en Él se han cumplido los vaticinios del Antiguo Testamento, los cuales dicen que el Mesías prometido ha de ser de la raza hebrea de Abrahán y de la familia real de David. Como esta herencia se trasmitía por línea masculina, es por lo que San Mateo expone, en forma descendente, la genealogía legal de Jesús, o sea la de San José, quién aparecía legalmente como su padre; y la distribuye en tres series de catorce nombres cada una. San Lucas, en su evangelio, después de

mostrarnos a Jesús como Hijo de Dios, nos da una genealogía ascendente que empieza por Cristo y sus padres y termina en Adán, cabeza de todo el género humano, creado por Dios.

La generación de Jesús es un caso único en la Historia de la humanidad, y de su lectura observamos la dificultad de su conciliación. Los dos evangelistas revelan la intención clara de dar la genealogía legal de Jesús, el primero nos da la genealogía carnal de San José, en tanto que San Lucas la de María, pero refiriéndola a San José, probando ambos concluyentemente su descendencia del real trono de David, aunque por diferentes ramas; tan necesaria es esta circunstancia para que en la persona del Salvador se reconociese indudablemente al verdadero Mesías prometido. San Mateo prueba su descendencia de David por Salomón y por los demás reyes de Judá; San Lucas le deriva por Natán, hijo de David; aquel le hace hijo de Jacob, éste de Heli. Y la opinión más antigua y más común entre los santos Padres es la de Julio Africano, autor que vivió hacia el fin del segundo siglo. Asegurando éste que sabía por la santa Tradición, oída de boca de los mismos parientes del Salvador que Jacob y Heli fueron hermanos uterinos; y que habiendo muerto Heli sin tener hijos, Jacob, según lo prescribía la Ley, se casó con la viuda de su hermano para suscitar en ella sucesión, y que de este matrimonio nació San José, hijo legal de Heli y natural y legítimo de Jacob. Por ello las dos listas reproducen la genealogía de Jesús a través de la ascendencia de San José, estableciéndose en ambas lo que realmente importa para la verdad y el fin de la genealogía, que es establecer la unión de Jesús con David y Abrahán.

Paradójicamente los evangelistas nos dan pocas noticias de los padres santísimos de Jesús. Sin embargo, tanto en los Apócrifos como en otros autores ávidos de informar lo que ignoran, inventaron novelas de ficción y fantasías fascinantes, que siempre fueron repudiadas por la Iglesia.

Nosotros hemos de conformarnos con aquello que la Sagrada Escritura y los Padres, fundados en la legítima Tradición nos han trasmitido acerca de María y José.

María, nombre adorable y lleno de esperanza, significa para unos Señora del Mar, Mar amargo, Gota del Mar, Mirra olorosa; para otros Esperanza, Señora, Regalo, Iluminadora. En fin, según los más acertados significa Hermosa o Graciosa y Querida de Dios.

Todo eso fue Maria: Mar amargo de los dolores, Señora del mar del mundo tempestuoso. Gota purísima de mar incorrupto de la gracia de Dios, Perfume suavísimo e incontaminado del cielo y de la tierra, Esperanza nuestra, gran Regalo del cielo, Iluminadora de nuestras tinieblas, y, sobre todo, Hermosa y Hermosísima Querida y Queridísima de Dios y Madre del Salvador y Madre nuestra.

En cuanto a San José, después de contarnos su nobilísima alcuernia poco más nos dice el Evangelio, ni siquiera el oficio que ejercía. Es la Tradición la que le atribuye el oficio de carpintero. Tampoco podemos asegurar casi nada fuera de los que nos dice la sagrada Escritura, que era un varón justo, un hombre honrado, religioso, obediente, santo, que en posición y en otras condiciones humanas y sociales igualaba bastante para poder desposarse con María. En todo caso Dios le eligió para que fuera el protector de la Sagrada Familia y custodio del Hijo de Dios y al que se confió la educación de Aquel que sería nuestro Salvador.

Los siglos anteriores a Cristo son, de un lado, el tiempo de esperanza humana, y, de otro, el tiempo de la paciencia divina. Esta paciencia, que ante todo significa tolerancia de los pecados pasados, paciencia de Dios para manifestar su justicia en el tiempo presente, puede entenderse también como un lento habituarse del Verbo a las costumbres y andaduras de los hombres, paralelo a aquella educación gradual con que Dios iba poco a poco modelando a su pueblo, familiarizándolo con las sucesivas y cada vez más explícita presencia divina sobre la tierra. Así educaba a su elegido, llevándole, mediante las cosas secundarias a las cosas importantes; por medio de la figura, a las realidades; a través de las cosas temporales, hasta las eternas; por medio de las cosas carnales, a las espirituales, y por las cosas terrenas hasta las celestiales.

Como vemos la Sabiduría de Dios no es como la de los hombres. Los hombres discurrimos de unas ideas a otras, con trabajo y entre sombras de muertes. Pero en Dios el infinito Ser es Vida infinita. Idea infinita y única.

En los abismos de la divinidad esta Idea se conoce a Sí misma y se goza con su Hermosura infinita, y se ama con Amor infinito. Y porque se ama con infinito y substancial amor quiso difundirse, quiso darse a participar, quiso crear otros seres, otras vidas, otras hermosuras, otros amores. Este querer divino es el decreto de la creación; ¡Decreto infinito, decreto eterno, decreto nunca jamás bastante alabado y agradecido!

Y la creación se realizó, y la Bondad divina se difundió y regaló: el mundo fue sacado de la nada, comenzó a ser lo que antes no era, comenzó a existir fuera de Dios lo que antes y desde toda la eternidad habitaba en la mente divina, en la Idea creadora.

Todas las criaturas no son otra cosa que difusiones de la infinita Bondad, participaciones de la infinita Perfección, reflejos de la infinita Idea, instrumentos de la infinita Fuerza, destellos de la infinita Hermosura. Son como si no fueran; el ser de ellas se parece más a la nada que al Ser divino.

Dios, que quiso manifestar su gloria en el conjunto armonioso de la creación, eligió manifestarla de un modo especial en los ángeles y en el hombre, dotándolos de razón para que le conociesen y amasen, para que

le sirviesen mejor que todas las criaturas, para que le ofreciesen el homenaje del entendimiento y de la voluntad.

Y no se contentó con dotar a los hombres de unas facultades tan excelentes y tan hermosas, sino que les dio por añadidura su amistad especial, su gracia, la hermosura sobrenatural: lo colocó en el paraíso de delicias, y los destinó a un fin altísimo, al que no podían ellos aspirar por sola su naturaleza, y los destinó a gozar de la Hermosura viviente, de la Sabiduría increada, de la Bondad infinita por los siglos de los siglos en su propia gloria.

¡Ojalá nuestros primeros padres no hubiesen perdido para todos, con su grave desobediencia, esta gracia y este destino!

Pero Dios, cuyas entrañas son misericordia, se dignó darnos un remedio superabundante para nuestro mal y aceptar de nosotros una satisfacción adecuada a su justicia. El Hijo Unigénito del Padre, la Imagen de su substancia, el Verbo de su sabiduría, se haría hombre, tomaría nuestra carne en las purísimas entrañas de la Virgen María, y ofrecería al Eterno Padre una satisfacción de valor infinito, rendimiento a los hombres de su desgracia y restituyéndolos a la vida sobrenatural que habían perdido.

He aquí el punto de enlace de la Creación con la Redención, del mundo de Jesús y María.

Abarcando un poco más en esta exposición y hacer más patente la prueba del amor de Dios, y que sella de un modo inequívoco el lazo de lo divino con lo humano, y es el calificativo de Hijo del hombre, que el Verbo encarnado se da a Sí mismo, con preferencia a todos los demás, y que ha querido guardar como inherente a su persona, no tan solo durante su vida entera sino hasta en la gloria de su eternidad. Hasta en la manifestación de su justicia.

Si Jesucristo no hubiese sido Dios, su ambición se hubiera dado a conocer en tomar ese título. Y si no véanse todos los pretendientes a la divinidad, todos los falsos semidioses; todos sin excepción no han cuidado de otra cosa que de hacer olvidar que son hombres, y hacerse pasar por Hijos de Dios. Y eso porque son hombres; sólo Jesucristo hace cabalmente lo contrario en el mundo. No se esmera tanto en demostrar que es Dios, como en hacernos creer que es hombre, y hombre no de prestado o por accidente, sino por nacimiento y naturaleza: Hijo del hombre. He aquí el título que a cada página del Evangelio toma, que guarda, que conserva, y que se lleva para siempre a los cielos. Y eso, porque es Dios.

Todos los que tienen necesidad de hacerse pasar por hijos de Dios, son los que, en sus vidas, a despecho de sus triunfos y sus victorias, no hacen sino probar con hasta claridad que son hombres y sus funerales no pueden confundir para siempre su orgullo. Jesucristo, al contrario, tenía necesidad de hacer creer que era hombre, porque todo en su vida, a despecho de sus humillaciones, publicaba claramente que era Dios, y su

resurrección y el establecimiento universal y eterno de su reino habían de publicar aún más su divinidad. Así es que su humildad adorable nada busca con tanta ansia como contener ese resplandor durante su vida entera, y no manifestarlo sino en lo que era necesario para el cumplimiento de su misión.

Deja a sus obras que den testimonio de Él, y cuando le delatan demasiado, se esfuerza en atenuarlas o se oculta, como veremos en los momentos en que el pueblo trata de proclamarle Rey, viendo en Él al Mesías esperado. Y cuando no le es posible oscurecer ni disimular su gloria sin menoscabo de la verdad, como en la ocasión en que el príncipe de los Sacerdotes le conjuró por Dios vivo que le dijese si era el Cristo, Hijo de Dios, responde, dejando esta calificación en boca del Sumo Sacerdote, y limitándose a confesarlo con aquella sencilla respuesta: *Tú lo has dicho*, y enseguida prosigue: *Sin embargo, os digo y aseguro que veréis un día al Hijo del hombre sentado a diestra de la virtud de Dios, y viniendo en nubes del cielo.* ¿Y quién tiene tan poco sentido de la verdad, que no vea en esta conducta, tan contraria al proceder común del hombre la presencia misma de la verdad?

El Verbo, Hijo de Dios, por su naturaleza personal, anhelaba manifestarse lo que había venido a ser por nosotros, Hijo del hombre. En esto consistía, para Él, el punto capital de su obra. No le bastaba ser criado hombre; era necesario además que se supiese que lo había sido por la concepción y nacimiento humano; y como no hay hijo sin madre, cuanto anhelaba Jesucristo por ser creído y adorado como Hijo, otro tanto justifica, autoriza y proclama el culto que tributamos a su Madre.

Y en efecto, al revindicar tan particularmente la calificación de Hijo del hombre, Cristo proclama su divinidad. Cuando Jesucristo se llama con tanta insistencia Hijo del hombre, proclama que no había venido a ser siendo ya Hijo de Dios; y eso lo que nosotros proclamamos después de Él en el culto de la Maternidad divina.

Pero nosotros lo proclamamos y creemos de una manera más amplia, proclamando, junto con la maternidad, la virginidad de María. Así como era conveniente que naciera de una mujer el Hijo de Dios, para que Éste fuese Hijo del hombre, convenía también que no naciese de semilla de hombre, para que, si era todo Hijo de hombre, pareciese que no era de modo alguno Hijo de Dios.

Y ¡Admirable economía! Así como la maternidad de María demuestra la humanidad del Verbo, su virginidad demuestra la divinidad del Verbo; y la concordia de la maternidad y virginidad de María demuestra la de la humanidad y la divinidad del Verbo. La Virgen María en la fórmula rigurosa del Hombre Dios.)



**Antes de formarte en el seno materno, te he conocido;  
y antes de que nacieras, te he consagrado.**

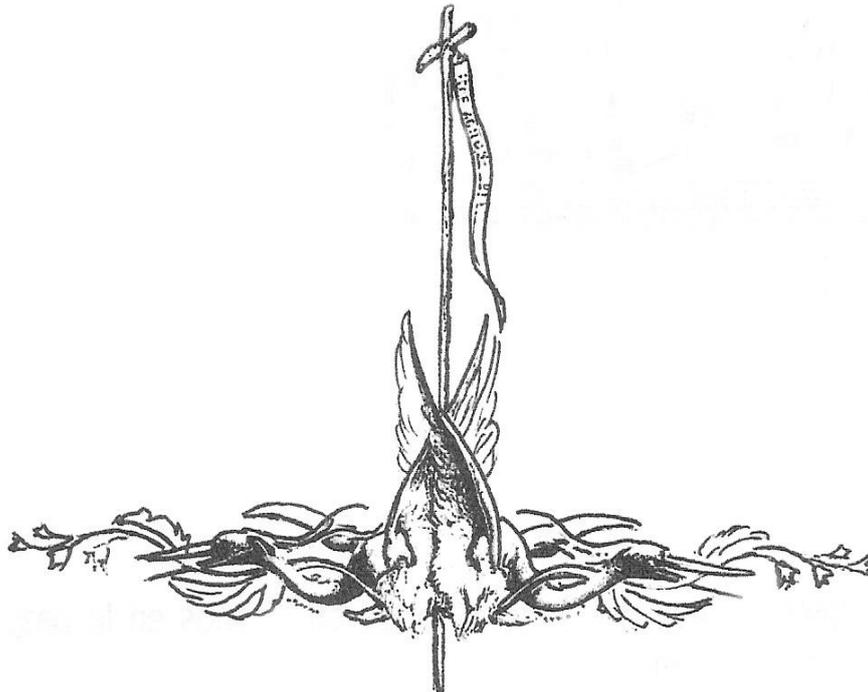
## 2 - CONCEPCIÓN DEL PRECURSOR

**Hubo en tiempo de Herodes, Rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías, de la clase de Abía.** (La familia o grupo sacerdotal de Abía era la octava de las veinticuatro que se turnaban en el servicio del Templo). **Su mujer, que descendía de Aarón, se llamaba Isabel. Ambos eran justos delante de Dios, siguiendo todos los mandamientos y justificaciones del Señor de manera irreprochable.** (Aclaremos que estos dos términos no son sinónimos, de lo contrario el segundo sería redundante. La Palabra de Dios no contiene exclusivamente mandamientos y preceptos, como un tratado de obligaciones, sino que está llena de revelaciones de amor y secretos de santidad. La Ley de Dios, sus grandezas y excelencias, sus valores espirituales, son el tema único de este océano de sabiduría lleno de portentosos secretos de vida sobrenatural por los cuales Jesús llama a su Evangelio la Buena Nueva. En cuanto al sentido de las justificaciones en el Antiguo Testamento puede verse específicamente en diversos pasajes los designios, testimonios, decretos, juicios, preceptos, palabras, caminos, instituciones, oráculos, vaticinios, etc., que no son la Ley en sentido restringido de la legislación mosaica, pues no se muestra la Palabra revelada solamente con un sentido preceptivo, sino también como las enseñanzas, promesas, verdades comunicadas sobre la vida de Dios, y los designios admirables y bondadosos del divino Padre, todo lo cual nos adiestra y nos mueve a buscar el cumplimiento de su Voluntad, al menos en nosotros mientras la cizaña impida que ello se haga *en la tierra como en el cielo*. Y si tanta riqueza tenía la Palabra de Dios en el Antiguo Testamento ¿qué no será para nosotros que tenemos nuestra justificación en la sangre de Cristo y la resurrección del Redentor, quién nos dejó como fruto la gracia del Espíritu Santo que se nos da gratis mediante la fe, convirtiéndonos en hijos de Dios como miembros vivientes de Cristo y participantes de sus méritos? Anunciándonoslo así el Concilio de Trento: *Cristo derrama continuamente su virtud en los Justos, como la cabeza lo hace con los miembros y la vid con los sarmientos. Dicha virtud precede siempre a las buenas obras, las acompaña y las sigue, dándoles un valor sin el cual en modo alguno podrían resultar del agrado de Dios ni meritorias*. Efectivamente Cristo fue entregado a causa de nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación, siendo en dicha resurrección donde se completa la obra de nuestra salvación. Muriendo Jesús nos liberó del mal; resucitando nos condujo al bien.) **Más no tenían hijos, porque Isabel era estéril, y ambos eran de edad avanzada.** (La historia del pueblo de Dios se mueve entre dos extremos: la fecundidad y la esterilidad. La práctica de la Ley recompensa con los bienes temporales y con la fecundidad en la

familia y ganados; mientras que la esterilidad entraba en el campo de las maldiciones divinas como castigo del pecado. Sin embargo, en la Biblia, la esterilidad tiene también otro aspecto positivo: el fondo oscuro que revela el poder y la misericordia divina, al convertir la esterilidad en fecundidad, y a pesar de no tener hijos era considerado como un castigo, en este caso es un primer paso en el camino de la salvación, y así de la esterilidad del desierto brota la fecundidad de la tierra que mana leche y miel. De la esterilidad de Israel, humillado por las naciones, brota la última etapa de la redención. Zacarías, entre los judíos era sabedor de ello, pedía a Dios se quitase de él y de su mujer el oprobio de la esterilidad.) **Un día que estaba de servicio delante de Dios, en el turno de su clase, fue designado según la usanza sacerdotal para entrar en el Santuario del Señor y ofrecer incienso. Y toda la multitud del pueblo estaba en oración afuera. Era la hora del incienso. Apareciósele, entonces, un Ángel del Señor, en pie, a la derecha del altar de los perfumes.** (Se trata del Arcángel San Gabriel, como veremos después, y se ha colocado a la derecha, lugar preferente y considerado de buen augurio, en el Altar, signo representativo de Dios, y junto al candelabro de los siete brazos.) **Al verle Zacarías se turbó, y lo invadió el temor.** (No era propiamente miedo sino turbación mezclada con gozo. Es la reacción espontánea y natural del hombre, que sintiéndose pequeño y débil ante la majestad de Dios, se encuentra en la frontera de un mundo superior.) **Pero el ángel le dijo: “No temas Zacarías, pues tu súplica ha sido escuchada: Isabel, tu mujer, te dará un hijo, al que pondrás por nombre Juan.”** (El nombre de Juan: *“Yahvé hace misericordia”*, era frecuente entre los medios sacerdotales. Dar un nombre en el mundo semita es mucho más que decir como se ha de distinguir, es prácticamente definir lo que va a ser y las relaciones que existen entre quién da el nombre y quien lo recibe. Dios hace misericordia y da gracia a la oración y súplica de Zacarías, quién quizás pidiese simplemente la venida del Mesías, y el Señor le concede lo esencial y algo más: un hijo precursor que había de preparar sus caminos.) **Te traerá gozo y alegría y muchos se regocijarán con su nacimiento. Porque será grande delante del Señor; nunca beberá vino ni bebida embriagante y será colmado del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre, y convertirá a muchos de los hijos de Israel al Señor su Dios. Caminará delante de Él con el espíritu y el poder de Elías, para convertir los corazones de los padres hacia los hijos, y los rebeldes a la sabiduría de los justos y preparar al Señor un pueblo bien dispuesto.** (Se nos anuncia el reino de los cielos traído por el Mesías, y al Bautista, su precursor y pregonero, quién preparará el camino para la primera venida de Cristo, como lo hará Elías al final de los tiempos, quién sin morir fue arrebatado al cielo por un carro de fuego, y retornará como fue anunciado por el Profeta

Malaquías, como precursor de la segunda, cuando se acerque el día grande y tremendo, y quién convertirá el corazón de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos a los padres, es decir llevando a sus contemporáneos a la piedad de los días antiguos y a la imitación de los padres y patriarcas convertirá a los judíos al cristianismo.) **Zacarías dijo al ángel: - “¿En qué conoceré esto? Porque yo soy viejo y mi mujer ha pasado los días”. El ángel le respondió: - “Yo soy Gabriel, el que asisto a la vista de Dios; (El Arcángel presenta sus credenciales, su nombre, su dignidad y su misión.) y he sido enviado para hablarte y traerte esta buena noticia. He aquí que quedarás mudo, sin poder hablar hasta el día en que esto suceda, porque no creíste a mis palabras, que se cumplirán a su tiempo.”** (La mudez de Zacarías tiene un doble fin: de castigo y de señal. Es extraño que a pesar de aparecersele un ángel, Zacarías todavía no creyese sus palabras y manifestase abiertamente su incredulidad, quedando mudo en el acto. Y ¿acaso no es más extraño aún nuestra absurda incredulidad a pesar de cuanto hemos visto, sabemos y probablemente muchos hemos experimentado? Todos somos olvidadizos e inconsecuentes, y sería aconsejable y mucho mejor que por nuestra falta de fe permaneciésemos también mudos.) **El pueblo estaba esperando a Zacarías, y se extrañaba de que tardase en el santuario. Cuando salió por fin, no podía hablarles, y comprendieron que había tenido alguna visión en el santuario; les hacía señas con la cabeza y permaneció sin decir palabra.** (Después del sacrificio el sacerdote tenía que bendecir al pueblo con la fórmula clásica de la bendición litúrgica del Antiguo Testamento: *¡Yahvé te bendiga y te guarde! - ¡Haga brillar Yahvé sobre ti su Rostro y tenga misericordia de ti! - ¡Vuelva Yahvé su Rostro hacia ti y te conceda la paz!* Bendición llamada hoy de San Francisco, en la que el alma cristiana descubre en la triple repetición de Yahvé una íntima revelación de Dios Uno y Trino; pues diciendo: *¡Yahvé te bendiga y te guarde!*, indica el poder y la protección del Padre; y diciendo: *¡Haga Yahvé brillar sobre ti su Rostro y tenga misericordia de ti!*, señala al Hijo como mediador de la gracia y de la misericordia. *¡Vuelva Yahvé su Rostro hacia ti y te conceda la paz!*, es la manifestación del Espíritu Santo, pues la paz es fruto del Espíritu Santo. Hemos de resaltar que Fray Luis de León en su libro *"Los nombres de Cristo"* se refiere a la manifestación de Cristo bajo el nombre de Rostro, cuando literalmente dice: *No podemos dudar, sino que Cristo entre nosotros y su nacimiento son esos Rostros que el sacerdote pedía en este lugar a Dios que descubriese a su pueblo.* Así mismo El Rey David en el salmo 66 solamente le falta decir a Dios claramente: *La bendición que por orden tuya echa sobre el pueblo el sacerdote, eso, Señor, es lo que te suplico, y te pido que nos descubras ya a tu Hijo y Salvador nuestro.*) **Y cuando se cumplió el tiempo de su**

**ministerio se volvió a su casa. Después de aquel tiempo, Isabel, su mujer concibió, y se mantuvo escondida durante cinco meses, diciendo: - “He ahí lo que el señor ha hecho por mí, en los días en que me ha mirado para quitar mi oprobio entre los hombres.”** (No es claro por qué Isabel se oculta los primeros meses del embarazo. Sabemos que el oprobio se refiere a la esterilidad, considerada en aquel tiempo, y sobre todo entre los judíos, como un castigo y una afrenta. Por tanto, según una opinión generalizada. la mujer de Zacarías, al saberse embarazada, sintió miedo ante un nuevo fracaso que aumentara su vergüenza, y se mantuvo escondida durante los cinco primeros meses de su embarazo sin atreverse a comunicar su nuevo estado a sus parientes y allegados. Sin embargo, existe otra explicación a ese silencio, probablemente la más acertada, y es su propia emoción espiritual de sentirse unida a Dios, ante el hecho milagroso de su embarazo inesperado, que la llena alegría y de gratitud a Dios, siendo este gozo es el que la hace aislarse de los humanos.) (Lucas 1, 5-25).





**Tú, que recibiste el Ave del ángel Gabriel, afiánzanos en la paz, y trueca el nombre de Eva.**

### 3 - LA ANUNCIACIÓN

**Al sexto mes**, (No se refiere al sexto mes del matrimonio de la Virgen, como pudiera creerse, sino de la preñez de su prima Isabel, fecha misteriosa, que señala la plenitud de los tiempos, anunciada en todas las promesas, predicciones, votos y anhelos de los justos en la Ley Antigua, punto de intersección de los dos Testamentos y principio de la Ley de la Gracia, que ha venido a ser la ley cronológica de la Historia. Este sexto mes, según los cálculos de los intérpretes, comenzaba el 25 de marzo, en el cual, pasado el equinoccio, principian las noches a disminuir y los días a crecer. Coincidiendo admirablemente con el tiempo que comienza a crecer el mundo visible de la luz corpórea, la Encarnación de Aquel que debe acrecentar en el mundo invisible la luz espiritual. ¿Qué significado tiene fijar el tiempo en los meses transcurridos desde la concepción del precursor, sin mencionar siquiera los años del reinado del Cesar? Ni más ni menos que a los ojos de Dios, no es grande el más poderoso, sino el que tiene mayor virtud.) **el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret**, (Aldea pobre y despreciable, en la que los judíos tenían a menos haber nacido, y de donde pensaban que no podría salir nada grande ni bueno. Es a esta aldea despreciable la que Dios elige para la concepción de su propio Hijo, llamado despectivamente por los enemigos: *Nazareno*, sin llegar a imaginar que hoy el verdadero Nazareno, el Santo de los Santos, el separado de la masa de los pecadores brotó en la humilde Nazaret, flor sobre la que reposa el Espíritu Santo y hace descender en ella la santificación de Dios.) **a una virgen** (Un ángel fue enviado ¿a dónde y a quién? No a Roma, gloriosa sede de los Emperadores, ni a Jerusalén, esplendor de la grandeza salomónica. Ni al palacio de Augusto ni de Herodes. No a una reina o una Emperatriz, sino a una aldea menospreciada, a una casa humilde de una doncella ignorada, sin bienes de fortuna, que acaba de salir del Templo, y cuyo único título es el de virgen, acompañado de todas las virtudes que le embellecen y adornan. Ninguno hay más sagrado ni más agradable a Dios. En medio de un pueblo en que, por la esperanza de tener parte en el nacimiento del Mesías, no aspiran las vírgenes más que a ser esposas, ni las esposas aspiran más que a ser madres, la doncella de Nazaret ha preferido el oprobio al sacrificio de su virginidad, siguiendo un camino nuevo entre las hijas de Israel, y si ha consentido en ser esposa ha sido con la condición de permanecer intacta. Ella, por permanecer virgen, renuncia a la esperanza de alumbrar la luz del mundo, y sin embargo dará a luz al Mesías sin dejar de ser virgen. ¡Fuerza misteriosa de la única mujer de Judea que por la virginidad renuncia ser madre, y Dios la hace la más afortunada de las madres sin dejar de ser virgen!) **Desposada** (También Eva era virgen y estaba desposada cuando el ángel

de las tinieblas fue a seducirla. La doncella de Nazaret era esposa y virgen, y permaneció virgen aún después de ser madre; como su Hijo, después de hacerse hombre, permanecerá Dios. El prodigio de una virgen esposa que muy pronto sería Virgen Madre, era muy conveniente que estuviera unida al prodigio de un Hombre Dios. Una Virgen sin concurso humano no debía concebir sino a un Dios, ni un Dios debía nacer sino de una Virgen.) **a un varón, de nombre José, de la casa de David;** (Señala el nombre del consorte de la de la Virgen Purísima, y como ella, también virgen. Además de remarcar su pertenencia a de la estirpe de David, refiriéndose tanto a José, que sin duda lo era, como a María; pues entre los hebreos no se efectuaban matrimonios sino entre individuos de una misma tribu o de una misma familia. La diferencia entre ambos esposos está en que María descendía de la sangre de David por Natán, y José por la línea real de Salomón. De todo lo anterior se deduce que el vaticinio mesiánico prometido por Dios al santo Patriarca y Rey, a saber, que de su estirpe nacería el Mesías, nos muestra por qué el Profeta Isaías anunció a la descendencia de David el gran prodigio de una virgen en cinta; de una virgen Madre. Para que se cumpliese el anuncio: *El Señor Dios le daría el trono de David su padre*, Jesús debía reunir en Él la sangre de David, que recibió de su madre María, y el derecho a la corona recibido de su padre adoptivo. Todo lo anterior lo sabían los judíos, pues de lo contrario los enemigos de Cristo lo habrían acusado de impostor cuando fue aclamado como *Hijo de David* en su entrada triunfal a Jerusalén.) **y el nombre de la virgen era María.** (Nombre frecuente entre la aristocracia femenina, pronunciada Mariam por los hasmoneos, y que se relaciona con la palabra aramea Marya o Señor, hace suponer que la intención de sus padres pudo ser llamarla “*señora*”. No es posible otro nombre más adecuado para quién iba a compartir la soberanía del mundo con el Señor de los cielos y tierra. Y en efecto, todas las generaciones, en todos los ritos, en todas las naciones y en todas las Iglesias, a la Virgen María se la llama Nuestra Señora, al igual que a su Hijo se le llama Señor.) **Y entrando donde ella estaba,** (¿Por qué no dice el texto que el ángel se apareció, sino que entró donde ella estaba? San Bernardo nos lo explica diciendo que el ángel en forma corpórea entró con las puertas cerradas en la habitación humilde la Virgen, donde ella hacía sus oraciones y se comunicaba con su divino esposo, como después entró el Señor en el cenáculo con las puertas cerradas, y este prodigio del ángel entrando en la estancia de María y saliendo después sin abrir las puertas, fue una disposición, una prueba y una prenda del milagro todavía mayor, con que el Señor debía de entrar en el Seno Purísimo de esta Madre celestial y salir de él, sin detrimento de su virginidad, cumpliendo de este modo la gran profecía de la misteriosa puerta oriental, por la que solo Dios debía entrar y salir sin abrirla.) **le dijo: “Salve, llena de gracia; el**

**señor es contigo.”** (Así saluda la Santísima Trinidad a María, por boca de san Gabriel, quien postrado de rodillas ante ella, como acto de reconocimiento a la que iba a ser Reina de los coros angélicos la dice: *Ave, gracia plena, Dominus tecum.* Ave, es el principio de la salutación, aludiendo al nombre de nuestra primera madre, pronunciado al revés, lo cual indica que la maldición de Eva se convirtió en bendición para María, que con la gracia del Salvador que vino a traernos, y de la que fue llena, borró la culpa de Eva. Por cuya razón la llamó el ángel llena de gracia por excelencia: gracia plena, es decir, la criatura en que todas las gracias y todos los méritos, todos los privilegios y todas las virtudes que se encuentran en Jesucristo como en su fuente, y que en todos los ángeles y en los santos se encuentran divididos como en otros tantos arroyos, se encuentran reunidas todas, como en un lago misterioso en cuanto era posible a una criatura. ¡Cómo, ante criatura semejante no habría de postrarse el ángel, aquel mismo ángel que enviado a Zacarías le habló en términos de autoridad y de mando! Y es que la gracia, encarnación de la naturaleza divina, hace a la criatura que está dotada de ella, partícipe de la divinidad, elevándola a la perfección misma de Dios. Efectivamente la gracia que hace los santos, que ha hecho a los ángeles, estaba en María con una abundancia tal que no tenía otra expresión que la de plenitud. Lo que los otros tienen con medida, lo tenía ella sin tasa: Era un océano de gracia que contenía él solo lo que está repartido entre todos los ángeles y los santos. La razón de esta plenitud es su inmensidad, y es la de estar ella destinada a producir la fuente misma de la gracia, puesto que Jesucristo es tan Hijo de María como del Padre Celestial, y del mismo modo, con la diferencia de ser naturalmente engendrado por el Padre y sobrenaturalmente por María, más por entre ambas partes engendrado, sacado de la substancia. Esto es lo que declara la expresión puesta por el Espíritu Santo en boca de Isabel al saludar a María, como veremos más adelante: *Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre.* Como el fruto es producido por la substancia del árbol, así Jesús es fruto del vientre de María, y es bendito con la bendición de que ella fue colmada a plenitud para darlo a luz. Sea, pues, saludada siempre la Virgen con la alegría del Ave María, como llena verdaderamente de gracia, la que es graciosa a todos, a Dios por su Maternidad, a los ángeles por su Virginidad, y a los hombres por su Humildad. De igual modo, las palabras el *Señor es contigo* significan que aun cuando Dios está igualmente en todas partes con su inmensidad y con su eficacia por la simplicidad de su ser, está no obstante, de diferente modo en las criaturas racionales que en las otras, y de diferente modo también en los justos que en los pecadores, y por una especial protección está con todos los escogidos, principalmente unido en María y con María, porque su unión con ella, no es solamente la conformidad de juntar la voluntad de la

criatura al Creador, sino la misma carne de esta Virgen Santa a formar, o más bien a hacerse un solo Cristo de la substancia de ella y de la propia. Por ello dice el ángel: El Señor está contigo, y no se refiere sólo al Señor Hijo de Dios, a quién vas a vestir de tu carne, sino al Señor Espíritu Santo, de quién lo concebirás, y también al Señor Padre Celestial que engendrará ese fruto de tu concepción. El Padre, dijo el ángel, está contigo haciendo de su Hijo el tuyo, el Hijo está contigo constituyendo el maravilloso sacramento de su amor en el secreto de tu seno, y el Espíritu Santo está contigo santificando a una con el Padre y el Hijo ese vientre virginal: *El Señor es contigo.*) **Al oír estas palabras, se turbó, y se preguntaba qué podría significar este saludo.** (María se turbó, no por la presencia del ángel, sino porque su elevada vida sobrenatural de alta mística, captó enseguida la profundidad del saludo, y alegrándose de ello mostró su humildad turbada.) **Mas el ángel le dijo: “No temas, María, porque has hallado gracia cerca de Dios. He aquí que vas a concebir en tu seno, y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús.** (Gabriel ha visto la turbación de María, y temiendo que aquello no sea como parece, la llama por su nombre, para inspirarla mayor confianza y la dice, no temas, porque tú, que no has buscado otro mérito ni otra gloria que agradar al Señor, has encontrado lo que siempre andabas buscando: la gracia cerca de Dios, y tanta y tan confirmando el oráculo de abundante, que has merecido la maternidad divina. Como prueba de ello, la anuncia que concebirá y parirá un hijo, como vaticinará Isaías: *El mismo Dios os ofrecerá un portento: He aquí que la Virgen concebirá y parirá un hijo.* De modo que el ángel repitiendo las mismas palabras del Profeta, vino a decirla: Eres tú, María, la Virgen de quién hablo Isaías, y he aquí que el gran portento prometido por Dios de la concepción y del parto de la Virgen, se cumple hoy en ti, porque, ahora, tú eres virgen, virgen concebirás, y virgen parirás. Esta es la Buena Nueva que solo es conocida por María y que deberá ser anunciada a todo el Orbe, para que crea y ame al fruto de su vientre: A ese Hijo al que le pondrás por nombre Jesús. Nombre adorable, ante el cual debe doblarse toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos, que debe grabarse en los corazones, y ser pronunciado el primero y el último en todos labios, escrito con la sangre de tantos mártires, y bendecido por los santos vencedores de tantos asaltos de impiedad como de bocas blasfemias; ese nombre, toda dulzura y toda fuerza, formidable y tierno a un tiempo mismo es el revelado por primera vez a María.) **El será grande y será llamado el Hijo del Altísimo;** (Establecida de esta manera tan terminante y decisiva la perfecta virginidad de María antes del parto, en el parto y después del parto, se la anuncia que su Hijo será llamado: Hijo del Altísimo, proclamando con esta afirmación que María es, además de Madre del Hijo del hombre, lo es también Madre de Dios. Claro está que

María no engendró la Divinidad, sino tan solo la carne de Cristo, pero como Él, Dios y el Hombre no componen más que una sola persona, un solo supuesto, consubstancial e indisoluble, que es Jesucristo, María siendo verdadera Madre del Hombre es también verdadera Madre de Dios.) **Y el Señor Dios le dará el trono de David su padre, y reinará sobre la casa de Jacob por los siglos, y su reino no tendrá fin.**” (Seguidamente el ángel confirma el misterio de las dos naturalezas en Jesucristo, primero lo declara Hijo y descendiente de David, esto es verdadero Hombre, y añadiendo que reinará en la casa de Jacob, manifiesta que el reino de David fue temporal, sería en Jesucristo espiritual y divino. La casa de Jacob, no es otra cosa la verdadera Iglesia, compuesta por los descendientes de aquel Patriarca. Según la carne, y que pronto se había de componer de los descendientes del mismo Patriarca, según la gracia, como enseña San Pablo, los verdaderos hijos de Jacob no sólo no son los judíos, que tienen en sus venas la sangre de él, sino más bien los gentiles, que tienen en su corazón su fe y su docilidad. El reino anunciado no tendrá fin, es un reino universal, en el cual serán recogidos todos los pueblos de la tierra y a cuyo Rey obedecerán todas las naciones. Este el reino que Jesús nos enseñó a pedir en la oración dominical: *Venga a nosotros tu reino.*) **Entonces María dijo al ángel: “¿Cómo será eso, pues no conozco varón?”** (María estaba persuadida de que el ángel que la hablaba era un enviado de Dios, y de que ella era la destinada a concebir en sus entrañas el Esperado de las naciones, al Prometido, al Verbo hecho Hombre, reconociéndose ya como futura Madre de Dios y Corredentora del linaje humano. Lo que ella no sabía cómo iba a suceder todo esto conservando su virginidad, cuya conservación era para ella indiscutible. Por eso su pregunta y su siguiente observación viene a significar: ¿Cómo será que yo conciba y para ese Hijo Grande y Divino de que me hablas, siendo así que soy virgen y debe serlo, que no conozco varón ni debo conocerlo jamás? María no quiere quedarse con la duda de conciencia, por lo cual no vacila en preguntar si su voto de virginidad será o no un obstáculo al plan de Dios, y no tarda en recibir la respuesta sobre el prodigio portentoso de su maternidad virginal. De derecho, María era la esposa legítima de José. Así había sido dispuesto por Dios para guardar y custodiar la honestidad de la Virgen a los ojos de la gente. En las pocas veces que habla María, su corazón exquisito nos enseña siempre no sólo la más perfecta fidelidad, sino también la más plena libertad de espíritu. Como vemos la pregunta de María no disminuye en nada su docilidad, sino que la perfecciona, mostrándonos que nuestra obediencia no ha de ser la de un autómatas, sino dada con plena conciencia, es decir, de modo que la voluntad pueda ser movida por el espíritu. A los que miran nuestra fe como un ciego dogmatismo, gregario y servil, carente de vida espiritual

propia y que se dejan pasivamente arrastrar a la superstición de la oscura esclavitud de los guías ciegos, María enseña, con el lenguaje de la sencillez y de la verdad, en un alarde sincero de vida espiritual, que a la Luz no se la puede seguir ciegamente y en tinieblas con la *fe del carbonero*, sino con la voluntad de superar la ignorancia de los misterios del espíritu, iluminada por Aquel, que no es un *ídolo mudo*, que habló y sus Palabras son la verdad que hace libres a los que las buscan y conservan.) **El ángel le respondió y dijo: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá; por eso lo Santo que nacerá será llamado Hijo de Dios.** (Con celestial decoro el ángel explica a María el gran misterio de su maternidad virginal. María, no temas perder tu virginidad, permanecerás Virgen al llegar a ser Madre, y más aún, lo que hará tu maternidad es que consumará tu virginidad, pues el mismo Autor de la virginidad, Aquel a quien la has consagrado en tu alma, Aquel que es Espíritu, Aquel cuya virtud creadora obra inmediatamente, Aquel que es Santo, vendrá sobre tí, te cubrirá con su sombra, nacerá de ti, y por esa triple acción de divinidad hará de tí su Templo, su Esposa y su Madre... Por primera vez se manifiesta la Trinidad en esta operación de las Personas Divinas: El nombre del Espíritu Santo jamás se empleó en acción tan personal, así como el del Altísimo agotando toda sublimidad, y lo Santo, tomando substantivamente aplicado al Hijo de Dios y de María, pone el sello a esta divina penetración. Por eso, *lo Santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios*, no el fruto santo, el niño santo, el hombre santo, sino *lo Santo* indefinidamente. Lo Santo por excelencia, el Santo de los Santos, Aquel que de toda eternidad es engendrado en el seno del Padre, tomará de su propia substancia el ser de hombre, que unirá hipostáticamente a la Persona Divina, y será verdadero Hijo de Dios y verdadero Hijo tuyo.) **Y he aquí que tu parienta Isabel, en su vejez también ha concebido un hijo, y está en su sexto mes la que era llamada estéril; porque no hay nada imposible para Dios”. Entonces María dijo: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”.** (El misterio no está aún consumado, falta el consentimiento de María, que tiene que pronunciarse sobre esta grande alternativa: o nuestra libertad, o nuestro perdurable cautiverio. De su respuesta pende la Gloria de Dios, la alegría de los ángeles, la salud de los hombres, la ruina del infierno, y la divina grandeza de ella misma. Señora, en vuestra voluntad está el consuelo de los miserables, la redención de los cautivos y la salvación del universo. María, decid una sola palabra y recibid al Hijo de Dios. El ángel, que ya ha dicho todo, aguarda una palabra, espera que María se declare, honrando con esta actitud silenciosa la libertad de la decisión. Y no se irá hasta que se pronuncie. Momento de máxima tensión: El aguarda y María delibera. La respuesta llega finalmente manifestando, más aún que con

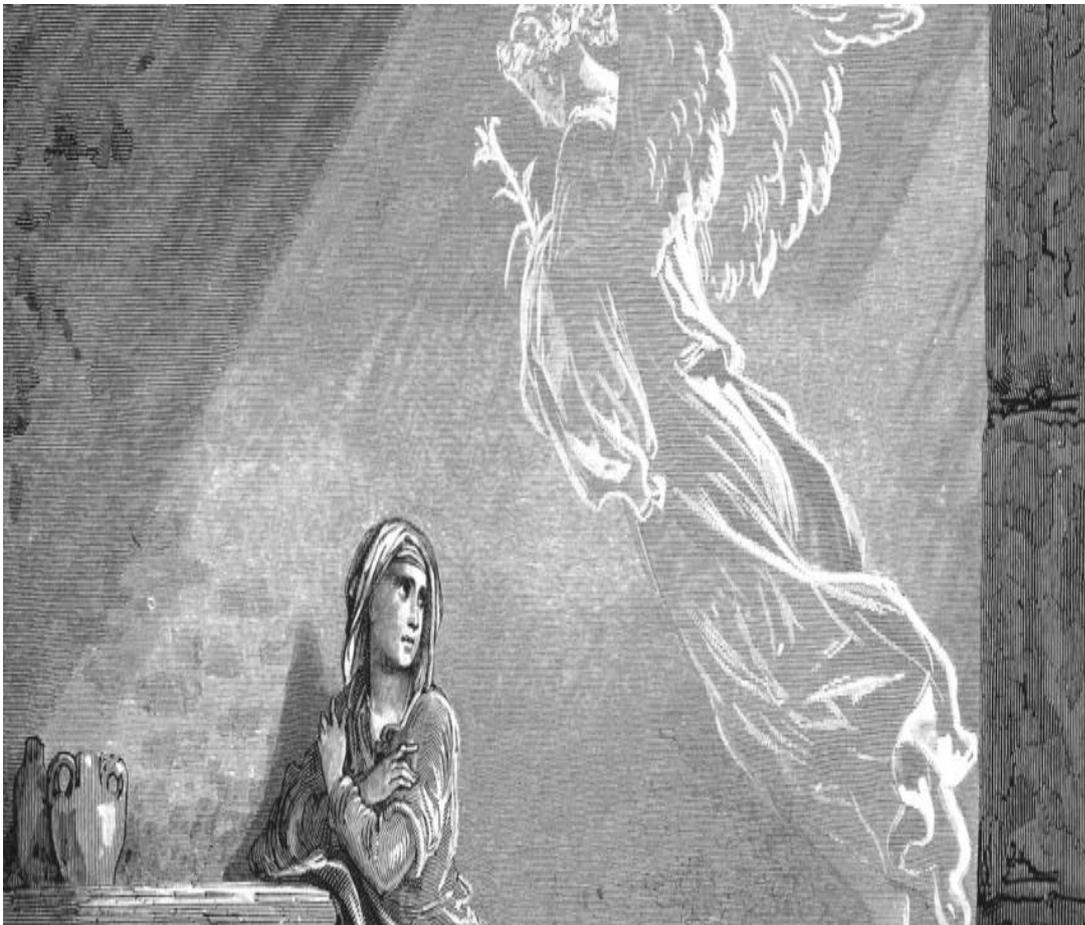
su incomparable humildad y sumisión, con la grandeza de su fe, su entrega entera a la acción divina, sin pretender penetrar el misterio ni las consecuencias que para ella pudiera tener, manifestando, digo, su consentimiento pronunciando ese fiat definitivo, con el que parece estar hecha su boca desde la eternidad, dando acceso en sus entrañas al misterio que se verifica al momento.) **Y el ángel la dejó.** (El ángel se retira para dejar paso libre al mismo Dios.) (Lucas 1, 26-38).

Ave, principio de la salutación angélica, aludiendo al nombre de nuestra primera madre, es el nombre de Eva pronunciado al revés, lo cual indica que la maldición de Eva se convirtió en bendición para María, y que con la gracia del Salvador que vino a traernos, y de la que Ella fue llena, borró la culpa de Eva. Porque, en efecto, parece paradójico que Adán pusiese a su consorte un nombre tan majestuoso después del pecado, llamándola Eva, que significa vivificante y madre de los vivientes, cuando ya había oído la terrible sentencia que la condenaba con todos sus hijos a morir, y se había hecho, por consiguiente, madre infeliz de los muertos. Pero no, el saludo de Adán no fue contradictorio ni vano, sino misterioso y profético. Al llamar Eva a su consorte tuvo presente a María, e inspirado por la luz divina, conoció y vaticinó que María, cuyo tipo y cuya figura era Eva, todavía virgen había de ser la verdadera Madre de los vivientes, comenzando a serlo en el momento en que concibió al Autor de la vida. Por eso al decirle el ángel Ave, fue lo mismo que si la hubiese dicho: Tú eres la verdadera Eva, aquella que lo fue llena de culpa y tú lo eres de llena gracia, siendo aquella rebelde a Dios y tú permaneciendo fiel. La antigua profecía se cumple en ti ahora. En la Anunciación, María es puesta en lugar de Eva para ser la Reina y la Madre del linaje humano, por lo que conviene que la instalación, digámoslo así, de María, fuese el reverso del destronamiento de Eva. Un ángel de luz debía anunciar el Verbo a María, como un ángel de tinieblas había anunciado a Eva la falsa ciencia. Por ambas partes, una proposición del ángel a la mujer, por ambas un coloquio, un consentimiento, un fruto recibido y transmitido al género humano. Pero María es la mujer bendita, porque es la única que ha traído al mundo la bendición por medio del fruto bendito de su purísimo seno, en quien se hallan reunidas todas las bendiciones, y en quién debían ser benditas todas las tribus de la tierra. ¡Qué sublime la conducta de María comparada con la de Eva! María, nueva Eva, elegida para aplicar remedio a la primitiva culpa, se conduce con Gabriel de bien distinta manera que lo hizo la antigua mujer con Satanás. El discurso del demonio a Eva supuso y exaltó en aquella mujer una independencia de Dios, y ese lenguaje de impostura y de mentira en vez de turbar a Eva, la embriagó de una necia complacencia de sí misma, y la llenó de un orgullo desmesurado que la arrastro hasta el extremo de poner en duda la verdad

de las amenazas divinas. Eva dudó y temió antes de ceder a la seducción de la serpiente por si verdaderamente la vendría la muerte con que había sido amenazada, pero no dudó ni temió incurrir en la desgracia de Dios, violando un precepto. No la importaba caer en la culpa con tal de evitar la pena. No era el pecado lo que la detenía, sino la muerte que podía seguirse, ya que, si hubiese estado segura de no morir, habría prevaricado de inmediato, porque su disposición a ello estaba dispuesta desde el primer instante. Por el contrario, Gabriel la saluda y la alaba, con el lenguaje de la sencillez y de la verdad, al que Ella responde, según hemos visto, con su humildad, fundamento de toda operación divina. El ángel la anuncia luego su divina maternidad, y los grandes destinos del Hijo a quién debe dar a luz, y Ella no por esto se deslumbra, sino que recibe esta nueva con una calma de fe razonable que hace resaltar la turbación de su humildad, como se manifiesta en la explicación que Ella le pide, según la medida que conviene al testimonio de su virginidad y a la necesidad de su cooperación. Sin embargo, esta explicación, que parece que debía tranquilizarla dejándola satisfecha de sí misma, la turba, la altera y la hace temblar. La primera cosa que temía María a ser Madre de Dios, era faltar al juramento prestado ante Dios de permanecer virgen. No piensa en la dignidad de ser Madre de Dios si ha de adquirirla a costa de la virginidad, no la espantan los sacrificios que esta alta dignidad debía imponerla, ni prefiere la gracia más sublime que la eleva a la gracia que la santifica y perfecciona; lo que la intimida es la duda de perder la más amada de las virtudes. Se halla dispuesta a someterse a todo cuanto Dios disponga, con tal que la sea lícita observar su promesa. Se ve, pues, que el temor de Eva fue el excesivo amor a la vida, y que, por el contrario, la turbación de María nació de un entrañable amor a la pureza. Por lo mismo, el temor de Eva fue un temor de interés propio, un temor sensual y servil, el temor de la muerte que fue en sí mismo un mayor pecado, y quizás el mayor de los pecados. Pero la turbación de María es generosa, santa e inspirada por el solo interés de la gloria de Dios y de la virtud, el temor de pecar, y por lo mismo fue para María un nuevo acto de virtud y el más grande de todas las virtudes.

Gracias, Santa María, toda pura, toda pulcra, toda obediente, y toda ternura maternal, por tu aroma y por tu testimonio, por ese *hágase en mí tu palabra tan* lleno de caridad y sumisión, al aceptar con alegría y humildad ser la Madre del Amor, la Madre de la Piedad, la Madre de la Misericordia, la Madre del Salvador, y porque al serlo de quién recibimos la vida sobrenatural también lo eres nuestra. ¡Oh Bienaventurada Virgen, que hacimientos de gracias, qué acentos de alabanzas podemos dirigir en cambio de este gran Consentimiento por el cual librateis al mundo! ¡Con qué homenajes podrá nunca la humana flaqueza reconocer bastantemente que debe el cielo a vuestro piadoso consorcio! Solamente una palabra de

consentimiento, un sí cargado de fe razonable e inteligente y *el Verbo se hace carne*, mediante el acceso a las entrañas de María, y habitando entre nosotros abre las puertas del cielo para que podamos entrar y alcanzar el gozo perdido. ¿Cuántas veces hemos de repetir el saludo del ángel para agradecer tu Consentimiento? *Ave María, gracia plena...* delicioso recuerdo del acontecimiento maravilloso jamás habido, y que tus hijos no debemos olvidar.





**Benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui.**

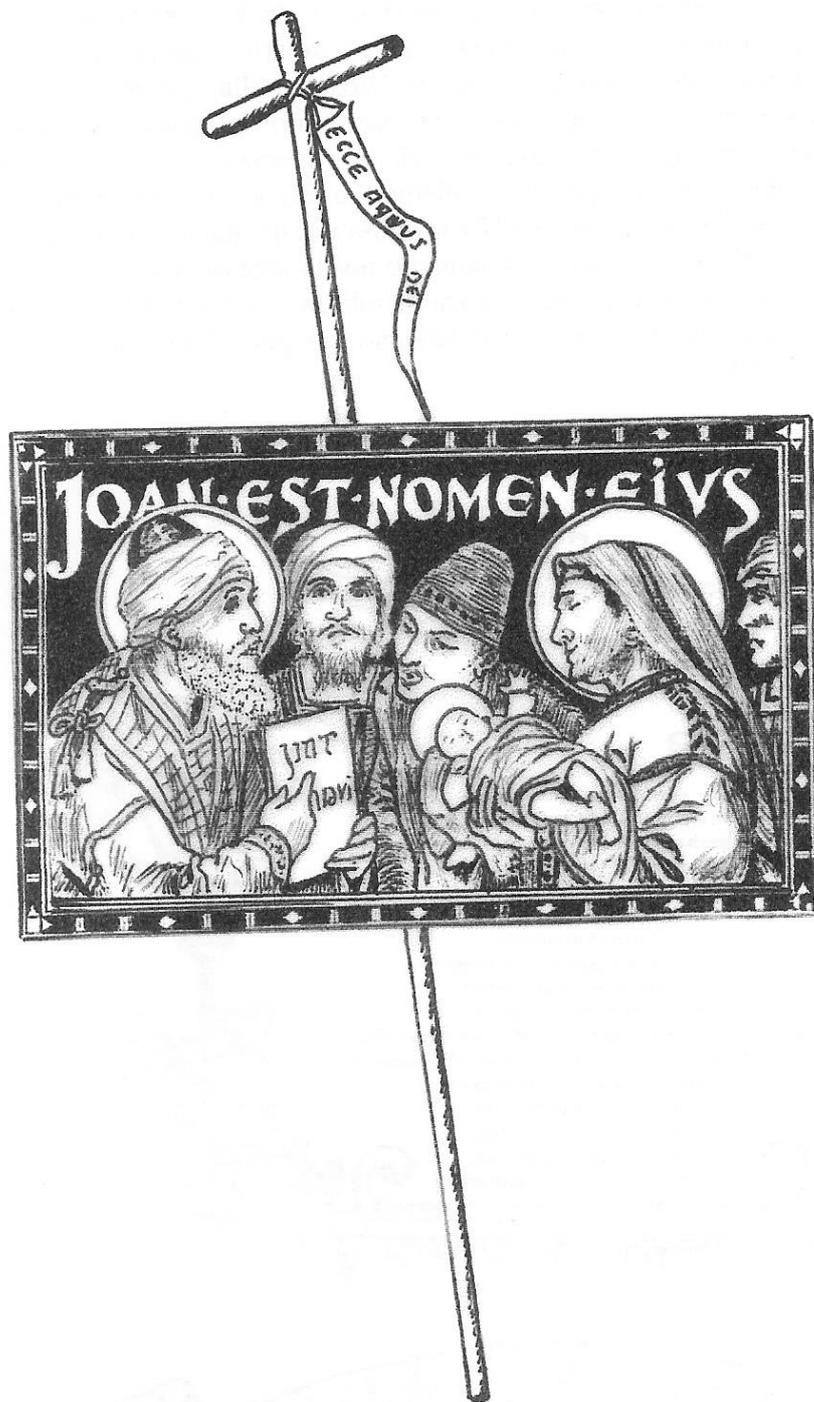
#### 4 - LA VISITACION

**En aquellos días, María se levantó y fue apresuradamente a la montaña, a una ciudad de Judá;** (María cree lo que le ha dicho el Ángel, y recién hecha Madre de Dios, agradecida de por vida no cesará jamás en darle gracias eternas. Consciente de lo mayor que es su prima Isabel y de las dificultades que tendrá en el estado en que se encuentra, se pone en camino para ayudarla, posiblemente sin la compañía de San José, se dirige a una aldea de Judá, distante de Nazaret aproximadamente ciento cuarenta kilómetros al oeste de Jerusalén. En este versículo aprendemos la constante y clara señal de la forma de obrar de María: adelantase a darnos su ayuda antes de que se la pidamos.) **y entro en la casa de Zacarías y saludó a Isabel. Y sucedió cuando Isabel oyó el saludo de María, que el niño dio saltos en el seno de Isabel, quedó lleno del Espíritu Santo.** (Las dos madres llenas del Espíritu Santo, aunque en diverso grado, mutuamente se felicitan y juntas alaban al Señor, que las quiso bendecir tan maravillosamente. Pero María lleva en su seno al Santificador de los hombres, el cual hace sentir sus efectos en Isabel y en el fruto de su vientre por una santificación prematura, santificado Juan, antes de nacer, y es por ello que es el único santo del que celebramos en su nacimiento.) **Y exclamó en alta voz y dijo: “¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Y de dónde me viene, que la madre de mi Señor venga a mí? Pues, desde el mismo instante en que tu saludo sonó en mis oídos, el hijo saltó de gozo en mi seno. Y dichosa la que creyó, porque tendrá cumplimiento lo que se le dijo de parte del Señor.”** (Estas palabras indican que también Isabel estaba informada, sin duda por revelación divina del misterio, que María llevaba en su seno al Mesías, y la saludó bendiciéndola entre todas las mujeres y al fruto de su vientre, continuando con su frase el rezo de la oración más sencilla y, al mismo tiempo, más maravillosa con la que desde entonces saludamos a María. Hemos de agradecer a Isabel esa bendición tan hermosa, al mismo tiempo que hemos de pedirla que nos ayude y enseñe a practicarla con la misma fe y esperanza con que ella recibió a María.) **Y María dijo: “Glorifica mi alma al señor, y mi espíritu se goza en Dios mi salvador, porque ha mirado la pequeñez de su esclava. Y he aquí que desde ahora me felicitarán todas las generaciones; porque en mí obró grandezas el Poderoso. Santo es su nombre, Y su misericordia, para los que le temen va de generación en generación. Desplegó el poder de su brazo; dispersó a los que se engrieron en los pensamientos de su corazón. Bajó del trono a los poderosos, y levantó a los pequeños; llenó de bienes a los hambrientos y a los ricos despidió vacíos. Acogió a Israel su siervo, recordando la misericordia, conforme lo dijera a**

**nuestros padres a favor de Abrahán y su posteridad para siempre”.** (Este himno conocido universalmente como el Magníficat, esta empapado de textos de la Sagrada Escritura, especialmente del cántico de Ana y de los Salmos, lo que nos muestra hasta qué punto la Virgen se había familiarizado con los Sagrados Libros que meditaba desde su infancia. La epopeya de este himno no puede llegar a más alto grado que este cántico virginal del Magníficat, cuyas palabras inundan de vivos resplandores y derraman torrentes de gracia, de virtud y de amor; jamás la tierra ha oído acentos tan divinos como este himno de triunfo, ni se ha encerrado en tan pocas palabras mayores grandezas, ni celebrado tan inefables maravillas con tan sublime concisión. El Magníficat es el canto lírico por excelencia más bello y sublime, que, desbordando sobre todo en sus primeras líneas, no sólo porque empieza cantando y alabando, que es lo propio de la lira y el arpa, como hizo el Rey David, poeta y Profeta, sino también y esencialmente por que es Ella misma la que se pone en juego toda entera como heroína del poema. Es decir que, además de expresar los sentimientos más íntimos de su ser, se apresura a revelarnos, con el alborozo de la enamorada feliz de sentirse amada, que ese gran Dios puso los ojos en Ella, y que, por esas grandezas que Él hizo en Ella, la felicitarán todas las generaciones. Una mirada superficial podría sorprenderse de este *egoísmo* con que María, la incomparablemente humilde y silenciosa, empieza así hablando de sí misma, cuando pareciera que pudo ser más generoso y más perfecto hablar de los demás, o limitarse a glorificar al Padre como lo hace seguidamente en la segunda parte. Pero si lo miramos a la luz del amor, comprendemos que nada pudo ser más grato al divino Amante, ni más comprensivo de parte de la que se sabe amada, que pregonar así el éxtasis de la felicidad que siente al verse elegida, porque esa confesión ingenua de su gozo es lo que más puede agrandar y recompensar al magnánimo Corazón de Dios. A nadie se le ocurriría que una novia, al recibir la declaración de amor, debiese pedir que esta elección no recayese en ella, sino en otra. Porque esto, so capa de humildad, le sabría muy mal al enamorado, y no podría concebirse sinceramente sino como indiferencia por parte de ella. Porque el amor es un bien incomparable - como que es Dios mismo - y no podría, por tanto, concebirse ningún bien mayor que justificase la renuncia al amor. De ahí que ese "egoísmo" lírico de María sea la lección más alta que un alma puede recibir sobre el modo de corresponder al amor de Dios. Y es que este es el sentido del salmo que nos dice: *Deléitese en el Señor y Él te dará cuanto desee tu corazón* y en el que María fiel a la promesa del prodigioso testimonio de amor y bondad con que Dios nos mira, sintiéndose amada permanece en esa certidumbre de amor - no solo amando sino teniendo la conciencia de que Dios la ama - y elige la mejor parte de ese amor. Ojalá tuviéramos un poco de ese *egoísmo* que nos

hiciese desear con gula el amor que Él nos prodiga, en vez de volverle la espalda con indiferencia, como solemos hacer a fuerza de mirarle con ojos carnales, como a un guardián civil al que despreciamos por el puro temor servil y del que menospreciamos la felicidad temporal y eterna, matando la fe viva que salva cuando está animada por la caridad. Toda la segunda parte está llena de doctrina y de poesía que canta la alabanza del Dios asombrosamente paradójal que prefiere a los pequeños y a los vacíos. A la confesión de humildad, sucede la grandiosa alabanza de Dios. Es muy de admirar, y de meditar, el hecho de que toda esta serie de alabanzas, que podrían haber celebrado tantas otras de la divina grandeza, se refieran insistentemente a un solo punto: la exaltación de los pequeños y la confusión de los grandes, como para mostrarnos que esta paradoja, sobre la cual tanto había de insistirle mismo Jesús, es el más importante de los misterios que el plan divino presenta a nuestra consideración. En efecto, la síntesis del espíritu evangélico se encuentra en esa pequeñez o infancia espiritual que es la gran bienaventuranza de los pobres de espíritu, y según la cual los que se hacen como niños, no solo son los grandes en el Reino, sino también los únicos que entran en él. En la tercera parte o final, aquella niña hebrea que había empezado un cántico individual, lo extiende a todo su pueblo, con la esperanza de que se cumpliesen todas las bendiciones prometidas por los Profetas, porque Ella ignoraba entonces el misterio del rechazo de Cristo por Israel.

Tal es el Magníficat. A cuatro mil años de errores, de idolatría de perversión, sucedió por fin una aurora en la que Dios es alabado tanto y con tal fuerza que los agravios anteriores quedan apagados con este pregón de sus glorias, iluminado con este Magníficat cantado por la oscura doncella de Nazaret que alberga en su seno a la mismísima Sabiduría. En él se nos muestra a María en toda la conciencia de su grandeza, sin perjuicio de su humildad, que consiste no en callarla, sino en publicarla, como testimonio del poder y de la misericordia de Dios en Ella. En él recibe de antemano todos los homenajes que las tributamos; promoviéndolos, promulgándolos y consagrándolos. Por más que hagamos y digamos en su alabanza, no haremos sino tartamudear en comparación de lo que Ella misma ha dicho; o más bien en comparación de lo que ha dicho por su boca el Espíritu Santo, de que estaba llena y el Verbo, de quien era la voz. Y, sin embargo, el Evangelio nos la muestra todavía bajo un aspecto aún más grande, porque después de este canto sublime, se eleva Ella a mayor altura en nuestra admiración, precisamente por el silencio que guardó después durante toda su vida.) (Lucas 1, 39-55).



**Desde el seno de mi madre me ha llamado el Señor por mi nombre y ha hecho de mi boca cortante espada; bajo la sombra de su mano me ha ocultado y me ha hecho como flecha acerada.**

## 5 - NACIMIENTO DE JUAN

**Y quedose María con Isabel** (Conocedora Isabel de la Suprema Majestad que hospedaba en su casa, natural es que desease con vivas ansias ser asistida en su parto por su prima María, que era como tener a su lado en aquel trance al mismo Dios y Hombre que había regocijado al Bautista en su vientre, y temiendo que pudiera volverse a Nazaret antes de que llegase aquel momento, la pidió por favor que demorase su partida hasta que viniera al mundo el niño que esperaba. Y, en efecto, María previa consulta con la Divina Majestad, por si tal vez convenía que volviese de nuevo a su casa de Nazaret, al lado de su esposo, resolvió quedarse, con lo cual sintió grandísimo consuelo y dicha extraordinaria la santa esposa de Zacarías, quién durante el último tramo de su embarazo recibió gracias considerables del Señor, para que fuese digna madre del Bautista, recibiendo también otras muchas de la constante comunicación que tenía con la que llevaba en su seno al Autor de todo lo criado y Redentor del género humano.) **hasta que la llego el tiempo de su alumbramiento, y dio a luz un hijo.** (Llegada la hora de que viniese al mundo aquel gran Profeta que debía preparar los caminos del Señor, nació y María Santísima lo tuvo en sus brazos, que fue como darle nueva vida de santificación y de gracia, colmándole de cuanto fuera preciso para ejercer aquel altísimo ministerio a que el Señor le tenía destinado. Isabel no cabía en sí de admiración y de gozo, comprendiendo todo lo que significaba aquel hijo que de modo extraordinario se había formado en sus estériles entrañas, y Zacarías, aunque mudo aún en castigo a su incredulidad de ser padre al cabo de tantos años de esterilidad de su esposa, no expresaba menos con signos y miradas los hondos afectos de su corazón, desde cuyo fondo daba gracias a Dios por aquel inesperado beneficio y le rendía homenaje de admiración.) **Al oír los vecinos y los parientes la gran misericordia que con ella había usado el Señor, se regocijaron con ella.** (Las gentes del lugar acudieron a admirar el suceso, porque era en alto grado sorprendente que la señora de aquella morada, a quién por santa todos respetaban y estimaban, tuviese a su edad un hijo, comprendiendo ahora mejor que, aunque el nacimiento se realizó según las leyes naturales, la gracia de Dios había obrado en sus padres de forma sobrenatural.) **Y al octavo día vinieron para circuncidar al niño y querían darle el nombre de su padre: Zacarías.** (Hubo deliberación para saber qué nombre se le debía poner al niño al circuncindarle, señal externa del pacto entre Dios e Israel, con la que se entraba en la comunidad del pueblo escogido. La costumbre de entonces era poner el primer varón el nombre del abuelo o el del padre, sin embargo, cuando estaban razonando la propia tradición se encontraron perplejos ante la negativa de Isabel.) **Entonces la madre dijo: “No, su nombre ha de**

**ser Juan**". (No hemos de suponer una revelación especial para Isabel, pues suponemos que ella sabía por su marido que el ángel le había ordenado que el niño se llamase Juan, que significa "Dios es bondadoso". Pues así quiso el Verbo que se llamase su precursor para comenzar la Nueva Alianza, puesto que su gran bondad fue enviarnos su misericordia, mediante Jesucristo, para con su gracia encaminarnos por la senda de la salvación, tal y como había sido prometido.) **Le dijeron: "Pero nadie hay en tu parentela que lleve ese nombre". Preguntaron, pues, por señas, al padre cómo quería que se llamase.** (Al preguntarle por señas prueba que Zacarías también estaba sordo.) **Él pidió una tablilla y escribió: "Juan es su nombre". Y todos quedaron admirados. Y al punto le fue abierta la boca y la lengua, y se puso a hablar y a bendecir a Dios. Y sobrecogió el temor a todos sus vecinos, y en toda la montaña de Judea se hablaba de todas estas cosas, y todos los que las oían las grababan en sus corazones, diciendo: "¿Qué será este niño?", pues la mano del Señor estaba con él. Y Zacarías su padre fue colmado de Espíritu Santo y profetizó así:**

**"Bendito sea el Señor, el Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo, al suscitarnos un poderoso Salvador, en la casa de David, su siervo, como lo había anunciado por boca de sus santos Profetas, que han sido desde los tiempos antiguos: un Salvador para librarnos de nuestros enemigos, y de las manos de todos los que nos aborrecen; usando de misericordia con nuestros padres, y acordándose de su santa alianza, según el juramento, hecho a Abrahán nuestro padre de concedernos que librados de la mano de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor en santidad y justicia, en su presencia, todos nuestros días. Y tú, pequeñuelo, serás llamado Profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor, para preparar sus caminos, para dar a su pueblo el conocimiento de la salvación, en la remisión de sus pecados, gracias a las entrañas misericordiosas de nuestro Dios, por las que nos visitará desde lo alto el Oriente, para iluminar a los que en tinieblas y en sombra de muerte yacen, y dirigir nuestros pies por el camino de la paz."**(El cántico de Zacarías es llamado litúrgicamente el Benedictus, que se reza diariamente, de la misma forma que el Magnificat en el Oficio Divino, contiene en primer lugar una acción de gracias al Todopoderoso, y luego una grandísima profecía de la Redención y del Reino de Jesucristo, cuyo precursor será el recién nacido Juan. Los grandes misterios contenidos en este cántico fueron entendidos por Zacarías en toda su profundidad, y algunos de los que estuvieron presentes al milagro y oyeron hablar al sacerdote, fueron también iluminados con la luz de lo alto, para comprender que era llegado el tiempo del Mesías prometido y el cumplimiento de las profecías antiguas. La primera promesa de Dios fue hecha en el Paraíso y se llama

Protoevangelio - Primera Buena Nueva - Fue el primer rayo de luz después de la caída del hombre. El corazón paternal del Padre tiene una salida tan compasiva como insospechada: La futura reparación y salvación por medio de un nuevo Adán, Cristo. Así como por un solo hombre entró el pecado y la muerte en el mundo, por Otro recibiríamos la gracia y la vida. ¡Oh feliz culpa, que nos mereció semejante Redentor! Si fue grande la malicia, mayor aún fue la caridad. Efectivamente, en el pensamiento de Dios el Cordero Inmaculado se inmola desde el principio del mundo y pone a la humanidad caída en vías de redención. Más tarde Noé recibe otra promesa con el arco iris de testigo y que no fue puesto en el cielo para que Dios no olvide sus promesas, sino para que nosotros, al ver esta señal fiel, nos acordemos de a misericordia que Dios nos ha prometido, y tuviésemos confianza en ella. Luego llegó otra, la promesa por antonomasia, llamada Alianza Patriarcal porque la Tierra Santa y el Mesías fueron el fundamento del pacto que hizo Dios con Abrahán. Después vino la llamada Antigua Alianza con Israel, mediante Moisés y la Ley, pero sin abolir las promesas anteriores. En la Historia de la Revelación se conoce con el nombre de Alianza Davídica a la promesa inmutable pactada con el Rey David, semejante a la que hizo Dios con Abrahán, que será confirmada por boca del Ángel en la anunciación, y definitivamente se cumplirá en su descendiente Cristo. Sobre la Nueva Alianza prometida por los Profetas a Israel y Judá, antes que, a los gentiles, aunque fue rechazada en la persona de Jesucristo, Él se hizo mediador de esa Alianza con su sangre generosa, y aplicó las promesas referentes a la salvación al periodo actual de la gracia en que no hay *ni judío ni griego*, y en la que es “*El Oriente*”, la verdadera luz que vino al mundo e ilumina a todo hombre como “Sol de Justicia.”

Por todo lo ocurrido muchos, noticiosos de lo que pasaba, se preguntaban asombrados: “¿*Quién será este niño con quién la mano del Señor se muestra tan poderosa y admirable?*” Juan, el amigo del Esposo, fue, en boca del mismo Cristo, el mayor entre los nacidos de mujer, y antorcha que resplandecía y ardía, preparando los caminos del Señor.

Como sabemos la Iglesia no celebra el nacimiento temporal de los Santos a este mundo, sino su nacimiento para el cielo, o sea el día de su muerte, al que se llama *dies natalis* o nacimiento, porque nacen a una vida que no conoce la muerte. Participemos, pues de la alegría de la Iglesia y conformemos nuestras vidas con las enseñanzas y prácticas del Santo Precursor, del cual, por excepción, celebra también el nacimiento temporal, por haber sido santificado en el vientre de Santa Isabel.) **Y después de tres meses María se volvió a su casa.** (Cumpliendo en todo con la Ley y terminada la circuncisión del niño Juan, llegó la hora de partir y María se despidió de sus parientes con grandes demostraciones de afecto y ternura, tomando el camino de vuelta a Nazaret.) **Y el niño**

**crecía y se fortalecía en espíritu, y habitó en los desiertos hasta el día de darse a conocer a Israel.** (Este verso cierra el nacimiento de Juan. Y así como crecía en el cuerpo, así se fortalecía en el espíritu, es decir en el progresivo aumento del crecimiento a la vida superior humana y sobrenatural. Juan nos será mostrado en su vida pública como un hombre fuerte de cuerpo y alma. Con un carácter humano y religioso que vivía en los desiertos, esto es, que no estaba siempre en el mismo sitio.) (Lucas 1, 56-80).





**Óyenos, Dios omnipotente y misericordioso, para que el rito realizado por nuestro ministerio, reciba con tu bendición su cabal cumplimiento.**

## 6 - LOS DESPOSORIOS

**La generación de Jesucristo fue como sigue: Desposada su madre María con José, se halló antes de vivir juntos ellos, que había concebido del Espíritu Santo. José, su esposo, como era justo y no quería delatarla, se proponía despedirla en secreto.** (Entre los judíos los desposorios o el noviazgo equivalían al matrimonio y aunque los prometidos ya se llamaban esposos no habitaban juntos. Los esponsales hebreos traían consigo obligaciones parecidas a las de matrimonio, exceptuando la cohabitación, y la desposada aguardaba puesta ya bajo la protección y bajo la autoridad de aquel con quién se había prometido. Era, por tanto, un estado que imponía la fidelidad, y toda falta contra ella debía ser castigada con la muerte. El problema era grave. No habiendo manifestado María a su esposo la aparición del Ángel ni la maravillosa concepción por obra del Espíritu Santo, José se vio en una situación sin salida, tremenda prueba para su fe, que el Señor le enviaba, para que de la misma forma que el crisol prueba la plata y la hornaza el oro precedero así también acrisolar su fe al fuego de la confianza en Dios, para creyendo, al salir de la prueba, redunde en alabanza, regocijo de gozo inefable y gloriosísimo honor. Un hombre cualquiera hubiera sabido perfectamente lo que tenía que hacer, pues jurídicamente existían dos soluciones. O acusar a María ante los tribunales, los cuales según la Ley de Moisés la habrían condenado a morir lapidada. O darle un libelo de repudio, es decir de divorcio, permitido también por la Ley para tales casos. ¿Cómo explicar todo aquello? Por su mente pasarían mil ideas que no tenían una sensata solución para acabar con su absurda confusión, y no dudado ni por un solo instante de la santidad de María, el justo patriarca, ante este misterio extraordinario, no encontró otro modo de resolver los dos supuestos planteados, más que con una sola resolución: abandonar a aquella mujer. Decidió dejarla secretamente para no infamarla, hasta que intervino el cielo aclarándole el misterio.) **Más mientras andaba con este pensamiento, he aquí que un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: “José, hijo de David, no temas recibir a María tu esposa, porque su concepción es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús - Salvador -, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados.”** Todo esto se sucedió para que se cumpliese la palabra que había dicho el Señor por el Profeta: **Ved ahí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrán el nombre de Emmanuel, que se traduce: “Dios con nosotros”.** (La cita del Profeta Isaías fue anunciada por Dios con ocho siglos de anticipación, y aunque en forma velada, el asombroso misterio de amor de la Encarnación redentora de su Verbo, estará con nosotros todos los días hasta la consumación del siglo. Será para las almas en

particular y para toda la Iglesia: el *Emmanuel*. Dios con nosotros, por su Eucaristía, su Evangelio y por la voz del Magisterio infalible instituido por Él mismo.) **Cuando despertó del sueño, hizo José como el ángel del Señor le había mandado y recibió a su esposa.** (¡Qué confianza y obediencia la de José! ¡Y qué admirable silencio el de María! Prefiere sufrir la sospecha y la infamia antes que descubrir el misterio de la gracia realizado en ella. Y si el cielo probó así a dos corazones inocentes y santos como el de José y María ¿por qué nos quejamos de las pruebas que nos envía la providencia?) (Mateo 1, 18-24).





**¡Cielos, envidad rocío de lo alto, y nubes, lloved al Justo: ábrase la tierra, y germine el Salvador!**

## 7 - NACIMIENTO DE JESÚS

**En aquel tiempo, apareció un edicto del César Augusto, para que se hiciera el censo de toda la tierra. Este primer censo, tuvo lugar cuando Quirino era gobernador de Siria. Y todos iban a hacerse empadronar, cada uno a su ciudad. Subió también José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, porque él era de la casa y del linaje de David, para hacerse inscribir con María su esposa, que estaba en cinta.** (La plenitud de los tiempos había llegado y los oráculos mesiánicos iban a cumplirse; el poder de Roma estaba en su apogeo, y fue entonces cuando se publicó el edicto del Emperador Romano para que se hiciese el empadronamiento de los pueblos sometidos a su cetro. César y los Gobernadores romanos fueron, sin saberlo los instrumentos dóciles y ciegos de la Divina Providencia; el orgullo y la codicia de los romanos sirvió para que se cumpliesen las profecías: Los hombres se agitan y Dios los conduce. Los judíos fieles a las tradiciones antiguas debían inscribirse por familias y tribus. Habiendo David nacido en Belén, sus descendientes miraban aquella pequeña ciudad como su país nativo y cuna de su casa, a donde se dirigieron José Y María, humildes descendientes de los príncipes de Judá, para, obedeciendo las órdenes de los extranjeros paganos, inscribir sus oscuros nombres al lado de los más ilustres del reino. El viaje debió ser muy penoso para María pues estaba muy avanzado su embarazo, sin embargo, ni una queja salió de sus labios, pues, aunque era una joven tierna y delicada, tenía un espíritu firme y un alma elevada que no se envanecía en las grandezas, sabiendo contenerse en la prosperidad, y aceptar en silencio el infortunio. José, que caminaba junto al jumento que transportaba a su esposa, debió también sufrir las inclemencias del duro viaje, y posiblemente para mitigarlas meditaría sobre los antiguos oráculos que desde hacía cuatro mil años prometían un Salvador, y empezara a comprender los designios de Dios sobre su Cristo. Después de varios días de marcha penosa los viajeros llegaron a Belén, la ciudad de los reyes, ocupada ya por una multitud de hebreos llegados los días anteriores. Buscaron aposento, pero la hospedería estaba llena de mercaderes y de viajeros, no quedando ni un solo cuarto libre, y el Patriarca melancólico volvió al lado de María, que le recibió con una sonrisa de resignación, tomó las riendas del animal y rendido de fatiga vagó por las calles y plazuelas, llamando a muchas puertas, con la esperanza, aunque en vano, de que algún belenita caritativo les ofreciera albergue donde poder descansar. Nadie se lo ofreció. Venía la noche. Los dos esposos viéndose desechados de todo el mundo y desconfiando de encontrar un albergue, salieron a las afueras de la ciudad inhospitalaria, y avanzando sin rumbo encontraron una oscura cueva excavada en la

roca, que servía de establo común para el ganado y de asilo a los pastores en las noches tempestuosas. Y María apoyándose en el brazo de José fue a sentarse en una roca, desnuda e incómoda situada en el fondo de la vieja cueva.) **Ahora bien, mientras estaban allí, llegó para ella el tiempo del alumbramiento.** (Lucas 2, 1-6) **Y José no la conoció hasta que dio a luz un hijo primogénito, al que puso de nombre Jesús;** (La preposición *hasta* empleada por el evangelista no significa como quieren ver algunos como algo contrario que sucede después, no es esa su intención ni pretende insinuar que después del parto hiciese vida marital, el sentido de ello está lejos del significado hebreo de este vocablo, usado indistintamente bien como algo así "mientras", expresando únicamente lo que aconteció o no, al término de cierto momento, más no lo que sucedió después, o bien con un uso más drástico, como podemos observar en el "*hasta*" empleado por Noé para decirnos que el cuervo soltado NUNCA regreso al arca. Por tanto, hemos de afirmar de *no la conoció nunca* y que María permaneció virgen antes, en y después del parto.

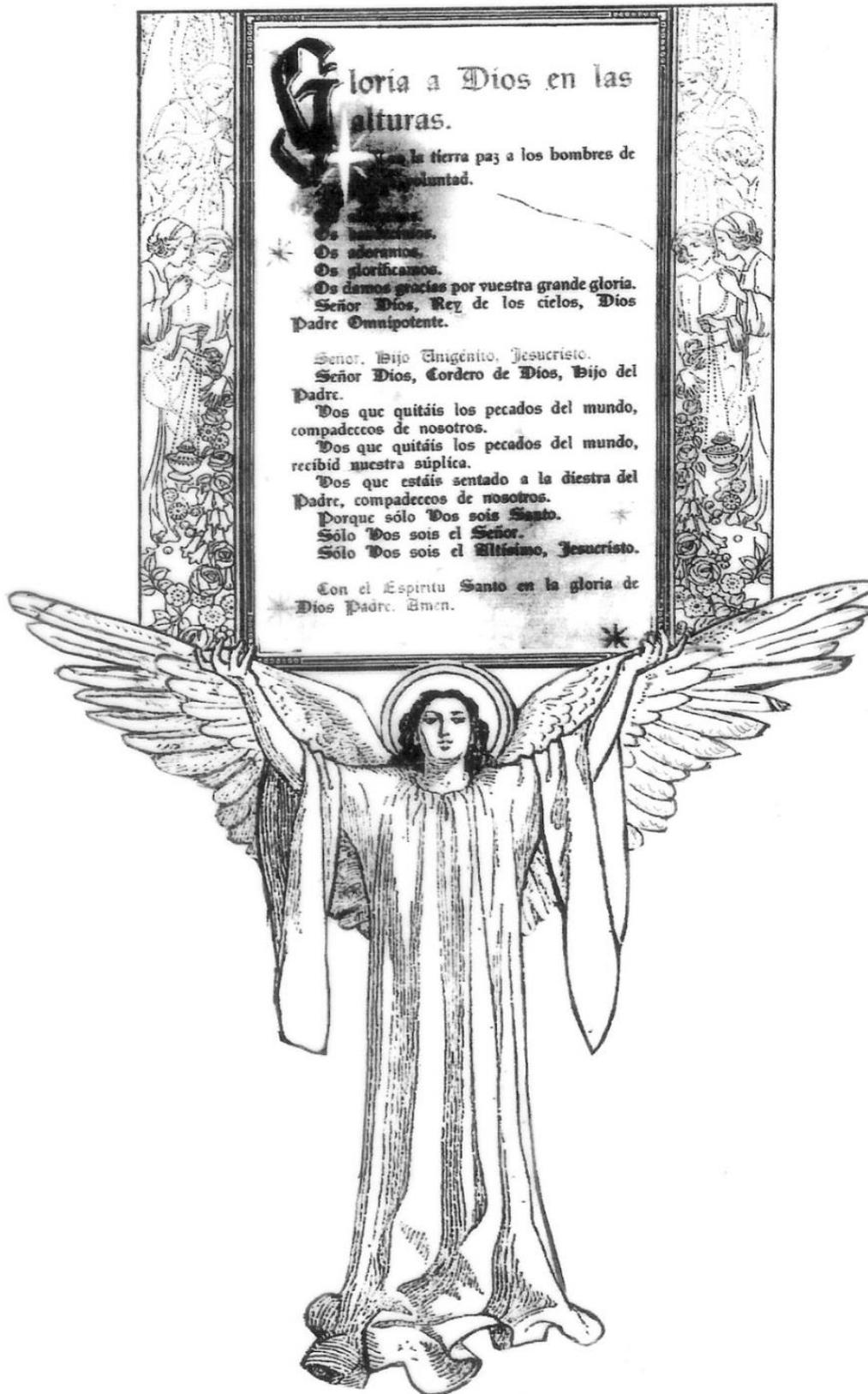
El nacimiento se verificó en forma milagrosa, ante el asombro de los querubines y la postrada adoración de los arcángeles, como el rayo de sol atraviesa el cristal sin romperlo ni mancharlo, así nació el Hijo de María, llenando la gruta y al mundo de luz. Y al igual que había concebido al Verbo sin menoscabo de su virginidad, de la misma forma dio a luz, pues hubiese sido contradictorio admitir que hubiese perdido en el parto su virginidad que había estipulado en cierto modo en la concepción. Fuera de que el parto y la concepción tienen entre sí una estrecha relación que hace de aquel el precio doloroso de ésta, y del cual, por tanto, estaba exenta María, quién pudo atender personalmente al niño adorable para el cual *no hubo lugar en la posada*. ¿No es esta una figura del mundo y de cada corazón donde los otros *huéspedes* no dejan lugar para Él? Finalmente, recordemos el relato de la Anunciación que no solo dice que María concebirá, sino que concebirá y parirá un Hijo, conforme a la profecía: *Una virgen concebirá y parirá*. Digamos pues con la Iglesia que expresa la fe universal de los cristianos: *Virgo prius ac posterius*; y en este prodigio del parto virginal de María honramos la continuación de sus grandezas.

El término primogénito es muy usado en la Ley mosaica, tanto de hombres como de animales, y así se llamaba al primero, aunque fuese hijo único, como se demuestra en la inscripción sobre la joven madre Arsione, muerta en los dolores del parto de su primogénito. No hay que hablar de la ignorante objeción que deduce de esta palabra la consecuencia de que María tuvo otros hijos además de Jesús. Pero tanto como esta expresión no autoriza esa consecuencia en sentido carnal, otro tanto se presta a ella en el sentido espiritual. Efectivamente, Dios, como nos dice San Pablo en la Epístola a los Romanos, nos predestinó para que

fuésemos conformes a la imagen de su Hijo, y para esto participó de nuestra carne y nuestra sangre, debiendo ser semejante a sus hermanos para ser su misericordioso Pontífice en la presencia de Dios. De esta suerte María dio realmente a luz un Hijo primogénito de todos los cristianos de quien ella es de este modo verdaderamente Madre.) (Mateo 1, 25) **y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre,** (Todo lo que María da al Hijo del hombre se lo devuelve el Hijo de Dios. Le viste con pañales y fajas, y Él la viste de gracia y de luz; Ella le da su maternidad, y Él su Divinidad. Lo que Ella recibe está en proporción de lo que lleva. Le reclina en un pesebre, no por un acaso o por una necesidad, sino porque el Amor eterno, de la sabiduría infinita y la Omnipotencia lo han elegido. Podía haber nacido en un palacio, en una gran mansión o en el mismo Senado del Capitolio, porque toda la tierra es suya, pero ¿Qué alivio habría traído a la humanidad miserable, a la que quería consolar y liberar? Era digno del que nada tiene que recibir y que venía a traerlo todo, escoger lo más pobre para enriquecerlo, lo más humilde para elevarlo, lo que no es para convertirlo en lo que es, y manifestar por este medio su grandeza y poderío tanto como su misericordia y su amor.) **porque no había lugar para ellos en la posada.** (El Señor no tiene donde albergarse, nace en un establo y es colocado en un pesebre, y esta indigencia de su cuna viene a ser un signo maravilloso de profecía. En el pesebre se pone el pasto para que coman los animales, y Él es colocado allí para ser alimento de aquellos que se comportan como animales faltos de razón. El Verbo es puesto en el pesebre para atraer a ricos y pobres, a los genios elocuentes y a aquellos a los que no llega la palabra. Ese pesebre, cuna del Salvador, es el recipiente donde está puesto Aquel para ser comido como el alimento que de los fieles. Todas las insignias de su la miseria se han convertido en esa maravilla callada, que es el silencio de María a los pies de Jesús recién nacido. Calla, porque de tal modo está a la altura del misterio, que su sublimidad no la arrebatara ya, sino que toma tanta parte de él, que se identifica totalmente; calla, porque ama, porque adora, porque escucha el silencio de la Palabra eterna que habla a su corazón. Calla, porque desde que ha dado a luz a su Hijo, no quiere hablar, solo desea escuchar mejor a Jesús que también calla exteriormente y la habla dentro. ¿Cómo hablar cuando doblemente no hay nada tan digno de ser oído que a su Hijo en su silencio y en su palabra? Ella quiere escuchar a la Palabra, ese Verbo que ha traído al mundo en un establo, porque no había lugar para Él en la posada, negándole esa hospitalidad que el mundo no niega al más miserable: la cuna del nacimiento y el lecho de la muerte. El pueblo ciego para que naciese le arrojó a un establo; para que muriese le clavo en una cruz. Todas las puertas se cerraron al que venía a abrirles las puertas el

cielo. Aquel establo se convirtió en el Sagrado Templo de lo Inmenso, de lo Infinito, de lo Increado.) (Lucas 2, 7).





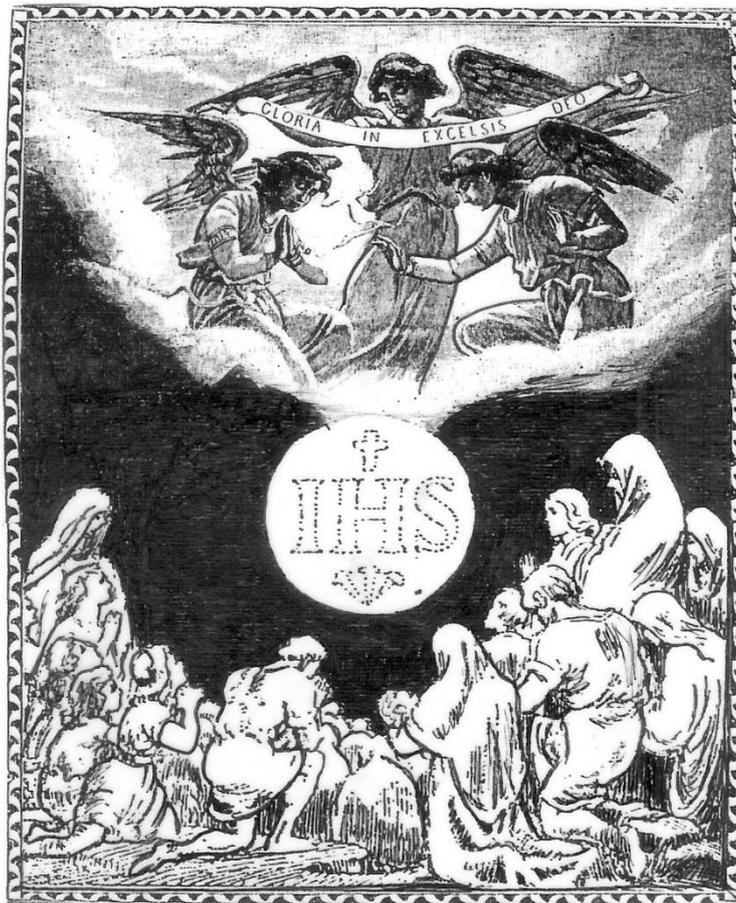
Los cielos cantan la gloria de Dios, y pregonan el firmamento las obras de sus manos

## 8 - GLORIA IN EXCÉLSIS DEO

Había en aquel entorno unos pastores acampados al raso, que pasaban la noche custodiando su rebaño, y he aquí que un ángel del señor se les apareció, y la gloria del Señor los envolvió de luz, y los invadió un gran temor. (La sencillez del corazón es grata a los ojos de Dios, y Dios vio el corazón sencillo de los pastores, y quiso hacerles partícipes del nacimiento del Verbo encarnado, que había de conmover y transformar el mundo. Acababa de venir al mundo el Salvador y después de callar María tras un suavísimo y sobrenatural coloquio que mantuvo con su Hijo y con su Dios, miles de ángeles poblaron la gruta y rodearon el pesebre postrándose ante el Niño para adorarlo, reverenciarle y reconocerle como Señor y Dueño de todo lo criado -según se les anunció y propuso desde el principio de los tiempos, lo cual dio ocasión a la rebeldía de Luzbel y sus legiones- quedando el cielo como desierto, porque toda la corte invisible estaba en la gruta de Belén adorando a su Creador humanado en hábito nuevo y peregrino. Cuando ya el Niño estaba acomodado entre las pajas del pesebre -trono singular que el mismo Dios escogía para enseñarnos el verdadero camino de la grandeza- tomaron parte en esta adoración María, la Reina de las criaturas, y el humildísimo José, así como el jumento que había llevado a María, y un buey -que según la tradición esta también allí- se postraron ante el Niño y con su aliento le calentaron y sirvieron con el obsequio que le negaron los hombres. Así estuvo el Infante, envuelto en pañales, reclinado en pesebre entre los animales, cumpliéndose milagrosamente la profecía: *Conoció el buey a su dueño y el jumento al pesebre de su Señor, y no lo conoció Israel ni su pueblo tuvo inteligencia.* Los ángeles salieron de la gruta, poblaron los aires de las colinas inmediatas, donde los pastores, bajo el reluciente y estrellado cielo de Oriente, velaban aquella noche sus rebaños agrupados ya y soñolientos en el aprisco, para hacer partícipes de la gran novedad a los sencillos habitantes, que asombrados, ante el resplandor del ángel aparecido, se turbaron y temieron un castigo del cielo.) **Díjoles el ángel: “No temáis porque os anuncio una gran alegría que será para todo el pueblo: Hoy os ha nacido en la ciudad de David un Salvador, que es Cristo Señor. Y esto os servirá de Señal: Hallareis un niño envuelto en pañales, y acostado en un pesebre”. Y de repente vino a unirse al ángel una multitud del ejército del cielo que se puso a alabar a Dios diciendo: Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.”** (Gloria que no ha dejado de repetir la raza humana desde entonces con transportes de amor y de alegría, porque el júbilo de saber que Dios está con nosotros nos ha embriagado de tal forma que nuestros tristes y pobres corazones

humanos, se han transformados para siempre en alegres y ricos, como que nada poseemos, aunque lo poseemos todo.) (Lucas 2, 8-14).

# gloria in excelsis deo





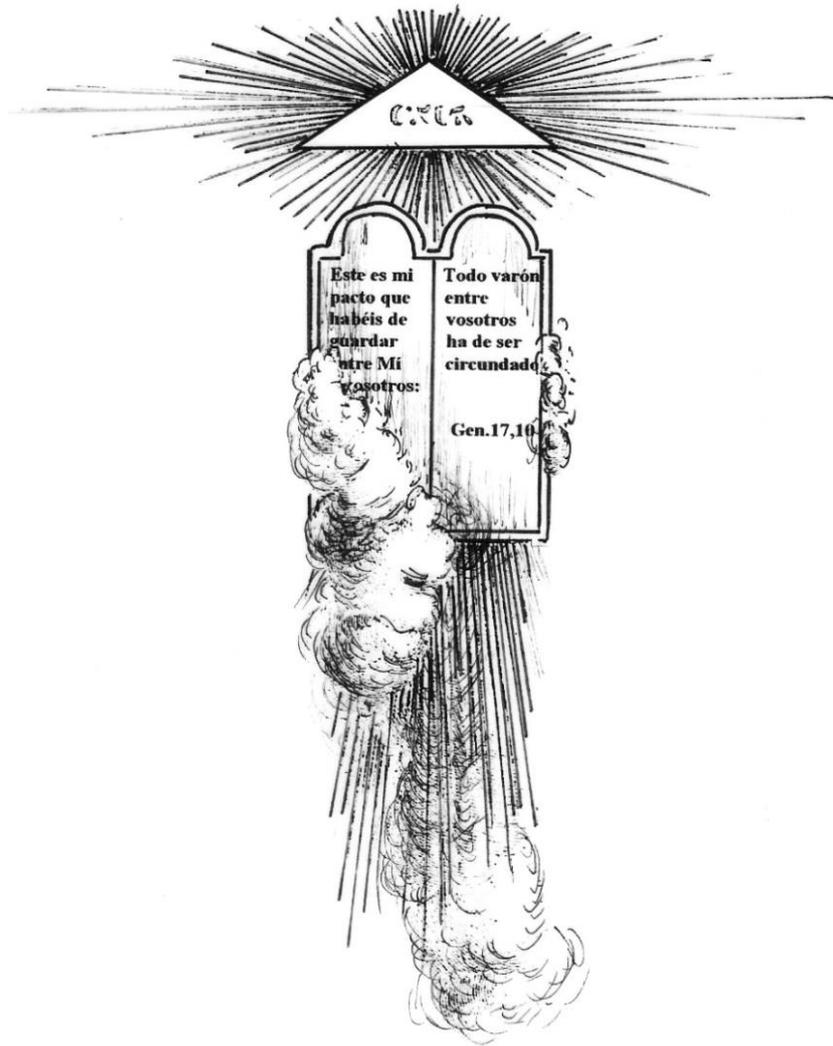
**Un día santo nos ha amanecido: venid, gentes, y adorad al Señor,  
porque hoy ha bajado una gran luz a la tierra.**

## 9 - LOS PRIMEROS ADORADORES

Cuando los ángeles se retiraron de ellos al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: “Vayamos, pues a Belén y veamos este acontecimiento, que el Señor nos ha hecho conocer.” Y fueron aprisa, y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Y al verle, hicieron conocer lo que les había sido dicho acerca de este niño. (El himno de gloria que resonaba en las alturas resonó también en el corazón de los pastores, que llenos de dicha, con esa alegría que los ángeles bendijeron, escucharon la llamada del cielo para que acudiesen a recibir a la Palabra creadora envuelta en el ropaje humano, y no vacilaron en responder al llamamiento. ¡Bendita sencillez, que no es sorda jamás a la voz de la justicia! Ni discute, ni duda, ni analiza; ve la luz en la estrella anunciadora del cielo y va tras ella, como el corderillo tras de la madre. Los humildes pastores fueron los primeros en adorar al Niño reclinado en el pesebre junto a José y a María; humildes pescadores sus primeros discípulos. Quién nació en un pesebre y murió en una cruz, ¿qué había de buscar sino la humildad para confiar sus secretos y transmitir sus virtudes? Así, los pastores pobres e ignorantes prestaron la ofrenda de su buena voluntad y su sincera adoración. Tal es, después del misterio de su nacimiento, el de las primeras adoraciones que recibe Cristo en el pesebre, en el estado más propio para mostrar que es Hijo del Hombre, por eso quiso recibir las primeras adoraciones del género humano en ese estado como hijo de una madre humana; por eso quiso mostrarse hecho *de la mujer*, por eso aparta de su pesebre cuanto pueda indicar demasiado que es Dios, y coloca a su lado a María y a José como testigos de su humanidad.) **Y todos los que oyeron se maravillaron de las cosas que les referían los pastores.** (¿Quién eran esos pastores? ¿Cómo se llamaban? ¿Adónde fueron después? ¿Qué fue de ellos? No se sabe nada. Posiblemente, en los días que la Sagrada Familia permaneció en la gruta, volverían algunas veces a visitarles llevándolos algunos presentes de lo que le permitía su pobreza. Únicamente sabemos que su testimonio de los hechos transmitidos admiraba los que los oían hablar de lo que habían visto, pues era preciso que extraños a José y a María anticipasen el suceso revelado al pueblo sencillo, y al no ser parte interesada, nadie dudase de su veracidad.) **Pero María retenía todas estas palabras ponderándolas en su corazón.** (Solamente María, entre todos los presentes y testigos de los hechos, está a la altura de su misteriosa significación, por su fidelidad a no perder nada de ellos, por su aplicación a meditarlos, nutriéndose de ellos, comparando unos con otros, conservando y atesorando todas las luces y gracias recibidas en su corazón. Y no solo las conservó, sino que las cultivó, fecundó, aumentó, mediante el trabajo interior de su fidelidad y llevó hasta la más sublime perfección. *Conservabat omnia*, es como la

moraleja que parece decirnos que la vida de María fue toda igual y uniforme, solamente hizo una cosa, pero la más grande, la única cosa: Conservó las acciones y palabras de la Sabiduría eterna repasándolas en su corazón, ponderándolas de tal modo para sí misma que todas estas cosas, las conservó para nosotros, para la Iglesia y para el mundo, como digna depositaria de los misterios de que sería testigo más adelante.) **Y los pastores se volvieron, glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto según les había sido anunciado.** (Lucas 2, 15-20).





**Al nombre de Jesús doblen la rodilla todas las criaturas del cielo, tierra e infierno.**

## 10 - LA CIRCUNCISIÓN

**Habiendo cumplido los ocho días para su circuncisión,** (El misterio de la Circuncisión de Nuestro Señor Jesucristo se puede llamar el gran misterio de las humillaciones, la primitiva prenda de nuestra salvación, la consumación de la Ley antigua, y como las arras del primer sello del Nuevo Testamento.

Habiendo Dios escogido para Sí un pueblo entre todas las naciones del mundo, ordenó que fuese la circuncisión el distintivo que los diferenciase de todos, y así en el Génesis dijo Dios a Abrahán: *Este es mi pacto que habéis de guardar entre Mí y vosotros y tu posteridad después de tí: Todo varón entre vosotros ha de ser circundado. Os circundaréis la carne de vuestro prepucio; y esto será la señal del pacto entre Mí y vosotros.* Los racionalistas se rompen la cabeza en busca de una explicación satisfactoria de la circuncisión y su introducción en el pueblo escogido. Es cierto que también en algunos otros pueblos de la antigüedad, por ejemplo, entre los egipcios y algunos pueblos semíticos, se conocía esta institución, pero lo que distinguía la circuncisión del Antiguo Testamento en todas las prácticas semejantes, aún anteriores es su significado esencial y exclusivamente religioso, su carácter de sello de la alianza con Dios. Para Abrahán y su descendencia la circuncisión constituía una especie de Bautismo. La circuncisión era el primero e imprescindible cumplimiento de la Antigua Alianza, daba derecho a las promesas y bendiciones del pueblo de Dios, y quién carecía de ella era excluido, como extranjero, de todos esos bienes. Por la circuncisión se obligaba al hombre al fiel cumplimiento de la Ley del Antiguo Testamento. Era un sello indeleble impreso en la carne para honra o para ignominia y reprobación, según que el circundado viviese en pureza y santidad o apartado de las virtudes. Pero... La circuncisión estaba prescrita sólo para Abrahán y su descendencia, hasta los tiempos del Redentor, el Bautismo en cambio, es Ley para todos los pueblos y para todos los tiempos, hasta el fin del mundo. La circuncisión era una señal corporal, que daba derecho a los bienes corporales y terrenos; el Bautismo no consiste sólo en un signo externo, sino que encierra en sí la gracia, imprime al alma un carácter indeleble y comunica bienes mucho más elevados, espirituales y celestiales. Además, la circuncisión no alcanza a justificar a nadie por sí sola, como nos expone magníficamente San Pablo en la Epístola a los Romanos cuando dice que el Patriarca Abrahán fue justificado por la fe, *porque la fe se le reputó a Abrahán por justicia.* Era justo delante de Dios antes de ser circundado, porque recibió la marca de la circuncisión como un sello de justicia que había adquirido por la fe, cuando era aún incircunciso, para que fuese padre de todos los que creen en Él, sin estar circuncidados. De ahí la definición del Concilio Tridentino: *Que la fe es*

*el principio de la humana salvación, el fundamento y la raíz de toda justificación.* Como se ve, Dios reprende, ya desde el Antiguo Testamento, la confianza orgullosa de los judíos en la circuncisión carnal, como lo hiciera más tarde San Pablo al aclararnos que no es judío el que lo es exteriormente, ni es circuncisión la que se hace por fuera en la carne, antes bien, es judío el que lo es en lo interior, y es circuncisión la del corazón, según el espíritu y no según la letra, cuya alabanza no es de los hombres, sino de Dios. E insiste nuevamente el Apóstol en este sentido al afirmar en la Epístola a los Gálatas: *Mirad, yo Pablo os digo que si os circundáis, Cristo de nada os aprovecha.* Es decir, que la rectitud está en aceptar y amar a la verdad tal como ella es, sin querer imponerle condiciones. La sabiduría está en descubrir que esa verdad consiste en la aceptación gustosa de nuestra nada propia, para recibir en cambio el todo, gracias a la generosísima Redención de Cristo, que por su muerte unió a judíos y gentiles, derribando el muro de la Ley que los separaba, al hacernos a todos hijos de Abrahán, no por la circuncisión de la carne, sino por la fe, verdadera circuncisión del corazón, propia del Evangelio. Quién no tiene este espíritu de mortificación interior debe ser reputado, por decirlo así, como incircunciso.

Quiso Jesucristo Señor nuestro someterse al cumplimiento de la Ley en todas sus partes, aún en aquella que debía ser derogada o sustituida por otra, y aunque no había en su naturaleza humana sombra alguna del pecado de Adán, así y todo, puso su Carne al cuchillo de la circuncisión, como más tarde su Cabeza y su Cuerpo al agua del Bautismo. Fue menester que cargase con la marca del pecador, para que pudiese también cargar sobre sus espaldas la pena correspondiente al pecado. La Santísima Virgen, conocedora de los misterios de su Hijo Divino, no ignorando que aquella preciosa e inmaculada Sangre derramada había de servir para borrar los pecados del mundo, los cuales, sólo a costa de tanto precio obtendrían el perdón, es natural, que a pesar del dolor que causaría en Ella este acto, no vacilara en el cumplimiento de la Ley, pues comprendía que para ello había tomado su Hijo la naturaleza humana y cargado sobre Sí con todas las culpas. Posiblemente fuese el mismo José el encargado de conferirle este mandato de sangre, que cumpliría también con dolor siete días después del feliz natalicio.) **le pusieron por nombre Jesús, el mismo que le fue dado por el ángel antes que fuese concebido en el seno.** (Jesús en hebreo es *Yesua*, abreviatura de *Yehosua*, nombre compuesto de *Yheo-Jehová* y *Yesua-Salud*. Por donde Jesús significa lo mismo que Dios-salud o Dios-Salvador. Jesús era el nombre adecuado y personal del Verbo encarnado, que el Padre eterno, por medio del Arcángel San Gabriel, mandó se le impusiese, por ser el nombre que llena toda su misión y toda su historia, sin que nada falte y ni sobre, ya que todos los nombres, títulos, cargos y beneficios están

incluidos y significados en él. Diciendo Jesús decimos todo cuanto de Jesús puede decirse. Y en conformidad a lo ordenado, pusieronle por nombre Jesús, de acuerdo ambos Santos esposos, y persuadidos de que era éste el nombre apropiado del que venía a salvar al mundo. Por eso no tomo el nombre de Salvador hasta el día de su circuncisión, y esto fue, hablando en rigor, el día que echándose a costas la carga de nuestros pecados, hizo solemne obligación de satisfacer por ellos. Vida pobre y oscura, vida laboriosa y humillada, oprobios, suplicios y muerte de cruz, todo fue efecto de la dura obligación que contrajo en este misterio. Nada padeció en su pasión, ni durante el curso de su vida, que no hubiese aceptado libremente en su circuncisión. Por este motivo de amor y reconocimiento de su misterio en las primicias de sus dolores nos preguntamos: ¿Qué sería de nosotros si no se nos hubiese logrado tan dulce Salvador? Aunque con mucha más razón podemos hoy y ahora preguntarnos: Pero ¿qué será de nosotros, si no nos aprovechamos de todo lo que este divino Salvador padeció para salvarnos? Jesús fue el nombre que resonó con estrépito atronador en los abismos, que repitieron en nuevos cánticos de alabanza los ángeles, que llenó con su omnipotente sonoridad los espacios infinitos, y que desde aquel momento ha ido repitiéndose con himnos universales para que ante él toda rodilla se doble en el cielo por los que por nuestro Salvador se salvaron, en la tierra por los que en él están recibiendo la salvación, y en los infiernos por los que por no haberse querido salvar en él por amor, están ahora perdidos para siempre y sujetos a su majestad por temor y castigo de la justicia divina. Si al nombre de Jesús toda rodilla ha de doblarse, con mayor motivo hemos de humillarnos ante Su presencia real, como hicieron los pastores y los reyes al adorarle en la gruta de Belén, y ha continuado haciendo la cristiandad al correr de los siglos, hasta que el humo del infierno, en una revolución camuflada con tinte humanitario ha entrado en la Iglesia - como la serpiente en el Paraíso - y actualmente y en presencia de la Hostia Consagrada, donde está Jesús real y verdaderamente presente con su Cuerpo, con su Sangre, con su Alma y su Divinidad permanecemos erguidos, aparentando igualdad o sentados en el cojín de nuestra soberbia, queriendo nuevamente - como nuestros primeros padres - ser como dioses. No nos postramos ante la presencia real de Jesús ¿o bien por ignorancia o bien por falta de fe? Porque obramos según creemos. Reflexionemos sobre ello, y pongamos a cada uno en su lugar: A Jesús en las alturas y a nosotros postrados en su presencia con buena voluntad y alegres porque Él permanecerá con nosotros hasta la consumación de los siglos.

Para remarcar y profundizar en este misterio del dulce nombre de Jesús, nuestra Santa Madre la Iglesia Católica ha querido que se celebremos este Santísimo nombre de Jesús el primer domingo entre la Circuncisión

del Señor y la Epifanía, o si no el día 2 de Enero, para que nuestros labios le pronuncien con la dulzura que lo pronunciaba María cuando le llamaba, y así nos acostumbremos a llamarle con ilimitada confianza en todo momento y lugar: En nuestras tentaciones, después de nuestras caídas, en nuestras dificultades, adversidades y miserias de la vida y, sobre todo en el trance de la muerte, cuando con el postrer aliento nos atrevamos a pronunciar por última vez Su Santísimo nombre en el encuentro final.

¡Dulce nombre de Jesús! Nombre que debe ser pronunciado con el más profundo respeto. Nombre verdaderamente divino, que sólo Dios pudo imponer al Salvador del mundo. Nombre venerable, que hace a todos doblar las rodillas en el cielo, en la tierra y en los abismos, y que toda grandeza se humille a su eco, y toda lengua confiese que Nuestro Señor Jesús está en la gloria de Dios Padre. Nombre sacrosanto, que estremece al infierno y pone en fuga a los demonios. Nombre omnipotente, en cuya virtud se han obrado los mayores y más auténticos milagros. Nombre salutísimo, de quién reciben, por decirlo así, toda su eficacia los Sacramentos de la Nueva Ley. Nombre amable, que sólo por su respeto oye benigno y atiende nuestras oraciones. Nombre glorioso, anunciado por el celo de los Apóstoles a todos los gentiles de la tierra. Nombre augusto, por cuya confesión los mártires se gloriaron y se complacieron en sufrir los más crueles tormentos. Nombre valiente, por cuya tasa fue nuestra salvación. Nombre luminoso, irradiante de luz en los peligros. Nombre consolador en los trabajos y adversidades de los fieles. Nombre saludable para todos los que le tienen grabado en su corazón. Nombre paciente en la espera del arrepentimiento de los pecadores. Nombre manso y humilde, ejemplo de obediencia y amor al Padre. ¿Qué nombre más respetable a los Ángeles, más formidable al infierno, más venerable a los hombres, que el sagrado y dulce nombre de Jesús? Nombre augusto, porque no hay cosa más gloriosa para Dios que ser Salvador de los hombres, y aún por eso compró este nombre a tan alto precio, haciendo aún mucho más de lo que bastaba para merecer esta gloria. Él es un nombre que inspira alegría y confianza, porque al mismo paso que es un soberano remedio para todas las calamidades de esta vida, es también una hermosa prenda de la felicidad eterna. ¿Qué significa el nombre de Jesús sino Salvador? Pues sálvame Tú, o buen Jesús, aunque no sea más que por corresponder a lo que me promete tu nombre. El sagrado nombre de Jesús es nombre delicioso, nombre dulce, como la miel para mi boca, nombre que asegura y que alienta al pecador. ¡Oh buen Dios! Si yo por mi desgracia perdí el derecho de salvarme, Tú por tu misericordia conservas el título para no perderme. El nombre de Jesús lleva consigo la prenda más segura de su bondad donde están contenidos todos los bienes. Nombre que acredita la omnipotencia del que se distingue con él.

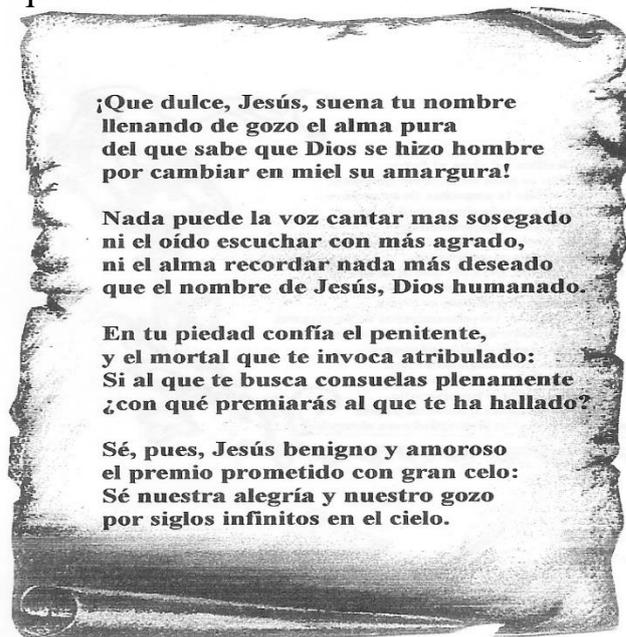
Nombre del buen consejo, , camino y puerta del cielo, alegría de los ángeles, refugio de los pecadores, celador de nuestras almas, tesoro de los fieles, amante de la castidad, fortaleza de los mártires, dulzura y bondad eterna, verdadera luz, corona de los pobres, pureza de las vírgenes, autor de la vida nuestra, verdadera paz, sol de justicia, cordero de Dios y buen pastor, maestro doctor y rey, misericordia infinita. Nombre, en fin, incomparable, pues no hay otro debajo del cielo, en cuya virtud podemos nadie ser salvos.

Todos los nombres están incluidos en él. Todos los cargos y todos los beneficios que hizo a la humanidad están significados en él. Jesús y nada más que Jesús ha sido Jesús para nosotros, y diciendo Jesús decimos todo cuanto de Jesús puede decirse.

Señor y Dueño nuestro, ¡cuán admirable es vuestro nombre en toda la tierra! Bendito sea siempre este sagrado nombre que aplaca la ira de Dios, nos libra de su maldición, y atemoriza a los mismos demonios. Hombres mortales, en este santo nombre tenemos con que calmar nuestra turbación, con que remediar nuestros males, con que socorres nuestras necesidades, con que alentar nuestra fe, con que encender nuestra caridad, con que alimentar nuestra esperanza. Si tememos la muerte ese dulce nombre es la vida; si miramos al cielo, él es el camino; si nos abrasa el calor de la calentura, él es la salud; si tenemos hambre, él es el sustento; si nos oprime el trabajo, él es el descanso; si combatimos generosamente, él es la corona. No, no es este nombre, dulce Jesús mío, un nombre vacío, un nombre aéreo, una vana sombra de nombre como el de otros que le han precedido; es nombre que da toda la plenitud de su significado. Este sagrado nombre lo trajo el Ángel, pero no le impuso, porque siendo Salvador por su misma naturaleza, desde la eternidad tenía también este nombre innato; no fue impuesto tampoco por hombre alguno. En fin no hay remedio más eficaz para abatir la inflación del orgullo, para extinguir el incendio de la lascivia, para mitigar la sed de la codicia, que invocar el dulce nombre de Jesús, que tenerle incesantemente en la boca, y conservarle grabado en el corazón. Y si estamos tristes, en la noche oscura, traslademos el nombre de Jesús desde el corazón a los labios, y veremos presto la disipación de las tinieblas, volviendo la serenidad y la belleza del día. ¿Que nos inducen a la desesperación los remordimientos de conciencia y nos estremecemos por la espantosa vista de nuestros enormes pecados? Pronunciemos el dulcísimo nombre de Jesús y experimentaremos como revive la confianza, y el tentador se pone en vergonzosa fuga, pues al solo nombre de Jesús se desarma todo el infierno junto. Él es el que hace derramar en la oración lágrimas tan dulces como la miel. Él es el que infunde tanto aliento en los peligros que hace sentirnos en la seguridad del peregrino que está acompañado por el único Guía. ¡Quién invocó jamás este adorable nombre que no fuese

socorrido? ¿Quién se vio nunca combatido de las pasiones más violentas. O atacado de sus más furiosos enemigos que, invocando este dulcísimo nombre, no hubiese conseguido una completa victoria? Veneremos e invoquemos este augusto nombre que llevamos impreso en nuestra alma. Pidamos al Señor Omnipotente y Eterno, que habiéndonos criado y redimido, nos atienda propicio nuestras súplicas, para que reunidos de entre las naciones podamos celebrar que constituisteis a vuestro Unigénito Hijo Salvador del mundo y le pusisteis el nombre de Jesús, concedednos propicio que cuantos veneramos su santo Nombre en la tierra, le alabemos eternamente y le veamos en el cielo, glorificándonos en cantar vuestras alabanzas, y así merecer como premio de eterna predestinación el que nuestros nombres sean escritos en los cielos junto al de Aquel que se hizo hombre sin dejar de ser Dios, *porque ese Jesús es la piedra que se desechó al edificar, la cual ha venido a ser la piedra angular; y fuera de Él no hay que buscar la salvación en ningún otro. Porque no se ha dado a los hombres otro Nombre debajo del cielo por el cual debamos ser salvos.* Vos sois suave y benigno y clementísimo para con todos los que os invocan. Vos sois grande y autor de maravillas. Vos solo sois Dios.

No hay en la tierra ni en el cielo nombre más venerado, más augusto ni más dichoso. Y con razón pudo decir San Pablo que al oírlo se arrodillaban en el cielo los que por nuestro Salvador se salvaron; en la tierra los que de él están recibiendo la salvación, y en los abismos los que por no haberse querido salvar en él por amor, están ahora perdidos para siempre y sujetos a su majestad por temor y castigo de la justicia divina. Jesús de Nazaret, es el nombre personal y propio del Verbo encarnado. ¡Jesús!, ¡Jesús!, ¡Jesús!, el nombre último que escucharán nuestros oídos cuando nos hagan la recomendación del alma. ¡Dichoso aquel que tiene su boca hecha con el nombre de Jesús!) (Lucas 2,21).





**Encuétrase a Dios siempre que se le busca:  
¡Y qué consuelo es hallarle después de buscado!**

## 11 - ADORACION DE LOS MAGOS

**Cuando hubo nacido Jesús en Belén de Judea, en tiempos del rey Herodes, unos magos de Oriente llegaron a Jerusalén,** (Según las antiguas tradiciones de Irán recogidas por Albufarege, el restaurador del magismo, hombre de mucha ciencia, grande astrónomo y muy versado en la teología de los hebreos, anunció bajo los primeros sucesores de Ciro y poco tiempo después del restablecimiento del Templo, que un Niño Divino destinado a cambiar la faz del mundo, nacería de una Virgen pura e inmaculada, en la región más occidental de Asia. Añadió que una estrella desconocida en su horizonte señalaría este notable suceso, y que a su aparición los magos deberían por sí mismos llevar presentes a su Joven Rey. Fieles y religiosos ejecutores de la voluntad de Zoroastro, tres de los más ilustres magos -nombre que entre los caldeos y los persas se daba a los hombres sabios que cultivaban las ciencias, especialmente la astronomía-, apenas hubieron observado la estrella, hicieron resonar las trompetas de la partida. Dejando atrás el país de los dátiles y tomaron el camino arenoso de Palestina. Delante de ellos ese nuevo astro, libre de las leyes invariables que rigen a las estrellas del espacio, no tenía movimiento regular ni que le fuese propio; tan presto se avanzaba a la cabeza de la caravana siguiendo siempre una línea resta hacia occidente, como permanecía estacionario encima de las tiendas levantadas para pasar la noche, y parecía balancearse en el seno de las nubes; al apuntar el día daba la señal de la marcha, así como había dado la de la detención. Por fin divisaron a lo lejos las elevadas torres de Jerusalén.) **y preguntaron: “¿Dónde está en rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto su estrella en el Oriente y venimos a adorarlo.”** (El rey recién nacido es a los ojos de los magos un rey universal, tal como lo daba a conocer los divinos oráculos de la Biblia que se habían ido esparciendo por el mundo de entonces, efectivamente ellos entendían al rey a perpetuidad irradiando su luz santificadora sobre el pueblo de Israel y sobre los gentiles. Pero no se trataba, por consiguiente, de un rey como los demás, sino que era un rey ideal, que desde tiempo atrás había sido anunciado y prometido por Dios para salvar a su pueblo y a toda la humanidad. Por ello, al entrar en una Jerusalén melancólica, sin aspecto de júbilo ni de fiesta, sino silenciosa y ocupada en sus quehaceres cotidianos, se sorprendieron y preguntaron dónde estaba el rey recién nacido. ¿Qué rey?... ¡Un rey de los judíos! Allí no conocían más rey que a Herodes, a quién todos detestaban del fondo de su alma, aborrecido por los grandes, cuyas cabezas hacía rodar a la menor sospecha, temido por los parientes, cuyos sepulcros trágicamente llenaba, inspirando horror a los Sacerdotes, cuyos privilegios había conculcados, detestado del pueblo por su despotismo y su religión problemática, y sobre todo por

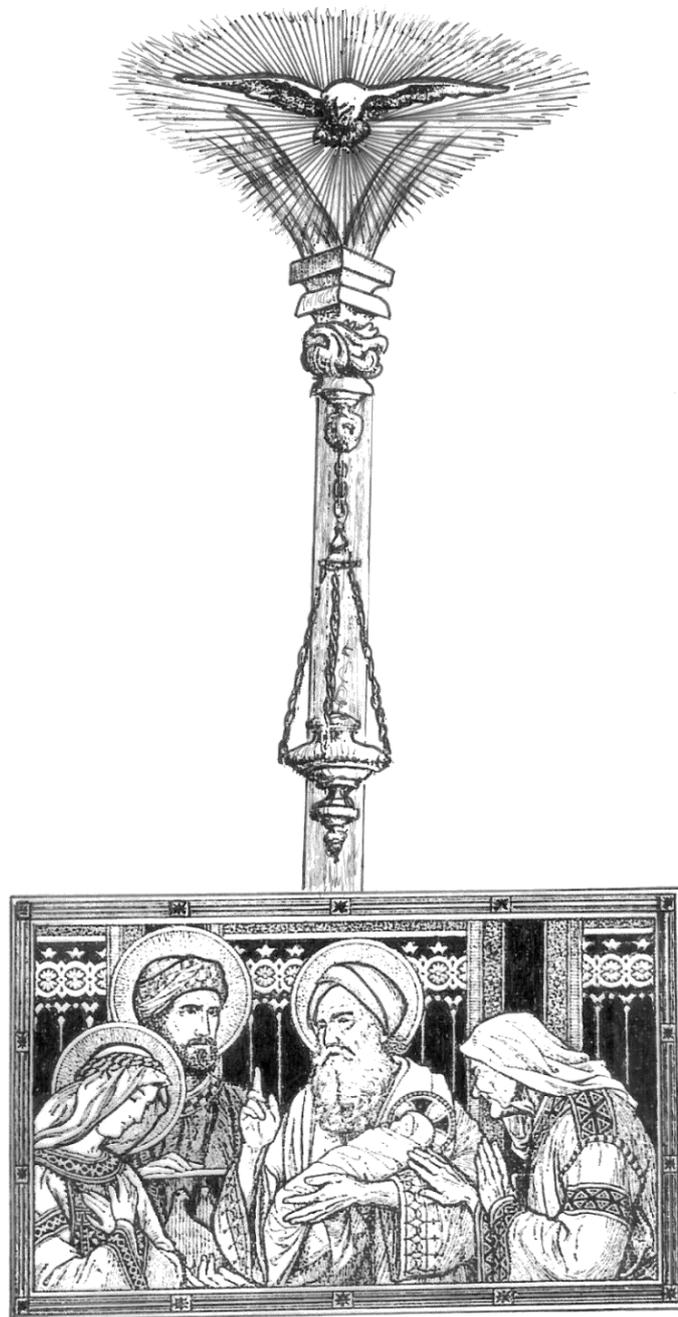
ser extranjero. No habiendo sido ungido del señor, ni escogido por el pueblo, era un rey postizo coronado con corona tributaria del laurel idólatra del Capitolio, cuyas hojas habían sido pagadas con el oro arrebatado a las economías de los ricos y a la indigencia de los pobres, y sostenidas en su corona por sus cortesanos, sus sicarios, sus artistas y la secta opulenta, pero poco numerosa, de los Herodianos, fascinados por su magnificencias al odio activo, ardiente y abiertamente declarado del resto de la nación) **Oyendo esto, el rey Herodes se turbó y con él toda Jerusalén. Y convocando a todos los principales Sacerdotes y a los Escribas del pueblo, se informó de ellos dónde debía nacer el Cristo. Ellos le dijeron: “En Belén de Judea, porque así está escrito por el Profeta: Y tu Belén del país de Judá, no eres de ninguna manera la menor entre las principales ciudades de Judá, porque de ti saldrá el caudillo que apacentará a Israel mi pueblo”.** (Grandiosa profecía mesiánica, que reúne los fundamentos de la doctrina cristológica: la eternidad y la divinidad del Mesías, su consubstancialidad al Padre, su realeza y su reinado. Belén, ciudad pequeña de Judea, significa casa del pan... y lo fue del Pan vivo supersubstancial de cada día que descendió del cielo y da vida al mundo. La inmensa trascendencia de este glorioso pasaje mesiánico se ve en la interpretación terminante que los príncipes de los Sacerdotes y los doctores de la Ley dieron a Herodes de este anuncio de un dominador: que ha de regir a mi pueblo, y a quién lo magos llamaban Rey de los judíos.) **Entonces Herodes llamó en secreto a los magos y se informó exactamente de ellos acerca del tiempo en que la estrella había aparecido.** (Las indicaciones de la profecía de Miqueas poco satisfactorias no bastaban a Herodes, que deseaba saber a dónde dirigir sus golpes; por lo que resolvió interrogar, en una audiencia privada, a los magos y los estrechó con preguntas para averiguar, si era posible, la época precisa del nacimiento del Niño, calculada sobre la aparición de la estrella. Instruido de lo que quería saber, el Idumeo que apagaba con sangre su codicia, despidió a los extranjeros de un modo afable y cortes.) **Después les envió a Belén diciéndoles: “Id y buscad cuidadosamente al niño, y cuando lo hayáis encontrado hacédmelo saber para que vaya yo también a adorarlo”.** Con estas palabras del rey, se pusieron en marcha, y he ahí que la estrella, que habían visto en el Oriente iba delante de ellos, hasta que llegando se detuvo encima del lugar donde estaba el Niño. Al ver de nuevo la estrella experimentaron un gozo muy grande. (La vista del astro inmóvil, cuyos hermosos rayos caían en manga luminosa sobre la gruta cavada en la peña, llenó a los magos no sólo de gozo sino también de una gran fe.) **Entraron en la casa y vieron al Niño con María su Madre. Entonces, postrándose le adoraron; luego abrieron sus tesoros y le ofrecieron sus dones: oro, incienso y mirra.** (Fue preciso que su fe fuese grande

para reconocer al rey Mesías en un Niño desprovisto de todo, alojado en un lugar pobre, recostado en un pesebre, y cuya Madre, aunque hermosa y llena de gracia, era evidentemente de una condición oscura. Dios que quería avergonzar a los judíos de la dureza de sus corazones oponiéndoles el celo religioso y la fe dócil de los infieles, permitió que la extraordinaria humillación de la Sagrada Familia, no hiciese vacilar la firme creencia de los magos, que como gentiles a quienes la Cruz venía a salvar como a los hijos de la promesa, penetraron en la pobre cueva del Cristo con tanta veneración, que hemos de reconocer en ellos las primicias de nuestra vocación y de nuestra fe, y celebrar, así mismo, con corazones dilatados por la alegría los comienzos de esa dichosa esperanza; pues, desde ese momento se inicia nuestra entrada en la celestial herencia de los hijos de Dios. Siguiendo el uso de su pueblo, llevaron a su frente el polvo del miserable umbral, y descalzando sus ricas sandalias, adoraron al Niño Jesús, como todo hijo de Oriente adoraba entonces a sus señores. ¡Qué admirable lección! ¡Qué humildad tan candorosa y tan sencilla la de la verdadera sabiduría! No en la gloria del mundo, no en el ruido de la fama, no en la cátedra de los doctores, ni en la magnificencia del trono, ni bajo los laureles del guerrero, sino en una caverna para guardar bestias y sobre las pajas de un pesebre, es donde ellos, los magos, poderosos, ricos y conocedores de las ciencias humanas, doblaran las rodillas y adoraran a Dios en un Niño recién nacido. ¡Qué necedad y qué locura! ¿Cómo han perdido el juicio estos sabios personajes? ¿Cómo se puede adorar a un niño de pecho, en un vil establo, envuelto en miserables pañales y en brazos de su madre? Se han vuelto locos para hacerse sabios, pues el Espíritu de Dios los instruyó anticipadamente de que el que quiere ser sabio debe hacerse primeramente necio para ser después hecho verdaderamente sabio, porque no pudiendo el mundo en su falsa sabiduría llegar a conocer enteramente a Dios, plugo a Dios que los creyentes se salven por la necedad de su predicación. Pues, según los arcanos de la Providencia, el pueblo judío representado por los pastores, fue el primer llamado al conocimiento de la fe, y los magos que representaban a los gentiles, fueron los que supieron aprovecharse mejor de las Escrituras enseñadas por los judíos. Estos, archiveros y depositarios ciegos de la luz, la transmitieron sin verla. Dejando en las Sagradas Letras todo cuanto se refería al Mesías, conservando religiosamente todas las predicaciones de su nacimiento y su muerte, pero no las aplicaron a Jesucristo. En cambio, los gentiles reconocieron inmediatamente al Salvador por las señas que los mismos judíos les dieron, resultando que los judíos consultaban las Escrituras para que las interpretasen y las aplicasen los gentiles, llegando a la morada de la Iglesia, cuando los judíos, en su mayor parte, se negaron

al llamamiento divino, y fueron además tan ciegos que con sus propias manos inmolaron a su Dios.

Y así, tras adorar al Niño, abrieron seguidamente unos cofrecillos de madera olorosa, en que estaban guardados los presentes destinados al Mesías y sacaron unos dones misteriosos, que nada tenían de carnal como las ofrendas judías, y los pusieron en la cuna de Aquel que venía a abolir los sacrificios de la Sinagoga, no para regarla con sangre, sino con oro purísimo signo de su realeza, mirra como a hombre e incienso como a Dios.) **Y, avisados en sueños que no volvieran a Herodes, regresaron a su país por otro camino.** (Mateo 2, 1-12).





**¡Oh Señor!, haz que, por la virtud de este misterio, nos purifiquemos de nuestros vicios, y se cumplan nuestros justos deseos.**

## 12 – LA PRESENTACIÓN DEL HIJO Y LA PURIFICACIÓN DE LA MADRE

**Y cuando se cumplieron los días de la Purificación de ellos, según la Ley de Moisés, lo llevaron a Jerusalén a fin de presentarlo al Señor, según está escrito en la Ley de Moisés: “Todo varón primer nacido será llamado santo para el Señor”, y a fin de dar en sacrificio, según lo dicho en la Ley del Señor “un par de tórtolas o dos pichones.”** (Después de la adoración de los Santos Reyes -se cree según la tradición que los magos fueron bautizados por Santo Tomás Apóstol, y que murieron martirizados en la India, predicando el Evangelio- y cumplido el tiempo marcado por la Ley, María tomó en sus brazos al niño, y acompañada de José se dirigió a Jerusalén, para hacer en el Templo la presentación y ofrecimiento a Dios del primogénito y la purificación de la madre. El concepto de impureza legal de la parturienta no era cosa extraña en la antigüedad, y a primera vista parece contradictorio que el parto haga a la mujer impura, cuando la fecundidad es mirada en la Ley como una bendición de Dios, claro está que no es consecuencia de una falta moral, pero no hemos de olvidar que en esta impureza se manifiesta la mancha del pecado original. La Virgen purísima no tenía que purificarse, sin embargo, se sometió, al igual que Jesús la Ley judía que prescribía la consagración al Señor de todo primer nacido entre los hijos de Israel, tanto de hombres como de animales. Esta idea de que los primogénitos son propiedad de Dios es antiquísima en la humanidad. No obstante, ello, Dios no quiere el sacrificio de los primogénitos, como creían algunos pueblos paganos, sino solamente su rescate. La obligación de consagrar lo primogénitos a Dios se compensaba por una ofrenda de dinero. Este rito había de cumplirse de generación en generación y se cumplía también en Jesús. Desfilaba, pues, por así decirlo, una procesión perenne de primogénitos delante del Señor, representantes de todo el pueblo, que así reconocía perfectamente el señorío de su Dios, quién, exigía este tributo particularmente a los varones, para hacerse reconocer como jefe de todas las familias de Israel y para que en las personas de los primogénitos, que representaban el tronco de la casa, todos los demás niños fuesen consagrados a su servicio, y fuera como un rehén de la dependencia de aquellos de quienes era cabeza. Pero cada uno de estos primogénitos sólo era cabeza de su casa, y como la Ley levítica sólo obligaba a los hijos de Israel, no podía de ello redundar a Dios sino un honor limitado. ¿Qué hace Dios? Escoge en la plenitud de los tiempos a un Hombre cabeza de todos los hombres, cuya oblación le es como un tributo universal por todas las naciones y todos los pueblos; un Hombre que nos represente a todos, y que haciendo respecto de nosotros el oficio de primogénito, responde a Dios de sí y de nosotros, a no ser que

tengamos la audacia de desconocerle, y seamos tan ciegos que de Él nos separemos; un Hombre, dice San Pablo, en quién todos los seres reunidos pagan hoy a Dios el deber de su sumisión, y que, mediante su obediencia, vuelve a poner bajo el imperio de Dios, todo cuanto el pecado le había sustraído. Porque esto es lo que el Espíritu Santo quiso significarnos con estas admirables palabras: Instaurar todas las cosas en Cristo por el derecho de primogenitura que Jesucristo tiene sobre toda criatura. De suerte que por esta ofrenda las cosas comunes y profanas han pasado a la categoría de las cosas santas y consagradas.

Pues bien, a fin de efectuar la ofrenda, la Sagrada Familia había adquirido dos tórtolas, ya que su pobreza no le permitía comprar un corderillo, que era lo que solían ofrecer los poderosos para el sacrificio, y tomando cinco siclos para el rescate, se adentraron en el Templo, confundidos entre la multitud, a fin de que no pareciese lo que verdaderamente era: el ofrecimiento de la humanidad del Verbo al Padre Eterno, y la sumisión de la Reina de todo lo creado, que era la Pureza misma, a una Ley que la declaraba impura. Pasaron inadvertidos para todo el mundo. Era una familia pobre que venía a depositar su modesta ofrenda, sin que los príncipes de los Sacerdotes, tan llenos de vanidad y codicia, ni ninguno de aquellos orgullosos judíos, que estaban, sin embargo, preocupados con la idea de que por entonces debía nacer el Mesías, juzgasen posible que el esperado rey de Israel se presentase con aquella apariencia humildísima a cumplir con un precepto del Levítico. Sin embargo, hubo alguien que tuvo la dicha de reconocer en el humilde Niño al Redentor del mundo. Mejor dicho, fueron dos los afortunados, los que, como siervos del Señor y fieles cumplidores de la Santa Ley, vieron y alabaron al Cristo bajo los pobres pañales que le cubrían. El Anciano Simeón y Ana la profetisa.) **Y he aquí que había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que esperaba la consolación de Israel, y el Espíritu Santo era sobre él. Y le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de haber visto al Ungido del Señor. Y, movido por el Espíritu, vino al Templo; y cuando los padres llevaron al niño Jesús para cumplir con Él las prescripciones acostumbradas de la Ley, él lo tomó en sus brazos, y alabó a Dios y dijo: "Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, según tu palabra, porque han visto mis ojos tu salvación, que preparaste a la faz de todos os pueblos. Luz para revelarse a los gentiles, y para gloria de Israel, tu pueblo". Su padre y su madre estaban asombrados de lo que decía de Él. Bendíjolos entonces Simeón, y dijo a María su madre: "Este es puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel, y para ser una señal de contradicción, -y a tu misma alma, una espada la traspasará-, a fin de que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones".** (Por la profecía

de Simeón se despierta en el alma de María el presentimiento de un misterio infinitamente doloroso en la vida de su Hijo. Hasta entonces Ella no había escuchado sino las palabras de Gabriel que la anunciaba para Jesús el trono de David. Fue este el anuncio de la Pasión y Muerte del Divino Salvador, más no parece sino que aquel mismo instante se afiló el cuchillo que había de atravesar el alma de María, porque Ella, bajando la cabeza ante aquel terrible decreto, sintió la primera agudísima punzada del dolor de la madre que la había de hacer más adelante el consuelo de todos los afligidos, por ser su aflicción la mayor de cuantas habían lacerado el corazón humano. Y acepto, sin vacilar, el primer sorbo de la copa de hiel, exclamando como siempre: *Hágase, Señor, tu voluntad.*)

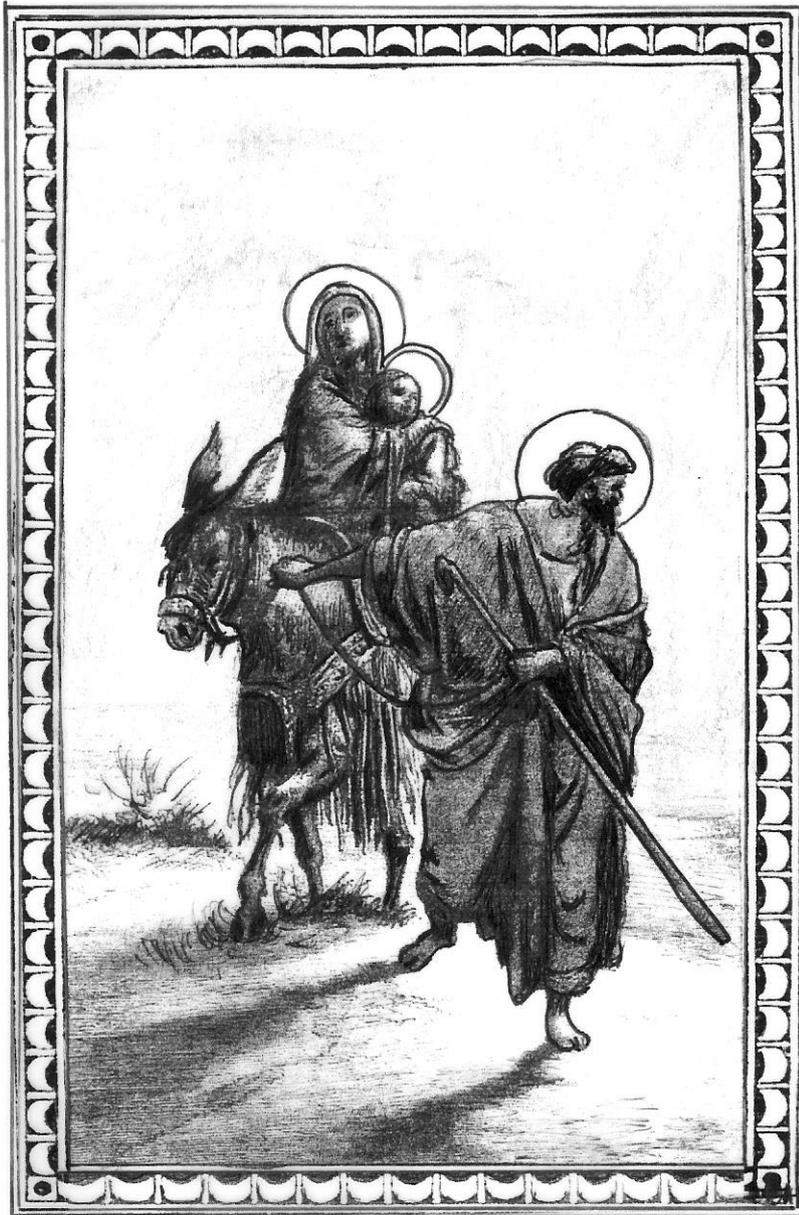
**Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad muy avanzada; había vivido con su marido siete años desde su virginidad; y en su viudez había llegado hasta los ochenta y cuatro años, y no se apartaba del Templo, sirviendo a Dios noche y día en ayunos y oraciones. Se presentó también en aquel mismo momento y se puso a alabar a Dios y a hablar de aquel Niño a todos los que esperaban la liberación de Jerusalén.** (La súbita explosión profética de Simeón haría reunir en torno a María a un grupo de curiosos, y entre ellos figuraba una anciana, una profetisa que esperaba la esperanza, y por la gracia especial del señor encontró y veneró al Salvador en los brazos del anciano Simeón. Reconoció al momento a Aquel a quien serbia, durante toda su vida, de día y de noche, en el ayuno y en la oración. Dio gracias a Dios, que le revelaba ese gran misterio, y sin cesar de hablar de aquel Niño a cuantos aguardaban la venida del Mesías.

Estas dos figuras venerables, de este anciano y de esta viejecita, son la personificación del mosaísmo antiguo, que reza, ayuna y esperan, sabiendo distinguir los usos rituales de los grandes principios de la justicia y de la santidad, sin contaminación pagana, ni manchada de hipocresía. Y en ellos representados están los que con miradas sencillas descubren los designios divinos. Como vemos, no solamente los Ángeles y los Profetas publicaron el nacimiento del Salvador, sino también los pastores, los justos y los ancianos de Israel. Jóvenes y viejos de uno y otro sexo, autorizan esta creencia confirmada con tantos milagros. Una virgen concibe, una mujer estéril pare, un mudo habla. Isabel profetiza, los magos adoran, un niño encerrado en las entrañas de su madre salta de alegría, una vieja confiesa este suceso maravilloso y el justo lo espera. Este misterio de la Presentación, aparentemente tan sencillo y tan vulgar, puesto que todas las madres israelitas ejecutaban esta ceremonia, unas por fe y otras por obligación, es uno de los más sublimes del cristianismo, y en el que se confirma, en cierto modo, el misterio la Encarnación, reiterando la humanidad, real, positiva y humilde de Cristo, y anticipa el

misterio de la Redención, con un abatimiento prodigioso y con los anuncios del anciano Profeta, que ve en la lontananza el pretorio, la columna, la corona de espinas y la Cruz.) (Lucas 2, 22-38).



Y cumplió ofreciendo a su Hijo en sacrificio



**Él se hizo nuestro compañero de viaje y dio nuevo significado a la historia, que es un camino recorrido juntos en las penas y los sufrimientos, en la fidelidad y el amor, hacia los cielos nuevos y la tierra nueva en los cuales Tú, vencida la muerte, serás todo en todos.**

## 13 - LA HUÍDA A EGIPTO

**Luego que partieron, un ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: “Levántate, toma contigo al Niño y a su madre y huye a Egipto, donde permanecerás, hasta que yo te avise. Porque Herodes va a buscar al niño para matarlo”. Y él se levantó, tomo al niño y a su madre, de noche, y salió para Egipto,** (La presencia de los magos fue como un relámpago de gloria sobre la infancia de Jesús. Poco después de llegar, al día siguiente, ellos partieron, dejando una estela de comentarios y habladurías. Pero, cuando más ufanos estaban de poder contar a Herodes las cosas que habían visto y oído, recibieron en sueños la orden de volver a su tierra por un camino distinto. Dejando, pues, la ruta de Jerusalén y Jericó, atravesaron los campos betlemitas para dirigirse, entre páramos y barrancos, a ganar el camino, que, tocando la fortaleza herodiana de Masada, se dirigía a la Transjordania, después de costear la ribera occidental del mar Muerto.

San José, que es modelo ejemplar de la virtud de la obediencia, tras recibir la orden divina de huir con María y Jesús, sin proferir excusas, tan obvias en tal trance, abandona al instante su país natal y acata en toda la santa voluntad de Dios, que para él había reservado las tareas más penosas. A su obediencia y a su humildad corresponde su gloria y poder en el cielo.

San José, como Jefe de la Sagrada Familia cumple con su misión de protegerla y librarla de los peligros. Se levanta inmediatamente, y, a favor de la noche, huye al instante dirigiéndose hacia Egipto, a través del desierto. Son varias jornadas de viaje por un camino en el que todavía se pueden ver la estampa que nos presenta la pintura cristiana, al reproducir el paisaje del Evangelio: una mujer, envuelta en sus blancos vestidos, sentada sobre un asno; un Niño, que duerme tranquilamente, agazapado en el regazo de su Madre, y un hombre preocupado que camina al lado como guía y que de cuando en cuando se acerca solícito interesándose por el estado de los dos acompañantes. Aquella fuga en medio de la noche es considerada por la piedad cristiana como uno de los siete dolores de María. Fue, sin duda alguna, una prueba llena de sobresaltos y terrores, de fatigas y penalidades. Lentamente, al paso del pollino, tratando de seguir los terrenos menos hollados por las caravanas, avanzaban los fugitivos, sin olvidar un solo momento que los esbirros del codicioso rey podían súbitamente interceptar sus pasos. Con relativa rapidez pudieron dejar atrás el camino del Hebrón a Bersabé. Aquí comienza la estepa desolada, que se convierte sin a penar darse cuenta en un árido desierto, mar clásico de arena, donde no se ve ni un junco, en donde no crece ni una hierba, y donde la vista no encuentra donde fijar reposo ni encontrar una gota de agua. Era el desierto de Idumea, donde el cansancio, la sed,

las noches al raso, el polvo levantado por el viento, la nebulosidad de la llanura arenosa, el calor sofocante del día, la falta de alimentos, eran parte de las penurias sufridas en esta huida, además de la angustia, la incertidumbre y la inseguridad padecidas en el viaje a Egipto que acongojaba a la fugitiva Sagrada Familia.

Para la vista ordinaria y natural del entendimiento impío de algunos humanos, nada parece más opuesto a la idea vulgar que se forman del poder Divino, al que representan en la persona de un tierno Niño que huye en brazos de su madre de la muerte con que le amenaza un tirano, y recibe el aviso de un ángel, en vez de recibir el auxilio de su poderoso Padre. No se dan cuenta, en ese juicio inverosímil, que este hecho es un eslabón de la misma cadena de los demás acontecimientos del Nacimiento de Dios en un establo, de su hambre en el desierto, de sus angustias en el huerto de los olivos, donde sudó sangre, de su pasión horrenda y de su muerte en la cruz: Es la misma *locura* de la Buena Nueva, que jamás se contradice, sino que constantemente manifiesta la más perfecta unidad en esta serie de absurdos. Por tanto, no sólo la huida a Egipto, sino toda la vida de Jesucristo hemos de entenderla como la salvación del mundo por la *locura*, a la que ridiculizan los impíos por no comprender con su corta mollera, aunque se creen sabios y doctos, que el designio de Dios al hacerse Hombre, verdadero Hombre, fue comportarse como tal y congratularse de ser Hijo del hombre y demostrarlo con esas mismas flaquezas, molestias, padecimientos y dolores que quería sufrir por el hombre. Y al huir a Egipto, el evangelio no hace más que reflejar esa intención. No se avergüenza ni se oculta de presentar huyendo a un Dios, al que no le amedrentan las burlas de la impiedad, ni los escándalos de una fe vacilante, ni la confusión del sentido humano, ni la esperanza temblona de los están en una sala de espera, no disimula ni atenúa esta huida de un Dios provocada por un hombre, ya que, como en la guerra cuando huye el guerrero valiente, no es por temor sino por un ardid, le atrae fuera para vencerlo abiertamente y conseguir un triunfo público; de la misma manera la estrategia del Hijo de Dios, no es producto del miedo a un hombre, sino que ha bajado al mundo para sostener, como Hijo del hombre, una batalla a muerte con el enemigo de nuestra salvación y librarnos para siempre de su tiranía. La batalla comienza desde su Encarnación, comportándose como un hombre en todo, menos en el pecado, para, por decirlo de alguna forma, con falsos amagos de la verdadera acción suprema y terrible de darse en la Cruz vencer al enemigo, a quién el Hijo de Dios oponía su humanidad y a quién cebaba, en cierto modo, con ella, para que le atacase como a uno de nosotros, engolfándose cada vez más en el error del que el divino Hijo del hombre era un hombre como todos. No recelaba, en su ciego empeño, que cada paso que daba contra el hombre le acercaba a

estrellarse contra Dios, hasta que atraído al gran día de la Pasión, y creyendo haberle vencido para siempre en el Calvario, se halló con que era él el que había recibido el golpe fatal de Aquel que huyó a Egipto, y que abolió la sentencia de nuestra condenación clavándola en su cruz, y despojando a los principados y potestades del infierno, con su muerte, se los llevó cautivos y triunfó de ellos a la faz del universo en su persona. Siendo éste el designio de Dios, Jesús no podía caer bajo el hierro de Herodes, ni morir con los inocentes, pues debía morir a plazo fijo y de forma determinada cuando todo estuviera consumado, en su tiempo, en su hora, a su voluntad, como árbitro de la vida y de la muerte, como Dios, según Él mismo había declarado: *Nadie me quita la vida, sino que yo la doy de mí mismo, y tengo poder de darla, y tengo poder de volverla a tomar*, por lo cual se dignó huir a Egipto para más adelante dignarse subir a la cruz, pues, no olvidemos, que le hace morir su bondad y no la malignidad ajena.) **y se quedó allí hasta la muerte de Herodes; para que se cumpliera lo que había dicho el Señor por el Profeta: “De Egipto llamé a mi hijo.”** (Los fines que tuvo el Padre Eterno para enviarle allá y en llamarle después, son muy misteriosos... Pero todas las obras del Verbo humanado son admirables y llenas de gracia, y nadie que tenga sano juicio puede contradecir, ni ignorar la suave Providencia con que Dios gobierna las causas segundas, dejando obrar la voluntad humana, según su libertad. Por esta razón, y no por falta de poder, consiente en el mundo tantas injurias y ofensas de idolatría, herejías y otros pecados, que no son menores que el de Herodes, y el que consintió de Judas y de los que de hecho le maltrataron y le crucificaron. Y claro está que todo ello lo pudo impedir, y no lo hizo, no sólo por obrar la Redención, sino porque consiguió este bien para los hombres, dejándolos obrar por la libertad de su voluntad, y dándoles la gracia y auxilios que convenía a su divina Providencia, para que con ellos obraran el bien, si ellos quieren usar de su libertad para el bien o para el mal.

Ahora bien, esta cita del Profeta Oseas se refiere en sentido literal a la salida de Israel de Egipto, al que se le llamó por primera vez primogénito de Dios ante el Faraón, no por propia virtud sino por libérrima voluntad de Dios, que eligió a Abrahán para hacerle padre del pueblo escogido, y por ello, y en este caso, Israel es figura de Jesús, Hijo Unigénito del Padre, que representó simbólicamente el regreso del Niño Divino a su país. La comparación con Jesús es tanto más admirable, cuanto que aquí, a su amor misericordioso, el Señor opone la fría ingratitud de los hebreos. Y fue entonces al salir de Egipto.) (Mateo 2, 13-15).



**Niños inocentes fueron inmolados por Cristo; cuando aún mamaban, degollados para que siguieran al Cordero sin mancula y canten sin cesar: ¡Gloria a TÍ. Señor!**

## 14 - LOS SANTOS INOCENTES

**Entonces Herodes, viendo que los magos le habían burlado, se enfureció sobremanera, y mandó matar a todos los niños de Belén y de toda su comarca, de la edad de dos años para abajo, según el tiempo que había averiguado de los magos.** (Impaciente y cansado de aguardar la vuelta de los magos, y convencido de que había sido burlado, el rey idumeo, usurpador, tirano, sanguinario, desconfiado y avaro hasta la miseria se llenó de terror, no sólo por la rabia de ver su cuerpo corrompido y consumido por los gusanos que le roían sus miembros en un hedor insoportable en su lecho de dolores, sino sobre todo porque la vida se le escapaba también a él, y con la vida, el reino. Por ello loco de miedo a perder la corona, decidió actuar como lo hacen los cobardes, ordenando a sus soldados matar a todos los niños menores de dos años en Belén y sus alrededores. La orden fue ejecutada simultáneamente en todos los inocentes, arrancados de los pechos de sus madres, con la saña y la brutalidad que caracterizaba a los herodianos, especialistas en aplicar los suplicios y tormentos a sus víctimas con tal crueldad que los vivos envidiaban la suerte de los muertos.) **Entonces se cumplió la palabra dicha por el Profeta Jeremías: “Un clamor se hizo oír en Rama, llanto y alarido grande: Raquel llora a sus hijos y rehúsa todo consuelo porque ellos no están más”.** (El clamor del llanto expresa la inmensidad del dolor aludiendo a la tumba de Raquel, esposa de Jacob, sepultada en el camino de Jerusalén a Belén. La localidad de Rama - en lo alto -, situada al norte de Jerusalén, fue el campo de concentración de los judíos que en el 587 fueron llevados al cautiverio de Babilonia por Nabucodonosor. *Raquel es introducida por el Profeta como madre de todos los deportados y como madre de todo el pueblo porque sus dos hijos, José y Benjamín, representan los dos reinos, aquél el reino de Israel, y éste el de Judá. Raquel se alza de su sepulcro para llorar la partida de sus hijos a Babilonia y para mezclar sus lamentos con los de las madres de los inocentes, pues lo que se cumplió en Rama bajo Nabucodonosor es una figura de lo que hizo Herodes en Belén.*) (Mateo 2,16-18).





**Canta a Dios ¡oh tierra toda! porque el Señor manifestó su Salvador,  
que era nuestro galardón y ahora es nuestra alegría**

## 15 - LA VUELTA DE EGIPTO

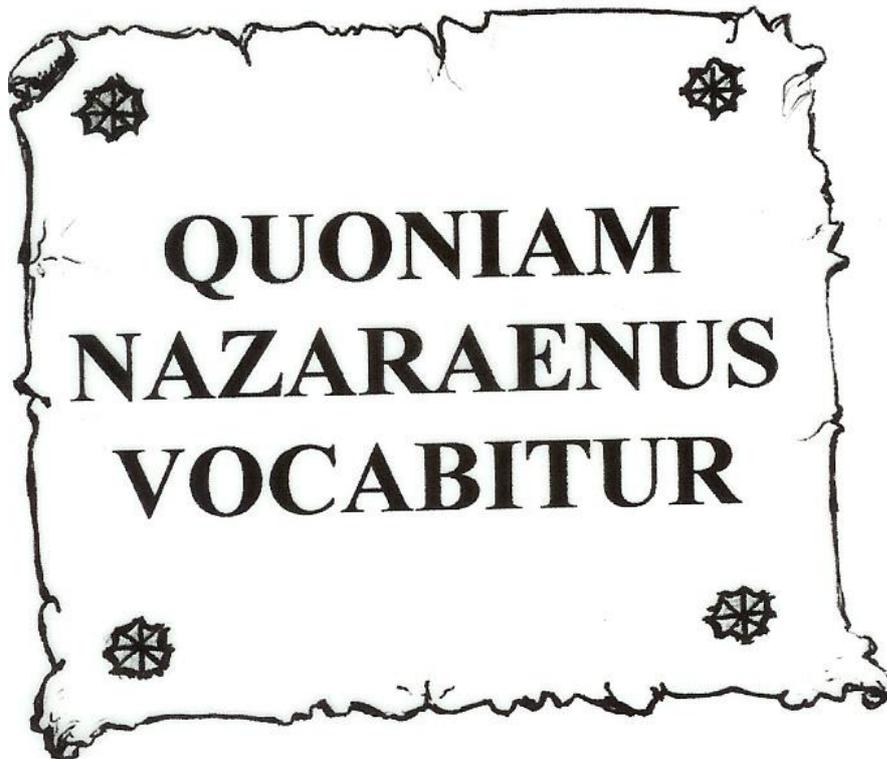
**Muerto Herodes** (A los sesenta años de edad murió el viejo y astuto rey idumeo, tras una vida cargada de horribles crímenes, con muerte ignominiosa y horrible, fruto y castigo de un reinado cruel de treinta años, sostenido con intrigas, opresiones, crímenes y humillaciones. Testando por heredero de Judea a su hijo Arquelao, que gobernó durante nueve años con el título de etnarca, siendo más cruel que su padre, tanto que acusado por los judíos fue destituido por Augusto y desterrado a las Galias. Era, por consiguiente, un peligro claro que podía amenazar al Niño Jesús si se establecía en sus dominios.) **un ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto y le dijo: “Levántate, toma contigo al niño y su madre y vuelve a la tierra de Israel, porque han muerto los que buscaban la vida del niño.” Él se levantó, tomó consigo al niño y a su madre y entró en tierra de Israel. Pero oyendo que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, temió ir allí; y, advertido en sueños, fuese a la región de Galilea.** (El Patriarca San José es un envidiable prototipo de las almas interiores, habiéndose formado él mismo en la escuela de Jesús y de María. Su vida fue una vida de silencio y trabajo manual. En el taller de Nazaret, este varón justo, como le llama el Espíritu Santo, nos da ejemplo de una santa laboriosidad en unión con el divino Modelo, en cuyo nombre San Pablo nos recomienda a todos sin excepción el trabajo manual.) (Mateo 2, 19-22) **Y cuando hubieron cumplido todo lo que era exigido por la Ley del Señor, volvieron a su ciudad de Nazaret en Galilea.** (Al fin habían pasado los días de peligro. La Sagrada Familia que desde siempre había llevado una vida humilde, sufrió en el destierro, además de la pobreza, el horrible terror de las duras privaciones y las vigiliadas que conlleva la indigencia, así como el desprecio que sufren los extranjeros en tierra extraña. Como eran pobres, es evidente que se entregarían a penosos trabajos para procurarse el sustento diario, así José, el descendiente del Rey David y de Zorobabel, sería un simple jornalero, y María, hija de reyes, ayudaría a su esposo en penosos y serviles trabajos para procurarse el mínimo necesario. El ángel del Señor vino, por fin, a poner término a las angustias sufridas con santa paciencia y valor, y en sueños avisó al obediente José, quién diligentemente tomó al Niño y a su madre para cruzar de nuevo las montañas, sufriendo así las penalidades de un viaje larguísimo y molesto, eso sí, con la esperanza de regresar a la tierra de Canaán, objeto de antiguas promesas, que había sido entregada al pueblo escogido para que en ella viviese libre y feliz, y levantase un Templo al Señor de Israel y esperase la venida del Deseado. Por fin habían terminado los días del destierro, y temerosos aún de que Arquelao pusiese en peligro la vida de Jesús, se encaminaron a Nazaret, a su antiguo casa,

que aunque había estado abandonada durante tanto tiempo, quizás resquebrajada por los rigores de los vientos y las lluvias, apareció a su mirada, no como la humilde casita de aspecto ruinoso, húmeda y musgosa, sino como la más hermosas del lugar, donde el Verbo de Dios se había hecho carne. Era su hogar, lo único que poseían los que llevaban consigo al Señor de los cielos y de la tierra. Hay que resaltar que de la vida interior de bienaventurada Familia nada han escrito la sagradas Escrituras. Se trata, pues, de ocultar al mundo, entre los hombres de una vida oscura, la existencia del que a su hora ha de mostrarse al mundo como la Palabra de vida y el Cordero sin mancha destinado al sacrificio para la salvación del linaje humano. Y nada hubo, fuera de la disputa con los doctores en el Templo, como veremos más adelante, que desvaneciese esta constante y profunda oscuridad. Por ello lo que más resalta y brilla, precisamente por su mismo silencio y su misteriosa pasividad, es la figura admirable de José: su perfecta sencillez en su obediencia a la voluntad divina y su fidelidad a la providencia, como guardián y celador de Jesús y amparador de su Santa Madre. Efectivamente, se le dice que vaya a Egipto, y va; se le ordena que permanezca allí hasta que se le avise, y permanece; se le dice que vuelva a Judea, y vuelve; que se retire a Galilea, y se retira; advirtiéndole que todos estos avisos los recibe durante el sueño, lo cual no obsta para que inmediatamente los cumpla, sin esperar a que venga a confirmarlos una aparición angélica, pues desde que conoció el gran Misterio de la Encarnación en el primer sueño revelador, no hace sino obedecer ciegamente lo que por este medio se le comunica, siguiendo los movimientos de Dios, como la sombra sigue al cuerpo, sin la menor tardanza, sin la menor duda, si pedir jamás la menor explicación, sean cuales fueran las dificultades que se le ofrezcan. Nunca se ha visto sencillez más acabada, ni más perfecta docilidad. Lo quiere el Señor y basta. José no sólo obedece, sino que obedece en silencio. El silencio de José es un silencio admirable y notable. Es curioso que el Evangelio no refiera una sola palabra pronunciada por él, su silencio y su oscuridad llegan a tal punto, que desaparece de la tierra sin que se sepa fijamente cuándo ni cómo; no sabemos si era joven o viejo cuando se desposó con María, se dice que era carpintero y se sabe que sostenía a la Madre y al Hijo con el trabajo de sus manos, mencionándole por última vez cuando Jesús se extravía y se le encuentra en el Templo, y después no se vuelve a hablar nunca de él. La oscuridad callada de José es la que conviene al papel que desempeñaba en la tierra y al silencio en que Jesús quería vivir hasta que su voz resonase en los confines del mundo anunciando la Buena Nueva. En efecto, la sombra de José oculta y cubre con el velo de su matrimonio la virginidad y la maternidad de la Virgen Santísima. Bajo esa misma sombra se oculta también la Tercera Persona de la Trinidad, porque lo que nació de María es obra capital del Espíritu

Santo, su gloria, cuyos reflejos apaga en sí mismo el humilde esposo de María. ¿Qué diremos de esa misma obra maestra, del Hombre Dios sepultado en esa oscuridad hasta el punto de pasar por hijo del carpintero? En fin, Dios Padre está de tal modo oculto en la figura de José, que, en cierto modo, tendrá Él mismo que recobrar a su Hijo en el día del bautismo con aquellas palabras celestiales: *Este es mi Hijo muy amado, en quién he puesto todas mis complacencias.*

Es curioso observar como todos los santos tuvieron por misión principal y exclusiva predicar a Jesucristo, y enseñarle y manifestarle a toda criatura, esparciendo, anunciando y proclamando en altas voces el buen olor de su nombre hasta los últimos confines de la tierra. José, por el contrario, tiene como misión singularísima y única de ocultarlo, de oscurecerlo, de esconderlo en un rincón del mundo; de disfrazarlo bajo el traje y la ocupación del artesano, disimulando así los grandes designios providenciales, desconcertando todas las sospechas y burlando las artes del infierno y del mundo, hasta la hora en que resplandece súbitamente el glorioso poderío e Jesús en la debilidad y la ignominia de su muerte, descubriendo así las divinas estratagemas del Redentor que se sirve de un José para ocultarlas, y de una cruz para hacerles triunfar eternamente en el universo. En resumen, mientras Jesús calla, José, vive y le ampara como un velo tupido que oculta su grandeza; cuando Jesús comienza a hablar, José desaparece.) (Lucas 2, 39) **Y llegando allí se estableció, para que se cumpliese la palabra de los Profetas: “Él será llamado nazareno.”** (En Nazaret, pues, se estableció la Sagrada Familia, por lo que Jesús fue llamado nazareno, que significa florido, pimpollo o también consagrado a Dios. No se habla de ningún Profeta en particular, sino que se dice expresamente: la palabra de los Profetas, aludiendo seguramente a alguna característica del Mesías descrita en el Antiguo Testamento, posiblemente a la vida humilde, oscura y despreciable a los ojos de los hombres llevada en Nazaret por el Mesías, como lo habían predicho algunos Profetas, particularmente Isaías, que iluminados por Dios vaticinaron que el Mesías había de ser de Nazar, la flor de David y el pimpollo de Jesé, nacido el cual, todo lo demás nacido no valdría nada, como cuando el árbol ha dado mucho fruto, queda inutilizado para darlo en adelante.) (Mateo 2,23) **El niño crecía y se robustecía, lleno de sabiduría;** (Jesús de Nazaret era a manera de planta robusta y vigorosa que respiraba el aire libre por todos sus poros y no recibía otra lluvia vivificante que la del rocío del cielo, que como dice el Profeta le hacía germinar, y crecía como hombre, pues, y como Niño a medida que pasaban los años, al cuidado de la Virgen prudente. Jesús que venía a cambiar las creencias de todo el mundo nada tenía que aprender de los hombres, pero se fue formando seguramente sin desdeñar las lecciones de su piadosa Madre, a pesar de estar *lleno de Sabiduría*, porque era la

Sabiduría Infinita y el propio manantial que regaba y trasmitía a la Madre para que Ésta a su vez se la trasmitiese al Niño, siendo Ella la que con la mayor ternura educase a su Hijo, y pudiese así manifestarse como convenía en cada periodo de su vida santísima, como veremos en los versículos del Capítulo siguiente en la escena del Templo entre los doctores.) **Y la gracia de Dios era sobre Él.** (Tiene un sentido complejo, puesto que la gracia habitaba en Él en plenitud infinita de santidad, y por tanto solamente era sobre Él en las manifestaciones externas.) (Lucas 2,40).





**¡Oh Jesús, que te hiciste obediente a tus padres! Alégrese cielos y tierra. Gloria sea siempre a Tí, con el Padre Soberano y el Espíritu.**

## 16 - EL NIÑO JESUS EN EL TEMPLO

**Sus padres iban cada año a Jerusalén, por la fiesta de Pascua. Cuando tuvo doce años, subieron, según la costumbre de la fiesta;** (José y María, fidelísimos cumplidores de la Ley, como ya lo habían demostrado en la Circuncisión, en la Presentación y en la Purificación, amén de la ley humana, como la cumplieron sometiéndose al decreto del Cesar sobre el empadronamiento general, hacían todos los años un viaje a Jerusalén, a pesar de la distancia, a celebrar la fiesta de la Pascua. El viaje lo habían hecho anteriormente de tapadillo confundiendo entre la multitud, mientras el enemigo de Dios ocupaba el trono de los Macabeos. Pero desde el destierro de Arquelao y la ocupación romana de la ciudad, el peligro era casi nulo y ofrecía más facilidades para llevar, sin inquietud, consigo a Jesús, que ya había cumplido doce años. Los peregrinos partieron de Nazaret fraccionados en pequeños grupos, según la edad, el sexo y las relaciones de familia y de amistad. Al cabo de cuatro jornadas llegaron a la Ciudad Santa, donde se reunieron todos los peregrinos para comer, en el atrio del Templo, el Cordero Pascual, que los Sacerdotes habían inmolado, con el pan ácimo, las lechugas amargas y lo que constituía la antigua ceremonia recordatoria de la salida de Egipto en tiempos de Moisés.) **más a su regreso, cumplidos los días, se quedó el Niño Jesús en Jerusalén, sin que sus padres lo advirtiesen. Pensando que Él estaba en la caravana, hicieron una jornada de camino, y le buscaron entre los parientes y los conocidos.** (Pasados los días de la fiesta, los parientes de Jesús agrupáronse de nuevo para emprender otra vez la vuelta a Galilea, en el mismo orden en que habían venido, por lo que los esposos, en grupos también separados, no advirtieron la ausencia de Jesús. Al anochecer se reunían todos los grupos en la primera parada del camino, y José y María buscaron, en vano, a Jesús entre la multitud de viajeros que iban llegando sucesivamente. Nadie les daba noticias del Niño. La confusión de ambos esposos fue tan grande como su dolor. Y presa de una gran angustia comenzaron a buscarle durante toda la noche, continuando al día siguiente recorriendo todos los caminos, los bosques, los precipicios, temiendo siempre lo peor.) **Como no le hallaron, se volvieron a Jerusalén en su busca.** (Allí, a pesar de estar rendidos de ansiedad y de fatiga, recorrieron todos los barrios y todas casas preguntando a sus familiares y conocidos.) **Y, al cabo de tres días le encontraron en el Templo,** (Es seguro que, en el encuentro, Jesús abrazaría a sus padres, y que éstos llenos de gozo y de amor se "comerían a besos" a su amado Hijo. Es muy difícil expresar, y mucho menos transmitir en unas líneas, el sentimiento profundo de los miembros de la Sagrada Familia al reunirse de nuevo, tras esos días de aflicción que produce la separación y la ausencia de los seres amados. Y

no cabe duda de que el amor que se profesaban se manifestó, además de con miradas llorosas por la alegría, con un abrazo interminable de amor profundo y sincero, que les unió definitivamente y para siempre.) **en medio de los doctores, escuchándolos e interrogándolos; y todos los que le oían, estaban estupefactos de su inteligencia y de sus respuestas. Al verle quedaron admirados** (Esta admiración de María y de José parece extraña, porque ¿ignoraban acaso que este Niño era el Admirable? Ciertamente lo sabían, pero lo sabían solamente por la fe y no por la experiencia, pues nada veían en Él de extraordinario en la vida común y diaria, y en donde su Sabiduría plena estaba cubierta bajo el manto de la niñez celestial. Pero en aquel preciso momento, Jesús, con solo doce años, apareció resplandeciente, por primera vez, a la vista de los esposos, quienes absortos en la escena, contemplaron al Niño Jesús rodeado de los maravillados, curiosos y asombrados doctores, impartiendo los eternos oráculos de la Sabiduría, como un preludio de su misión divina, exhalando como por vía de ensayo, en la mañana de su vida, algo de aquella gran luz que debía iluminar en pleno cenit la faz de todos los pueblos y la mancha del linaje humano.) **y le dijo su madre: “Hijo, ¿por qué has hecho así con nosotros? Tu padre y yo te estábamos buscando con angustia”.** (Este lenguaje de María es un rayo de luz que nos hace patente la intimidad de las relaciones existentes entre Jesús, José y María. Primero pregunta con ternura maternal en tono suave mostrando con naturalidad el ejercicio de la autoridad ordinaria de la Madre sobre el Hijo. Autoridad que hallara al punto su consagración en la misión de Jesús. Seguidamente se muestra humilde y prudente dando a su esposo la primera parte de la autoridad y del dolor que ambos compartían. Por primera vez le llama su padre, y éralo efectivamente, a su modo, según hemos visto; padre no solo por la adopción del Santo Niño, sino padre verdaderamente por el afecto, por el cuidado, por el dolor, y sobre todo por vocación, eligiendo sumisamente la obediencia a Dios por encima de todo. Por ello dice María a su Hijo que José estaba también angustioso y afligido, porque sin haber tenido parte en tu nacimiento, no por eso la tiene menos contigo en el gozo de poseerte y en el dolor de perderte.) **Les respondió. “¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabíais que conviene que Yo esté en lo de mi Padre?”** (He ahí la respuesta sublime del Niño Jesús que es como el nudo de este misterio. Estas son, efectivamente, las primeras palabras que pronuncia Jesús. Verdaderamente delatan su Divinidad y dan a entender la situación en que las pronunció. Tienen, sin duda alguna, el tono de aquella Sabiduría y de aquellas respuestas y explicaciones que causaron el pasmo y la admiración de los Doctores. La luz que de ellas se desprende, es la manifestación solemne de que su niñez era y se sentía Hijo de Dios, y no se proponía sino la misión de glorificar a su Padre, como su única razón

de su venida, y la ocupación que había de llevar toda su existencia. La voluntad del Padre es todo para Jesús. ¿Cómo podría oponerse a ella el amor de la familia? La respuesta de Jesús nos da su primera enseñanza, no solo de palabra sino con ejemplo, mostrándonos que la primera ocupación del cristiano debe ser lo que le une a su Padre. El cristiano depende de este Padre que está en los cielos, más que de los padres naturales, ya que los vínculos que nos ligan y subordinan a éstos, serán tanto más estrechos, firmes y sagrados, cuantos más ligados y sujetos estén ellos a Aquel de quién procede toda Paternidad en el cielo y en la tierra, y cuyo nombre debe ser siempre santificado. Tal es la importancia de la respuesta de Jesús a su Santa Madre. Los que quieren reducirla a una simple represión personal dirigida a José y María, comprenden bien poco el evangelio. El Verbo Eterno nunca habla en particular, y cuando dice que está ocupado en las cosas de su Padre, no puede suponerse mejor ocupación. Ciertamente que hay una apariencia de reconvención, pero eso es solamente la letra, el vestido de la palabra, el vaso que contiene el espíritu, el texto de la enseñanza. No es a María a quien habla en María, sino a la familia humana, a todos lo que ha venido a salvar; y María, tanto en esta como en otras circunstancias, tiene toda la gracia y el mérito de la humillación, sin motivo.) **Pero ellos no comprendieron las palabras que les habló.** (Sobre este gran misterio de la ignorancia e incompreensión de los esposos, parece muy humillante esta no inteligencia de las palabras de su Divino Hijo. Porque, aunque aparentemente, y sin ánimo de sutilizar sobre este texto, negásemos a José y María no sólo la inteligencia sobrenatural, sino también el sentido común y vulgar, tendríamos que suponer, como ejemplo a tener en cuenta, que la conducta de María y de José, aunque no comprendieran las palabras de su Hijo, que estaban persuadidos de su justicia y de su verdad. Especialmente es mucho más sorprendente en María, la ignorancia de la divinidad y la misión de su Hijo, cuando el Señor la dio testimonios más que brillantes en la Anunciación, la Visitación, la Natividad y en la Presentación, testimonios que María además de guardarlos y repararlos fielmente en su corazón, los enseñó en aquel admirable cántico en el que descubre su más profética y sublime inteligencia. Así que la incompreensión de esta repuesta, no debe entenderse de un modo absoluto, sino relativo a edad del Niño, a lo que había de repentino y prodigioso en esta transfiguración de Jesús que siendo Niño aparece Doctor entre los doctores y Verbo de Dios. María, pues, no obstante ser quien era vivió, ese momento y todos los de su vida, de la fe, como la vivió Abrahán esperando contra toda esperanza sin vacilar ni siquiera cuando la naturaleza le impedía creer. De ahí que junto a la promesa que el señor le hizo de que poseería la tierra de Canaán, le aseguró también que su posteridad sería tan numerosa como las estrellas del cielo y las arenas del mar. La fe de María es la fe del justo,

que vive la fe por la fe, puesto que la justicia viene de Dios fundada en la fe, la cual es por eso raíz y fundamento de toda justificación y nos lleva a obrar por amor. De ahí que la fe sea verdaderamente la vida del justo, porque nadie puede ser justo por sí mismo. La fe es así piedra de toque de la rectitud. Porque el hombre de intención recta reconoce a cada instante que su fe es pobrísima, y pide aumento de ella casi instintivamente, lo cual hace que viva, aún quizás sin darse cuenta, en una actitud de constante oración, que es precisamente lo que valoriza su vida delante de Dios. No tiene nada propio, pero vive pidiéndolo, y al pedir recibe. Más el hombre soberbio no se aviene a vivir mendigando ese aumento de fe, y entonces se acostumbra a la idea de que ya tiene fe bastante y construye su vida sobre una falsa idea. Desde ese momento desaparece en él la rectitud de intención, porque naturalmente rechazará toda posible enseñanza que le muestre la insuficiencia de su fe. Es el caso terrible pero común, que señaló Jesús al decir que la luz vino al mundo, pero los hombres amaron más las tinieblas para no tener que convertirse. Tal es el Juicio que Él vino a hacer, juicio de discernimiento entre los rectos y la doblez, constituyéndose en piedra de toque, es decir un juicio de discernimiento de los espíritus para que se descubriese la rectitud de cada uno y se revelase el secreto de los corazones. Juicio que pone a prueba, no nuestra virtud propia, sino nuestra sinceridad en confesar que no la tenemos. Este es el juicio que Jesús realizó constantemente, no con los pecadores, a los que siempre perdona por la sencillez, sino con los Fariseos de corazón doble, es decir con la falsa virtud que, ni quiere entregar el corazón a Dios para amarlo sobre todas las cosas, ni quiere hacer profesión de impiedad, porque teme los castigos. Tales son, en todos los tiempos, aquellos que cuelan el mosquito y tragan el camello; que honran a Dios con los labios mientras su corazón está lejos de Él. En definitiva, Dios quiere que se esté con Él o contra Él, y esa mezcla de la piedad con el espíritu del mundo, su enemigo, es abominada de Dios. Ya desde Antiguo Testamento se inculca la idea de que Dios odia toda mezcla, puesto que ya entonces se prohibía sembrar semillas mezcladas, arar con yunta de buey y asno, y hasta vestirse con mezcla de lana y lino. De ahí que cuando Jesús quiere caracterizar en Natanael al buen israelita, dice simplemente que "en él no hay doblez". De esa fe justa de María es la gusta al señor, y es precisamente la que debemos pedir constantemente, en oración ininterrumpida al Padre, como virtud por excelencia, para que en nombre de Jesucristo, aunque no comprendamos muchas de sus enseñanzas, porque las medimos con nuestros parámetros, creamos fielmente la justicia y la verdad de sus palabras.) **Y bajo con ellos y volvió a Nazaret, y estaba sometido a ellos,** (¿Quién estaba sometido? ¿Por ventura el hijo de José y de María que había estado con ellos en Templo? No, era el Hijo de Dios, que volvía de allí; que había rasgado

por un momento la nube de la oscuridad para mejor entrar de nuevo en ella, mostrarnos más claramente que aquella oscuridad era de todo punto voluntaria. Y ¿A quién obedecía? A María, a quién honraba la maternidad divina con tan prodigiosa sumisión y a José su esposo, que saca de esa cualidad los derechos de padre de Jesús, y a quién honra Jesús con una sumisión que también refluye sobre María. Pero sobre todo a su Padre celestial. La voluntad de Éste no fue otra que la manifestada, día a día, en la vida concreta del Hijo, en sus varios pasos, en sus diversas fases, aunque semejante vida nos resulte humanamente incomprensible y aunque pedagógicamente hubiera podido ser del todo diferente. Ahora bien, el misterio de este misterio es encajar la sujeción de Dios a los hombres, y digo bien, Dios, a quien están sujetos los Ángeles, a quién las Potestades y las Dominaciones obedecen, sujeto a María, y por ella a José. Admiramos, pues, lo que más nos plazca, y elijamos lo que más deseemos admirar, o la infinita benignidad de la sumisión del Hijo, o la supereminente dignidad de la Madre. Por ambas partes existe igual motivo de admiración, igual prodigio: sometimiento de Dios a una mujer, humilde sin ejemplo; y este ascendiente de una mujer sobre Dios, grandeza sin igual. Concentremos, pues, nuestra atención en este misterio que es el prolongamiento de esta sumisión, de esta oscuridad de Jesucristo, de esta gloria de María. Este es el gran ejemplo que nos dejó el Hijo de Dios durante los treinta años de sumisión a José y a María: consagrarse la mayor parte de su vida a la obediencia, que es la condición común de la salud de los hombres, siendo el camino real por el que todos debemos pasar, no solo los que obedecen sino quizás más aun los que mandan, porque no deben hacerlo, ni más ni menos, que cuando Dios quiere.) **y su madre conservaba todas estas palabras en su corazón.** (Este periodo de Nazaret fue sin duda aquel en que la Virgen pasó sus días más tranquilos. Privada de todos los goces del lujo y hasta del simple bienestar, pero viviendo al lado de su Hijo, comunicándose con Él, trabajando con y para Él, estudiando sus inclinaciones, admirando sus perfecciones, viéndole a todas horas, ofreciéndose a Él en el altar de su corazón, haciéndose la más humilde, la más dócil, la primera de sus discípulos, y sometiendo su razón perfeccionada a la razón superior y a la divinidad de su Hijo, María era entonces una Madre feliz, la más feliz de las Madres que ha habido en el mundo, porque su Hijo se hallaba allí, a su lado, y Ella pendiente de sus miradas, de sus menores gestos, de sus palabras, esperando, día a día, que el Señor ungiese a su Cristo con aceite de júbilo, mientras dejaba que el día siguiente se proveyese a sí mismo en la paz de Dios, superior a otra idea, dialogando constantemente con la Palabra, en oración permanente, conservando y guardando todo ello en su corazón y su espíritu para *rumiarlas* y meditarlas diligentemente.) **Y Jesús crecía en sabiduría, como en estatura, y en favor ante Dios y**

**ante los hombres.** (El Niño crecía en sabiduría y en edad, dos crecimientos paralelos, siendo el más completo e interesante testimonio que el evangelista nos da del gran misterio cristiano de la Encarnación: mostrando que, en todo, menos en el pecado, el Hijo de Dios se hizo semejante a nosotros, e incluso tomando esta forma de esclavo venció a la muerte y resucitó, y en esta misma forma ascendió al cielo. Y nos preguntamos con asombro ¿Cómo puede crecer en sabiduría un Dios, que es la Sabiduría infinita? Ciertamente es que Jesucristo era la Sabiduría infinita, la verdadera luz que alumbraba todo hombre que viene a este mundo; era toda la luz, la luz natural que brilla ya en las tinieblas que no la comprendían, y la luz revelada que vino a mostrarse llena de gracia y de verdad para alumbrarnos siempre con el faro inmutable de su Iglesia. Pero también era cierto que toda su humanidad, cuerpo y alma, fuera respetada íntegramente por su Divinidad, de modo que subsistiera y se mostrara a nuestra confianza y a nuestra imitación, como la nuestra y con toda la perfección de la nuestra. Así, debía ser un perfecto Niño en la edad de la niñez, como un hombre perfecto en la edad viril. Y por la misma razón que no debía Dios anular al Hombre, tampoco debía el Hombre anticiparse al Niño, pues de lo contrario hubiese sido un Niño defectuoso. Por esta razón debía someterse a ese crecimiento en edad y sabiduría, que forma el carácter y la gracia de la niñez.) (Lucas 2, 41-52).





**Séanos dado reproducir en nuestra vida familiar esta gracia de todas las virtudes con que floreció vuestra morada.**

## 17 - LO QUE NO DICE EL EVANGELIO

Esta época perdida para el mundo que no la conoció, porque nada dice de ella el Evangelio, fue aquella en la que la Sagrada Familia vivió en Nazaret tranquila, unida y ocupada en los quehaceres diarios, y feliz en presencia continua del Niño, como en una visita sacramental permanente, que alimentaba a todos sus miembros, aunque desapercibida para el resto de los nazarenos.

¿Qué ocurrió en tan largo tiempo? Durante diecinueve años ningún rasgo extraordinario en sus vidas, pues sin duda Jesús quiso mostrársenos como si nada hubiese hecho, y lo admirable es la sencillez del Evangelio que pasa este tiempo sin decir una sola palabra y continúa su narración como si esta laguna fuera del todo natural. Solamente sabemos de forma accidental que hasta los treinta años Jesús era el hijo del carpintero, y carpintero también, en toda la humilde familiaridad de esta vida artesanal, que fue el gran escándalo que más perjudicó el éxito de su predicación, y a la larga le impidió ser Profeta en su tierra. Sin embargo, un hecho nuevo se produjo para nuestro beneficio, un hecho de unas consecuencias y un alcance incalculables: una familia modelo, que ha desfilado ante los ojos del mundo con la dignidad de ser imitada. Un taller y una familia brillan eternamente delante de nosotros, a pesar del silencio evangélico. A partir de ellos, la familia cristiana ha sido constituida con un ejemplo viviente, y desde entonces toda familia cristiana es una imagen de Jesús, José y María.

Para inaugurar su obra de Redención, Dios ofrece al mundo el espectáculo de una Familia divinamente constituida, en la cual todos los hombres pueden contemplar el ejemplo de la sociedad perfecta doméstica. Así fue la Familia de Nazaret en que Cristo, nuestro Salvador, permaneció oculto con la Virgen, su madre, y José, el hombre justo, que cumplía con Jesús la tarea paternal. Esta Sagrada Familia debería ser para todas las demás un modelo de todas las virtudes: servicios mutuos de caridad, santidad de costumbres, ejercicios de la piedad filial. Los padres de familia encuentran con toda seguridad en José una regla incomparable del cuidado y providencia paternas. Las madres tienen en María, Madre de Dios, un ejemplo magnífico de amor, de respeto modesto, de sumisión de espíritu y de fe perfecta. Los hijos en Jesús, obediente a sus padres, un divino modelo de obediencia, que deben admirar, venerar e imitar. En fin, las familias mirándose en el espejo de la Familia de Nazaret han de aprender a guardar la moderación en la prosperidad y la dignidad de las pruebas.

Todo lo sucedido entonces es un prelude: tras él vuelve su recogimiento, su oscuridad, la vida aparentemente monótona, y laboriosa de la aldea, la vida que Él había escogido y en la cual permaneció hasta que llegó la

hora de aparecer en público. Realmente nada sabemos de aquella adolescencia, juventud y madurez, que son una laguna en la vida de Cristo. Podemos adivinar o más bien intuir que la existencia silenciosa de Jesús, en la que los días pasaban sin más ruido que el de la lima que gemía, la sierra que chirriaba y el martillo que cantaba, mientras el Joven Jesús aprendía la Ley. Aprendía como si no fuese el Maestro divino. Lee y reza los salmos, ahondando en su sentido; siente predilección por los vaticinios de Isaías acerca del siervo de Yahvé, de su acción liberadora, de su bondad paciente, misericordiosa y compasiva, al mismo tiempo que medita las grandes visiones de Daniel que evocará delante del Sumo Sacerdote al final de su vida. Sin duda, que no le interesarían las sutilezas jurídicas ni las pequeñeces rituales que formaban el fondo de la enseñanza rabínica de aquellos días. Él es, con toda seguridad, recto, sencillo, profundo, y entra en la Escritura como en un rico tesoro que le pertenece. Como Galilea estaba entonces en continuas relaciones con las ciudades helenísticas de las cercanías, es probable que Jesús se sirviese en más de una ocasión de la lengua griega, aunque su lengua familiar era el arameo, pero algunas de sus intervenciones en las sinagogas nos dan a entender que leía las Escrituras en el original hebreo. Cuando llegaba el sábado la Sagrada Familia se dirigiría a la sinagoga para escuchar las lecturas y las explicaciones del rabino. Al llegar el solsticio de invierno asistiría a la ceremonia casera de encender las luces, que recordaban la restauración del culto divino por Judas Macabeo: una luz el primer día, dos el segundo... ocho el octavo. Luego la fiesta del Purín, que recordaba la historia deliciosa de la reina Ester; la solemnidad de la Pascua; los ritos del año nuevo, que coincidían con la caída de las hojas, y, al terminar la cosecha, la festividad de los tabernáculos, que enguirnaldaba las plazas y llenaba las calles de salmos y regocijos y sonido de trompetas.

Pasaron los años, y habiendo caído enfermo José, ya no podía trabajar, por lo que María y su Hijo eran los encargados de proveer a las necesidades de la Familia. Cumplió Jesús los veintinueve años cuando José se durmió dulcemente en el seno del Señor, entre su Hijo legal y su casta esposa. el Padre celestial determinó llamarle a Sí, y darle en el cielo la corona de gloria que había merecido por lo profundo e incomparable de su humildad y su obediencia. Lloráronle Madre e Hijo, porque al fin habían de rendir tributo a la naturaleza, e hicieronle funerales adecuados a su escasa fortuna: pero acompañado de Jesús y de María. ¿Qué hombre nacido tuvo jamás exequias más soberanas? ¿Qué escena tan sublime! El Patriarca justo, casto y obediente, en el lecho de muerte entregando su vida a Dios en los brazos del Jesús, Señor de la vida y de la muerte, y acompañado de la Santísima Virgen María.

Natural es que quien gozó del privilegio sublime de morir entre el Hijo de Dios y la Virgen Inmaculada, sea tenido por los cristianos como

abogado de la buena muerte, pues a su intercesión no puede negar Jesús y María la gracia de que cuentos le invoquen hallen también alrededor de su lecho la compañía dulcísima y bienhechora que el mismo José vio, lleno de felicidad, en la gloria de su glorioso tránsito.

Aunque la Iglesia profesó siempre una singular veneración a este gran Santo, no fue su culto tan extendido hasta que gozó de paz la Iglesia, comenzando a hacerse familiar a los fieles la devoción a San José.

Muchos Santos han contribuido en elogios a este gran Santo y no hay cristiano que no profese particular devoción a San José, depositando en esta gran Patriarca una confianza tierna y amorosa, pero entre todos hemos de destacar que fue Santa Teresa de Jesús quién más ha contribuido en los últimos tiempos a promover esta singularísima devoción, dejando en herencia el capítulo VI de su vida, en el que nos dice: *Tomé por abogado y señor al glorioso San José y encomendándome mucho a él; vi claro que así de esta necesidad, como de otras mayores de honra y pérdida del alma, este padre y señor mío me sacó con mas bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma; que a otros Santos parece les dio el Señor gracia para socorrer una necesidad; este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todas y que quiere el Señor darnos a entender que, así como le fue sujeto en la tierra y como tenía el nombre de padre y siendo ayo le podía mandar, así en el cielo hace cuánto le pide. Esto han visto otras algunas personas, a quienes yo decía se encomendasen a él, también por experiencia, y hay muchas que le son devotas: de nuevo he experimentado esta verdad.*

*Procuraba yo hacer su fiesta con toda la solemnidad que podía... Querría yo persuadir a todos que fuesen devotos de esta glorioso santo por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona que de veras le sea devota y haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud, porque aprovecha en gran manera a las almas que a él se encomiendan. Paréceme a algunos años que cada año en su día le pido una cosa y siempre la veo cumplida; si va algo torcida la petición, él la endereza para más bien mío... Solo pido por amor de Dios que lo pruebe quién no lo creyere y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso Patriarca. Y tenerle devoción; con especialidad personas de oración siempre le habían de ser aficionadas... Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso Santo por maestro y no errará en el camino.*

En nuestros días ha crecido tanto la devoción y culto de San José, mayormente desde que Pío IX lo declaró patrón de toda la Iglesia

católica, que no hay pueblo e iglesia donde no sea venerado de un modo especial.





**Los caminos tortuosos se enderezarán, y los ásperos se allanarán;  
¡Ven, Señor, y no tardes!**

## 18 - PREDICACIÓN DE JUAN

**El año decimoquinto del reinado de Tiberio César, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea, Herodes tetrarca de Galilea, Filipino su hermano tetrarca de Irutea y de la Traconítida, y Lisanías tetrarca de Abilene,** (A pesar de las múltiples indicaciones del cuadro histórico político de Palestina descrita por el Evangelista, no es posible fijar exactamente el año en que el Bautista empezó a predicar y bautizar. Probablemente fue el año 27 de nuestra era, esto es el año anterior Pilato había llegado a Judea y quince antes Tiberio había sido asociado a la dignidad imperial.) **bajo el pontificado de Anás y Caifás,** (solamente existía un único Sumo Sacerdote que era Caifás, yerno de Anás, que anteriormente también lo había sido y que conservaba aún gran influencia, por los que se le menciona aquí y en la pasión de Cristo, por ser realmente el que tomaba las decisiones más importantes.) **la palabra de Dios vino sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto.** (Hubo un hombre enviado de Dios que se llamaba Juan, no era la luz, sino enviado para dar testimonio de la luz, era Juan aquel hijo que Zacarías tubo en su vejez, cuyo nacimiento estremeció de gozo las montañas de Judea, aquel que el Profeta Malaquías llamó ángel, que tenía por misión ir delante, anunciando y señalando al Salvador, aquel que en el seno de Isabel dio saltos de gozo, al oír el saludo de María, portadora del Mesías, aquel niño que crecía y se fortalecía en espíritu, hasta el día de su manifestación en Israel. Una vida de silencio, como la de Jesús, con la diferencia de que no había transcurrido en el hogar doméstico, sino en la soledad, en aquella soledad del Midbar o desierto que se hallaba a tres o cuatro leguas al este de Jerusalén, entre esta ciudad y el Mar Muerto, cuyo nombre geográfico es *desierto de Judea*, entendiéndose por desierto, como lo entendían los judíos, toda región que, aunque no fuera del todo desierta ni estéril, no estuviera cultivada. Bien es cierto que estaba salpicado de rocas desnudas y abruptos barrancos, de valles áridos y montañas calvas con ondulaciones de color ceniza y en donde los raquíuticos arbustos, alimentados por los torrentes que caían de precipicio en precipicio cobijaban de las aves de presa y en donde el silencio era quebrado por los aullidos de los lobos y chacales. Y este desierto, que no era ciertamente un jardín, ni una huerta, ni un vergel cultivado, aunque no por eso carecía de vegetación apta para el ganado menor, fue donde pasó el hijo de Isabel y Zacarías su infancia y su juventud, errante como los antiguos profetas, hoy en una gruta, mañana en una choza levantada junto a un enebro, sin más testigo de sus austeridades que algunos pastores sencillos, que de tarde en tarde llegaban con sus cabras y sus ovejas hasta aquellos parajes, y en donde algunos arbustos espinosos y plantas aromáticas habían podido resistir a los ardores de una tierra situada a cientos de metros bajo

el nivel del mar. No sabemos como pero allí creció Juan esperando su hora) **Y recorrió toda la región del Jordán,** (Y llegada esa hora de la predicación, eligió este mismo escenario del Midbar, para que igual que había vivido en consonancia con al pregón que tenía que anunciar al recibir la palabra de Dios, fuese también el lugar donde su voz clamasen en las riberas del Jordán.) **predicando el bautismo de arrepentimiento para la remisión de los pecados,** (La característica de la predicación de Juan es *el bautismo de penitencia*: rito bautismal en orden a excitar el arrepentimiento de los pecados para su remisión, tal y como estaba escrito en el libro de los vaticinios del profeta Isaías: *Voz de uno que clama: Preparad el camino de Yahvé en el desierto, enderezad en el yermo una senda para nuestro Dios. Que se alce todo valle, y sea abatido todo monte y cerro; que la quebrada se allane y el roquedal se torne en valle de Yahvé, y la verá toda carne a una; pues ha hablado la boca de Yahvé.* La voz de Juan es como el trueno que conmueve los desiertos; y sin embargo, Israel ni escuchó su mensaje ni preparó el camino.) (Lucas 3, 1-3). **Y decía: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos está cerca”.** (Juan exhortaba a los que le seguían para que se arrepintiesen de sus pecados y cambiasen de vida, condición necesaria para entrar en el reino de los cielos, o sea en el reino de Dios.) **Este es de quién hablo el Profeta Isaías cuando dijo:** (Mateo 3,2) **“Mira que envío delante de Ti, a mi mensajero, el cual preparará Tu camino.** (En la antigüedad la llegada de los reyes se anunciaba por los pregoneros a los lugareños con un pregón de voz, inteligible a todos los habitantes, para que sabedores de tal llegada arreglasen los caminos desposeyéndolos de todos los obstáculos. Con varios siglos de antelación el Profeta Isaías profetiza a un precursor como el heraldo de Dios, y ante llegada del reino de los cielos que se aproxima, traído por Jesucristo, se aplica este vaticinio a Juan como el precursor encargado de pregonar tan esperado y eminente acontecimiento, predicando el arrepentimiento en su bautismo de penitencia, que ansía y prepara el camino del señor.) (Marcos 1, 2). **Voz de uno que clama en el desierto:** (Y ¿qué es una voz? Es un sonido que despierta si se está dormido, que atrae nuestra atención si se está distraído, que otras veces nos hace detener al mostrarnos un peligro, y otras nos enseña y corrige, aconseja y alienta, e incluso ordenar. Pero ¿qué clama esa voz?, porque una voz puede decir mentiras, enseñar el mal, desentonar y a veces molestar. La voz que clama en el desierto es la voz de Juan que grita: *Haced dignos frutos de penitencia, porque se acerca nuestra redención.* No olvidemos que nuestras obras son la voz de nuestra vida, y la voz del Bautista es el eco de su vida. Juan es toda voz, es la voz del Espíritu que anuncia al Verbo.) **Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas. Todo valle ha de rellenarse, y toda montaña y colina ha de rebajarse; los caminos**

**tortuosos han de hacerse rectos, y los escabrosos, llanos;** (Se ha de desenredar lo liso, enderezar lo torcido, bachear lo abrupto, alisar lo embarazoso, en una palabra mostrar la palma de la mano sin ocultar nada en el puño cerrado, mirar de frente pero con humildad, allanando e igualando los tropiezos, significando con ello que las naciones han de ser humilladas y purificadas antes del triunfo mesiánico.) **y toda carne verá la salvación de Dios.”** (Sin duda alguna se refiere a todo hombre, acentuando el universalismo paulino de la salvación mesiánica.) (Lucas 3, 4-6). **Juan tenía un vestido de pelos de camello, y un cinto de piel alrededor de su cintura; su comida eran langostas y miel silvestre.** (En aquella tierra maldita se vistió el hijo del viejo Zacarías de austeridad y de fortaleza; entre aquellas rocas graníticas, que parecían como el símbolo de su temperamento de hierro, se le reveló con toda claridad su glorioso destino. No podía olvidar las palabras que el ángel había dicho a su padre delante del velo sagrado: *Caminará en presencia de Dios, con el espíritu y la virtud de Elías, para poner el corazón de los padres en sus hijos, para infundir en los incrédulos la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo perfecto.* Estas frases, su nacimiento, su existencia toda, se iluminan ahora con la meditación de los Sagrados Libros. El vidente Anatoth lleva hasta sus oídos los ecos de la voz que clama en el desierto: *Preparad los caminos del Señor; enderezad sus sendas; todo valle será levantado, y toda montaña allanada, y toda carne verá la salud de Dios.* Esa voz es la tuya, le dice alguien en el fondo de su ser; tú eres el mensajero; el reino de Dios se acerca, hay que domar el orgullo de los soberbios; hay que predicar la penitencia, la purificación, el cumplimiento de la Ley. Y, con una certidumbre divina, comprendió Juan que era el precursor de la gran obra preparada durante siglos. La forma de vestir, su alimentación y su casa, el desierto, sin comodidad alguna, expuesto a todas las inclemencias del tiempo, son las obras de su vida y están en consonancia con su voz, que predica penitencia, pues la voz del Bautista es el eco de su vida.

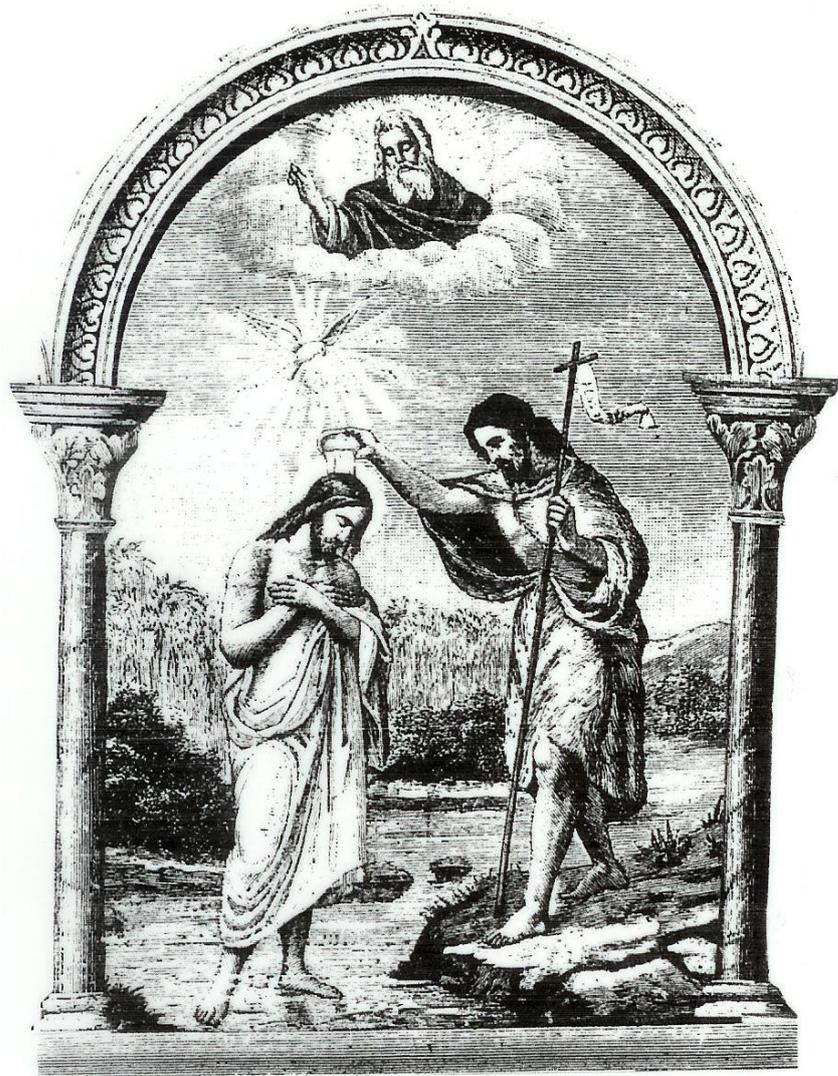
En aquel tiempo el pueblo judío estaba agitado por la expectación mesiánica, y no era cosa singular la aparición de hombres que se presentaban como enviados por Dios. Efectivamente poco después de la muerte de Herodes el Grande se presentó en Perea un tal Simón, que prendió fuego el palacio de Jericó y se proclamó rey; al poco tiempo, un pastor llamado Atronges implanta en Judea un gobierno regular; viene después un galileo, Judas, hijo de Ezequías, que llega a apoderarse de los depósitos de las armas de Séforis; surge luego otro galileo del mismo nombre, el que inicia la corriente de los zelotes, y tras él vendrá Teudas, y un predicador anónimo natural de Egipto, y otros y otros visionarios cuyas locas pretensiones nos ha dado a conocer el historiador Flavio Josefo. Todos ellos venían con una finalidad política, empujados por el

ansia de dominio y convencidos de que los hijos de Abraham formaban el primer pueblo de la tierra. El hijo de Zacarías iba a seguir un procedimiento distinto. Ni hacía prodigios, ni prometía riquezas, ni anunciaba supremacías y, lejos de halagar a los israelitas, pensaba que hijos de Abraham podían salir de las mismas piedras. A diferencia de todos esos predicadores, él se presentaba sin armas, pobre y desnudo, preconizando, ciertamente, un reino al cual debían prepararse los hombres, no empuñando la espada, no ejercitándose en la milicia, sino mejorando la conducta, despreciando las riquezas y practicando la virtud.) **Entonces salía hacia él Jerusalén y toda la Judea y toda la región del Jordán, y se hacían bautizar por él en río Jordán, confesando sus pecados.** (Las abluciones con agua entre los judíos eran muy frecuentes para borrar las impurezas legales y estaban prescritas muchas de ellas en la Ley. En ellas cada uno se lavaba o purificaba a sí mismo, pero en el bautismo de Juan, era él el que sumergía a los penitentes en las aguas, para moverlos al dolor de los pecados. Este bautismo no era sino una preparación del pueblo judío por medio del arrepentimiento para recibir al Mesías. Y tampoco era un sacramento la confesión que los pecadores hacían, pero sí una manifestación del dolor interior, un medio eficaz para conseguir la gracia de arrepentimiento, condición indispensable del perdón.) **Más viendo a muchos Fariseos y Saduceos venir a su bautismo, les decía: “Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a escapar de la cólera que os viene encima? Producid frutos propios del Arrepentimiento. Y no andéis diciendo dentro de vosotros: Tenemos por padre a Abrahán. Porque os digo que de estas piedras puede Dios hacer que nazcan hijos de Abrahán.** (Los Fariseos formaban una secta espiritualista, nacionalista y rigorista, caracterizada por el celo en la observancia de la ley y el apego exagerado a las innumerables tradiciones orales, y a las que frecuentemente daban más importancia que a la misma ley. Eran el prototipo de la apariencia externa de la santidad, y se gloriaban a sí mismos de su descendencia carnal de Abrahán, poniendo en ella el fundamento de todos sus privilegios y especialmente que con ello les bastaba para pertenecer al reino de los cielos y asegurar su salvación. Políticamente eran enemigos de sus dominadores los romanos, por lo que gozaban de las simpatías del pueblo. Otra secta importante era la de los Saduceos, ricos e influyentes materialistas, que a pesar de que ocupaban altos cargos en la jerarquía sacerdotal, y admitían la ley en su totalidad, eran odiados y aborrecidos por sus simpatías a Roma, su conciencia laxa y practicar la cultura helénica con menosprecio de las tradiciones. A ambos guías espirituales, Juan les compara a serpientes nacidas de serpientes, es decir, a hijos perversos de padres impíos y en tono amenazador les pregunta. ¿Quién os ha enseñado que la ira venidera o venganza de Dios contra los

pecadores, que, según los Profetas, ha de manifestarse en la era mesiánica, y que llevará consigo la exclusión del reino de los cielos en esta vida y en la otra, no puede alcanzarlos? Aquí Juan condenando la idolatría de la sangre, pues Dios no tiene en cuenta la raza o descendencia natural, sino el arrepentimiento y la sinceridad de conciencia, por lo que viendo que los Fariseos y los Saduceos no se acercaban a él con ánimo sincero para aprovecharse de su predicación y mucho menos de su disposición a la penitencia, los habla en tono duro y grave: ¡Arrepentíos raza hipócrita y soberbia! Dad frutos dignos que correspondan a un cambio interior de corazón, como el arrepentimiento, la caridad y la misericordia, no seáis avarientos y no penséis que el respaldo de vuestra descendencia abrahámica os hará salvos del castigo de la ira de Dios, pues Él puede sacar de esa cantera hijos de Abrahán. Juan apunta aquí lo que más tarde San Pablo distingue entre la descendencia según la carne y la descendencia según la promesa o la fe.) **Ya que el hacha está puesta a la raíz de los árboles; todo árbol que no produce buen fruto será cortado y arrojado al fuego.**” (Juan vuelve a insistir sobre los buenos frutos que agraden al Señor. Y con esta clara y lúcida imagen del hacha nos adentra en una narración fingida con enseñanza moral, que puede relacionarse con las parábolas de Jesús anunciando la destrucción de la Sinagoga, la maldición de la Higuera, o el traspaso de la viña, etc.) (Mateo 3. 4-10) **Preguntábanle las gentes: “¡Y bien! ¿Qué debemos hacer?” Les respondió y dijo: “Quien tiene dos túnicas, dé una a quien no tiene; y quien víveres, haga lo mismo.”** (En este pasaje tenemos a las turbas, lo que hoy denominamos como la masa, el pueblo en general, es decir los pobres y los humildes, que más tarde constituirán lo oyente benévolo de Jesús. Y ante la pregunta del deber en su obrar, Juan les aconseja: Dad al que no tiene, sed justos, no abuséis de nadie, contentaros con lo que tenéis, es decir, caminad por las sendas del Señor, que son sus mandamientos, enderezad todos vuestros actos al cumplimiento de la voluntad de Dios, rellenando los valles que la pereza o la negligencia puedan ocasionar, allanando los montes y cerros de la soberbia, del egoísmo, de la ambición, del orgullo, alisad los caminos que la hipocresía y la mentira puedan tergiversar, alinead la senda torcida habitualmente por la lujuria, la avaricia, la envidia y la gula; Como vemos Juan traza un programa de perfección contestando a la manera de la antigua predicación profética, no con una penitencia de cilicio y ceniza, sino con la práctica de la justicia, de la caridad, de la verdad, de la rectitud, en una palabra, aceptando los designios de Dios.) **Vinieron también los Publicanos a hacerse bautizar, y le dijeron: “Maestro, ¿qué debemos hacer?” Les dijo: “No hagáis pagar nada por encima de vuestro arancel.”** (Los Publicanos o recaudadores de impuestos eran sumamente odiados por sus injustas exacciones, ya que al ser

arrendatarios al tanto por ciento de los aranceles del estado, trataban por todos los medios de sacar el mayor beneficio posible, por esa razón Juan les aconseja que no abusen de su puesto para enriquecerse.) **A su vez unos soldados le preguntaron: “Y nosotros, ¿qué debemos hacer?” Les dijo: “No hagáis extorsión a nadie, no denunciéis falsamente a nadie y contentaos con vuestra paga.”** (A pesar de que los soldados eran extraños al judaísmo, pues los judíos estaban exentos del servicio militar, no les exige un cambio de profesión, sino que la santifiquen con su conducta.) **Como el pueblo estuviese en expectación, y cada uno se preguntase, interiormente, a propósito de Juan, si no era él el Cristo, Juan respondió a todos diciendo: “Yo, por mi parte, os bautizo con agua. Pero viene Aquel que es más poderoso que yo, a quién yo no soy digno de desatar la correa de sus sandalias. Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego.** (La conmoción que produjo el Bautista con su predicación de penitencia y su modo de vivir, fue tan grande, que muchos creyeron que él era el Mesías prometido. Para evitar este engaño, Juan acentúa su inferioridad respecto al Mesías con la imagen de que no merece desatar las correas de sus sandalias, oficio propio de los esclavos, y con la comparación de sus bautismos. El Bautismo de Juan era para dar el arrepentimiento en que Israel había de recibir al Mesías. El Bautismo de Jesús en Espíritu Santo y fuego, por paralelismo con el de Juan, a entenderse en sentido propio de invasión del Espíritu y metafóricamente el del fuego, que purifica lo que el agua no puede limpiar. Juan humildemente muestra su misión de precursor señalando con su dedo hacia Jesús: Pero viene Aquel que es más poderoso... *Así como la aurora es el fin de la noche y el principio del día, yo soy la aurora del día del Evangelio y el término de la noche de la Ley.*) **El aventador está en su mano para limpiar su era y recoger el trigo en su granero, pero a paja la quemará en un fuego que no se apaga.”** (Aquí el Bautista señala a Jesús dispuesto a comenzar su reinado de justicia. La imagen del aventador o bieldo es similar a la parábola de la cizaña, que Jesús asemejará al reino de los cielos.) (Lucas 3, 10-17).





**Jesús, mientras te observo como un pecador más en la fila de los que van a bautizarse, me percató de que has elegido mi lugar: yo soy el pecador, Tú eres el único Justo. Gracias, Señor, por tu Bautismo y por mi Bautismo.**

## 19 - BAUTISMO DE JESÚS

**Y sucedió que por aquellos días Jesús vino de Nazaret de Galilea al Jordán, a Juan para ser bautizado por él. Pero Juan quería impedirselo y la decía: "Yo tengo necesidad de ser bautizado por Ti y ¿Tú vienes a mí? Jesús le respondió y dijo: "Deja ahora; porque así conviene que nosotros cumplamos toda justicia." Entonces le condescendió.** (La noticia de la predicación del Bautista había llegado también a Nazaret, y eran muchos los galileos que iban a escuchar la palabra del nuevo predicador. Tal vez más de uno de ellos pasó a su vuelta por el taller del carpintero, contando las cosas que había visto y oído y lanzando al desgaire esta pregunta: *¿No habrían llegado ya los tiempos del Mesías?*

Un día, Jesús, el Santo de los santos, recogió sus herramientas de trabajo, se despidió de su Madre y partiendo de Nazaret para hacerse bautizar, aunque no necesitaba el bautismo, y como si fuese un pecador que necesitaba lavarse se dirigió también Él a la rivera del Jordán.

Podría decirse que existían razones de conveniencia en este suceso. Así, podríamos pensar, que Jesús quiso someterse al bautismo de Juan para recomendar y sancionar solamente la misión del Bautista. O para santificar las aguas, para hacerlas puras y purificadoras, para darlas su santa transparencia y el olor de su divinidad; pero resaltando la sencillez y profundidad de estos versículos del Evangelio, realmente viene hasta el Jordán para cumplir toda justicia, es decir, guardar puntualmente todas las leyes y costumbres de un pueblo, sometiéndose al bautismo, como se había sometido a la circuncisión y demás ritos judíos. Sin embargo, no fue entonces cuando el agua quedó constituida en instrumento de santificación. Recordemos que el sacramento del Bautismo no pudo tener lugar durante el bautismo de Cristo. Y ¿por qué? Sencillamente el motivo por el cual no pudo ser entonces constituido nuestro Sacramento constituye precisamente la clave feliz que nos explica la voluntad de Jesús, esa extraña voluntad de someterse Él, fuente de toda limpieza, a un rito lustral destinado a los pecadores. Observemos que el bautismo de Juan era una purificación distinta de las antiguas y nuevas, de tal modo, que por él San Juan obtuvo el nombre de Bautista con el que todas las gentes le llamaban. Este bautismo era por inmersión del hombre hecha por el mismo Juan en el río. No era ciertamente el bautismo de Juan un sacramento como el de Cristo, que recibimos nosotros, ni tampoco confería gracia santificante, ni quitaba el pecado original y todos los que hasta el recibirlo se hubiesen cometido, sino que era un rito religioso, que, por medio del recuerdo y dolor de los pecados, de la humildad y de la oración, sensibilizados y especialmente atendidos por Dios, disponían el alma a la penitencia y remisión de los pecados.

Jesús pronuncia sus primeras palabras al dar comienzo su vida pública, con el mismo sentido que las que dijo a sus padres cuando le encontraron en el Templo, expresando lo que durante toda su vida predicó, que Él ha venido a este mundo para cumplir la voluntad de su Padre. Juan, conoedor de la grandeza y santidad de Jesús, se resiste y expresa su necesidad de ser bautizado por Él, pero la palabra de Jesús indicándole que así conviene, cede y le bautiza. ¡Qué rendimiento de juicio y de voluntad en Juan y qué abismo de humildad en Jesús! Que, siendo Dios, se reviste de nuestra humanidad pecadora y se introduce en el Jordán para recibir el bautismo de penitencia para el perdón de los pecados, ¿de quién? Ciertamente los tuyos y los míos, y pasando por pecador se abate hasta encontrar lo que el hombre había perdido por su soberbia, la gracia santificante, la unión y amistad con Dios, y es que, grabémoslo bien en nuestros corazones, la humildad es el camino más corto para acercarnos a Dios.) **Bautizado Jesús, salió al punto del agua, y he aquí que se le abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios, en figura de paloma, que descendía y venía sobre Él. Y una voz del cielo decía: “Este es mi Hijo, el Amado, en quién me complazco.”** (El bautismo del Señor debió ser un cuadro majestuoso, y los allí presentes quedarían maravillados ante tan grandioso espectáculo, viendo manifestarse a la Santísima Trinidad: Los cielos que se abren, resplandecientes de hermosura con los coros angélicos, el Padre que habla del cielo con la voz amante que se goza, el Hijo que en forma de hombre está sumergido y humillado en las aguas del Jordán, y el Espíritu Santo que se hace visible en forma de paloma, como símbolo que trae al mundo la paz y la amistad con Dios. Después de la humillación de Cristo en el Bautismo siguió su glorificación. Jesús se había ofrecido como víctima de nuestros pecados, y en esta manifestación se significó en cierta medida el fruto de su oblación. Los cielos, cerrados después del pecado de Adán, se abren, el Espíritu Santo baja a la tierra para reconciliarnos con el Padre y Él mismo da testimonio de que Aquel es su Hijo, a quién ha enviado para redimir al mundo.

He aquí la primera revelación del más grande de los misterios: el infinito amor del Padre al Unigénito, a su Amado, en el cual reside toda su felicidad sin límites y por el cual, con el cual y en el cual recibe eternamente toda su gloria, como lo expresa el canon de la misa. ¿No es una manifestación maravillosa? Jesús revestido de nuestras culpas y reparándolas, hará que los cielos se abran de nuevo sobre nosotros, y el Padre, a través de Él, nos verá a nosotros y nos ensalzará hasta hacernos sus hijos adoptivos, cuando con el corazón contrito, confundido y humillado por nuestras culpas recuperemos esa gracia perdida. No nos admiremos de ello, pues el que se humilla será ensalzado. Lo que paso con Jesús, pasa con nosotros muchas veces, tantas como perdida la vida

de la gracia, la recobramos; invisiblemente sucede lo mismo que en el Jordán, que cuando un pecador recibe la gracia, se hace hijo de Dios y los cielos, cerrados por el pecado, se abren de nuevo y la Trinidad viene a morar en él, recobrando una vida nueva sobre esa natural que poseía, teniendo derecho por ello a la herencia del cielo, en la casa solariega del Padre, y por toda la eternidad. Pero los cristianos no debemos jactarnos por nuestra vocación y elección, a la manera de los Fariseos, ni a despreciar a los que continúan caídos, porque nuestra arrogancia podría arrastrarnos a la misma reprobación, con más motivo que a ellos, sino que con un intenso deseo rezar como el Profeta pidiendo a los cielos “*que derrame su rocío y que lluevan las nubes al Justo, para que germine la tierra y brote el salvador*”, y así todos consigamos merecer los bienes que Jesucristo vino a traernos.

El Bautismo fue la última preparación de Cristo para su aparición pública, y, al mismo tiempo señala el comienzo de su solemne manifestación externa ante el mundo como Mesías e Hijo natural de Dios. Presentación hecha por el Padre en el cielo y por el Precursor en la tierra. Al fin, el secreto salía de la casa de Nazaret y empezaba a extenderse entre el pueblo. Esta escena debió desilusionar a muchos discípulos de Juan; pero algunos de ellos, los más sinceros, sin dejar a su primer maestro, empezaron a interesarse por Aquel galileo desconocido.

Dos bautismos tuvo Jesucristo, uno de agua, otro de fuego. También el pueblo de Israel había recibido dos bautismos: uno al pasar el mar rojo, cuando dio comienzo su penosa marcha, y otro al fin, al cruzar el Jordán, momentos antes de pisar la Tierra de Promisión, para poder un día ofrecer a Jahvé un sacrificio sobre la montaña. Esta montaña, en la vida de Jesús, se llamó Calvario, y el sacrificio no es otro que su propio Bautismo de Jesús o sacrificio del Cordero pascual. Lo cual había sido vaticinado por el Bautista cuando señalando con el dedo a Jesús le designa como el Cordero de Dios, señalando no solo la persona de Jesús para que todos los presentes reconocieran en Él al enviado de Dios, sino que venía también a profetizar a Jesús su destino de inmolación, su oficio de Cordero. Jesús también fue descrito por San Pedro como el *Cordero Inmaculado*, signo de inocencia que tomando sobre Sí los pecados del mundo y sin balar siquiera es llevado al matadero, gravado con todas las abominaciones y ejerciendo a favor de los pecadores su misericordia.) (Mateo 3, 13-17).





**No temerás los terrores de la noche. Ni la flecha que vuela de día, ni la peste que camina en las tinieblas o el contagio que hiere a plena luz.**

## 20 - LAS TENTACIONES

**Jesús lleno de Espíritu Santo, dejó el Jordán, y conducido por el Espíritu al desierto, donde permaneció cuarenta días y fue tentado por el diablo. No comió nada en aquellos días, y cuando hubieron transcurrido, tuvo hambre.** (Mientras las gentes comentan maravillados el suceso de la paloma y el diálogo habido entre los dos Profetas. Jesús desaparece súbitamente, y, llevando sobre Sí el peso de todos los pecados del mundo, se retira a meditar en soledad acerca de la lucha que va a entablar por la gloria de su Padre. Cambia la fertilidad del Jordán por el árido desierto, donde permaneció, en ayuno total y absoluto, cuarenta días y cuarenta noches, y al final de los mismos sintió hambre, lo que aprovechó el diablo, el enemigo por antonomasia, que se presenta a Él en figura humana y le hace una triple proposición, procurando excitar las tres concupiscencias del hombre: la sensualidad por medio del apetito del comer, la soberbia por medio del orgullo presuntuoso, y la concupiscencia de los ojos por medio de los apetitos de riqueza, poder y goce. Satanás tienta para probar e intentar averiguar quién era Jesús, quién, a su vez, quiso experimentar todas las debilidades de la naturaleza humana, incluso las tentaciones, para enseñarnos con su ejemplo, que el ser tentado no es señal de ser rechazado, sino que, por el contrario, las tentaciones son pruebas, que conducen a la perfección, y que al vencéndolas con paciencia nos conducen, gloriándonos en ellas, a la esperanza, fruto de la fe viva animada por la caridad. Efectivamente el que cree y ama, espera con vehemente deseo los bienes que Cristo nos promete, y tiene, pues, en la esperanza el supuesto sostén de la perfección, llegando incluso a la alegría y al gozo después de sufrir y vencer las tentaciones con la ayuda del Señor.) **Entonces el tentador se aproximó** (Con la sutileza engañosa que caracteriza a Satán, aparentando llegar lleno de compasión hacia el solitario, y a pesar de que sabe sobradamente que un Hijo de Dios puede saciar el hambre fácilmente, se presenta inquieto ante las prolongadas oraciones y los ímpetus de amor del extraño ayunador, con la mira puesta en aclarar la duda que le corroe: saber quién es, y por eso tienta para probar y prueba para tentar.) **y le dijo: “Si tú eres el Hijo de Dios, manda que estas piedras se vuelvan panes”**. (El enemigo había oído al Bautista predicar que Jesús era el Mesías, también escucho la voz del Padre, y posiblemente ya le habría observado durante toda su vida como un hombre extraordinario, pero ahora le ve desfallecido y hambriento, lo que le hace dudar, y para ratificar si es el Hijo de Dios, le invita a la ostentación de fabricar un milagro, convirtiendo las piedras en pan, y así satisfacer su necesidad, y desconfiar de la Providencia divina, aprovechando su debilidad física provocada por el ayuno) **Más Él replicó y dijo: “Está escrito: No sólo**

**de pan vivirá el hombre sino de toda palabra que sale de la boca de Dios**". (Dios no tiene necesidad de pan para dar de comer a los hombres; puede alimentarlos, mediante su palabra, con cualquier cosa, como por ejemplo con el maná que el Señor alimentó a los israelitas sin salir del desierto. Jesús emplea esta cita del Deuteronomio para confundir al tentador, que queda con la misma duda fracasando en su intento desafiante de hacer emplear el poder taumatúrgico de Hijo de Dios. Jesús triunfa confirmando la eterna verdad de que el espíritu está por encima de la materia, y más arriba Dios alimentando al hombre con su palabra.) (Lucas 4, 1-4). **Entonces lo llevó el diablo a Jerusalén y lo puso sobre el pináculo del Templo y le dijo: "Si Tú eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo, porque está escrito: Él mandará en tu favor a sus ángeles que te guarden; y ellos te llevarán en palmas, para que no lastimes tu pie contra alguna piedra."** (Cristo acaba de mostrar su total confianza en la providencia de Dios, por lo que el demonio le induce nuevamente a una confianza presuntuosa, para lo cual le lleva a la Ciudad Santa, guiándole como a un atleta que voluntariamente camina a la lucha, poniéndole sobre la más alta torre del Templo, pues según la creencia judía del tiempo, el Mesías había de manifestarse pública y repentinamente desde una de esas terrazas y desde allí anunciar la liberación del pueblo de Israel, razón que aprovecha el demonio para tergiversar la promesa consoladora dada a todos los que confían en Dios, sobre los ángeles custodios: *Él ha encomendado a sus ángeles para que te guarden en todos tus caminos. Ellos te llevarán en sus manos, no sea que lastimes tu pie contra una piedra*, para aplicársela a Jesús invitándole a que, si verdaderamente es el Hijo de Dios, comience su ministerio mesiánico con un acto espectacular arrojándose al vacío desde el pináculo del Templo.) **Respondióle Jesús: "También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios."** (Guárdese el lector de entender que Cristo declara aquí su divinidad, diciendo a Satanás que no lo tiene a Él. Esto habría sido revelar su condición de Hijo de Dios, que el diablo deseaba vanamente averiguar. Venció Jesús al tentador con esta respuesta tomada también del Deuteronomio, enseñándonos que poner a Dios en el caso de tener que hacer un milagro para librarnos de un peligro, en que nos hemos colocado temerariamente y sin motivo alguno, es pecado de presunción, o sea tentar a Dios.) (Lucas 4, 9-12) **De nuevo lo llevó el diablo a una montaña muy alta, y mostrándole todos los reinos del mundo y su gloria, en un instante, y le dijo: "Yo te daré todo este poder y la gloria de ellos, porque a mí me ha sido entregada, y la doy a quién quiero, si pues si postrándote delante de mí me adoraras, Tú la tendrás toda entera."** (Podría decirse que Satanás, padre la mentira, habla aquí como impostor al atribuirse frente a Cristo, un dominio de todo el reino del mundo, que precisamente le está reservado al Mesías, como

consecuencia natural y como una extensión de su generación eterna, y que en el Antiguo Testamento se le promete y que debía conquistar por medio de la humillación y los sufrimientos de la pasión. Sin embargo, el diablo le ofrece uno más cómodo y fácil, fingiéndose dueño de todo el universo, le muestra la gloria, riquezas y magnificencias de todos los reinos de la tierra, si le adora. Debemos observar, sin embargo, que aquí no se alude ni a ese reino de Jesús, que no tendrá fin, ni tampoco al dominio actual sobre la naturaleza, que evidentemente pertenece a Dios, y del cual nos enseña Jeremías que ni los mismos cielos pueden producir la lluvia sin una orden Suya; sino que se trata más bien del imperio de la mundanidad, con "sus glorias y sus pompas" a las cuales renunciamos los cristianos en el Bautismo, es decir, al mundo actual con sus prestigios, cuyo príncipe es Satán mediante sus agentes. Tal es el mundo que odia necesariamente a Cristo, aunque a veces haga profesión de estar con Él, porque los tales son falsos apóstoles, obreros engañosos que se disfrazan de apóstoles de Cristo. Y no es de extrañar, pues el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz. Sobre este mundo adquirió Satanás con la victoria sobre Adán un dominio verdadero del cual solo se libran los que renacen de lo alto, aplicándose la redención de Cristo, puesto que ni la circuncisión ni la incircuncisión valen algo, sino la fe que obra por la caridad. Efectivamente la fe obra por amor, esto es: las obras del verdadero amor brotan espontáneamente del verdadero conocimiento. No sería tan grande la osadía de los malos, ni habría sembrado tantas ruinas, ni habría caído tan generalmente la observación de las leyes dadas al hombre por Dios, si hubiese estado más firme y arraigada en el pecho de muchos la fe que obra por medio de la caridad.) (Lucas 4, 5-7)

**Entonces Jesús le dijo: “Vete, Satanás, porque está escrito: Adorarás al Señor, tu Dios, y a Él sólo servirás.”** (La respuesta de Jesús es enérgica, alejando imperiosamente de Sí a Satanás, llamándole por su nombre y descubriendo su perversidad al querer ser tenido y adorado como Dios, siendo así que es el enemigo. Solamente el Señor Dios, verdadero Dueño de todo el universo debe ser adorado y servido como expresamente lo dice la Ley: *A Yahvé, tu Dios, temerás. A Él solo servirás.* Y al igual que no puedes servir a dos señores, tampoco puedes beber del cáliz del Señor y del cáliz del demonio.) (Mateo, 4,10).

**Entonces el diablo habiendo agotado toda tentación, se alejó de Él hasta su tiempo.** (Por tercera vez es vencido Satanás por el poder de la Escritura. San Pedro nos reitera esta doctrina, diciéndonos: *sed sobrios Y estad en vela: vuestro adversario el diablo ronda, como león rugiente, buscando a quién devorar.* Y San Pablo para recordarnos la propia debilidad nos aconseja: *Vestíos la armadura de Dios, para poder sosteneros contra los ataques engañosos del diablo. Porque para nosotros la lucha no es contra sangre y carne, sino contra los*

*principados, contra las potestades, contra los poderes mundanos de estas tinieblas, contra los espíritus de la maldad en lo celestial.* Y al igual que los gérmenes infecciosos que pululan por todas partes, nos hacen ponernos a la defensiva por el instinto de conservación, así hemos de ponernos a la defensiva contra esos enemigos infernales, ángeles que no conservan su dignidad, que a la manera de microbios, no por invisibles son menos reales, y que como ellos nos rondan sin cesar buscando la muerte de nuestra alma. Para vencer al diablo y a los poderes humanos, hombres hundidos en las tinieblas del pecado, hemos de ser fuertes en la fe, y estar siempre vigilantes, pues el diablo simula alejarse vencido, pero no desmayado, no es una retirada definitiva, como nos advierte el evangelista, y, mientras tanto, seguirá tejiendo su plan de venganza y de nuevo ataque hasta que llegue su hora, el tiempo señalado, que en Cristo fue probablemente la pasión, que Él mismo llamó la hora del enemigo y del poder de las tinieblas.) (Lucas 4.13) y **he aquí que estaba entre las fieras y los ángeles se acercaron para servirle.** (Pero Jesús no se quedó solo, los lobos, las hienas y zorras del desierto le hacían mejor compañía que el diablo y los ángeles le rodeaban, le felicitaban y le servían. Era el premio del Padre a su aceptación generosa del plan de la redención.) (Marcos 1 -13).



**Vade Satana: Scriptum est enim Dominus Deum, tuum adorabis, et illi serviet.**



**Mi boca hablará la alabanza del Señor, y bendecirá toda criatura su santo nombre.**

## 21 - TESTIMONIO DEL BAUTISTA

**Y he aquí el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron a él, desde Jerusalén, Sacerdotes y Levitas para preguntarle: “¿Quién eres tú?”** (Mientras Jesucristo estaba en el monte cercano de enfrente, sin saberlo nadie, haciendo penitencia y venciendo al demonio, Juan seguía su misión y predicaba y bautizaba y exhortaba a todos a prepararse a la venida del Mesías que se iba a presentar al mundo para redimirlo, y anunciaba la salud de parte de Yahvé a aquel pueblo enfermo, oprimido y degradado.

Como entonces bullía por todas partes la esperanza del próximo advenimiento del Mesías, todo el mundo volvía ansioso los ojos hacia donde se presentase cualquier hombre de algunas cualidades más o menos significativas y fuera de lo corriente.

Juan el Bautista estaba, sin duda, dando muchísimo que hablar por toda la Judea. Es verdad que no hacía milagro alguno. Providencia de Dios, que reservaba entonces este don a Jesús para que se diferenciase bien el Cristo de su Ángel y Precursor. Pero, sin embargo, era tal el grado de santidad de Juan, que sin milagros y con su capacidad de elocuencia directa logró que se le tuviese por un hombre extraordinariamente extraordinario, e incluso que muchos se preguntasen ¿quién sabe si sería el Mesías?

En aquellas fechas estaban los Fariseos, Escribas y Saduceos alejados del Bautista e incluso irritados con él, no sólo por las durísimas increpaciones que desde el principio y en público les había dirigido, sino la soberbia y autoestima que mantenían ante el pueblo al que veían desplazarse para recibir el bautismo de penitencia que diariamente obraba en el Jordán. Estaban tan inquietos por la popularidad, la fama y el éxito logrado por el Bautista que turbados de ignorancia y ansiosos de averiguar si aquel hombre era o no realmente el Mesías, como comentaba la gran mayoría del pueblo, y saber al menos con qué autoridad dispensaba aquel bautismo... Por ello se reunió el Sanedrín, y tras tratar este asunto nombraron una comisión para que indagasen y averiguasen con toda formalidad quién era aquel que llamaban el Bautista. Y en efecto los dirigentes judíos del pueblo enviaron a los Sacerdotes, que fueron las primeras familias pobladoras de Jerusalén apenas fue conquistada por el Rey David, y que además eran los descendientes de Sadoc, Sumo Sacerdote de Gabaón donde estaba el tabernáculo, y es de notar que descendía de Eleazar y de Finéés, a quienes los derechos del sacerdocio habían sido asegurados para siempre, por ley perpetua en el sentido que habían de durar hasta la derogación de la Ley Antigua, o sea porque el sacerdocio judío era figura del sacerdocio eterno de Jesucristo. En la

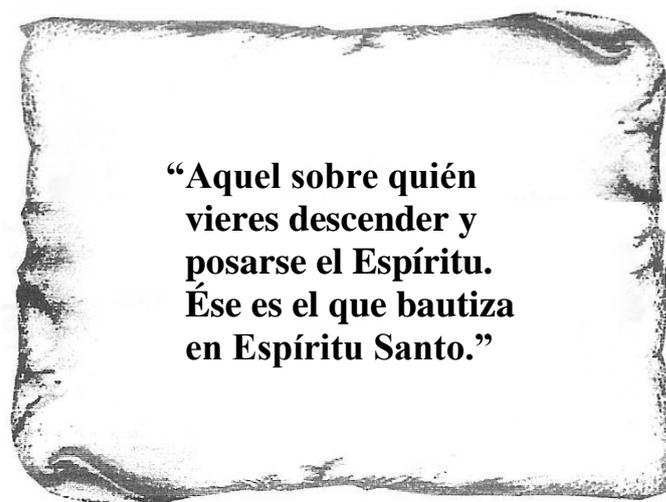
actualidad estos Sacerdotes desarrollaban en el Templo funciones materiales y secundarias, no obstante, se presentan ante Juan con altanera importancia para preguntarle en tono acusador. ¿Quién eres tú para obrar independientemente del Sanedrín?) **Él confesó y no negó; y confesó: “Yo no soy el Cristo.”** (Muchos identificaban a Juan con el Mesías o Cristo; por eso el fiel Precursor se anticipa a desvirtuar tal creencia, ya que la pregunta era capciosa y tenía por objeto inducir a Juan a proclamarse Mesías, puesto que ya desde entonces se proponían cerrar el paso a Jesús. La respuesta de Juan engloba dos ideas: una general declarándose fiel a la verdad, y otra exponiendo claramente que no es el Mesías esperado.) **Le preguntaron: “¿Entonces qué? ¿Eres tú Elías?” Dijo: “No lo soy.”** (Como sabemos por la tradición judía, el Profeta Elías debe volver a la tierra para preparar el establecimiento del reino de Dios. Juan, sabedor de tal tradición, les responde con testimonio verdadero que él no es Elías en persona.) **“¿Eres el Profeta?” Respondió: “No”.** (Nueva pregunta intentando que se autoproclame el Profeta vaticinado por Moisés en Deuteronomio 18-15: *Yahvé, tu Dios, te suscitará un Profeta de en medio de ti, de entre tus hermanos como yo.*” Oráculo famoso, del cual el Nuevo Testamento trae varias interpretaciones auténticas, siendo notable que en este pasaje el verbo *anastesei* además de *suscitará* puede traducirse también por *resucitará*, anunciando que tal profecía había de aplicarse a Jesús después de muerto y resucitado. Por ello Juan les responde taxativamente que no, que no es el Profeta excepcional vaticinado y que ellos contradistinguían del Mesías y de Elías. Es tal el sentido de la modestia de Juan, que, aunque de hecho era el Profeta anunciado, no acepta dicho título reduciéndose a su función de siervo.) **Le dijeron entonces: “¿Quién eres tú? Para que demos una respuesta a los que nos han enviado. ¿Qué dices de ti mismo?” Él dijo: “Yo soy la voz de uno que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, como dijo el Profeta Isaías.”** (Juan era un Profeta como los anteriores del Antiguo Testamento, pero su vaticinio no es remoto como el de aquellos, sino inmediato. Nuevamente insiste en que la misión que ha venido a desempeñar: Predicar con su voz para preparar la venida de Dios. Él es el Precursor, el que anuncia la llegada del Señor, para enderezar y preparar el camino.) **Había también enviados de entre los Fariseos. Ellos le preguntaron. “¿Por qué, pues, bautizas, si no eres el Cristo, ni Elías, ni el Profeta?”** (Es curioso observar como todos estos personajes antagónicos y enemigos entre sí, como son los Sacerdotes, Levitas y Fariseos, se aúnan en los momentos cruciales de su hipócrita existencia, para ahora recriminar y atacar abiertamente el bautismo de Juan, y después con un único objetivo común: La muerte de Jesucristo. Sin embargo, Juan, con el valor y la sencillez de los hombres de Dios les responde que su bautismo es simplemente de contrición y

humildad para Israel, a fin de que reconociesen, bajo las apariencias humildes, al Mesías anunciado como Rey y Sacerdote, para lo que les insta a ser israelitas sin doblez, a los que no les debe importar perder su protagonismo, algo que a los que usufructuaban la religión, como Caifás y compañía, no les convenía la aparición del verdadero Mesías, de ahí su odio contra los que anunciaban y creían en su venida.) **Juan les respondió: “Yo, por mi parte, bautizo con agua; pero en medio de vosotros está uno que vosotros no conocéis,** (Juan había pronunciado unas palabras semejantes anteriormente: solamente bautizo con agua, es un bautizo que solo sirve para el arrepentimiento; después añade un rasgo esencial afirmando que el Mesías ha venido ya, que está aquí ente vosotros, aunque vosotros le ignoréis. La cortina se va descorriendo lentamente, para que los embajadores enviados por los judíos puedan llevar una gran noticia al Sanedrín: El que buscamos está en medio de nosotros y no sabemos quién es, no le conocemos.) **que viene después de mí, y al cual yo no soy digno de desatar la correa de su sandalia.”** (El Bautista continúa desvelando el misterio y contesta indirectamente aportando una nueva prueba aclaratoria de Aquel del cual no sólo es su precursor sino también su siervo, pues es superior, aunque viene detrás de él.) **Esto sucedió en Betania, al otro lado del Jordán, donde Juan Bautizada.**

**Al día siguiente vio a Jesús que venía hacia él, y dijo: “He aquí el cordero de Dios, que lleva el pecado del mundo.** (Juan define a Jesús, por primera vez, un nombre impresionante: Cordero de Dios. Figura y signo del que se ha de inmolar. Recordando a los corderos que diariamente se sacrificaban en el Templo y al que todos los años, la víspera de la Pascua, era sacrificado, y cuya sangre era señal que libraba del exterminio, significando a la víctima divina que, cargado con nuestros pecados, se entregaría *en mano de los hombres* para que inmoland su sangre *más elocuente que la de Abel*, lavase todas las manchas y atrajese sobre el ingrato pueblo de Israel y sobre todo el mundo entero la misericordia del Padre, su perdón y los dones de su gracia para los creyentes, y llevase a los escogidos al combate y a la victoria final, conduciendo al coro de las vírgenes, y sentándose a la diestra en el trono de Dios, recibiendo el homenaje de los bienaventurados que celebran las bodas eternas.) **Este es Aquel de quién yo dije: En pos de mí viene un varón que me ha tomado la delantera, porque Él existía antes que yo.** (No habla el Precursor del nacimiento en sentido cronológico, sino de la dignidad y da como razón el que existía antes que él. Y como alma iluminada conoce su dignidad porque conoce su preexistencia.) Yo no le conocía, más yo vine a bautizar en agua, para que Él sea manifestado a Israel." (Posiblemente Juan no conocía de forma personal a Jesús, pero sobrenaturalmente sí que tenía un conocimiento iluminado del que le

envía para que, bautizando en agua, Él sea manifestado a Israel.) Y **Juan dio testimonio, diciendo: “He visto al Espíritu descender como paloma del cielo, y se posó sobre Él. Ahora bien, yo no le conocía, pero Él que me envió a bautizar con agua, me había dicho: “Aquel sobre quién vieres descender el Espíritu y posarse sobre Él. Ése es el que bautiza en Espíritu Santo.” Y bien: he visto, y testifico que Él es el Hijo de Dios.”** ( Juan habiendo sido testigo oficial de una manera directa y sensible del Espíritu posado sobre Jesús, da testimonio público del símbolo de la paloma con un conocimiento sobrenatural, y que en ese preciso momento testifica hablando con investidura pública de lo que ha visto, proclamando que Jesús es el Mesías, el Escogido, la Víctima expiatoria de nuestras culpas y destinada al sacrificio, que es el Autor de un Bautismo superior al suyo, y verdadera regeneración y santificación del hombre mediante el Espíritu Santo, y en fin, Hijo de Dios. El testimonio no puede ser más claro ni más firme. Jesús es el Cordero que será inmolado por los pecados del mundo. Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios, y de ello da testimonio verídico el Bautista que lo conoce por revelación del cielo.

Los oyentes y discípulos de Juan no se dieron cuenta todavía de la profunda doctrina que los estaba explicando, y a pesar de que el Precursor ponía claramente desde el principio y antes de la predicación de Jesús los fundamentos de todo el Evangelio, no se percataban exacta de que les estaba designando netamente las cualidades del Mesías que se presentaba ya al mundo.) (Juan 1, 19-34).





**Vosotros seréis amigos míos, si hacéis lo que yo os mando, dice el Señor.**

## 22 - LOS PRIMEROS DISCÍPULOS

**Al día siguiente estaba otra vez allí, como también dos de sus discípulos,** (Posiblemente Juan estaba ampliando a dos de sus discípulos su lección sobre el Mesías, y quizás pudo recordar que el Profeta Isaías había contemplado al que ha de venir, en la figura de un cordero que se lleva al matadero para morir por los delitos ajenos, y gozándose de esta palabra misteriosa evocaría la idea de inocencia, santidad y redención del Cordero de Dios. En cualquier caso, Juan les encendía con sus enseñanzas el deseo de conocerle y tratarle) **y fijando su mirada sobre Jesús que pasaba, dijo: “He aquí el cordero de Dios.** (Súbitamente cesa de su explicación, guarda silencio y con mucha fijeza y atención observa, para que sus discípulos mirasen también, al caminante que se acercaba a ellos, quizás con un caminar intencionado, pues así son los pasos de la gracia junto a nosotros. Dios y su gracia no están quietos, sino que constantemente acarician sin pausa y largamente a las almas para su salvación y su santificación. Juan, con un nuevo testimonio, revela su desprendimiento con una verdadera exhortación a sus discípulos, para que se relacionen con el que vuelve a señalar como el Cordero de Dios.) **Los discípulos, oyéndolo hablar (así), siguieron a Jesús.** (Al buen entendedor con pocas palabras basta, y este refrán se aplica perfectamente a los dos discípulos que, tocados sus corazones por la gracia, comprendieron el alcance de la exhortación del Bautista era como si les hubiese dicho: *Este es el Maestro a quién debéis seguir.* Así lo entendieron ellos y obedeciendo al instante, dejaron a Juan, echaron a andar de tras de Jesús.) **Jesús volviéndose y viendo que le seguían, les dijo: ¿Qué queréis?” Le dijeron: “Rabí - que se traduce: Maestro -, ¿dónde moras?”** (Jesús sintió que le seguían, volvió su mirada corporal, aunque ya los había mirado con la gracia, y viéndolos deseosos de la luz, al igual que todos los que peregrinos vamos tras el Maestro, les pregunta y nos pregunta: ¿Sabéis verdaderamente lo que buscáis? ¿Tenéis conciencia de que siempre que buscáis a Dios le hallaréis? La atracción y superioridad de Jesús debieron de ser evidentes, por ello, desde el principio le llaman Rabí, que como puntualiza el evangelista significa Maestro, y revelando con su actitud el deseo de estar y hablar con Él le preguntan: ¿Dónde habitas? Era como decirle que querían tener una entrevista y les señalase una hora para recibirles, pero Jesús, adivinando sus deseos, les concedió más de lo que le solicitaban.) **Él les dijo: “Venid y veréis.” Fueron entonces y vieron dónde moraba, y se quedaron con él ese día. Esto pasaba alrededor de la hora décima.** (Jesucristo accediendo a lo que pretendían, les invita a quedarse junto a Él el tiempo que restaba de aquel día y de la noche siguiente. La razón de esta interpretación está en la frase siguiente: la hora décima, equivalente a las

cuatro de la tarde, suponiendo que esto sucedería por tiempo del equinoccio, en la que los orientales, en hora tan avanzada, invitan a los huéspedes a pasar la noche. Fueron ellos y vieron el lugar en que vivía el Maestro, posiblemente alguna gruta del desierto, o cabaña hecha de ramas de palmera, o quizás alguna choza abandonada de pastores. Allí se sentaron los tres, y comenzaron a charlar sin darse cuenta que trascurría el tiempo y continuaron dialogando hasta que acabó el día.) **Andrés, hermano se Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído (la palabra) de Juan y que habían seguido (a Jesús).** (¿Quiénes eran estos discípulos que siguieron a Jesús? Uno de ellos era Andrés y el otro pudiera ser muy bien el discípulo amado, que con frescura y sencillez nos ha dejado esta maravillosa narración de la hospitalidad de Jesús, y que para Juan, el apóstol del amor, fue una fecha inolvidable que cincuenta años después recordará todavía, al igual que las primeras palabras que dirigió al Maestro, así como la hora feliz de su encuentro: la hora décima después de la salida del sol, ese momento del atardecer en el que la calma y el silencio son dulce invitación e incentivo de intimidad y confidencias. Poniéndonos en su lugar y en presencia del Señor, ¿recordamos la hora y el día de nuestro primer encuentro y palabras que le dirigimos?) **El encontró primero a su hermano Simón y le dijo: “Hemos hallado al Mesías - que se traduce: Cristo.”** (Andrés, hechizado por la influencia profunda de Jesús, sin apenas despedirse, corrió impaciente para comunicar a su hermano su irrefrenable alegría. Tenía necesidad de compartir su gozo con alguien y ¿a quién mejor que a su hermano Simón? Hemos hallado al Cristo, al que tanto hemos buscado. Es el grito de júbilo que descubre la esperanza de un israelita sencillo y auténtico que acaba de descubrir lo que tanto ha anhelado. Y es que a Dios se le encuentra siempre que constantemente le buscamos.) **Lo condujo a Jesús y Jesús poniendo sus ojos en él, dijo: “Tu eres Simón, hijo de Juan: tú te llamarás Kefás - que se traduce: Pedro.”** (Andrés estaba tan contento y alegre que sin dejar de hablar a su hermano, le cogió del brazo y lo llevó a donde estaba Jesús, quién penetrando su mirada en el hombre rudo y tostado por el sol del lago, vio a la roca inmovible sobre la cual constituiría su Iglesia, y dándole una prueba de su divina luz le dijo su nombre de pila y el de su padre, sin que ninguno hubiese hablado antes de él, y le anuncia el nombre que ha de llevar en la historia como símbolo de su misión para la que le tiene destinado: Kefás, fundamento de su gran obra, es decir, roca, piedra, Pedro, nombre que hasta entonces nadie había usado jamás, y que Simón debió comprender por el momento, aunque solamente había sido dado en las Escrituras a Dios por el Rey David, cuando teniendo conciencia de que no podía contar con su propia nada, ni menos con la de los demás, que también son nada, comprende lo que es la dicha inmensa de tener una roca que es firme siempre y más

acogedora que una madre, y le llama a Yahvé: mi roca, mi peña.) **Al día siguiente resolvió partir para Galilea. Encontró a Felipe y le dijo: “Sígueme.” Era Felipe de Betsaida, la ciudad de Andrés y Pedro.** (Terminada la misión espiritual con el Precursor, Jesús decide partir a su tierra en unión a sus tres discípulos, cuando se encontraron con un paisano vecino de Betsaida, quizás amigo de los dos hermanos, que se llamaba Felipe, galileo honrado que había estado también interesado por la predicación del bautista e indudablemente había oído hablar de Jesús, quién se dirige a él, y le dice: *Sígueme*. Es el vocablo con el llamaban los rabís a los jóvenes que querían agrupar para educarlos en su enseñanza, y con el que Jesús invitaba a los escogidos para discípulos, distinguiéndose esencialmente del resto, por seguir al Maestro en la vida, en la muerte y en la gloria.) **Felipe encontró a Natanael y le dijo: “A Aquel a quién Moisés habló en la Ley, y también los Profetas, lo hemos encontrado: es Jesús, hijo de José, de Nazaret.”** (Probablemente se trate del apóstol Bartolomé. Felipe llama a Jesús hijo de José, porque todos lo creían así, puesto que María había ocultado a todos los Misterios de la Anunciación y de la Encarnación del Verbo por obra del Espíritu Santo. Ello explica que fuese tan rudimentario el concepto de los discípulos sobre Jesús. Tampoco sabían que había nacido en Belén, ya que en la opinión del pueblo era tenido por nazareno, lugareño de Nazaret donde se crió). **Natanael le replicó. “¿De Nazaret puede salir algo bueno?” Felipe le dijo. “Ven y ve.”** (¡Nazaret! De repente la alegría prodigiosa del hallazgo de haber encontrado al Mesías prometido en la Ley, se cambió en desilusión. ¡Nazaret! Los galileos conocen la tozudez y rudeza de los nazarenos, por lo que Natanael respirando la tristeza de la duda con esta respuesta de pregunta conforme a la idea general, que se tenía de esta ciudad, que estaba en grande descrédito entre los judíos; y también porque teniendo conocimiento de la profecía, que hablaba del Mesías, sabía que el que había de mandar en Israel, había de salir de Belén. Felipe, no queriendo entrar en disputas insiste, convencido de la fuerza de persuasión de Jesús y de que verdaderamente es el Mesías, y le anima diciéndole: ven, arrímate y ve, convéncete también apenas hables con Él.) **Jesús vio a Natanael que se le acercaba, y dijo de él: “He aquí, en verdad, un israelita sin doblez.”** (Las promesas del Señor son para los hombres sin ficción, a los que defiende y salva porque al ser rectos de corazón, y tienen la confianza inquebrantable del que no miran al Señor como a un acusador sino como a un salvador. Esta confianza es la característica que debe llenar la esperanza a todos los cristianos, en particular a los perseguidos y necesitados. No olvidemos que lo peor de las herejías, dice Pío XI, es la de mirar a Dios como a un juez implacable, en vez de mirarlo como a un Padre. Un israelita de verdad es aquel que no tiene otro Dios y Señor que

a Yahvé. Esta es la virtud que el Señor alaba en Natanael: un verdadero siervo de Yahvé, que busca sinceramente al Señor, siendo un verdadero amante de la luz y de la verdad, al ser recto de corazón. Dios no se cansa de insistir, en ambos Testamentos, sobre esta condición primaria e indispensable que es la rectitud de corazón, o sea de la sinceridad sin doblez. Es en realidad lo único que Él pide, pues todo lo demás nos lo da el Espíritu Santo con su gracia y sus dones. De ahí la asombrosa benevolencia de Jesús con los más grandes pecadores, frente a su tremenda severidad con los Fariseos, que pecaban contra la luz o que oraban por fórmula. De ahí la sorprendente revelación de que el Padre descubre a los niños lo que oculta a los sabios.) **Díjole Natanael: “¿De dónde me conoces?” Jesús le respondió: “Antes de que Felipe te llamase, cuando estabas bajo la higuera te vi.”** (El Señor, sin detenerse a probar a Natanael que no era de Nazaret, sino de Belén, como los Profetas habían anunciado, le da lugar a reconocer su divinidad con otra nueva prueba: porque le hizo ver, que estaba presente en medio de ellos, cuando creían estar solos. Y esto le bastó a Natanael.) **Natanael le dijo: “Rabí, tu eres el Hijo de Dios, Tú eres el Rey de Israel.”** (La ciencia misteriosa de Jesús toca tan hondo en el corazón sin doblez de Natanael, que rindiéndose al momento con gran humildad y sinceridad reconoce, acepta y confiesa a Jesús como el Mesías esperado, pronunciando este sinónimo de Hijo de Dios.) **Jesús le respondió. “Porque te dije que te vi debajo de la higuera, crees. Verás todavía más.”** (Efectivamente conocer los secretos del corazón es un milagro que para Natanael es concluyente, y sin embargo a pesar de la afirmación hecha, Jesús no niega que es el Hijo de Dios, antes bien deja entrever que lo es de una manera más alta y que en un futuro hará otros milagros más llamativos con los que revelará su gloria y que Dios Padre está en Él y obrará por Él.) **Y le dijo. “En verdad, en verdad os digo: Veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre.”** (Esta alusión a la escala misteriosa de Jacob, según algunos, la hace Jesucristo refiriéndose a los prodigios que constantemente mostrará a sus discípulos, y lo que sucederá en su resurrección y sobre todo en su ascensión; en cambio otros creen que esto sucederá en un triunfo escatológico en el juicio final. Jesús usa por primera vez la expresión Hijo el Hombre para autodefinirse, como si quisiese contestar a las palabras desdeñosas de Natanael, cuando se enteró por Felipe de la aparición del Mesías. Jesús lo afirma; *Si, Hijo de José, el carpintero de Nazaret*, sobre el que veréis, como testigos privilegiados, abrirse los cielos para que desciendan los ángeles a través de la escala misteriosa.) (Juan 1,35-51).



**Regocijémonos y saltemos de júbilo, y démosle gloria, porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado.**

## 23 - LAS BODAS DE CANÁ

**Al tercer día hubo unas bodas en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús. Jesús también fue invitado a estas bodas, como así mismo sus discípulos.** (La Palabra divina que había permanecido callada durante tantos años en su retiro de Nazaret, se había preparado de manera conveniente y adecuada a sus designios, con el bautismo, con el ayuno y con la victoria sobre las tentaciones, para predicar el Evangelio y lanzarse a la pelea contra todos los enemigos del hombre, contra sus errores, sus vicios y sus pasiones. Preparado, pues, para demoler un orden de cosas que si no eran bastante fuertes para resistirle, si lo eran suficientes para hacerle morir, salió Jesús de Judea después de haber llamado a Felipe, y volvía a Nazaret, no ya como había salido, simple carpintero como uno de tantos del pueblo, sino seguido de sus discípulos, cinco o seis por lo menos, y rodeado de luciente aureola de dignidad por los sucesos del Jordán y testimonio del Bautista, y aún anunciado como Mesías, pues no es creíble que los discípulos, con el celo y entusiasmo que desde el principio tenían, así como habían hablado entre sí, no hablasen con otros de un caso tan esperado en todo el pueblo.

Cuando llegó a su tierra al tercer día de haber caminado, no estaba su Madre en Nazaret, sino en Caná de Galilea, adonde había sido invitada para unas bodas que allí se iban a celebrar, de unos amigos o parientes de la familia de Jesús, al que también habían invitado junto a sus discípulos, por lo que se puede deducir que la gente del lugar estaba enterada de la nueva posición de Maestro de Israel del que fuera carpintero.

No era Jesús huraño ni mucho menos, ni se negaba a cumplir con las cortesías sociales, ni a participar de los santos y honestos regocijos de familia. Quería además santificar con su presencia el matrimonio, la alegría doméstica, los puros goces de la amistad, y el buen humor de las fiestas de la vida, y por eso fue entonces a las bodas que Él también asistió a no pocos banquetes de gente que le invitaba. Entonces, como siempre, nos dio ejemplo de aquello que decía San Pablo, su discípulo: *Me hago todo a todos*. San Pablo lo hacía por ganar a otros para Cristo; Jesús lo hacía por ganarlos para su Padre y para Sí mismo.

Siguió, pues, adelante desde Nazaret hasta Caná por el camino de una legua que conducía a la pobre, pero acogedora aldea, patria de uno de sus discípulos, Natanael, y regularmente, pasando junto a la única fuente que existía en el pueblo; tras apaciguar la sed llegó a casa de los novios y asistió a todas las ceremonias para así como con el agua del Jordán estableció el Sacramento del Bautismo, del mismo modo quiso apresurarse a santificar y enaltecer el Sacramento del Matrimonio, asistiendo al festín y al banquete de bodas.

Hay quien supone que el novio de estas bodas era nada menos que Juan Evangelista, aunque no hay fundamento verdadero para semejante suposición. Más lo tiene la que el novio era Simón Cananeo, hijo de Alfeo, Hermano de San José, y por tanto sobrino de la Virgen y primo del salvador o hermano como se decía entonces, pero ello son meras suposiciones, la verdad es que el Señor no rehusó tomar parte en las instituciones corporales y terrenas, porque había descendido del cielo para corregirlas y santificarlas. Por consiguiente, al asistir a las bodas de Caná, quiso consolidar con su presencia las bases de la más importante de las misiones humanas.) **Y llegando a faltar vino, la madre de Jesús le dijo: “No tienen vino.”** (*La Madre de Jesús*, nombre con el que la veneraban los primeros cristianos, fue la primera que se enteró de aquella contrariedad, y se afligió mucho por la humillación que con esta falta habían de experimentar los dueños de la casa, y como ella es Madre de la benignidad, de la compasión y de la ternura, pareció que sufría en Sí misma toda la mortificación que ella experimentaba. Viendo que la falta y quien puede ser remediada, hace por remediarla. Y volviendo a su divino Hijo le dice en voz baja y amorosa: *Vinum non habent*.

La Santísima Virgen es movida por un doble fin: *uno mesiánico y sobrenatural*, que su Hijo muestre su gloria; su intuición de Madre y de Virgen iluminada ha visto que ha llegado la hora de que Jesús revele el secreto mesiánico, oculto por tantos años, pues el bautismo, la predicación de Juan y la compañía de los discípulos, le dicen que ha empezado una fase nueva: la vida pública. *Otro humano*, caritativo de socorrer a los esposos y alegrar a los invitados. Verdaderamente que María tiene el corazón de Madre y obra como Madre.) **Jesús le dijo. “¿Qué (nos va en esto) a Mí y a ti, mujer? Mi hora no ha venido todavía.”** (Pero Jesús, pareciendo no enterarse de la desairada situación de los esposos y aún de los mismos convidados contesta: *Mujer, esto a ti y a mí ¿qué nos importa? Además, mi hora no ha llegado.* ¡Oh respuesta! ¿Acaso vino el Salvador a estas bodas únicamente con el objeto de enseñar a los hijos a no cuidarse de las instancias y deseos de sus madres? No. Así como la propuesta de la Madre no fue una falta, así tampoco fue una represión la respuesta del Hijo. Por el contrario, al mostrarse María tan sensible a la mortificación que experimentaban los dueños de la casa porque no tenían más vino, mostró a Jesús toda la bondad y ternura de su corazón; y al decir a su Hijo simplemente sin otra añadidura: “*No tienen vino*”, dio a entender que estaba segura de la bondad de su corazón; bondad tan grande que basta manifestarle la necesidad para obtener el auxilio. Y le exhortó a que hiciese uso de su misericordia y de su bondad. Por consiguiente, la manifestación tan espléndida que María hizo en esta circunstancia de todo el sentimiento de fe, de piedad y de amor de su bella alma, no puede dejar de ser muy agradable a su buen Hijo. Pero,

¿por qué, pues, el más santo de los Hijos da una respuesta tan dura a la más augusta de todas la Madres? En aclaración de ello digamos que Jesucristo es un solo Hijo en quien, como había sido anunciado por los Profetas, todo es nuevo y singular; el solo Hijo nacido de Madre sin padre: de Padre sin madre había nacido el verdadero Dios antes de todos los tiempos, y de Madre sin padre había nacido Hombre en la plenitud de los tiempos, así pues, en su respuesta a María anunció Jesucristo claramente el misterio de estos sus dos nacimientos, de estas sus dos naturalezas. Porque como Hijo de Dios, no tiene madre en el cielo, y por eso llama a María *mujer*, y no madre. Además, el milagro que María exigía, y que Jesucristo pensaba hacer, no podía hacerlo ni lo debía hacer según la flaqueza de la naturaleza humana, sino según el poder de la naturaleza divina; y según esta naturaleza, María nada tenía de común con Jesucristo. Es decir, que el Señor no hablaba como Hijo del hombre, porque estaba para obrar un prodigio en cualidad de Hijo de Dios. Por tanto, no llamó a María madre, sino mujer, para indicar que era Dios, porque como Dios no tenía madre. Además, la madre de Dios exigió el milagro, no solo por compasión a los convidados, sino por amor a Jesucristo; y quiso con esta petición obligar al Hijo a acelerar la manifestación de su divinidad. Jesucristo, pues, al añadirle que su hora no es llegada, es como si la dijese como Hijo del Hombre, te reconozco por mi Madre, a quién debo obediencia y respeto, y te complacería al momento, pero lo que me detiene es que aún no ha venido la hora en que, como tú deseas, me manifieste al mundo. En esta frase Jesús distingue su doble filiación y naturaleza, la divina y la humana. Como Dios no la le habla con imperio, como Hombre la obedece con respeto, mostrándose de este modo como verdadero Hijo del hombre en el momento mismo en que revela su superioridad y su independencia de Hijo de Dios. Lo que no admite duda es que Jesucristo acompañó a su respuesta con tal expresión de misericordia, con tal acento de piedad, que María comprendió muy bien que el Señor estaba dispuesto a obrar el milagro que parecía haber negado con las palabras.) **Su madre dijo a los sirvientes. “Cualquier cosa que Él os diga, hacedla.”** (Nótese el gran ejemplo de obediencia y de respeto por parte de Jesucristo. Apenas ordenó María a los domésticos que se acercaran a Él, el Hijo sin hablar una palabra se apresuró a cumplir los deseos de su Madre Santísima. Así pues, la misma dificultad que había mostrado Jesucristo en hacer el milagro, se convirtió en una prueba de la profunda deferencia que este Hijo divino tiene a los deseos de su Madre, porque por consideración a ella aceleró la hora y obró el prodigio Este hermoso testimonio de aprecio, esta prueba de amor que dio entonces Jesús a su Madre, es un anuncio feliz, una testimonio precioso, y un motivo consolador de esperanza para nosotros. Ella nos ha demostrado que nada se niega en el

cielo a las súplicas de María, que, con su simple deseo, con una sola señal, hace anticipar la hora de los milagros y de manifestarse al mundo. Ella nos muestra que todos los prodigios de Jesucristo, todas las manifestaciones de su poder, todas las comunicaciones de su gracia a favor de los hombres, pasan y deben pasar por las manos purísimas de María, porque ella ha franqueado hoy los caminos y abierto las puertas. Lo que justifica por sí solo, la devoción de las todas las almas cristianas a María: la confianza que en ella tienen, la seguridad con que la invocan, el afecto con que la saludan, la ternura con que la aman y el culto con la que la honran.) **Había allí seis tinajas de piedra para las purificaciones de los judíos, que contenían cada una dos o tres metretas. Jesús les dijo: “Llenad las tinajas de agua”; y las llenaron hasta arriba. Entonces les dijo: “Ahora sacad y llevad al maestresala”; y le llevaron. Cuando el maestresala probó el agua convertida en vino, cuya procedencia ignoraba -aunque la conocían los sirvientes que habían sacado el agua, llamó al novio y le dijo. “Todo el mundo sirve primero el buen vino, y después, cuando han bebido bien, el menos bueno; pero tú has conservado el buen vino hasta este momento.”** (Se nos dice en primer lugar que las tinajas de piedra que había en la sala servían para echar el agua con que hacían las purificaciones los judíos, es decir que aquellas vasijas no habían servido jamás para echar vino, y que ningún residuo ni partícula alguna de vino o de cualquier otro producto que no fuese agua contenían, por consiguiente, al echar el agua no pudo formarse vino. Y al advertir esto se disipa cualquier sospecha por parte de los incrédulos o de los infieles. Se nos dice también que Jesucristo no creó este vino de la nada, como podría hacerlo, ni echo por sí mismo el agua en las hidrias, sino que esto último fue ejecutado por los sirvientes, quienes las llenaron de agua hasta la boca, y que por consiguiente, no contenían más que agua pura, ni se pudo mezclar cosa alguna en ella por Jesucristo, que ni aún siquiera se aproximó al sitio en que estaban las ánforas, con lo que se concluye toda idea de fraude o superchería, amén de que obrando de este modo se proporcionó el Señor otros tantos testigos oculares de su milagro. Jesucristo con un solo acto de su voluntad obró el prodigio, y mandó a los criados a que presentasen al maestresala el vino milagroso. Probablemente éste que era, según la tradición, un sacerdote lleno de prudencia y de probidad que los judíos en sus bodas acostumbraban a invitar para que los presidiera y diese ejemplo de gravedad y de templanza, y con su presencia contuviese las expansiones excesivas de los convidados, y por lo mismo era el testigo más idóneo para que confirmase que el licor era verdadero vino. Se nos dice, en fin, que el mismo esposo fue interrogado, y que, habiéndosele reconvenido por haber reservado para el fin un vino tan excelente, declaró que nada sabía al respecto. Todas estas circunstancias fueron, por

consiguiente, otros tantos testimonios irrefragables del milagro, el cual fue probado por testigos oculares desde el principio por los sirvientes que habían llenado las tinajas de agua pura, hasta al final por el maestra sala y el esposo que confirmaron que el vino sacado de las hidrias era un vino muy exquisito.) **Tal fue el comienzo que dio Jesús a sus milagros, en Caná de Galilea; y manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en Él.** (Aquel día fue claramente harto de honor, de grandeza, de magnificencia, de triunfo y de gloria para Jesucristo. Ved aquí, en efecto, que apenas el Señor manifiesta su poder, recibe el homenaje de adoración de sus siervos, pues no solamente los discípulos creyeron en Él, sino que según la tradición todos los que se hallaban en el convite y gustaron del vino milagroso, arrebatados por la vista de tan gran milagro, creyeron en Jesús y salieron de allí limpios de sus culpas; y así como convirtió el Señor en vino el agua, de la misma manera convirtió a todos los circunstantes de las supersticiones de la idolatría a la fe santa y preciosa de los verdaderos creyentes. Y es que donde quiera que Jesucristo llama, donde quiera que Jesucristo entra, donde quiera que es recibido con amor, la abundancia, el consuelo, el gozo entran con Él; todo se cambia y se transforma al santificarse todo su entorno. Así una casa se convierte instantáneamente en Templo, una reunión de hombres se convierte en teatro de las maravillas de Dios, y un convite de bodas se convierte en una fiesta religiosa. Y todo ello porque de la misma manera que los bienes del mundo se nos dan en un principio buenos y abundantes, para seguidamente escaseando, engañarnos con añadiduras y sobras cada vez algo peor, para terminar tristemente cambiando el vino de calidad por vino aguado; contrariamente los bienes que nos da Jesucristo comienzan con agua, con algo que aparentemente no vale, y que van transformando la calidad en deleite que satisface el alma en medio de las privaciones ascéticas de la vida virtuosa.

Pero este gran milagro fue ordenado por el Salvador, además de la utilidad de los judíos allí presentes, para instrucción de los cristianos futuros. Previo que algún día habían de levantarse los herejes osando blasfemar del matrimonio como una institución del diablo, como de un gran pecado, y es por consiguiente para confirmar a los verdaderos cristianos en la fe de este Sacramento, de que Él es su primer y legítimo Autor, quiso asistir en Persona a estas bodas de Caná, para santificar y ennoblecer con la bendición de su augusta Persona el matrimonio, que desde el principio del mundo había instituido Él mismo con autoridad divina. Así, pues, al hallarse presente Jesucristo con su Madre en las bodas de Caná, y obrar en ellas un milagro tan grande, es indudable que confirmó y santificó el principio de nuestro nacimiento, según la carne, es decir, el matrimonio elevándolo a la dignidad de Sacramento, por el que nacemos a la vida del cuerpo.

Pero aun cuando el matrimonio haya sido instituido y santificado por Dios, no por eso todos los matrimonios son santos, sino solo aquellos que preside la Madre de Jesús, y a los que convidados, asisten los discípulos y el mismo Jesucristo. Es decir, que sólo es santo el matrimonio que se contrae entre los cristianos con intenciones honestas, y que celebran en el más honesto pudor y lo reciben en estado de gracia bajo la dependencia y las leyes de la verdadera Iglesia, y de este modo invitan y llaman a ellos a Jesucristo y a su Madre, y con su presencia invisibles los aprueba, con su gracia los santifica, su bendición los fecunda, haciéndoles prósperos y felices. Dichosas y venturosas aquellas nupcias en que interviene Jesucristo, y que los esposos procuran consagrar, no con la ostentación de un lujo mundano, sino embellecidos por el pudor y con la práctica de las virtudes cristianas, los desposorios humanos corpóreos en una grande y sublime representación de las bodas espirituales y divinas de Jesucristo con su Iglesia.

San Juan testigo presencial de este hecho concluye así la narración de este primer milagro en que se manifiesta la gloria de Cristo.

Pero nosotros acabaremos recordando, según se desprende claramente de estos versículos que Jesús no hubiera obrado este milagro, si la Virgen no se lo hubiera pedido. Ella fue la que activó la llegada de Jesús al banquete, ella la que advirtió desde el principio la falta, ella la que rogó al Hijo y la que le comprendió como Madre al punto, ella, en fin, la que al amanecer de la vida pública de Jesús, cuando Éste no del todo había comenzado su vida de Mesías, cuando aún llegado su hora, se la hizo adelantar, y la que mandó salir el sol de los milagros a favor del prójimo. (Juan 2, 1-11).





**Sé para mí un Dios protector y un lugar de refugio, donde ponerme a salvo.**

## 24 - DEFENSA DEL TEMPLO

**Después de esto descendió a Cafarnaúm con su madre, sus hermanos y sus discípulos, y se quedaron allí no muchos días.** (Ya estaba corrido el velo. Si, después de los testimonios de Juan, del seguimiento de varios discípulos y de mostrarse conocedor de los corazones y dueño de las voluntades, quedaba alguna duda, el milagro de Caná, tan patente y fácil de comprobar, demostraba plenamente que el hijo del carpintero era algo más y que traía al mundo una misión mucho más elevada que arreglar puertas y ventanas y remendar yugos y carros, -sin menospreciar por ello a los artesanos de la madera, que bien pueden ganarse el cielo cumpliendo con sus deberes-. Por ello, sus discípulos habían acabado de creer completamente sin vacilar en la misión sobrenatural de Jesucristo.

Venía ya a manifestarse como enviado de Dios al mundo, a presentarse como el Mesías, como el Ungido, como el Profeta, como el Hijo de David, como el Cristo, como el Hijo de Dios, en una palabra, como aquel gran personaje que todos entonces estaban ansiosamente esperando, y al que Juan había preparado el camino y de quién había ya terminantemente dicho que estaba entre ellos y que no le habían conocido. Ahora salía a mostrarse para que todos le reconocieran. Por eso es la Luz, que más tarde diría a sus Apóstoles, y que no se esconde bajo el celemín, sino que se pone sobre el candelero.

Desde Caná no regresó a Nazaret, sino que se dirigió, tras dos días de marcha, a la que había de ser centro de su apostolado en Galilea, a Cafarnaúm, aldea situada a la orilla del Noroeste del Mar de Genesaret. Jesús que acababa de empezar su vida pública, llevaba en torno suyo a su Madre, a sus parientes, a sus primeros discípulos. Posiblemente durante aquellas largas horas de camino aprovecharía para exponer las razones de aquel traslado y a disipar temores de su incierto porvenir con la descripción de la gloria reservada al cumplimiento de la voluntad del Padre.

Resaltemos, para quitar cualquier duda, que, entre los judíos, la misma voz aramea corresponde y designa a los hermanos, a los primos y a todos los parientes. Jesús no tenía hermanos y lo vemos cuando María, al pie de la cruz, es confiada al cuidado de su primo Juan. Los llamados hermanos de Jesús, son sus primos: Santiago el Menor, Simón, Judas Tadeo y José el Justo, hijos de otra María desposada en primeras nupcias con Alfeo, y muerto éste, casada por segunda vez con su cuñado Cleofás, ambos hermanos de San José. Jesús no los tenía y vemos más adelante, al pie de la Cruz, confiar el cuidado de su Madre a su primo Juan.) **La Pascua de los judíos estaba próxima, y Jesús subió a Jerusalén. En el Templo encontró a los mercaderes de bueyes, de ovejas y de palomas, y a los cambistas sentados (a sus mesas).** (Próximos los meses de

Marzo y Abril se acercaba la Pascua, la fiesta más solemne en Jerusalén, equivalente a la fiesta nacional judía, en recuerdo de la salida de Egipto, era una de las tres fiestas anuales en la que desde toda la Palestina y aún de toda la Diáspora, debían acudir todos los varones israelitas que no estuviesen legítimamente impedidos. Jesús asistió a ella por primera vez a los doce años, cuando se quedó en el Templo, y de seguro que, según la obediencia y piedad con que se procedía en la Sagrada Familia, subió también todos los años siguientes desde entonces. Pero fuera de aquel fulgor pasajero de sabiduría con que deslumbró a los doce años a los doctores, no había hecho de sí ninguna otra manifestación. Más ya la iba a dar de una manera muy clara y resuelta. Aprovechándose de la ocasión de la Pascua, y unido a los muchísimos que de todas partes se dirigían a la Capital, subió allá rodeado de sus discípulos.

El pueblo ansioso por ver al Mesías, le estaba buscando por todas partes, ya que su fama le precedía y muchos le conocían, no sólo por el testimonio que de Él había dado el Bautista, sino además por el milagro obrado en Caná además de los testimonios escuchados de sus discípulos. Así movidos por todo ello, poco a poco se fueron agrupando en torno al Nazareno, que se presentó como legado de Dios, como Maestro de Israel, como Mesías que enseñaba sin disimulo y lleno de autoridad una doctrina distinta de la que otros enseñaban y con una fuerza y confianza superior a todas ellas.

Estando, pues, en Jerusalén, como es natural fue al Templo, recinto sagrado en todo su conjunto, que estaba construido en el Moria, resplandeciente de mármoles y oro como una verdadera fortaleza de Dios, y cuyos muros se levantaban imponentes sobre el resto de los tejados de la ciudad. No era aquel el Templo construido por Salomón, destruido por Nabucodonosor cuando conquistó Jerusalén, ni tampoco era el Templo construido por Zorobabel, edificado después de la cautividad, sino que era el Templo de Herodes el Grande, que acababa de levantar de nueva planta. En aquel majestuoso edificio había puesto Israel todo su orgullo de pueblo escogido de Dios. Allí estaba Yahvé, cuya grandeza exigía todo esplendor en arte, en tesoros y cuidado de los hombres. Ocho puertas monumentales, coronadas de torres y baluartes, daban acceso al inmenso cuadrilátero, donde primeramente se encontraba el Atrio de los paganos, de donde salía a un lado el pórtico real, y al otro lado el pórtico de Salomón, ambos adornados de mármol blanco, pavimento de piedras multicolores y artesonado de maderas de cedro. Una balaustrada de piedra labrada daba acceso al patio de los judíos, reservado en su exclusividad a los hijos de Israel. El espacio estaba distribuido en patio de los hombres y en patio de las mujeres, y entre ambos estaba la gradería de quince escalones, en los que los Levitas, al son de las cítaras y otros instrumentos musicales, entonaban

los salmos graduales. Más adentro se abría el patio de Israel, y para llegar al de los Sacerdotes era necesario atravesar otra nueva balaustrada, donde estaba el altar de los holocaustos, el mar de bronce y las mesas de mármol, donde se inmolaban las víctimas. Detrás, se elevaba el santuario propiamente dicho, un cuadrado todo de mármol y oro, que brillaba deslumbrante y luminoso. Se componía de dos salas espaciosas divididas y separadas por una gran cortina de corte babilónico, sobre la que aparecían pintados grupos de querubines. La primera era el lugar santo donde había penetrado el Profeta Zacarías para ofrecer el sacrificio diario sobre el altar de los perfumes; la segunda, santificada en todo tiempo por la presencia del Arca de la Alianza, que no contenía ahora más que una piedra informe, llamada "cimienta", símbolo austero de Aquel que sirve de fundamento a todas las cosas. Era el Santo de los santos. Y fue allí donde Pompeyo entro a caballo y solo encontró arcanos vacíos y un trono sin efigie de Dios.

Jesús entró en el Atrio, llamado de los gentiles, y en el que los rabinos no permitían que se tomase como lugar de tránsito, ni que se entrase con bastón, alforjas u otro tipo de carga, permitiéndose en cambio el comercio con que se lucraban, y con el que profanaban la santidad de Templo, instalando allí sobre los pórticos o en el patio a los mercaderes de ganado con las manadas de bueyes y rebaños de ovejas, presididos por los vendedores de palomas y pichones en sus puestos ordenados con jaulas de diferentes tamaños. Junto a la mugre y excrementos de los animales estaban emplazadas las mesas de los cambistas de monedas corrientes, helenas o romanas, que trocaban por los siclos, monedas las sagradas con las que se pagaba el tributo del Templo, porque el ganado era más santo si lo vendían los Sacerdotes y se compraba con la moneda nacional. A su lado, otros mercaderes pregonaban especias, perfumes y todo lo necesarios para el servicio del altar.) **Y haciendo un azote de cuerdas, arrojó del Templo a todos, con las ovejas y los bueyes, desparramó las monedas de los cambistas y volcó sus mesas.** (La primera impresión de gozo inefable que debió llenar el corazón de Jesús al entrar en el Templo, vino a enturbiarse por una ira santa ante la escandalosa transigencia de feria y punto de reunión de los tratantes quienes, en un hormiguero confuso de gritos, alborotos, riñas y discusiones, alborotaban, robaban y estafaban en este bazar inmenso donde todo era avaricia, venalidad, engaño y corrupción. Fue tal el impacto que recibió Jesús por la impresión sufrida, que en ese momento fue sacudido por un sentimiento de indignación y pena ante aquel inmundo y maloliente sacrilegio de profanación en el culto a su Padre, y cogiendo las correas, sogas y cuerdas destinadas a amarrar el ganado se lanzó en medio de la multitud, golpeando a los charlatanes y curiosos, llevando en pos de sí en remolino tormentoso hombres y animales,

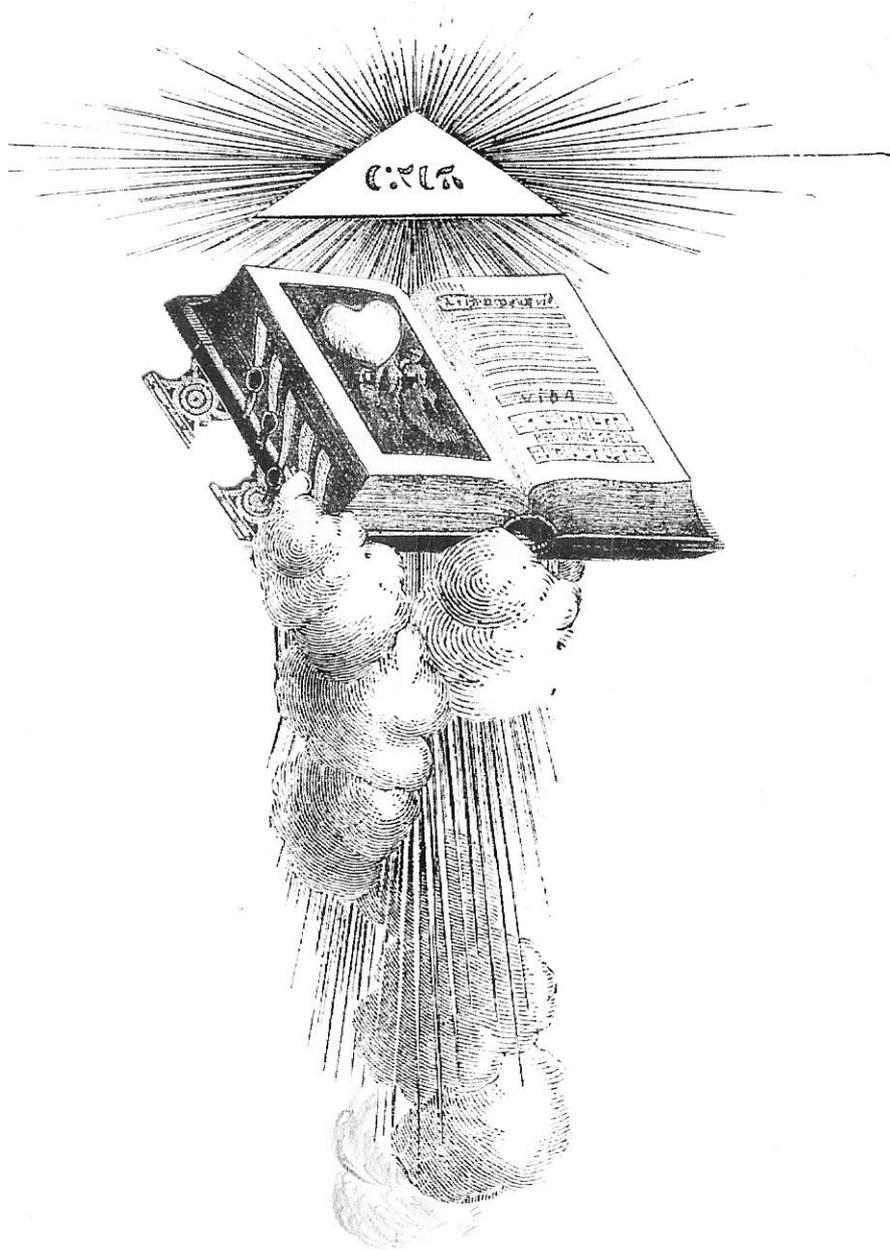
derribando las mesas y haciendo rodar los dineros, soltando los bueyes, abriendo las jaulas, y dispersando los animales, entre el pánico de los peregrinos y el asombro de los allí presentes. ¿No había anunciado Zacarías en su postrer versículo que con la venida del Mesías desaparecerían los mercaderes de la casa de Yahvé y se purificaría el Templo junto a sus servidores?

La entrada de Jesús en el Templo manifiesta una propiedad de su alma sumamente importante: su ira, esa magnífica cólera que a lo largo del Evangelio aflora igual que su caridad, pues, a fin de cuentas, semejante ira no es sino un peculiar ejercicio de amor. Así leemos en el Eclesiástico: *Porque la misericordia y la ira están en el Señor*. Ira y misericordia son dos caras de una misma realidad divina tan incompatible con el pecado como deseosa de salvar al pecador. Recordemos aquí la frase de San Pablo: *donde abundo el delito superabundó la gracia*, resaltando sin ponderar ni comparar dos cualidades, sino exaltando la misericordia divina, la cual, para ejercitarse, no tiene que vencer la cólera en una confrontación de fuerzas, sino tan solo destruir aquello sobre lo cual la cólera se cierne.

No fue solamente aquí, en el Templo, en donde Jesús manifestó su ira, ya que en otros pasajes del Evangelio nos describe esta santa ira, como por ejemplo cuando se disponía a curar al hombre de la mano seca, que dirigiéndose a los judíos que presenciaban malévolos el milagro los *miro con ira*. La misma ira brilla en sus ojos cuando ahuyentó la sugestión diabólica: *¿Retírate de mí vista, Satanás!* ¿Quién podrá, sin temblor, imaginarse el furor de su mirada en el momento en que Herodes le llamó *zorra*, y cuando a los Fariseos gritaba: *¡Hipócritas!* a su misma cara? *¡Ay de vosotros, ¡Escribas y Fariseos, hipócritas, que os parecéis a sepulcros blanqueados, hermosos por fuera, más por dentro llenos de huesos de muertos y de inmundicia!... ¡Serpientes, raza de víboras!* ¿Quién podría pintar, componer o describir el rostro de Jesucristo en esta hora airada? Pues, bien, idéntica o mayor cólera demostrará el día del juicio cuando rechace lejos de Sí a aquellos que no han querido socorrer al prójimo: *“¡Fuera de mi vista, malvados!”*, Entonces actuará *“lleno de ira”* contra los siervos sin entrañas. Las parábolas de los talentos, de la red, de las vírgenes, de las ovejas y los cabritos, de la cizaña, del banquete organizado por el rey, que más adelante iremos desmenuzando y sacando las enseñanzas del Señor, anticipan con tremendos rasgos el furor de aquel día se pintará el semblante de Cristo Juez. *“¡Atadlo de pies y manos! ¡Cogedlo y echadlo a las tinieblas exteriores! Ahí será el llanto y crujir de dientes.”* **Y a los vendedores de palomas dijo: “Quitad esto de aquí; no hagáis de la casa mi Padre un mercado”**. (El Evangelio es eterno, y no menos para nosotros que para los de aquel tiempo. Cuidemos, pues, de no repetir hoy este mercado, cambiando simplemente

las palomas por velas, estampas o imágenes. No permitamos la tolerancia haciendo la *vista gorda* al transigir como lo hicieran los encargados del Templo. Ampliando el relato de este versículo San Marcos añade unas palabras que recuerdan y reconocen una cita del Profeta Isaías: *Escrito está: mi casa es casa de oración para todas las gentes, sin distinción entre israelitas y gentiles advenedizos; mas vosotros habéis hecho de ella una cueva de ladrones.*” Aludiendo en esta última frase la profecía de Jeremías, que seis siglos antes había comparado el Templo de Jerusalén a una cueva de bandidos, recordando la cumbre de los ladrones de retirarse a lugares seguros, después del comercio del robo. Así se abusaba del Templo para cubrir las maldades con la apariencia de piedad.) **Y sus discípulos se acordaron de que está escrito: “El celo de tu Casa me devorará.”**(Este texto, que los discípulos aplicaron a Jesús cuando vieron su santa indignación por arrojar a los mercaderes del Templo, forma la primera antifona del Oficio de Tinieblas en la semana Santa, y es que los discípulos quedaron maravillados del celo irresistible del Maestro y lo expresaron recordando esta cita del Salmo 68.) **Entonces los judíos dijeron: ¿“Qué señal nos muestras, ya que haces estas cosas?”**(Pasado el primer momento, y habiéndose retirado avergonzados los mercaderes y cambistas sin una protesta, los Sacerdotes, Jefes del Templo, necesitaban defenderse del látigo alzado por Cristo, porque a ellos les alcanzaba más que a los vendedores, y no atreviéndose a acusarle de haber cometido acción injusta ante el pueblo que había asistido con júbilo a la escena, aplaudiendo interiormente al hombre recto y valiente que se había enfrentado a los abusos de los Sacerdotes de cuyos fraudes eran víctimas resignadas, y al no poder acusarle de haber cometido una acción injusta, le preguntan, entendiendo que Jesús carecía de autoridad para obrar lo que hizo, o más bien le exigían una señal, un título o milagro que legitimase aquella intromisión. Sin embargo, Jesús se impuso a ellos con un ademán, y esto mismo fue, antes de contestarles, una muestra de su divino poder.) **Jesús les respondió: “Destruid este Templo, y en tres días Yo lo volveré a levantar.”** (Esta si es una señal, la señal que no se realizará hasta que, en el exceso de vuestra maldad, lleguéis a darme muerte. Pero entonces resucitaré. Jesús habla claro, pues les estaba diciendo que cuando eso ocurra, Yo mismo resucitaré, volveré a levantar el Templo destruido por vosotros, más ellos pensaron que estaba loco, por lo que pensaron en retirarse mientras desdeñosamente replicaban enfurecidos sin insistir más por esa señal.) **Replicáronle los judíos: “Se han empleado cuarenta y seis años en edificar este Templo, ¿y Tú, en tres días, lo volverás a levantar?”** (Para sus mentes embotadas de soberbia era una pretensión ridícula y extravagante ¿Cómo un simple carpintero de aldea podría jactarse de hacer en tres días lo que había comenzado casi medio siglo antes, y aún no se había terminado?

Comprendieron que era mejor no insistir y se retiraron encrespados y despectivos.) **Pero Él hablaba del Templo de su cuerpo.** (Por el momento nadie comprendió sus palabras. Al pronunciarlas debió señalar su propio cuerpo, que era el santuario aludido. Pero se había pedido un signo y Jesús se lo dio, porque estaba de por medio el interés de su misión, la misión que inaugura con este acto solemne de autoridad.) **Y cuando hubo resucitado de entre los muertos, sus discípulos se acordaron de que había dicho esto, y creyeron en la Escritura y a la palabra que Jesús había dicho.** (Como hemos dicho Jesús era el santuario aludido y de ello se darían cuenta más tarde sus oyentes: los enemigos para acusarle y a la vez hacer, por si acaso, guardar su sepulcro, los amigos para reconocer en la resurrección la veracidad del signo anunciado por el Rey David en el Salmo 15: *Por eso se alegra mi corazón y se regocija mi alma, y aun mi carne descansará segura. Pues Tú no dejarás a mi alma en el sepulcro, ni permitirás que tu santo experimente corrupción.* Mostrando a todas luces el carácter mesiánico de esta cita, donde no habla por su propia persona, sino en representación y figura de Jesucristo, quién predice su resurrección. De esta misma cita San Pedro nos aclara: *Varones, hermanos, permitidme hablaros con libertad acerca del Patriarca David, que murió y fue sepultado, y su sepulcro se conserva en medio de nosotros hasta el día de hoy. Siendo Profeta y sabiendo que Dios le había prometido con juramento.* El juramento de Yahvé es la promesa dada mediante el Profeta Natán en II reyes: *que uno de sus descendientes se había de sentar sobre su trono,* David habló proféticamente de la resurrección de Cristo diciendo: *que Él ni fue dejado en el infierno ni su carne vio corrupción,* en igual sentido lo anuncia Moisés en la profecía invocada por el Apóstol: *Porque Moisés lo ha anunciado: El Señor Dios vuestro os suscitará un Profeta de entre vuestros hermanos, como a mí; a Él habéis de escuchar en todo en cuanto os diga; y toda alma que no escuchare a aquel Profeta, será exterminada de en medio del pueblo.* Promesa que fue recordada por el Salmo 131 de Salomón: *Vástago de tu raza pondré sobre tu trono* y recordado por tercera vez en el salmo 88: *Su descendencia durará eternamente, y su trono como el del sol delante de Mí,* y ratificada por el Arcángel San Gabriel en la anunciación hecha a María. Siendo reiterada por San Pablo en Antioquia de Pisidia: *Os cumpliré las promesas santas y fieles dadas a David.*”) (Jun 2,12-22).



**Arroja sobre el Señor tu cuidado, y Él te sostendrá**

## 25 - CORAZÓN DE LOS HOMBRES

**Mientras él estaba en Jerusalén, durante la fiesta de Pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo los milagros que hacía.** (La Pascua había terminado, y Jesús, Luz de Israel, que había lanzado torrentes de resplandor para los que tuviesen vista, y que a pesar de los sabios y doctos reunidos en Jerusalén durante la época de mayor aglomeración judía, la fe no creció, sino que continuó siendo débil y el fruto muy pequeño, a pesar de que consiguió atraerse a los que deseando permanecer a su lado se ofrecían para ser sus discípulos, ya que sus conversiones no debieron ser muy sinceras, sino más bien vacilantes y de poco arraigo e imprevisión, puesto que Jesús se mantuvo muy reservado con los asistentes a la Pascua, igualmente vecinos que visitantes, y así desconfiando de ellos, sabiendo lo que escondían en su interior, no los acogió como veremos seguidamente, puesto que en ellos existía poca franqueza y un doloso acercamiento. Con toda verdad se podía decir entonces que *vino a los suyos y los suyos no le conocieron*.)

Verdaderamente la escena del Templo, mostrando su extraordinaria autoridad, atrajo las miradas de las gentes sobre el nuevo Profeta. Sí, no cabe duda que fue un desafío, una declaración de guerra frente a los representantes de la autoridad religiosa de la nación judía, y que sirvió para aureolar en una popularidad al Galileo, que día a día aumentaba durante el transcurso de la Pascua, además consolidada con la impresión producida por los milagros efectuados en confirmación de su doctrina, aunque el Evangelio no nos dice cuales fueron.) **Pero Jesús no se fiaba de ellos, porque a todos los conocía, y no necesitaba de informes acerca del hombre, conociendo por sí mismo lo que hay en el hombre.** (Cualquiera podía haber considerado auténticas, sinceras y bien fundadas, las manifestaciones de fe de aquellos testigos de primera fila, sin embargo sorprende enterarse que Jesús no se fiase de los que creyeron en su nombre, ni les confiara como a verdaderos discípulos suyos los secretos y misterios de su reino, porque conocía perfectamente el interior de todos los hombres y si venían con recta o torcida intención, si creían sinceramente o a medias tintas, sin necesidad de que nadie le diese testimonio de su débil fe, fundada solamente sobre el haber visto sus milagros, y que en lo sucesivo le abandonarían, levantándose y volviéndose contra Él.)

Porque ¿quién de entre nosotros no se ha formulado, al menos una vez, en lo más recóndito del corazón, la pregunta elemental que toda la humanidad se ha preguntado desde que empezó a existir: ¿Qué es el hombre? A lo largo de los siglos se han dado diferentes respuestas, unas tímidas y otras arrogantes, pero todas ellas, si los que las han dado se han atrevido a descender hasta la última capa, es seguro que habrán tropezado

con algo demasiado oscuro e inabordable. Sólo la Palabra de Dios ha descrito esa última capa para revelarnos que los hombres somos imagen y semejanza suya. Aclarándonos, en estos términos tan concisos, que el hombre no es, por consiguiente, Dios, quedando descartadas la mitad de las soluciones falsas: la otra mitad al subestimar al hombre hasta llevarle al nivel de la materia, o del número, o de la angustia inútil, también quedan rechazadas en bloque. Entonces ¿qué nos queda? ¿Entender con el filósofo que el hombre constituye la medida de las cosas? Eso sería definirnos con una verdad a medias, puesto que esta respuesta es válida si se entiende que lo es de todas las cosas creadas, pero no si se erige en medida de sí mismo, y mucho menos en medida de su Creador. El hombre es un microcosmo, mezcla de materia y de espíritu, perecedero e inmortal, o si se prefiere es un ser que contiene junto a su propia finitud, una cierta infinitud, que sólo se comprende cuando imprimimos en nuestra mente la diferencia esencial que hay entre el orden natural y el orden sobrenatural. Para entender, alcanzar, penetrar y asimilar esta diferencia, es necesario saber que la naturaleza es aquello por lo cual un ser es lo que es, y no otro ser, constituido en un grado que le faculta a obrar de un modo determinado. El universo creado, conservado y gobernado por Dios -o si se prefiere la gran naturaleza- no es otra cosa que el compuesto de todas las naturalezas particulares, regidas y unidas entre sí conforme a un conjunto de leyes determinadas que se denominan ley natural. Tenemos así el orden natural. El orden sobrenatural, o sea, conforme lo expresa el prefijo sobre, es un orden que supera las exigencias y derechos del orden natural, siendo evidentemente distinto, pero sin antagonismos ni oposición. El hombre en el orden natural sólo tiene lo requerido por su propia naturaleza, siendo una simple criatura que puede usar su razón en una actitud humana que siendo honesta hasta el final de su vida alcanzará una felicidad natural. Ahora bien, Dios en su infinita bondad nos amó tanto, que no sólo se limitó a crearnos y conservarnos en nuestra naturaleza dentro del orden natural, sino que nos ha elevado a un estado superior transformando, sin que tuviésemos por nuestra parte exigencias o derechos alguno, nuestra naturaleza humana de simples criaturas a un orden sobrenatural en el que somos divinizados. No os quedéis estupefactos por esta afirmación. Sí, las criaturas, al ser llamadas y elevadas por la gracia, ese don gratuito del Señor, que nos confiere por los méritos de Jesucristo, y nos hace sus hijos adoptivos, participantes por tanto de su naturaleza divina, es decir nos diviniza y nos hace capaces de realizar obras sobrenaturales meritorias y de conseguir, si morimos en esa gracia, no sólo la felicidad natural, sino el paraíso.

Y me diréis: pero el hombre siempre ha aspirado desde el principio a su divinización o ¿no? Ser como dioses fue la visión fascinadora que sedujo

a Eva. Divinizarse fue el programa del paganismo, que adoró al sol, a las estrellas, a los cocodrilos y a los emperadores. Hacer a Dios imagen del hombre es la síntesis de toda la filosofía. Bajo diferentes formas y diversos caminos, el vuelo de Ícaro, se repite como un eco en la Historia, y al alzarse a los astros, en su impotencia, sus alas de cera se derriten, y sobreviene la caída al fango. Esta es la cruel enseñanza de la diosa razón de la revolución francesa: cuando el hombre, con sus solas fuerzas quiere volverse un dios, cae en el ridículo y en la desolación de su ruina. Aprendamos que solamente puede divinizar al hombre, quién puede hacerle partícipe de su naturaleza divina. Y Dios lo realiza con su gracia, pues Él es el único digno que puede tomar el libro y abrir sus sellos.

Pero Dios no ve a la manera de los hombres, que sólo ven la figura, el ropaje, lo exterior, mientras que Dios mira el corazón, y aunque el hombre trate de proteger escrupulosamente su intimidad, aun levantando un muro en torno a su alma, habrá de saberse vencido ante el Señor que ve las obras escritas en el libro de la vida, incluso antes de empezar a existir, pues Dios escudriña los corazones, los prueba y los sopesa, pues Él mismo los ha fabricado. Y ¿Cómo ve a los hombres? ¿Cuál es el concepto que el Señor toma de nosotros? Él no se deja deslumbrar por aquella admiración, pues no se fiaba de ellos, no les tiene confianza, como mostró en los juicios emitidos durante toda su vida y en sus sentencias que fueron de ordinario condenatorias. Así llamó a su generación *mala y adúltera*, a sus discípulos los envía *en medio de lobos*, y en sus palabras hay una seguridad absoluta de nuestra maldad, cuando invita a sus contemporáneos el reto de *lanzar la primera piedra al que esté libre de pecado*.

Cuando aún no estamos familiarizados con el lenguaje del divino Maestro y el de la Biblia en general nos sorprende hallar constantemente cierto pesimismo que parece excesivo, sobre la maldad del hombre, y porque pensamos que han de ser muy raras las personas que obran por amor al mal, pero esta sorpresa viene de la ignorancia que padecemos del inmenso alcance que tiene el primero de los dogmas bíblicos: el pecado original, y en el que la naturaleza humana al perder los dones preternaturales quedó caída por la culpa y sujeta a la muerte, trocándose el incentivo de todas las pasiones humanas, pero sin quedar abandonada, porque si grande fue su malicia, mayor aún fue la caridad del Redentor, que volvió a elevar la naturaleza humana caída por su gracia en el orden sobrenatural. Lección fundamental de doctrina y de vida, pues a pesar de la adversidad, Jesús ha puesto en los hombres las mayores esperanzas proponiendo a los humanos lo que nadie se ha atrevido a ofrecer: una meta de perfección. Todo ello nos sigue sorprendiendo porque nuestra formación, mezcla de humanismo orgulloso y de sentimiento materialista, nos lleva a confundir estos dos órdenes, y a pensar que es

caritativo creer en la bondad del hombre, siendo así que en tal creencia consiste la herejía pelagiana, que es la misma de Jean Jacques Rousseau, origen de tantos males contemporáneos. No es que el hombre se levante cada día pensando en hacer el mal, por puro gusto, es que el hombre, no sólo está naturalmente entregado a su propia inclinación depravada -que no se borra con el bautismo- sino que está rodeado por el mundo enemigo del Evangelio, y expuesto además a la influencia del Maligno, que lo engaña y le mueve al mal con apariencia de bien, es el *misterio de la iniquidad*” que culminara en el Anticristo y su triunfo sobre todos los que crean en la mentira por no haber aceptado el misterio que estaba escondido en el secreto de Dios, especialmente el *misterio de la Redención y el de la Gracia*, que comprende el *misterio de la Iglesia*, en una palabra el *misterio de la Salvación*, que predestinó Dios antes de los siglos para gloria nuestra, estando operando ya desde el principio, en forma subrepticia de cizaña mezclada con el trigo, y de peces malos entre la red, a causa del dominio adquirido por Satanás sobre Adán, y mantenido sobre todos sus descendientes que no aprovechan plenamente la redención de Cristo. Es, no sólo el gran misterio de la existencia del pecado y del mal en el mundo, no obstante, la Omnipresente bondad de Dios, sino principalmente, y en singular, es el “*misterio de la apostasía*,” que llevará al triunfo del Anticristo sobre los Santos, a la falta de fe en la tierra, y, en una palabra, a la aparente victoria del diablo y aparente derrota del Redentor hasta que Él venga a triunfar gloriosamente en los misterios más adelante señalados para el fin. Mientras, las armas usadas por el Anticristo son las falsas ideologías y doctrinas que Satanás, *el príncipe del mundo*, va introduciendo desde ahora, gracias a los medios que la técnica moderna le da para monopolizar la opinión pública, bajo etiquetas de cultura, de progreso y aún de virtudes humanas que matan la fe. Otra interpretación que podemos dar del misterio de la iniquidad es el *conformismo*, o sea en la acomodación de los cristianos al mundo, en la infiltración del mundo en las filas de los discípulos y guardianes de la fe de Cristo. De ahí que todos necesitamos nacer de nuevo, como en el capítulo siguiente Jesús dirá a Nicodemo, y renovarnos constantemente en el espíritu con el contacto de la divina Persona del único Salvador, Jesús, mediante el don gratuito que Él nos hace de su Palabra, de su Cuerpo y de su Sangre redentora. El hombre es sin la gracia, incapaz del bien en el orden sobrenatural, a raíz de la naturaleza viciada. Por tanto, pensar rectamente y apartar nuestros pasos de la falsedad y de la injusticia es un don de Dios, pues ninguna cosa buena puede hacer el hombre sin que Dios se la conceda para que la haga; cuantas veces hacemos el bien es Dios quien obra en nosotros y con nosotros para que lo hagamos. De ahí la necesidad constante de vigilar y orar para no entrar en tentación, pues apenas entrados, somos vencidos. Jesús nos da así una lección de

inmenso valor para el saludable conocimiento y desconfianza de nosotros mismos y de los demás, mostrándonos los abismos de la humana ceguera e iniquidad, que son enigmas impenetrables para pensadores y sociólogos de nuestros días y que en el Evangelio están explicados con claridad transparente. Al que ha entendido esto, la humildad se hace luminosa, deseable y fácil, pues al reconocerse como un pobre pecador, incapaz de purificarse a sí mismo, se hace sabedor de que hay algo más fuerte que él, que es la misericordia infinita y omnipotente que borra y perdona los pecados, por lo que se mantiene siempre en la confianza en que Dios se dejara aplacar sin, poner límites a su esperanza, al saberse guardado por la paternidad de Dios, quién se compadece y desciende hasta la miseria de la naturaleza humana, pero no para compadecerse de o condescender hacía, sino para descender y compadecer con y por los hombres, adhiriéndose tan perfecta y entrañablemente a ellos que asumiendo su situación los cura y sana . El Hijo del hombre devuelve la salud a aquello que fue asumido, por eso devuelve a cada hombre su regia condición. Reivindica al individuo. Ya no es éste una pieza o miembro de la colectividad, el cociente de mil dividido por mil. Las concepciones totalitarias son condenadas en su raíz. La misma mentalidad del Antiguo Testamento, según la cual un israelita era nada más una partícula de Israel, amado de Dios y predilecto en cuanto pueblo, es superada y corregida, y desemboca así en la valoración de cada alma individual. El hombre anónimo que recibe su nombre concretísimo y personal merced a su filiación respecto de Dios Padre, es colocado en el mismo canto de la nueva religión. La caridad está por encima del sábado, la reconciliación con el prójimo es requisito indispensable para que el sacrificio del altar sea aceptado, la atención a los a los padres tiene primacía sobre la ofrenda del culto.

*Viendo a la muchedumbre se estremece de compasión, porque los ve fatigados y decaídos como ovejas sin pastor. Pero Jesús siendo el Buen Pastor conoce a sus ovejas y las llama por su propio nombre, es decir que el conocimiento que Dios tiene de los hombres no es un conocimiento tan sólo lúcido, frío y propio de un observador que advirtiese implacablemente todas las imperfecciones; sino que es una inteligencia amorosa, de Pastor Bueno que da la vida por su rebaño. Y es que Jesús conoce a sus ovejas con un conocimiento más hondo, esto es, conoce a los hombres como el Padre me conoce y Yo conozco a mi Padre. Ahora bien, semejante conocimiento le viene a Cristo de su divinidad, de su preferencia a la esfera divina. Pero del mismo modo, Cristo está tan embebido, tan arraigado en la humanidad, que conoce a ésta en su núcleo más propio como nadie la ha podido conocer nunca, Jesús vive en el corazón de cada corazón y ningún secreto existe para sus ojos. Ni el psicólogo más sagaz ni la persona más enamorada podrá nunca*

conocernos como Él nos conoce: mientras los demás son siempre *otros*, Él pertenece a nuestra intimidad más estricta, de manera análoga a esa identificación suya con el Padre, en cuyo seno mora.

*Nadie conoce al Padre sino el Hijo.* Nadie conoce al hombre sino Jesucristo. Cualquier concepto que poseamos del hombre, bien sea elogioso o adverso, será siempre un concepto iluso si no está inspirado en la noticia que del hombre nos ha suministrado Jesús. El rompe, además, la esencial soledad del hombre y permite, a cuantos se aman, la convivencia y conversación en un nivel antes ignorado; porque Él es también la única puerta del redil, el acceso único de los hombres. El único acceso también para el propio conocimiento. Sólo oyendo a Jesucristo podemos adquirir ideas rectas. Sólo conociéndole a Él somos capaces de conocernos a nosotros mismos. Ya no más desesperación, ya no más presunción.) (Juan 2,23-25).





**Cuando Yo haga brillar mi santidad respecto a vosotros, os recogeré de toda la tierra. Derramaré sobre vosotros agua pura, y os purificaréis de todas vuestras inmundicias.**

## 26 - NICODEMO

**Había un hombre de los Fariseos, llamado Nicodemo, príncipe de los judíos.** (Si el pueblo era de poco fiar, mucho menos lo era la aristocracia de Jerusalén. Soberbia siempre y muy pagada de sí misma, o entregada por complacencia de los bienes materiales, Fariseos unos y Saduceos otros forman junto a los Escribas o doctores de la ley, el partido más fuerte, dinámico y conservador. Era el partido del pueblo y no iba a dejarse confundir por un despreciable Galileo que acababa de protagonizar con autoridad y poder un acto que ellos creían era de su sola incumbencia y que además se presentaba distinto a lo que ellos esperaban. Fue, sin duda alguna, un desencanto ver aparecer un Mesías tan distinto al que ellos entendían materializado en la Profecía como un arrogante y espléndido monarca y conquistador que sometería al imperio judío todos los pueblos, y trajese a Israel los días de triunfo y prosperidad terrena. ¿Cómo era posible que un Galileo hijo de unos carpinteros de Nazaret, que contra toda esperanza material, se manifestaba con señales admirables sin acercarse ni confiar en ellos, que se tenían por la secta más ajustada, y de doctrina más pura? A pesar de ello, había entre ellos discusiones, dudas, desavenencias, temores, expectación, por lo que no causaría extrañeza que uno de sus magistrados, llamado Nicodemo, fariseo recto, rico y acomodado, y aunque su nombre sea griego, era judío de nacimiento, quién impresionado vivamente por la doctrina y milagros de Jesús, sin llegar a creer en Él plenamente, estaba deseoso de saber la verdad, pues siendo hombre de ciencia, doctor de la ley, maestro y miembro del Sanedrín o del Consejo Supremo de la Nación, circunstancias y calidades que le hacían muy recomendable entre los judíos, había observado a Jesús atentamente y vio que había en Él algo extraordinario, y que por tanto era necesario entrevistarse con Él para alcanzar a comprender sus enseñanzas.) **Vino de noche a encontrarle y le dijo: “Rabí, sabemos que has venido de parte de Dios, como maestro, porque nadie puede hacer los milagros que Tú haces, si Dios no está con él.”** (Muchos de los ancianos y personas principales creían en Jesucristo; pero que no se atrevían a hacer profesión pública de su fe, por temor a sus compañeros de que les excomulgasen, o echasen de la Sinagoga; y este temor, como que su fe era aún muy débil e imperfecta, pudo obligar a Nicodemo a no atreverse a entrevistarse a la luz del día sino a ocultas, y vino a Jesús de noche, pues quedaba en él un sentido de sencillez y nobleza de hombre prudente, que le empujaba a recibir las instrucciones del Señor, pero no teniendo el temperamento heroico, aunque tampoco fuese cobarde, pues la sinceridad con que habla al Señor y la defensa que un día hará de Él ante los prepotentes Fariseos no menos que su piedad por sepultar al divino Ajusticiado cundo su descrédito y

aparente fracaso era total ante el abandono de todos sus discípulos y cuando sin siquiera estaba Él vivo para agradecerse, nos muestra la rectitud y el valor de Nicodemo; por lo que entendemos que al venir de noche, para como hemos apuntado anteriormente no exponerse a las iras de la Sinagoga, no le guía el miedo cobarde, como el discípulo que se avergüenza de Jesús y le niega delante de los hombres o se escandaliza de Él por las apariencias de que es un simple carpintero oriundo de Nazaret, sino la prudencia de quién siendo aún discípulo de Jesús - pues ignoraba su doctrina -, pero reconociendo el sello de la verdad que hay en sus palabras y en sus hechos extraordinarios, y no vacilando en buscar a ese revolucionario pese a su tremenda actitud contra la Sinagoga, en la que Nicodemo era alto Jefe, trata de evitar el inútil escándalo de sus colegas endurecidos por la soberbia, los cuales, por supuesto, le habrían obstaculizado su propósito. Igual prudencia usaban los cristianos ocultos en las catacumbas, y todos hemos de recoger la prevención, porque el discípulo de Cristo tiene el anuncio de que será perseguido y Jesús, el gran Maestro de la rectitud, es quién nos enseña también esa prudencia de la serpiente para que no nos pongamos indiscretamente-o quizás por ostentosa vanidad- a merced de los enemigos, que más que nuestros lo son del Evangelio. Muchos discípulos del Señor han tenido y tendrán aún que usar de esa prudencia en tiempos de persecución y de apostasía como los que están profetizando y que han de preceder al hombre inicuo como culminación de ese misterio de la iniquidad y a quién el Señor matará con el aliento de su boca; Y Dios no enseña a desafiar el peligro por orgulloso estoicismo ni por dar *perlas a los cerdos*, antes bien suavísima doctrina paternal nos revela que Dios vela con una providencia especial por la vida de sus amigos, que no es para Él cosa indiferente sino muy preciosa, y no permite, sin grandes motivos, que caigan en poder de los malvados. Lo dicho no impide, claro está, pensar que la doctrina dada a continuación a Nicodemo preparará y dispondrá admirablemente su espíritu para esa ejemplar actuación que tuvo después.

La salutación de Nicodemo indica que los Fariseos se habían fijado en la doctrina de Jesús, en sus milagros y en su carácter sobrenatural, y por eso en vez del singular usa el plural *sabemos*, que también indica la forma de hablar en muchas lenguas. Sin embargo, hay que destacar el respeto que siente este fariseo por Jesús al darle el título de Rabí, mostrando con ello la gran autoridad que Jesús se había ganado ante ellos. Seguidamente Nicodemo alude a su proveniencia de Dios, ya que por más de cuatrocientos años habían cesado de todo punto las profecías, dejando entrever, a continuación, que no creía ni conocía todavía que fuese Dios aquel con quién hablaba, sino un gran Profeta inspirado y asistido particularmente de Dios, pero al mismo tiempo, en las instrucciones y discursos del Salvador, Nicodemo, sin duda alguna, le habría oído hablar

frecuentemente del reino de los cielos, y como era hombre pío posiblemente entrevé que algún indicio de que podía ser llegado el cumplimiento de los tiempos y el reino del Mesías anunciado por los Profetas, le dice medio preguntando y medio afirmando que ninguno, si Dios no está con él, puede hacer los milagros que Tú haces, y éstos declaran , que Tú eres enviado de Dios, por tanto dime y declárame los medios seguros para poder entrar en ese reino de los cielos, del que oigo tan a menudo hablar.) **Jesús le respondió: “En verdad, en verdad, te digo si uno no nace de lo alto, no puede ver el reino de Dios.”** (El Señor indiferente al cumplimentado saludo de Nicodemo, entra de lleno en lo que le interesa, esforzándose por imprimir en los pensamientos de su interlocutor una dirección nueva, por si quiere aplicársela si así lo necesita, y le instruye dándole una lección del modo como se ha de disponer para tener entrada y parte en este reino que diviniza, y al mismo tiempo le da a entender que de nada servía para entrar en este reino de Dios el haber nacido israelita si no renace nuevamente de lo alto. ¿No es cosa admirable que la serpiente envidiosa contemple hoy, como castigo, que se ha cumplido en verdad, por obra del Redentor, esa divinización del hombre, que fue precisamente, lo que ella propuso a Eva, creyendo que mentía, para llevarla a la soberbia emulación del Creador? He aquí que la bondad sin límites del divino Padre, halló el modo de hacer que aquel deseo insensato llegase a ser realidad. Y no ya sólo como castigo de la mentira del tentador, ni sólo como respuesta a aquella ambición de divinidad - que ojalá fuese más frecuente ahora que es posible, lícita y santa-. No, cierto que Satanás quedo confundido, y que la ambición de Eva se realizará en los que formamos la Iglesia; pero la gloria de esa iniciativa no será de ellos, sino de aquel Padre inmenso, porque Él ya lo tenía pensado desde toda la eternidad según nos lo revela san Pablo en el asombroso capítulo primero de los Efesios, en el que nos dice que *fuimos sellados con el Espíritu de la promesa, pues el valor y el mérito de nuestras acciones se mide no de acuerdo con nuestras fuerzas o con nuestra dignidad materiales, son teniendo en cuenta la fuerza infinita y la dignidad del Espíritu Santo que está en nosotros.* He aquí una de las razones por las que el Apóstol llama al Espíritu santo el Espíritu de la Promesa: *las arras de nuestra herencia y a garantía de nuestra recompensa.* Dios en hebreo El -el Padre- , Jesús es Emmanuel -Dios con nosotros- es decir el Hijo humanado, que conversó con los hombres porque es la sabiduría hecho hombre, y el Espíritu Santo puede llamarse Lanuel o sea Dios para nosotros y en nosotros, esas arras, que más que una prenda, Él es principio de cumplimiento de esa divinización que desde ahora opera invisiblemente por la gracia, y que se hará visible el día de la manifestación de la gloria de los hijos de Dios. Entre estas arras presentes aquella realidad futura está todo el programa de nuestra vida.)

**Nicodemo le dijo: “¿Cómo puede nacer un hombre siendo viejo? ¿Puede acaso entrar en el seno de su madre y nacer de nuevo?”** (Sorprendido por tal información y no entendiendo Nicodemo el nacimiento de que habla el Señor, y no queriendo tampoco darse por ignorante, le hizo esta objeción, fundada sobre su nacimiento, que es puramente según la carne.) **Jesús le respondió: “En verdad, en verdad, te digo, si uno no nace del agua y del espíritu, no puede entrar en el reino de los cielos. Lo nacido de la carne, es carne; y lo nacido del espíritu, es espíritu. No te admires de que te haya dicho: Os es necesario nacer de lo alto.”** (Para comenzar este programa de vida es necesario ser hijos de Dios, es decir necesitamos este segundo o nuevo nacimiento del que nos habla el Señor, que no es otro sino el espiritual por medio el Bautismo, y que se extiende a todos sin excepción. Porque, así como para ver la luz de esta mundo es necesario nacer por el orden natural y ordinario, del mismo modo para entrar en el reino de Dios es necesario nacer por el orden sobrenatural de lo alto, pues al nacer el hombre pecador, teniendo sólo pensamientos e inclinaciones carnales, ha de renacer espiritualmente lavado visiblemente por el agua y purificado invisiblemente por el Espíritu Santo. Así con este nuevo nacimiento espiritual, que indica una nueva creación sobrenatural, obra del Espíritu Santo divino, el hombre debe dejar la pasada manera de vivir, corrompido y sometido al pecado, y desnudándose del hombre viejo renovarse en el Espíritu vistiendo de hombre nuevo, creado según Dios en la justicia y en la santidad de la verdad, que no es otro que el conocimiento espiritual de Cristo, lo cual es alumbrar nuestro entendimiento con la lumbre sobrenatural, de manera que el entendimiento humano se haga divino, unido con el divino, y, ni más ni menos, informarnos la voluntad con amor divino. Vemos así que la vía unitiva del amor, tiene la vida iluminativa del conocimiento espiritual de Dios. Este conocimiento se adquiere escuchando a Jesús, pues Él nos dice: *El espíritu es el que vivifica, la carne para nada aprovecha. Las palabras que yo he dicho son espíritu y son vida.* Porque Él es al mismo tiempo la Vida y la Palabra: El Verbo de la Vida, que nos comunicó en el seno virginal e María, cuando el Verbo sin dejar de ser lo que era, empezó a ser lo que no era y el Hijo de Dios se hizo hombre, a fin de que los hijos de hombre puedan llegar a ser hijos de Dios. Enseñanza tan enorme y precisa como poco aprovechada. Porque es difícil de adquirir para el que no ha hecho la experiencia, y mucho más difícil para el que no escucha a Jesús como un niño que acepta sin discutir al Maestro. Quiere esto decir que la carne miente, porque lo tangible y material se nos presenta como lo más real y positivo, y Jesús nos dice que la verdadera realidad está en el espíritu, que no se ve, porque las cosas que se ven son temporales, más las que no se ven son eternas. ¡He aquí algo

que puede ser definitivo para curarnos de todo amor efímero! Dios quiere lo que es y no parece: La Eucaristía. El hombre, a la inversa, quiere lo que parece y no es: Honrar a Dios con la boca y tener el corazón lejos de Él. La razón de esta obcecación, de esta ceguera de querer ver en las tinieblas, es que no honran a Dios con sinceridad. Para entender este fariseísmo sólo tendríamos que imaginar, como ya hemos comentado, cuan poco nos agradaría que un hijo que no nos amase, con todo tratase de quedar bien con nosotros, llevando nuestro retrato en el bolsillo. Pura apariencia y falsedad del sentimiento real de su corazón. Por eso buscan tanto las obras exteriores, sin comprender que Dios no las necesita, y que ellas valen sólo en proporción del amor que las inspira. Como por desgracia no es normal que tengamos siempre ese amor en nosotros, debemos previamente preparar el espíritu por la meditación y la oración, que aumenta la fe y la caridad. Entonces todo lo que hagamos inspirados por ese amor tendrá la certeza de ser agradable a Dios. De ahí la lección fundamental de los Proverbios: *Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón*. Porque del estado de éste depende el valor de todo lo que hacemos. Y entonces no tardaremos en descubrir que la realidad está escondida en el misterio, y que ese misterio es todo de amor, como el mismo Dios, por lo cual sin el amor no podemos entender nada, y cuando entregamos todo por amor, es decir, a la felicidad de ser amado, empezamos a sentirnos satisfechos, tanto en nuestro corazón como en nuestra mente; y a medida que vamos hallando la sabiduría, nos vamos haciendo cada día más pequeños delante de Dios, como niñitos de pecho, comprobando alborozados cómo es que el Padre muestra a los pequeños estas cosas que oculta a los que los hombres llaman sabios.

El hombre *prudente* piensa que las palabras son humo y ociosidad. Quiere *cosas y no palabras*. Jesús reivindica aquí la palabra, no la humana sino la divina, mostrándonos que en ella se esconde la vida, por que como hemos dicho Él es a un tiempo la Vida y la Palabra: Es el Verbo de la Vida. Y de ahí que no solamente la Palabra es fuente de obras buenas, sino que al estar oyendo y creyendo esa Palabra, es la *obra* por antonomasia, la gran bienaventuranza.) **El viento sopla donde quiere; tú oyes su sonido, pero no sabes de donde viene, ni a donde va. Así acontece con todo aquel que ha nacido del espíritu.**" (Aunque la palabra griega *pneuma* del texto significa igualmente el espíritu y el viento, Jesús juega con ella, pero según los Santos Padres aquí se entiende por Espíritu Santo, el cual se comunica a quién y cómo le place; y aunque no se sepa por qué camino entra en el corazón, esto no obstante da a conocer bien su presencia por la mudanza visible y maravillosa de aquel en quién habita. Y de este modo se obra en él este espiritual renacimiento. El Señor, viendo que Nicodemo no entendía el lenguaje en que le hablaba, usó de la misma palabra que significaba el viento o el

espíritu de la materia, para que quedase menos sorprendido cuando la aplicase a los efectos milagrosos que obra el Espíritu Santo en la regeneración espiritual del bautismo, haciéndole notar que así como la carne no puede nacer de nuevo, el espíritu lo puede todo porque no tiene ningún obstáculo, hace lo que quiere con solo pensarlo, ya que lo que vale para Dios es precisamente el espíritu. Por eso es como el viento, que no teniendo lo inconvenientes de la materia sólida, no obstante ser invisible e impalpable, es más poderoso que ella, que la arrastra con su soplo y él conserva su libertad. De ahí que las palabras de Jesús nos hagan libres como el espíritu, pues ellas son espíritu y son vida como el viento que mueve aún las hojas muertas. Y es que Jesús ha venido a salvar lo perdido.) **A lo cual Nicodemo le dijo: "¿Cómo puede hacerse esto?** (El sonido de las palabras de Jesús llegaba solamente a lo exterior de los oídos de Nicodemo, y se verificaba en él lo mismo que acababa de decirle, puesto que había oído *la voz del espíritu, sin saber, ni de dónde viene, ni a donde iba* y por eso mismo le hace esa pregunta.) **Jesús le respondió: "Tú eres el doctor de Israel, ¿y no entiendes esto?** (La perfección de la Ley está toda en la renovación interior del alma por medio de la gracia, que infunde el Espíritu Santo. Parece que Nicodemo estaba muy distante de esta doctrina. Y el señor le quiso humillar para disponerle en humildad a recibirla.) **En verdad, en verdad te digo: nosotros hablamos lo que sabemos, y atestiguamos lo que hemos visto, y vosotros no recibís nuestro testimonio. Si cuando os digo las cosas de la tierra, no creéis, ¿cómo creeréis si os digo cosas del cielo?** (Modo proverbial, del que usamos cuando pretendemos que se dé mayor crédito a lo que contamos. Y así solemos decir: yo lo he visto con mis propios ojos. Y es como si dijera el Señor: no porque estas cosas excedan tu inteligencia dejan de ser muy ciertas porque yo y los Profetas que las previeron y dejaron escritas, hablamos con ciencia infalible, y como testigos irrefutables. Más como no queréis recibir esta gracia saludable que se os presenta y ofrece, ni tenéis docilidad para comprender lo que os anuncio, mi fe parece abrasar estas verdades; todo ello es inútil, y corréis sin remedio a una ruina inevitable. Fuera de que si explicándoos unas verdades sencillas, y que todo el mundo puede entender, porque las propongo bajo de parábolas de cosas de acá abajo, con todo eso no las creéis, ¿cómo creeréis si os hablo de las más altas y sublimes, propuestas como son en sí mismas, sin parábolas ni figuras?) **Nadie ha subido al cielo, sino Aquel que ha descendido del cielo, el Hijo del Hombre.** (Si queréis ser salvos, dijo continuando su discurso el Salvador, es necesario que creáis: más no podéis creer y saber tales misterios si no los enseña el Hijo del Hombre, el que solo subió al cielo; esto es, penetró en los arcanos de Dios, y descendió del cielo, haciéndose hombre; pero sin dejar de estar en el cielo, a causa de la unión de las dos naturalezas en una sola

persona divina. Esta bajada se debe referir primeramente a la naturaleza divina y después al modo con que el Verbo Eterno fue concebido haciéndose hombre. Cuando se dice luego que el Hijo del Hombre está en el cielo, se distinguen claramente las dos naturalezas, y se confirma una sola persona. Muchas veces se atribuye a todo cristiano. Lo que es propio de una de las dos naturalezas; como cuando decimos, que Cristo nació, padeció, etc., y a este modo se dice que aquí de Él, que está en el cielo, lo cual es propio de la naturaleza divina antes de la su Ascensión. Algunas veces también lo que es de una naturaleza se traslada a la otra, como cuando se dice que fue crucificado el Señor de la gloria, que Dios conquistó la Iglesia con su sangre, y otras expresiones semejantes. Esto llaman los teólogos comunicación de los idiomas; esto es, de las propiedades. Hemos tenido por conveniente hacer aquí advertencias, para que todos entiendan en qué sentido se deben tomar tales modos de hablar, de que usa frecuentemente la Escritura, la Iglesia, los teólogos y los fieles.) **Y como Moisés en el desierto, levantó la serpiente, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado. Para que todo el que cree tenga en Él vida eterna.**" (Así como Moisés alzó en el desierto una serpiente de bronce para salvar la vida de tantos, que morían de las picaduras de las serpientes, del mismo modo es necesario, que el Hijo del Hombre, esto es, el Hijo de Dios, que descendió del cielo para hacerse Hijo del Hombre por su encarnación, sea levantado sobre la cruz, para salvar a todos los que fijasen en Él sus ojos. La alusión a la crucifixión era evidente en una época para la cual el ser levantado equivalía a la crucifixión, aunque es muy posible que Nicodemo no llegase entonces a comprenderla. Nada más dice el Evangelio sobre la última actitud del fariseo ¿se rindió plenamente? o por el contrario ¿fue un nuevo pretexto para proporcionar al Salvador la ocasión de anticipar un resumen de su doctrina?) **Porque así amó Dios al mundo: Hasta dar a su hijo único, para que todo aquel que cree en Él no se pierda, sino que tenga vida eterna.** (Este versículo, que encierra la revelación más importante de toda la Biblia, debiera ser lo primero que se diese a conocer a los niños y catecúmenos. Más y mejor que cualquier noción abstracta, él contiene una esencia y síntesis tanto del Misterio de la Trinidad cuanto al misterio de la Redención. De entre todas las invitaciones a amar, la más poderosa es la de prevenir amando. He aquí, pues, por qué vino principalmente Cristo: a fin de que el hombre aprenda hasta qué punto es amado de Dios y que, habiendo aprendido, se inflamen de ese amor hacia Aquel de quién ha sido eternamente amado. Dios nos amó primero, y sin que le hubiésemos dado prueba de nuestro amor; cuán verdadero es el amor de esta Majestad divina que al amarnos no busca sus propios interés, sino que en un acto eterno de amor nos da, no a un siervo o a un ángel, sino a su Hijo único en quién tiene todo su amor que es el Espíritu Santo para

que vivamos por Él y en su creencia no perezcamos y alcancemos la vida eterna ¿Qué padre dio jamás pruebas de tan grande exceso de amor a un hijo suyo, como las que dio Dios a los hombres que le habían de corresponder con tanta ingratitud?) **Porque no envió Dios a su Hijo para juzgar al mundo, sino para que el mundo por Él sea salvo.** (Yo no he sido enviado, como Moisés, aquel antiguo legislador, cuya ley sería solamente para condenar al universo, sino como Señor, y como Redentor, para emplear mi misericordia con los hombres para sacarlos de la esclavitud en que viven, y conceder la gracia, que justifica, en lugar de la ley, que condena. Vivían los judíos en la persuasión que Dios solamente les amaba a ellos, y que por tanto aborrecía a todas las otras naciones, y consiguientemente, que éstas eran incapaces de tener parte en el reino del Mesías, pero el Señor, contra esta opinión común y sentado entre los judíos, da a entender a Nicodemo, que el Señor muriendo y volviendo a la vida, sería el Redentor no solamente de los judíos, sino de todas las naciones del mundo. Por ello mandó predicar al pueblo y dar testimonio de que Éste es Aquel que ha sido destinado por Dios a ser Señor de los vivos y de los muertos, siendo su misericordia salvífica, en los planes de Dios, el carácter específico del Salvador, que como le denomina el Bautista es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo y salva, pues la sangre del Justo derramada a favor de los injustos, fue un privilegio tan grande, y de un precio tan sobresaliente, que si toda la multitud de los esclavos creyesen en su Redentor, se librarían todos los lazos del tirano, que es el demonio.) **Quién cree en Él, no es juzgado, más quién no cree, ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios.** (El fin de la primera venida de Jesucristo es la salud de los hombres condenados en Adán. El objeto de la fe no es precisamente un conjunto de verdades, sino una persona viva. Aquel que dijo se sí mismo: *Yo soy la verdad*. El que cree en Jesucristo con una fe viva, y animada de la caridad dando una respuesta personal a una sola persona, que es la luz que ilumina sacándonos de las tinieblas, se salva de la condenación de Adán, pues creer en Cristo Jesús es creer en la vida que se nos comunica por la gracia para que cuantos creamos en Él creamos a sí mismo tener la vida eterna, mientras que todo aquel que niega la fe y no se aprovecha de esa gracia que Dios nos proporciona por la Encarnación, queda irremisiblemente excluido de la vida, comprendido en la condenación de Adán y muriendo en su pecado incurre en el juicio de su propia condenación, careciendo de toda fecundidad al permanecer para siempre bajo la cólera de Dios. Hay un hecho que resume todos los hechos y verdades dignas de fe: La muerte y la glorificación de Jesús. Creer que ha resucitado de entre los muertos es creer en la veracidad de su testimonio y esa misma creencia nos adhiere a Él con todo nuestro ser haciéndonos salvos.) **Y éste es el juicio: que la**

**luz ha venido al mundo y los hombres han amado más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo el que obra mal, odia la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprobadas. Al contrario, el que no pone en práctica la verdad, viene a la luz, para que se vean que sus obras están hechas en Dios.** (Este el juicio del discernimiento, entre el que es recto y el que tiene doblez. Jesús será para ellos como una piedra de toque, la terrible sanción contra los que rechazan la luz será abandonarlos a su ceguera, para que crean a la mentira y se pierdan. Porque el que es incrédulo a la verdad, se complacerá en la maldad de la injusticia. La causa justa de la condenación está expresada en el hecho de haber amado más la tinieblas y las obras malas que las identifican, pues amando sus obras se aman a sí mismos, rechazando la luz, que es la bondad misma y la norma de las obras buenas, rechazan a Jesucristo, su doctrina y su gracia Cerrando los ojos a todo esto, eligen antes pertenecer ciegos en medio de las tinieblas y de sus pasiones, que gozar del beneficio de esa divina luz; y no queriendo apartarse de sus malas costumbres, tampoco quieren acercarse a esa luz que descubre sus viciosas inclinaciones, y la corrupción de su corazón. Más los que viven según la verdad, abiertamente y tendiendo hacia la luz para que se vean que sus obras están hechas por Dios, son los que llevan en sí mismos la decisión sobre su vida eterna, pues creen que Dios es el principio eficiente de sus obras y el modelo único que ilumina con su luz, según el Espíritu y conforme a verdad de la santa Ley. Parece, según opinión de algunos, que en este último versículo se da también tácitamente una reprimenda a Nicodemo, por haber venido de noche a buscar a Jesucristo.) (Juan 3, 1-21).





**He aquí que el Señor vendrá a salvar las naciones, y hará oír la gloria majestuosa de su voz con alegría de vuestro corazón.**

## 27 - NUEVO TESTIMONIO DEL BAUTISTA

**Después de esto fue Jesús con sus discípulos al territorio de Judea y allí se quedó con ellos, y bautizaba.** (La conferencia que tuvo el Señor con Nicodemo, fue en Jerusalén, que estaba en la Judea, se entiende, que salía por su territorio, y por la ribera del Jordán, a donde solía ir ordinariamente desde Jerusalén, cuando subía los días solemnes de fiesta a enseñar al pueblo, y a autorizar su misión con milagros. Y viendo que las gentes del campo estaban mejor dispuestas, como suele acontecer, y deseando ir anunciando la Buena Nueva por todas partes, salió de Jerusalén en compañía de sus discípulos y anduvo por los campos, aldeas y pueblos próximos a la Capital.

No dice el Evangelio si ya en Jerusalén bautizó Jesús, Posible es, y aún muy probable parece, ya que allí hubiese empezado a bautizar, pues a Nicodemo le habló de la necesidad de su bautismo y de la regeneración y renacimiento por medio de él. Por lo menos cuando salió de Jerusalén al campo y a las aldeas bautizaba, o mejor dicho en estos primeros tiempos bautizó a sus discípulos y a aquellos primeros que llegaron a Él con la fe y la disposición debida. Más adelante vemos que bautizaba por medio de sus discípulos, puesto que les dejó este cuidado y ministerio. Maestro y discípulos formaron un todo moral.

Aquel de quién había dicho el Bautista que bautizaría en agua y en Espíritu Santo, empieza ya a regenerar un pueblo futuro y a formar su Iglesia. Es opinión, más que verosímil, que Jesucristo Bautizó a sus Apóstoles, y que luego les dejó a ellos el encargo de bautizar a los demás.) **Por su parte, Juan bautizaba en Aimón, junto a Salím, donde había muchas aguas, y se le presentaban las gentes, y se hacía bautizar; porque Juan no había sido todavía aprisionado.** (Aimón o Enón, en donde Juan Bautizaba, estaba cerca de Salím hacia la parte alta del Jordán. El bautismo de Juan era la imagen del de Jesucristo, y servía solamente de preparación; más el que daba el Señor, limpiaba verdaderamente de todos los pecados, como le dijo después a San Pedro y a los demás Apóstoles: *Vosotros estáis puros; y el que ha solo lavado, solo necesita lavarse los pies, estando puro en todo el resto.*) **Y algunos discípulos de Juan tuvieron una discusión con un judío a propósito de la purificación.** (Este judío era uno de los que había bautizado Jesús, y que daba la preferencia a su bautismo, sosteniendo lo contrario a los discípulos de Juan que preferían ese bautismo, lo que originó esta disputa que hace caer, a los discípulos de Juan, en la cuenta de la importancia que ha tomado Jesús y sus discípulos.) **Y fueron a Juan y le dijeron: “Rabí, Aquel que estaba contigo al otro lado del Jordán, de quién tú diste testimonio, mira que también bautiza, y todo el mundo va a Él.”** (Todos, muchos. Por aquí se ve la importancia que va tomando el

magisterio de Jesús y que los discípulos de Juan quieren concienciar a éste de que son más los que bautizan los discípulos de Jesús. Es un aviso y al mismo tiempo una alarma.) **Juan les respondió: “No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo. Vosotros mismos me sois testigos de que yo he dicho: No soy yo el Mesías, sino que he sido enviado delante de Él. El que tiene la esposa, es el esposo. El amigo del esposo, que está a su lado y le oye, experimenta una gran alegría con la voz del esposo. Esta alegría que es la mía, está, pues, cumplida.** (Como si les dijera: Vuestro celo es indiscreto, pues pretendéis que yo me haga mayor de lo que soy, y que me apropie un honor y dignidad, que el cielo no me ha concedido. Ese, de quién me habláis, no es un puro hombre como los otros, sino Dios y hombre todo junto; y esto bien lo sabéis, porque me habéis oído dar testimonio de esa verdad. Yo no soy el esposo, ni es mía la esposa. Él es el Cristo, y a Él pertenece la Iglesia. La Congregación de todos los que creen en Él, a Él deben acudir; yo soy solamente un ministro suyo, el amigo del esposo, que vengo como Precursor delante de Él, para hacer que se prepare y atavie la esposa, y que salga a recibir al esposo. Con esto he cumplido mi ministerio, y me hallo en el cómo de mi gozo, viendo, que escucha su voz un gran número de personas, que como discípulos le siguen.) **Es necesario que Él crezca y que yo disminuya.** (Yo he trabajado, prosigue Juan, para llevar la esposa al esposo, y después de haberla puesto en sus manos, me toca estar en pie delante de Él, para escucharle como uno de sus discípulos. Como el lucero de la mañana palidece ante el sol, así el Precursor del Señor quiere eclipsarse ante el que es la Sabiduría encarnada. Esta es la lección que nos da el Bautista a cuantos queremos predicar al Salvador: desaparecer. Por eso nos deja este singular y objetivo testamento: *porque es necesario, que Él crezca, y por el contrario yo mengue y sea humillado.* Y no habiendo venido hasta ahora más que de ministro, debo dar lugar a la verdadera luz y a Aquel a quién pertenece la gloria.

Algunos interpretan estas palabras con el significado de que Jesús debía crecer cuando fuera elevado en la cruz, y que él debía menguar cuando le fuese cortada la cabeza por orden de Herodes. En cualquier caso, este nuevo testimonio del Bautista justifica no sólo el género de muerte de cada uno sino que expresa también la gloria de cada uno.) **El que viene de lo alto, está por encima de todos. Quien viene de la tierra, es terrenal y habla de lo terrenal. Aquel que viene del cielo está por encima de todos. Lo que ha visto y oído, eso testifica, ¡y nadie admite su testimonio! Pero el que acepta su testimonio ha reconocido auténticamente que Dios es veraz.** (Él es sobre mí y sobre todos los Profetas; porque es de naturaleza celestial y divina: es el Hijo de Dios, que imagen y Verbo de su Padre, quién da ahora testimonio de sus

públicas instituciones, de todo lo que ha visto y entendido de toda la eternidad en el seno mismo de Aquel, que le ha engendrado. Más son tan pocos los que se encuentran dóciles y creen con fe viva las verdades que anuncia, que se puede decir, que ninguno las recibe. Pero quién como Juan recibe su testimonio, señala con su sello que Dios es verdadero en sus promesas acerca de Cristo.) **Aquel a quién Dios envió dice las palabras de Dios; porque Él no da con medida el Espíritu. El Padre ama al Hijo y le ha entregado pleno poder.** (El que ha recibido el Espíritu de Dios con cierta medida, podrá tal vez hablar según su espíritu, y no según el de Dios. Con medida fue dado el Espíritu de Dios a Juan y a los otros Profetas, más sin medida le tuvo el Unigénito del Padre, porque como Dios, le tuvo por su naturaleza no por participación ni por gracia, como los otros. Y así el Hijo puede comunicar a los hombres de su tiempo como a los hombres de todos los tiempos, el mismo Espíritu como cosa propia suya, pues el amor del Padre, fundamento de su ilimitada liberalidad, hace entrega de todas las cosas a su Hijo, no solo para que fuese dueño y Señor de todo, sino para que las comunicase, cuando quisiere, a los Hombres.) **Quien cree al Hijo tiene vida eterna; quien no quiere creer al Hijo no verá la vida, sino que la cólera de Dios permanece sobre él.**” (Vemos aquí el gran pecado contra la fe de que tanto habla Jesús: *En verdad, en verdad os digo, que me buscáis, no porque visteis milagros, sino porque comisteis de los panes y os hartasteis.* Efectivamente desecharon en el milagro la evidencia, negándose a ver en Jesús un enviado de Dios, con derecho como tal, a ser escuchado. Le buscan como dispensador de bienes, más no espirituales sino temporales. La pérdida o falta de fe en el Hijo acarrea aquella ira, que estará hiriendo siempre y sin terminar, a diferencia de esta otra momentánea y pasajera, con que cura las enfermedades espirituales de sus escogidos.

Tal fue la despedida, por decirlo de algún modo, de la vida pública de aquel fidelísimo Precursor, que viendo el sol de justicia levantarse hasta su perpetuo meridiano, se apaga y despide de sus discípulos y de todos, con el deseo y consejo de que creamos en el Hijo para que alcancemos la vida eterna, pues los que flaquean y no den crédito al Hijo, no verán la vida, sino que por el contrario la ira de Dios estará sobre ellos.

Estas son las últimas palabras del bautista, palabras llenas de humildad, de desinterés, de consagración absoluta, que no sabrán comprender todos sus discípulos y que condenan la tesis modernista, defensora de la idea de dos movimientos religiosos independientes e incluso contradictorios: el iniciado por el Bautista en el Jordán y el que tuvo su origen en el Nazareno. Cuán lejos de la realidad están los que así piensan. Juan ni fue ni quiso ser nunca otra cosa que el Precursor, el que preparaba los caminos de Cristo; no tiene esposa, no quiere fundar una escuela ni una

religión, sino que dirige sus discípulos hacia el maestro, el que está más alto, porque él no es más que el amigo del esposo; él no ha visto el cielo, sino al Hijo de Dios que ha visto todo el cielo, y los dones recibidos tienen una medida que no pueden traspasar, en tanto que Jesús ha recibido sin límites los dones del cielo y del Espíritu Santo. Juan se conforma con ser el Pregonero de Cristo, el Precursor, el Allanador del camino del Mesías verdadero, a quién vosotros mis discípulos y todos los hombres deben seguir para estar sujetos a Él; ¡Ay, de los que no vayan! ¡Ay, de los que no crean!

Terminado este inmenso testimonio Juan era encarcelado; llegaba su ocaso, lo cual sucedió como veremos seguidamente.) (Juan 3, 22-36).



**“VUESTRO CELO ES INDISCRETO,  
PUES PRETENDÉIS QUE YO ME  
HAGA MAYOR DE LO QUE SOY,  
Y QUE ME APROPIE UN HONOR  
Y DIGNIDAD, QUE EL CIELO NO  
ME HA CONCEDIDO. PERO...  
MI ALEGRÍA ESTÁ CUMPLIDA.”**



**Envíame tu luz y tu verdad; ellas me guiarán y me conducirán a tu santa morada.**

## 28 - PRISIÓN DEL BAUTISTA

**Herodes, en efecto, había mandado arrestar a Juan, y lo había encadenado en la cárcel, a causa de Herodías, la mujer de Filipo, su hermano, pues la había tomado por su mujer. Porque Juan decía a Herodes: “No te es lícito tener a la mujer de tu hermano.” Herodías le guardaba rencor y quería hacerlo morir, y no podía. Porque Herodes tenía respeto por Juan, sabiendo que era un varón justo y santo, y lo amparaba; al oírlo se quedaba muy perplejo y sin embargo lo escuchaba con gusto.** (Herodes el Grande, el verdugo de los inocentes, tuvo cinco mujeres de las que nacieron Antipatro de la primera y de la segunda Aristóbulo y Aristarco, ambos mandados asesinar por su padre, si bien el primero de ellos dejó dos hijos: Herodes Agripa y Herodías. De la tercera esposa tuvo otro hijo llamado Herodes Filipo, el cual se casó con su sobrina Herodías, de la que tuvo una hija llamada Salomé. De la cuarta esposa nació Arquelao, etnarca de Judea y Herodes Antipas, tetrarca de Galilea, casado con Aretas. De su quinta y última esposa tuvo a Filipo, Tetrarca de Irurea. Una vez hecha esta fotografía familiar para situarnos en los parentescos de esta familia, y así comprender que nos estamos refiriendo a Herodes Antipas, tetrarca de Galilea, casado con Aretas, hija de un rey árabe, y que por aquel tiempo hubo de viajar a Roma, hospedándose en casa de su hermanastro Herodes Filipo, quien vivía allí del regalo, pero sin ninguna dignidad y que estaba desposado con su sobrina Herodías. El Tetrarca de Galilea se prendó de su cuñada, mujer ambiciosa que no se resignaba a aquella oscuridad y la invitó a que abandonase a su marido y a que viviese con él en Galilea. Pero antes de llegar a Tiberiades, su legítima esposa, huyó a casa de su padre, quien para vengar la injuria a su hija declaró la guerra a Herodes Antipas, y a pesar de ello el escándalo se confirmó en todo el pueblo quedando el adúltero viviendo con la pérfida mujer de su hermanastro. Esto era lo que denunciaba el Bautista, avisándole de que no podía tolerar la unión ilícita e incestuosa prohibida por la Ley de descubrir la desnudez de la mujer de su hermano, ya que solamente a él pertenecía tal derecho. A lo que Herodes, a pesar de estar familiarizado con las costumbres contagiadas por el escepticismo del mundo pagano entre la aristocracia grecorromana, le guardaba rencor al hombre, que como intérprete de la conciencia pública protestaba abiertamente lo que el pueblo murmuraba escandalizado de aquella unión incestuosa y adúltera. Herodías, por su parte, deseaba matar al Bautista, pues no podía olvidar al hombre que plantado en el umbral de su residencia recordó al tetrarca el precepto de la Ley. Herodes irritado por tan grave acusación trató de cohibir aquella censura, pareciéndole lo mejor medida encerrar al Profeta, a pesar de que le estimaba y le sabía justo y santo.) (Marcos 6, 17-20).



**Obra, Señor, a favor mío una señal para que vean mis enemigos,  
para su confusión, que Tú, Señor, me has ayudado y consolado.**

## 29 - LA SAMARITANA

**Después que Juan hubo sido encarcelado** (Marcos 1, 14) **y el Señor enterado que los Fariseos estaban informados de que Él hacía más discípulos y bautizaba más que Juan - aunque Jesús mismo no bautizaba, sino sus discípulos - abandonó la Judea y se volvió a Galilea,** (Cuando Jesús supo, por una parte, que Juan había sido preso por Herodes y, por otra, conoció que los Fariseos de Jerusalén no eran extraños a aquella maldad, sino que quizás fueron ellos mismos los que le habían entregado a Herodes, y además sabiendo que si a Juan le odiaban hasta ese punto, más debían odiar y perseguir a Él, sobre todo teniendo noticias de la atracción personal de Jesucristo y de que cada día aumentaba su crédito y el número de los que le seguían, haciéndose bautizar para purificarse y santificarse interiormente, al paso que disminuía el de los discípulos del bautista, entraron en celos contra Él, y alarmados por ello comenzaron a preocuparse y a perseguirlo, como anteriormente habían hecho con Juan, al que ya habían conseguido meter en prisión; y el Señor quiso entonces evitar los efectos de su furor y envidia, por lo que determinó pues, salir de la región de los judíos para retirarse a Galilea, fuera del alcance y del poder de Herodes.) **Debía, pues, atravesar Samaria.** (Pero no regresó por el camino del Jordán, dando un pequeño rodeo como hubiera podido hacer, sino que prefirió adentrarse por la provincia de Samaria, que separaba las regiones de Judea y Galilea, y, tomando el camino, que posiblemente, era el que seguían de ordinario los galileos en sus viajes a Jerusalén, se adentró en la región maldita de los judíos: Samaria.

Cualquier fariseo y Doctor de la Ley hubieran hecho lo imposible por no recorrer este itinerario, ya que para todos los judíos la tierra de Samaria era una tierra maldita, habitada por enemigos viscerales, como ocurre, quizá en la actualidad entre algunos pueblos vecinos, donde no pueden soportarse por envidias ancestrales. Los judíos ponían el máximo cuidado en no manchar su boca pronunciando su nombre; y tan abominable eran a sus ojos los habitantes de aquella región, que la mayor injuria que podían hacer a un enemigo no era llamarle pagano o publicano, sino que les insultasen con el nombre de samaritano.

Era una aversión antigua, existente desde que se constituyese en Estado independiente cuando se rompió el reinado de David; y sobre todo por el contraste habido entre el aspecto duro, austero y rocoso de Judea comparado con los valles ubérrimos, los fértiles llanos y el suelo regado de abundantes manantiales de Samaria. Los rabinos solían decir: *El agua de los samaritanos es más impura que la sangre de los puercos.* Y los samaritanos recíprocamente tildaban a los judíos de miserables orgullosos, soberbios y engreídos. El odio fue en aumento y culminó la

anti fobia cuando Zorobabel rechazó desdeñosamente el concurso de los samaritanos en la reconstrucción del Templo, los cuales vengaron la afrenta levantando un Templo rival en la cima del Garizim. Para los judíos los samaritanos eran tenidos como cismáticos y herejes, en tanto que los samaritanos, por su parte, rechazaban aquel monopolio religioso que los descendientes de Aarón habían establecido en torno al Templo de Jerusalén.

Por todas esas rencillas, los samaritanos guardaban una independencia religiosa conservando con amor los libros del Pentateuco, que les recordaban la geografía de su Patria y la historia de sus ascendientes; y aunque admitían un Mesías, un Legislador, el Profeta anunciado por Moisés, rechazaban la literatura bíblica del reino de Judea y la legislación vigente de los rabinos de Jerusalén.

Lejos de compartir los perjuicios judíos, Jesús miraba con cariño a los habitantes de aquella tierra excomulgada, y, que estaba mejor dispuesta a recibir su doctrina y enseñanza que los presuntuosos habitantes de la Ciudad Santa. Seguido de sus discípulos y dispuesto como siempre a hacer el bien, entra en Samaria y avanza por el camino que habían recorrido los antiguos patriarcas.) **Llegó a una ciudad de Samaria llamada Sicar, junto a la posesión que dio Jacob a su hijo José. Allí se encuentra el pozo de Jacob.** (Este pozo, que aún existe, tiene una gran profundidad y está situado al sudeste de la ciudad de Nablus, llamada antiguamente Sicar. Allí mismo, los cruzados levantaron encima de la fuente una iglesia, cuya sucesora es la iglesia actual perteneciente a los ortodoxos griegos.) **Jesús, pues, fatigado del viaje, se sentó así junto al pozo.** (Es esta una de las notas más íntimas con que se aumenta nuestra fe al contacto con el Evangelio. ¡Fatigado! Luego es evidente que el Hijo de Dios podía fatigarse, que se hizo igual a nosotros y lo hizo por amarnos.) **Era alrededor de la hora sexta. Vino una mujer de Samaria a sacar agua, Jesús le dijo: “Dame de beber.”** (Jesús parece estar esperando. Está solo sentado junto al brocal. Es un día de comienzo de verano y son poco más o menos la doce del mediodía, cuando una mujer, cargada con un cántaro a la cabeza, se acerca al pozo a sacar agua, mira al extranjero, reconociéndole como judío, y sin mediar palabra lanza el cántaro atado de una soga al fondo del pozo, sin aparente preocupación por el solitario hombre allí sentado. Jesús rompe el silencio y pide: *Dame de beber*. Es admirable este comienzo de Jesús pidiendo cuando Él viene a dar. La sorpresa surge inevitablemente al ver a un Rabí dirigir la palabra a una mujer. Esto para ella era algo inaudito, pues un judío no podía dirigirse a una mujer sola, y menos a una samaritana, sin una extrema necesidad.) **Entretanto, sus discípulos se habían ido a la ciudad a comprar víveres.** (Esto parece explicar por un lado la intimidad e coloquio, que nos advierte de la delicadeza de Jesús, que no habría

descubierto en presencia de sus discípulos la vida íntima de esa mujer, y por otro la pobreza de Jesús, quien viajando sin provisiones se había visto obligado, por necesidad, a enviar a sus discípulos a la ciudad más próxima a comprar o mendigar lo que habían menester para el sustento de sus vidas. El hecho de que todos sus discípulos dejen solo a Jesucristo puede indicar que Él mismo deseaba quedarse en soledad.) **Entonces la samaritana le dijo. “¿Cómo, Tú, judío, me pides de beber a mí que soy mujer samaritana? Porque los judíos no tienen comunicación con los samaritanos.”** (La intención de la mujer no se ve con certeza, pero si vemos que ella se coloca en la situación humilde de una despreciada samaritana. Esto es lo que hace que Jesús *ponga sus ojos en su pequeñez* y le muestre que no es Él quien pide, sino quién da. Porque el dar es una necesidad del Corazón divino del Hijo, como lo es del Padre; y por eso Jesús prefiere no a Marta sino a María, la que sabe recibir.

Las palabras que pronuncia la samaritana parecen de reproche, dada la animadversión existente entre los judíos y los samaritanos. Esto era muy cierto, los pueblos judíos y samaritanos se aborrecían normalmente; y la injuria más atroz, que un judío podía decir a otro, era llamarle samaritano. Las causas principales de este odio irreconciliable eran: el cisma de las diez tribus, bajo Jerobám, para que se restableciese el Templo y la ciudad de Jerusalén, y últimamente la erección del nuevo Templo, que los samaritanos hicieron construir sobre el monte Garizim, y que más tarde fue destruido.) **Jesús le respondió y dijo. “Si tú conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: “Dame de beber”, quizás tú le hubieras pedido a Él, y Él te habría dado agua viva.”** (Si tú conocieras..., es decir, no ya solo las cosas que Él te da, empezando por tu propia existencia, sino la donación que Dios te hace de Sí mismo, el don en que el Padre se te da en la Persona de su único Hijo, para que Jesús te divinice haciéndote igual a Él o mejor transformándote para que puedas vivir eternamente su misma vida divina, la vida de la felicidad en el conocimiento y en el amor. Por este don de Dios y esta agua viva se entiende el Espíritu Santo y sus gracias., que nos vienen por Cristo, y nos dan la vida en las almas. El agua tiene dos propiedades: la de purificar o limpiar y la de apagar la sed; lo que conviene muy bien a las gracias y dones del Espíritu Santo. Puede también representar la doctrina de la vida, y de los medios de llegar a ellos, con lo que el Señor convida a esta mujer.) **Ella le dijo. “Señor, Tú no tienes con qué sacar, y el pozo es hondo; ¿de dónde tienes entonces esa agua viva?** (Es digno de notar el cambio de aptitud habido en esta mujer, que en un principio trató a Jesús despectivamente y que ahora le respeta llamándole Señor. El agua viva que salta hasta la vida eterna es la gracia, y ella sola puede apagar nuestra sed en esta vida. ¡Dichoso el que conoce el valor y el precio de esta agua!

¡Dichoso el que sabe hacer buen uso de ella! La gracia es el don de Dios por excelencia; es un don que sobrepuja infinitamente a todos los dones de la naturaleza; más allá nada podemos, y con ella lo podemos todo. La gracia es quien nos ilustra, quien nos atrae, quien nos persuade, quien nos convierte. Es aquel don perfecto que nos viene de lo alto y que desciende del Padre de las luces. Don sobre todos los dones; don de dones, que sólo Jesucristo nos pudo merecer, y que nosotros recibimos de la infinita misericordia de Dios; don de Dios que tan pocas gentes conoces, es aquel don por el cual somos todo lo que somos, si por su gracia somos algo delante de Él. Esta gracia es el precio de la sangre de un Hombre Dios, y no podremos comprenderla si no somos capaces de valorarla; y son embargo, ¡cosa extraña! No existe don que menos conozcamos y que menos nos cuidemos de conocer, siendo tan grosera nuestra ignorancia, como criminal nuestra ingratitud; de aquí nace que tantas veces le recibamos en vano, y que nos sintamos bien lejos de servirnos de él para glorificar a Dios y santificarnos nosotros mismos, abusando de él hasta pervertirnos a nosotros mismos y menospreciar a Dios. Este es el motivo por el que Jesucristo nos dice como a la samaritana: *Si conocieras el don de Dios*. Si conociésemos ese don tan excelente, tan precioso y tan saludable ¿cómo es posible que le menospreciáramos hasta el grado que lo hacemos? ¿De qué pasta nos hemos hechos? Pero, sin embargo y a pesar de nuestra desidia y desprecio ese don de Dios nos lo sigue dando derramándolo sobre nuestras almas con un amor ardiente y con una pasmosa liberalidad. Ahora bien, no pensemos que Dios nos le da cuando estamos a los pies de su altar, ni cuando de rodillas y humillados le suplicamos, o cuando le alabamos los días de fiesta, o cuando ejercemos buenas obras, sino que Dios nos los da en medio del mismo mundo, en medio de nuestros desbarros, en nuestras caídas y sin importar dónde ni cuándo; por eso mismo y hasta aquel lejano país tan apartado fue la gracia a buscar al hijo pródigo para volverlo a su padre. Lo más sorprendente es que, aunque la gracia se haya pagado a un precio tan alto y tan grande, Dios la derrama abundantemente, y a nadie la niega. La cosa parece increíble, no obstante, es una verdad innegable, que no sólo nos hacemos indignos de este precioso don por nuestras infidelidades, sino que la rehusamos obstinadamente cuando Dios nos la da. Increíblemente estamos tan endurecidos y sordos a su fuerte voz, que ahogamos los movimientos de la gracia y cerramos voluntariamente los ojos a la luz, y si no ¿cuántas inspiraciones, buenos deseos y pensamientos saludables hemos tenido a lo largo de nuestra vida? ¿No es verdad que, ante aquella muerte imprevista, ante aquel accidente adverso, al leer aquel libro devoto, en aquella enfermedad, en aquel suceso que pudo cambiar nuestras vidas por tan santas y buenas inspiraciones y por tantos movimientos interiores que hemos tenido, y que no hemos atendido ni

seguido, no son otras tantas gracias que hemos despreciado? ¡Qué pérdida, Señor! Pero ¿quién la siente? ¿Quién se duele de ella? Y sin embargo que desgracia hubiera sido de la samaritana y de todos aquellos que creyeron en Jesucristo por su medio, si ella no hubiera ido a buscar el agua a la hora en la que el Salvador había determinado ilustrarla, instruirla y convertirla; o si habiendo oído le hubiese dejado descortésmente, sin querer rendirse a las solicitudes interiores de la gracia. ¡Qué desgracia la de muchos hermanos nuestros, hoy grandes santos, si no se hubiesen mostrado dóciles a la voz interior que los llamaba, como igualmente nos llama hoy, a unos a unirse en santo matrimonio, a otros a la soledad, a otros al claustro; a estos a romper aquel comercio, a aquellos a vencer tal pasión, a esos a vencer las adversidades y flaquezas, y a todos a trabajar sin dilación en el negocio de la salvación! Muchos dichosos encuentros, muchos pequeños milagros, muchas inspiraciones, muchas reflexiones, muchas palabras y acciones, aparentemente sin ninguna relación, han sido la causa de una conversión perfecta. Admiramos y alabamos, pues, la bondad y sabiduría con que Dios ordenó todas las cosas para nuestra santificación. ¿Qué hubiese sucedido si encontrándonos en tales circunstancias, en tal tiempo, en tal ocasión y con tales personas, descubriésemos que los placeres del mundo no tuvieran para nosotros ningún atractivo en un tiempo en que naturalmente debíamos experimentarlos más dulces y más halagüeños, o que deslumbrados con tantos falsos resplandores como destellos se dan a los más jóvenes no pudiesen ser detenidos ni por el lazo fuerte del amor limpio de los padres se afanasen en ser buenos, y que aunque el torrente del mal ejemplo no nos envolviese como a otros muchos, o que la austeridad de una vida que nada tenía que no espantara, no haya sido capaz de desanimarnos, sino que hayamos tenido sobrado ánimo para superar los más grandes obstáculos, si la gracia y sus efectos milagrosos no hubiesen actuado? Todas estas que parecen casualidades, son otros tantos efectos milagrosos de la gracia. ¡Cuánto importa, Dios mío, ser dóciles a la gracia y prontos a seguir vuestras inspiraciones! ¡Cuántas personas llamadas no escuchan vuestra voz! ¡Cuántas gentes son poco exactas en obedecer y seguir ese don divino! Y es que tumulto entorpece, el ejemplo deslumbra, la vida cómoda, se afemina y se ablanda, los pretextos de los negocios enturbian, las excusas de las dificultades entorpecen, la edad desgasta y endurece, la rutina y la monotonía del estado adormece, y las condiciones circunstanciales hacen dilatar e incluso desvanecer los mejores deseos e intenciones.

Pocas personas pensamos en pedir a Dios perdón del haber resistido tantas veces a la gracia y de la pérdida irreparable que hemos desaprovechado. Dolámonos de ello y tengamos un vivo pesar procurando una contrición al mismo tiempo que roguemos a Dios que

perdone tantas infidelidades y tantas omisiones. Estemos atentos y dispuestos a la voz de Dios, porque ¿de qué sirve oírle si no hacemos lo que Él nos dice? Roguemos al Señor, para que nos haga comprender el precio y el mérito del don inestimable de la gracia, roguémosle para que nunca la despreciemos por nuestra indocilidad y pidamos al Señor que nos sacie de esa agua viva que hace saltar a la vida eterna y que su generosidad gracia nos prevenga siempre, nos acompañe y nos ayude a pasar nuestros días en ejercicio continuo de buenas obras.

Reconozco, Dios mío, que por vuestra gracia soy lo que soy, y espero en vuestra misericordia que pueda decir que no se me ha dado en vano.) **¿Acaso eres Tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual bebió él mismo, y sus hijos y sus ganados?”** (Es digno de notar el cambio de aptitud habido en esta mujer, que en un principio trató a Jesús despectivamente y que ahora le respeta llamándole Señor. Ella pregunta si Jacob nuestro padre no pudo hallar otra agua más excelente que ésta, ni para sí, ni para los suyos ¿cómo tú sin presunción puedes decir, que me darás otra mejor?) **Respondióle Jesús: “Todos los que beben de esta agua, tendrán de nuevo sed, más quien beba del agua que Yo le daré, no tendrá sed nunca, sino que el agua que Yo le daré se hará en él fuente de agua surgente para vida eterna.”** (Dice el libro de la Sabiduría: *Los que de mí comen, tienen siempre hambre de mí, y tienen siempre sed los que de mí beben.* Nótese el contraste con esta afirmación dada a la samaritana. Al mismo tiempo que quita la sed de vanagloria y el hambre de bellotas que ofrece el mundo, nos despierta un ansia insaciable por penetrar cada vez más en los pensamientos de Dios que Él nos descubre en la escritura -fe- una ambición sin límites por alcanzar su amistad -caridad- y sus promesa -esperanza-. El que bebe del *manantial de la divina sabiduría*, que es la Palabra de Dios, calmará la inquietud de su espíritu atormentado por la sed de la felicidad, y poseerá en su alma el Espíritu Santo y por consiguiente el origen de todos los bienes verdaderos, perdiendo consecuentemente el gusto y la sed de los de la tierra; porque su corazón estando lleno de caridad, derramada en él por el Espíritu divino, alcanzará una anticipación de la gloria en una felicidad que no se cumplirá en toda su perfección en la vida presente; más cuando este cuerpo corruptible sea revestido de una mortal bienaventuranza, entonces se cumplirán perfectamente la palabras de Jesucristo: *que no tendrá sed en toda la eternidad, y que el agua que le dará, se hará en él una fuente de agua, que saltará hasta la vida eterna.* La expresión literal del texto parece tomada de aquellas aguas vivas, que, conducidas por caudales desde unos lugares más elevados a otros más bajos, forman surtidores, por lo cual santa el agua hasta la altura de su origen.) **Díjole la mujer: “Señor, dame esa agua, para que no tenga más sed, ni tenga más que venir a sacar agua.” Él le dijo: “Ve a**

buscar a tu marido, y vuelve aquí.” Replicole la mujer y dijo: “No tengo marido.” Jesús le dijo: “Bien has dicho: “No tengo marido; porque cinco maridos has tenido, y el hombre que ahora tienes, no es tu marido; has dicho la verdad.” Díjole la mujer: “Señor, veo que eres Profeta. Nuestros padres adoraron sobre este monte, según vosotros, en Jerusalén está el lugar donde se debe adorar.” (La mujer no comprende el verdadero sentido de las palabras de Jesucristo, pensando solamente en el agua natural y común se la pide al Señor con deseo de verse libre de la fatiga de venir a buscarla teniendo que sacarla diariamente del pozo con su esfuerzo. Más el Señor para darle una prueba de que era más que un hombre el que la hablaba, le descubrió en breves palabras toda la serie de su vida pasada, y el desarreglo de la presente. Mientras que el Señor no la removi6 en lo vivo, haciéndole presente su vida licenciosa, estuvo como burlándose; En cambio ahora convencida de su propia conciencia, y sabiendo que sólo Dios que está presente en el corazón del hombre, puede conocer lo que hay de oculto en él, comienza a mirar al Señor bajo otro prisma, con otro respeto y con otro sentimiento. Tan sólo por la revelación de sus pecados ocultos viene a entender que Jesús hablaba simbólicamente de un agua sobrenatural, que no se saca del pozo. Jesús antes de darle *agua viva* ha querido despertar en ella la conciencia de sus pecados y la conduce al arrepentimiento con admirable suavidad. Ya comienza a brotar la fe en el corazón de la samaritana, y prueba es de ello la pregunta sobre el lugar donde debía adorar a Dios. Y así, dejando las ideas bajas y terrenas que hasta ese momento había tenido, pasó a proponerle un punto de religión, en el que consistía principalmente la división existente entre samaritanos y judíos. Señor, le dice, nuestros padres Abraham y Jacob, erigieron altares y adoraron a Dios en este monte, señalando el de Garizim, que estaba vecino a Sicar. Luego nosotros no faltamos siguiendo el ejemplo de nuestros padres, si adoramos a Dios en el mismo lugar en donde ellos le adoraron. ¿Cómo, pues, vosotros los judíos nos tratáis de cismáticos y decís que tan solamente en Jerusalén se le ha de adorar con el culto y ceremonias exteriores de la religión?) **Jesús le respondió: “Mujer, créeme a mí, porque viene la hora, en que ni sobre este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre.** (Antes de anunciar el culto esencialmente espiritual, que había de ser el sello característico de la Iglesia cristiana, Jesús anuncia aquí la próxima caducidad del culto israelita, e incluso también la incredulidad tanto de los judíos como de los samaritanos. Se aproxima el tiempo en que las ceremonias y sacrificios de ambos nos serán igualmente abolidos, y el culto del verdadero Dios no estará ceñido a esta u otro lugar, ni a esta o a la otra nación; porque la fe de la nueva alianza se derramará por todas partes, y Dios será adorado por toda la redondez de la tierra, y de una manera mucho más perfecta que ha sido hasta aquí

en Jerusalén. De ahí que, ante el fracaso de unos y otros Jesús le diga: *Créeme a Mí.*” De igual modo, también hoy, los hombres vivimos entre opiniones y bandos, todos falaces, y Jesús nos sigue diciendo. *Creedme a Mí*, único que no os engaña y además Yo os enseñaré, como a esta humilde mujer, lo que agrada al Padre, es decir, la Sabiduría que es la gran luz que nos muestra lo que en todo momento agrada al Señor, y que a la vez es la plena caridad de la conciencia y la felicidad del corazón. Cuando alguien se empeña en invitarnos con manjares excesivos o que nos desagradan, no comprende que, pretendiendo obsequiarnos neciamente, nos hace sufrir. Así también es muy fácil que, por no conocer el corazón de Dios tal como Él se ha revelado, creamos complacerlo con cosas que no le gustan, como por ejemplo con oraciones a fuerza de palabras, o de obras que no son según su Espíritu. Podemos comprender bien todo esto sabiendo que Dios no se nos ha revelado como un funcionario, que busque el cumplimiento material de sus ordenanzas, ni menos como una abstracción metafísica, sino como un Padre que tiene corazón de tal -recordemos la parábola del hijo pródigo-, por lo cual nuestros obsequios no pueden agradarle sino en la medida del sincero amor y la filial confianza que los inspiren.) **Vosotros adoráis lo que no conocéis, nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos.** (La nación judía fue hecha depositaria de las promesas de Dios a Abrahán, el padre de los creyentes, en quién serán bendecidas todas las naciones de la tierra. El mediador de todas esas bendiciones es Jesús, descendiente de Abrahán por María.) **Pero la hora viene, y ya ha llegado, en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre desea que los que adoran sean tales.** (Más viene el tiempo, o por mejor decir ha llegado ya, en que los verdaderos adoradores le darán un culto espiritual y verdadero por la fe, la esperanza y la caridad, culto muy diferente del que le dan ahora los judíos, que sólo consiste en ceremonias exteriores y figurativas. Jesucristo no excluye por esto todo culto exterior, enseñándonos solamente, que es inútil y que no puede honrar a Dios cuando no va fundado sobre el interior y en el espíritu, es decir, *en lo más noble y lo más interior del hombre.* En verdad y no en apariencia, esto es, con ázimos de sinceridad, y no como aquel pueblo que lo adoraba con los labios mientras su corazón estaba lejos de Él, o como los que oraban para ser vistos en las sinagogas o proclamaban sus buenas obras. Desde esta revelación de Jesucristo aprendemos a no anteponer lo que se ve a lo que no se ve; a preferir lo interior a lo exterior, lo espiritual a lo material. De ahí, que hoy no sea fácil conocer el verdadero grado de unión con Dios que tiene un alma, y que por eso no sepamos juzgarla, porque las almas le agradan según su mayor o menor rectitud y simplicidad de corazón, o sea según su infancia espiritual. El hombre espiritual es capaz

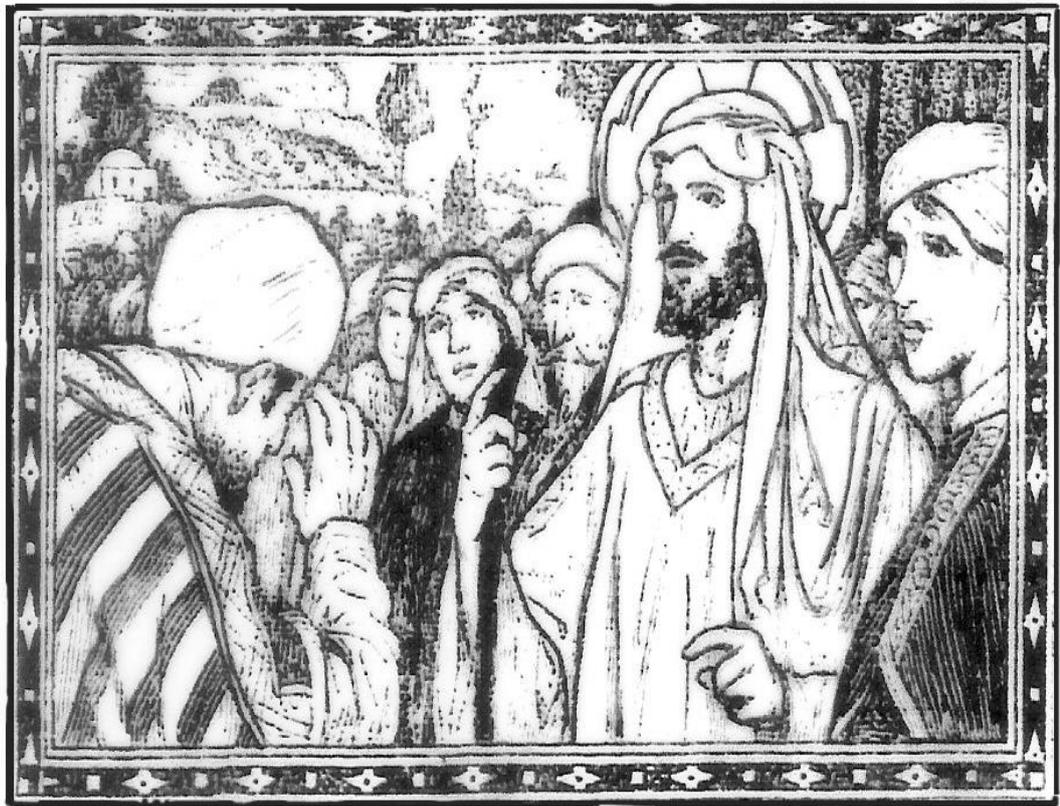
de valorar tanto las cosas profanas como las espirituales, mientras que el hombre carnal, empero, sólo puede discernir las cosas naturales, por eso los hombres en general, simplemente naturales no son capaces de comprender ni apreciar rectamente esta enseñanza. De ahí las persecuciones anunciadas por Jesús a todos sus discípulos, no obstante tratarse de hombres benéficos que, en lógica humana, debieran ser amados de todos.) **Dios es espíritu, y los que lo adoran, deben adorarlo en espíritu y en verdad.**” (Para ponerse en contacto con Dios, cuya naturaleza es espiritual, el hombre ha de poner en juego todo lo que tiene de semejante a Él; toda su actividad espiritual, que se manifiesta en la fe, la esperanza y la caridad. No miremos en que el lugar para orar sea tal o cual comodidad, sino el recogimiento interior, *en olvido de objetos y jugos sensibles*. En efecto, si Dios es espíritu ¿qué puede importarle, en sí mismas, las cosas materiales? *¿Acaso he de comer Yo la carne de los todos?* dice Él, refiriéndose a las ofrendas que se le hacen. Lo que vale para Él es la intención, a tal punto que, según Santa Gertrudis, Jesús la reveló que cada vez que deseamos de veras hacer algo por darle gusto al Padre o a Él, aunque no podamos realizarlo, vale tanto como si ya lo hubiésemos hecho; y eso lo entiende cualquiera, pues el que ama no busca regalos por interés, y lo que aprecia es el amor con que está hecho.) **Díjole la mujer: “Yo sé que el Mesías -es decir el Cristo- ha de venir. Cuando Él venga nos instruirá en todo.”** (Los samaritanos esperaban al Mesías del mismo modo que los judíos, más esta mujer, aunque no conocía que era aquel mismo con quien hablaba, con todo eso manifestaba un corazón sencillo, y un gran deseo de conocer la verdad. Por eso mereció, que el Señor claramente la descubriese quién era.) **Jesús le dijo: “Yo lo soy. Yo que te hablo.”** (La ocasión estaba preparada para la gran revelación, Jesús se descubre llanamente, y con la mirada parece decir a la mujer: Es la verdad quién te habla. Y Él, que más tarde impondrá a sus discípulos la mayor cautela sobre su dignidad mesiánica, se la revela ahora a esta mujer, en la que, sin duda, encuentra una especial preparación. Ella, con otra mirada parece decir: *Creo.*) **En este momento llegaron los discípulos y quedaron admirados de que hablase con una mujer. Ninguno, sin embargo, le dijo: “¿Qué preguntas?” o “¿Qué hablas con ella?”** (Porque no acostumbra a detenerse para conversar con mujeres, y los mismos Apóstoles huían de toda familiaridad con ellas, por eso se admiran de ver la humildad de su Maestro, que no se desdeñaba en conversar con una pobre mujer, y además samaritana.) **Entonces la mujer, dejando su cántaro, se fue a la ciudad, y dijo a los hombres: “Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será éste el Cristo?” Y salieron de la ciudad para ir a encontrarlo.** (La mujer aturdida deja su cántaro, detalle elocuente que muestra cómo el fervor del interés por Cristo la hizo abandonar toda preocupación

temporal. Ni siquiera se detiene a saludar a los recién llegados. Su pensamiento está ocupado con el gran bien que acaba de hallar. Ella tiene prisa por comunicar a los de su pueblo las maravillas que desbordaban de su alma después de escuchar a Jesús. Pensando solamente en atraer a Jesucristo todos los habitantes de la ciudad, para hacerlos participantes del mismo bien. Como vemos el Señor no solamente llenó de su gracia y de su fe el corazón de esta mujer, sino de prudencia y de sabiduría. Si hubiese llegado, y en voz desentonada y gritando hubiera dicho a los de sus paisanos: *Venid corriendo a ver el Cristo*, se hubieran burlado de ella, y con razón como de una mujer, que hablaba de cosas superiores a su condición, y cuya vida licenciosa era demasíadamente conocida por todos, para que la creyesen y escuchasen. No dijo así, sino: *Venid a ver a un hombre, que me ha dicho todas las cosas que he hecho*. Con estas palabras los convidó y les dio una idea, de que saldrían a ver a un gran Profeta. Después no les dijo abiertamente, que éste era el Cristo, sino que para picarlos de curiosidad, y empeñarlos a que reconociesen por sí mismos una verdad, de la que ella estaba ya convencida, les dice como dudosa y consultando con ellos: *¿Será éste el Mesías que esperamos?*

**Entretanto los discípulos le rogaron. “Rabí, come.” Pero Él les dijo. “Yo tengo un manjar para comer, que vosotros no conocéis.”** (Explica el Señor cuál era su alimento, esto es, hacer la voluntad de su Padre y cumplir su obra, para lo cual le había enviado al mundo, y que consistía en trabajar por la salud de los hombres. Entonces estaba empleado en ella, es decir, en la conversión e instrucción de los samaritanos; pero esto lo ignoraban los Apóstoles.) **Y los discípulos se decían entre ellos. “Alguien le habrá traído de comer?” Más Jesús les dijo. “Mi alimento es hacer la voluntad de Aquel que me envió y dar cumplimiento a su obra.** (Jesús declara que esa obra consiste en darnos a conocer al Padre.) **¿No decís vosotros: Todavía cuatro meses, y viene la siega?** (Esto es, ¿no acostumbráis a decir entre vosotros el tiempo que falta para segar? Algo que era como un proverbio familiar entre los judíos, para significar, que una cosa no corría prisa, y que aún quedaba tiempo para disponerla; más el Señor, dio a entender a sus discípulos, que estaba ya en sazón una siega espiritual que tenía que hacer, esto es, la conversión de los pueblos, y en particular la de los judíos. Y esto parece haberlo dicho el Señor, viendo la buena disposición con que los samaritanos para recibir el Evangelio.) **Y bien Yo os digo: Levantad vuestros ojos, y mirad los campos, que ya están blancos para la siega.** (Se refiere ahora a los samaritanos que vienen en su busca, guiados por la mujer, mostrando que la semilla esparcida en el pueblo de los samaritanos, tan despreciados por los judíos, ya daba fruto. Samaria fue la primera ciudad en que, después de Jerusalén, se formó una comunidad numerosa de cristianos como nos narran los Hechos de los

Apóstoles.) **El que siega, recibe su recompensa y recoge la mies para la vida eterna,** (El que trabajare en esta divina siega de la conversión de los hombres, recibirá una recompensa proporcionada a su trabajo, recogiendo frutos, no para la vida presente, sino para la eterna.) **para que el que siembra se regocije al mismo tiempo que el que siega. Pues en esto se verifica el provecho. Uno es el que siembra, otro el que siega. Yo os he enviado a cosechar lo que vosotros no habéis labrado. Otros labraron y vosotros habéis entrado (en posesión del fruto de) sus trabajos.**” (Moisés y los Profetas habían preparado la tierra, y la habían sembrado, sin ver el fruto de sus trabajos. Para los Apóstoles, que vinieron después, le recogieron en las innumerables conversiones que hicieron en poco tiempo, y casi sin trabajo. Y como no puede haber envidias ni celos entre los obreros, que solo trabajan con el fin de la gloria de Dios, los Profetas no tuvieron menor alegría del buen suceso, que preveían de la predicación de los Apóstoles, que los mismos Apóstoles.) **Muchos de los samaritanos de aquella ciudad creyeron en Él por la palabra de la mujer que testificaba diciendo: “Él me ha dicho todo cuanto he hecho.”** (Esta es la prueba de lo que acaba de decir el Señor, que la mies estaba ya en sazón, puesto que muchos samaritanos creyeron en Él por la sola relación humilde que les hizo la mujer, conquistada por la luz de Jesús. Y así sus oyentes, que la conocían, se sienten a su vez conquistados por tan indiscutible prueba de sinceridad.) **Cuando los samaritanos vieron a Él, le rogaron se quedase con ellos; y se quedó allí dos días. Y muchos más creyeron a causa de su palabra,** (He aquí señalada la eficacia de esas palabras de Jesús de las que podemos disfrutar nosotros también en el Evangelio, pues como nos dice la primera carta de San Juan: *Esto que hemos visto y oído es lo que os anunciamos también a vosotros, para que también nuestra comunión sea con el Padre y con el Hijo Suyo Jesucristo.* Es decir que estando en comunión poseemos un goce común, un estado y un intercambio de vida íntima con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que lejos de estar ausente es Él quien lo hace todo.) **y decían a la mujer. “Ya no creemos a causa de tus palabras; nosotros mismos lo hemos oído, y sabemos que Él es verdaderamente el Salvador del mundo.”** (La fe da un conocimiento verdadero. Primeramente, los samaritanos han creído influenciados por el testimonio de la mujer, que les contó llana y sencillamente lo que a ella le había pasado. Después la palabra de Jesús influyó todavía aún más para convencerlos y así llegar al conocimiento de que el hombre que les hablaba era el Mesías esperado, el Legislador universal, el Profeta prometido, el Salvador anunciado no sólo de Israel, sino del mundo entero. Y gracias a la samaritana y a las palabras de Jesús nos ha llegado el conocimiento por la fe. Por la fe viven los justos y sin fe no hay verdadera justicia, dos verdades que harán merecer a los justos vivir

eternamente en la otra. Por la fe sabemos que la Ley es santa y que la observancia de la Ley es indispensable, pero no hay virtud ni mérito alguno sin la fe. Abrahán creyó la palabra de Dios y su fe le fue imputada para la justicia. Creyó que tendría un hijo, aunque su avanzada edad y de la de su esposa Sara le representase esta promesa naturalmente imposible. Creyó que este hijo tendría una larga posteridad, aun cuando estaba pronto a inmolarle, según la orden que Dios le había dado de que se le ofreciera en sacrificio; en lo cual esperó contra toda esperanza. Si este sacrificio nos parece difícil, reflexionemos que sin la fe no tiene la razón guía segura, ni las pasiones freno bastante fuerte para contenerlas. Dios ha querido que la fe fuese como el alma del justo, y que nadie pudiese agradar a Dios sin la fe. La fe es el fundamento de las cosas que tenemos que esperar, y el conocimiento de las que no vemos. La fe humilla el espíritu del hombre; y en ese sacrificio de la razón humillada consiste la esencia y el mérito de la fe. La fe es la luz que puede descubrirnos las verdades sobrenaturales, las cuales solas pueden hacernos felices. Podemos con las luces de la razón conocer la existencia de un primero y soberano Ser; pero sólo por la fe podemos tener una idea menos imperfecta de este Ser infinito, que llamamos Dios, y escuchar sus divinas órdenes. Podemos decir, que aquellos samaritanos pudieron fundar su fe en las palabras de Jesús, y que les fue dada para suplir, por decirlo así, a su razón, para elevarlos sobre su razón. Y creyeron con una fe pura, humilde y sencilla de que Aquel que había pedido agua a la mujer podría saciarlos con un agua que les hiciese saltar a la vida eterna. Igualmente puede decirse que la verdadera Religión no se ha podido ni ha debido fundarse sino sobre la fe. Por la fe ofreció Abel a Dios más víctimas y mejores que las de Caín, y por ella mereció ser llamado justo. Por la fe fue arrebatado Enoc de este mundo sin gustar de la muerte, habiendo querido Dios darnos desde entonces en su persona una prueba de la inmortalidad y de la felicidad eterna. Si Noé no hubiese creído, no se hubiera salvado del diluvio. No hubo un santo en el antiguo Testamento que no se aventajase en la fe, y que por la fe fuese amado de Dios, y también recibiese la dicha de agradarle. Y esa misma fe divina ha triunfado mucho más en la Iglesia, subyugando y sometiendo todo el universo; Ella es quién ha poblado los desiertos y los claustros, quien, por decirlo así, anegó la idolatría, y la ahogó en sangre de millones de mártires, ella fue en fin la que con la gracia de Jesucristo, de la que es inseparable, llenó el mundo de héroes cristianos y el cielo de predestinados de toda raza y condición, de todo sexo y de toda edad. Admiremos la virtud de la fe divina; comprendamos de cuanta necesidad es para la salvación, y examinemos si esta divina virtud, que caracteriza a todos los escogidos, es la que hace nuestro carácter y que es la principal virtud del entendimiento.) (Juan 4, 1-42).



**Señor, vuelve a mí y libra mi alma, sálvame por tu misericordia.**

### 30 - NUEVO MILAGRO EN CANÁ

**Pasados aquellos dos días, (Juan 4,43) Jesús volvió a Galilea por el poder del Espíritu y su fama se difundió en toda la región** (Galilea, más aún que Judea no sólo fue el retiro de su infancia, sino que Él quería fuese el centro de su apostolado y de su evangelización. Galileo fue llamado Jesucristo, galileos fueron los primeros seguidores y galileos fueron sus discípulos -excepto Judas Iscariote que era judío- A esta región fue adonde le impelió la fuerza del Espíritu Santo, por ser Galilea más religiosa y observante que el pueblo judío, amante de las exterioridades en la religión.) **Enseñaba en las sinagogas de ellos y era alabado de todos.** (Es ahora cuando va a empezar su vida pública. Venía consagrado con la aureola de la doctrina y del prestigio rabínico. Los mismos seguidores de Jesús, durante su última estancia en Jerusalén, se encargaron de extender su fama por toda la provincia, donde todas sus conversaciones giraban en torno al Profeta para alabarle.) (Lucas 4, 14-15) **Cuando llegó a Galilea, fue recibido por los galileos, que habían visto todas las grandes cosas hechos por Él en Jerusalén durante la fiesta, porque ellos también habían ido a la fiesta.** (Los galileos estaban orgullosos de la revelación de su compatriota. Llegaba consagrado con una aureola de la doctrina y del prestigio rabínico, y el buen recibimiento se cimentaba en los milagros que ellos mismos habían visto en Jerusalén durante la fiesta, y por eso honran a Jesús fundando su honor en motivos interpretados humanos y egoístas.) **Fue otra vez, pues, a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Y había un cortesano cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaúm. Cuando él oyó que Jesús había vuelto de Judea a Galilea, se fue a encontrarlo y le rogó que bajase para sanar a su hijo, porque estaba para morir.** (El ruido de su fama había aumentado y precedido a Jesús. En tal medida, que su nombre resonaba incluso entre los funcionarios de Herodes Antipas, y uno de los cortesanos del Tetrarca, que tenía un hijo enfermo en Cafarnaúm, sabiendo que Jesús estaba en Caná, fue a su encuentro para suplicarle que bajase a su pueblo a curar a su hijo moribundo.) **Jesús le dijo: “¡Si no veis signos y prodigios, no creéis!”** (Los milagros confirman la autoridad del que predica, con todo, no son necesarios ni suficientes para engendrar por sí mismo la fe. Ella viene de prestar asentimiento a la palabra de Jesucristo, luz de extraordinaria importancia para nuestra propia conversión y la del prójimo. Es la Palabra divina la que tiene fuerza sobrenatural para transformar las almas, porque el testimonio del Señor es fiel y hace sabio al hombre sencillo, es decir, al que es recto de corazón, aunque sea ignorante, y tiene la verdadera capacidad espiritual y luces de oración para entender los pensamientos de Dios y nutrirse de ellos. Es éste un concepto que la Escritura se

complace en repetir abundantemente y que San Pablo explica al decir que Dios no está lejos de ninguno puesto que en Él vivimos, nos movemos y somos. Y es la fuerza de la Palabra de Dios, en oposición a las palabras de los hombres, de la que precisamente viene la fe para salvar, pues de ella vienen los frutos en que consiste el Reino de Dios. Porque la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más tajante que cualquier espada de dos filos, ya que penetra hasta dividir alma de espíritu, coyuntura de tuétanos, y discierne entre los afectos del corazón y los pensamientos. Por eso es necesario que quienes se dedican al ministerio de la predicación no puedan apartarse del estudio de la Biblia, y quién no oiga en su interior la Palabra de Dios será hallado vacío en su predicación externa.) **Respondióle el cortesano: “Señor, baja antes de que muera mi hijo.”** (El cortesano no parecía buscar al Mesías, sino al curandero de las miserias humanas, sin embargo, aun teniendo una fe y una idea muy débil de Jesús, porque no creía que pudiese sanar y resucitar a su hijo, si llegase a morir sin que el Señor fuese a su casa a visitarle.) **Jesús le dijo: “Ve, tu hijo vive.” Creyó este hombre a la palabra que le dijo Jesús y se puso en marcha.** (Como vemos, Jesús excusa la falta de conocimiento de este hombre y accede al milagro por su perseverancia en pedir, obrando el milagro como Él quiere y no como le piden. Y el padre acentúa la naturaleza de la fe, que es obsequio a la palabra de Jesús y cree en la curación de su hijo aún antes de verlo. Y así al oír: “vive”, cree en esas palabras que provocan su acto de fe y son precursoras de su posterior conversión.

Dos veces dice la crónica que el cortesano creyó: antes y después de comprobar el milagro. No cabe duda que existieron diferentes grados de fe. Hablando de otro padre angustiado también por la enfermedad de su hijo, el Evangelio nos ha transmitido unas palabras que, dentro de su contradicción aparente, representan un prodigio de formulación, la expresión inmejorable de un cierto estado de alma: *Creo, Señor, socorre mi incredulidad. Esta fe incrédula o incredulidad creyente* nada tiene que ver con los círculos cuadrados o los hielos encendidos. Y es que dentro del corazón humano existe más de una dimensión que el mundo de las abstracciones o de las realidades físicas ignora por completo. Lo mismo sucedió a este cortesano. No parece, en efecto, que fuera dirigida a él esa amarga queja de Jesús: *Si no veis señales y prodigios no creéis*, sino a los circundantes, que ya para entonces habían dado repetidas muestras de dureza e incredulidad. El cortesano no pide un milagro para creer, pide un milagro porque cree. No obstante, el hecho de que el evangelista, después de contar la curación, repite que el individuo *creyó*, da de sobras a entender que esa fe posterior era distinta y de más quilates que aquella otra con que en principio se había acercado al Maestro. ¿Creía antes únicamente en el poder extraordinario de Jesús de Nazaret? ¿Creyó

después ya en su condición mesiánica? ¿O fue tal vez su progreso paralelo en la virtud? El desarrollo, pues, de la fe este hombre lo describiríamos así: primero cree, y cree sinceramente, en la existencia de un mundo invisible, cierto, seguro, pero referido en todo caso a un brumoso porvenir o a una superior actualidad sin contacto alguno con las realidades terrenas. Y aunque es una fe honda, de fuertes raíces; una fe, sin embargo, desmoronada, sin hojas ni flores, sin esperanza. Después, en cambio, manifiesta ya una fe viva en las presentes posibilidades de intervención de ese mundo invisible dentro del mundo terreno: Cree en el Hijo de Dios que viene a este mundo. La fe del cortesano en sus dos formas muestra que creyó anteriormente con una fe menos preciosa que la fe robusta y de más calidad de cuando se cercioró de la curación de su hijo.

Suele citarse el milagro entre los motivos de credibilidad, puesto que realmente rebasa las fuerzas naturales exigiendo por definición la intervención divina. No obstante, hallamos en el Evangelio multitud de casos en los cuales el milagro, no produce el efecto apetecido. Quedando despreciado de su categoría el motivo de su credibilidad y reducido a un plano de puro favor, como el mismo Jesús nos dice: *Me buscáis no porque habéis visto milagros, sino porque comisteis pan hasta quedar hartos*. E igualmente con la reacción de los nueve leproso, los cuales, después de haber sido curados, se marcharon sin mostrar siquiera el más tibio y formulario de los agradecimientos. El milagro no induce a muchos a creer, no los postra en tierra, y Jesús condena a cuantos, tras haber presenciado tales prodigios, continúan como rocas insaciables aún en su incredulidad: *Si Yo no hubiera hecho en medio de ellos las obras que ningún otro ha realizado, no tendrían culpa; sin embargo, las han visto, y me han odiado a Mí y a mi Padre*.

¿Por qué, pues, no dan tantas veces los milagros de Cristo el resultado que de ellos cabe esperar? Sencillamente por la torpe disposición de las almas. Cuando el hombre se obstina en su negativa, todo es inútil. Si uno prefiere quedarse en la cama cuando sonando el despertador trata de convencerse que el reloj está averiado, que no son las ocho, sino que son los cuartos lo repetido; si vemos que todas falacias son buenas, que todo cuanto contradice nuestros propósitos es susceptible de una interpretación que acabe satisfaciéndonos, es porque *si no oyen a Moisés y a los Profetas, tampoco creerán a un muerto que resucitara*. Recordemos como la hostilidad contra Cristo vino a ser tal que algunos judíos, antes de dejarse cautivar por la Verdad, prefirieron atribuir sus milagros a Belcebú. Y nosotros ¿cómo aceptamos los milagros de Jesucristo?

Preciso es confesar que los judíos dieron muerte a Cristo no porque hubiese realizado milagros verdaderos ni tampoco porque hubiese

fingido milagros, sino más bien porque desbarató su concepto sobre el Mesías: porque no hizo precisamente aquellos milagros que ellos esperaban.

¿Qué es lo que Jesús buscó con sus milagros? ¿Provocar nuestra fe o ejercer su caridad? No puede convencernos la distribución que a veces se hace de ellos, entre milagros mesiánicos y milagros de misericordia. Aunque en todos ellos, sin duda, brillo este doble propósito. Es cierto que, tomados en conjunto, aparecen más bien como un argumento irrefragable de la condición divina de su autor; uno por uno, en sus pequeñas anécdotas, muestran acaso más explícitamente su bondad que su poder. Todos ellos procedieron de un corazón amoroso; siendo siempre un objeto que toda obra de misericordia corporal se transforme en una obra de misericordia espiritual. Nunca ejecutó un milagro para su propia utilidad, sino que todos sus portentos obedecieron a su única finalidad: *para que crean en Tú me has enviado*. Era un poder divino, sujeto siempre a la voluntad del Padre. Mirando que semejante voluntad coincide de hecho con el bien de sus criaturas, con el bien superior, con el verdadero bien. Mirando a este bien, curará a los paralíticos, limpiará a los leprosos, dará vista a los ciegos y rehusará en otras ocasiones hacer milagros. Los milagros, en suma, son testimonios del Padre, pues constituían en sí una predicación y son signos indiscutibles de su Amor. Así la fe puede llegar a ser un efecto del milagro, su efecto específico, el que reafirma a cuantos no se han extrañado de lo que dijo Jesús en todo cuanto hizo, que fue solamente obrar el bien.) **Ya bajaba, cuando encontró a algunos de sus criados que le dijeron que su hijo vivía.** (En sentido de salud y curación.) **Preguntóles, entonces, la hora en que se había puesto mejor. Y le respondieron: “Ayer a la hora séptima, le dejó la fiebre.” Y el padre reconoció que era la misma hora en que Jesús le había dicho. “Tu hijo vive.” Y creyó él, y toda su casa.** (Anteriormente había creído en la palabra de Jesús, ahora también creía en su misión de Profeta y Mesías, y con él todos los moradores de su casa) **Este fue el segundo milagro que hizo Jesús vuelto de Judea a Galilea.** (Alude al milagro del vino, que también obró en Caná. Sin embargo, este nuevo milagro fue considerado notable, puesto que se había realizado estando ausente y a la distancia existente entre Caná y Cafarnaúm. Milagro obrado con gran oportunidad, pues con él comenzó la predicación del Evangelio en Galilea.) (Juan 4, 45-54).



**Levanto mis ojos, Señor, y contemplo tus maravillas. Instrúyeme en tus mandatos y dame entendimiento para aprender tu ley.**

## 31 - LA PESCA MILIAGROSA

**Y habitó en Cafarnaúm junto al mar,** (Ahora que va a dar comienzo su obra, decide establecer su residencia en Cafarnaúm, ciudad hoy desaparecida, que en su tiempo estaba situada en la orilla norte del mar de Galilea o lago de Geseranet, también llamado de Tiberiades, era ciudad opulenta con una famosa sinagogas en el cruce de caminos de Cesárea a Tolemarda y de Damasco a Egipto. En medio de una región muy poblada y heterogénea, en la que se reunían gran número de extranjeros y naturales, de toda raza y religión, y en donde realmente se fomentaban toda clase de vicios y pasiones. Y fue allí, donde el Señor, que venía a buscar, no a los justos sino a los echadores, fija su nuevo domicilio, para irradiar como un faro la luz que había de iluminar a todo el mundo.) **en el territorio de Zabulón y de Neftalí, para que se cumpliera lo que había dicho el Profeta Isaías: “Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar, más allá del Jordán, Galilea de los gentiles;** (Esta admirable profecía, que sigue de cerca el anuncio del alumbramiento virginal de María y nacimiento del Emmanuel, notifica de que Él sería motivo de ruina para los habitantes de Jerusalén, es la que nos cita San Mateo para explicar por qué Jesús fijó su residencia en Cafarnaúm de Galilea. En efecto, esta provincia llamada por el Profeta *Galilea de los gentiles y sombría región de la muerte*, está más alejada de Judea que la misma Samaria, y se hallaba gobernada por el vil tetrarca Herodes Antipas, cuya primera residencia fue la pagana capital Seforis, de donde se cree procedió nada menos que la Santísima Virgen María antes de trasladarse su familia Nazaret, la ciudad de Necer - pimpollo - que es nombre bíblico de Mesías, retoño de David. Esta humillada región, de donde los doctores de Israel no admitían que pudiesen surgir un Profeta, había de tener la gloria de que se llamase patria de Jesús, de escuchar de su boca el Evangelio, de brindarle los primeros discípulos y hasta las mujeres que le seguían y asistían con sus bienes, entre las cuales estaban Juana, la mujer del galileo Cusa, Mayordomo de Herodes. Tal fue el designio de Dios, siempre misterioso, que quiso hacer florecer en aquel país paganizado los mejores amigos de su Hijo. No fue otra la conducta de Dios con los samaritanos, a quienes más de una vez había de enseñar Jesús como ejemplo para Israel. Al nombrar los términos de Zabulón y Neftalí, es decir las regiones habitadas antiguamente por estas dos tribus, hace alusión a la historia del Antiguo Testamento para prepararnos el ánimo y poder entender mejor la profecía que sigue.) **el pueblo asentado en tinieblas, luz grande vio; y a los asentados en la región y sombra de la muerte, luz les alboreó.”** (Estos pueblos, que estaban sepultados en las tinieblas de la idolatría fueron los dichosos que vieron una grande luz, los primeros que oyeron la predicación de

Jesucristo, y a quienes nació el sol de justicia para alumbrarlos, disipando las tinieblas y dándoles con la luz de la vida.) (Mateo 4, 13-16). **Caminando junto al mar de galilea vio a dos hermanos, Simón el llamado Pedro y Andrés su hermano,** (Jesús bordeaba este pequeño lago, sabiendo que allí encontraría a los discípulos que conocía del otro lado del Jordán. Pero entonces no les había llamado con aquella voz eficaz que debía hacerles abandonar todas las cosas para seguirle y ser sus discípulos como seguidamente les ordena.) (Mateo 4, 18) **que lavaban las redes,** (Lucas 5,2) **pues eran pescadores, y Dijoles: “Venid en pos de Mí y os haré pescadores de hombres.” Al instante, dejando las redes, le siguieron.** (El divino Redentor dio el ejemplo de esto mismo, pues fue Él mismo el que los pescó a ellos mismos con las redes de sus palabras y doctrina celestial. No olvidemos, que no somos nosotros quienes elegimos al Señor, sino que es siempre Dios quién nos elige a nosotros.) **Al instante, dejando las redes, le siguieron.** (La primera vocación en el primer encuentro con Jesús en el Jordán, parece haber sido sencillamente a la fe en Jesús Mesías haciéndose sus discípulos, como anteriormente lo habían sido del Bautista; sin embargo esta segunda es de obediencia a una llamada a seguir a Cristo en su compañía tomando parte, como veremos a partir de ahora, en sus trabajos apostólicos; no obstante vendrá otra tercera y definitiva para formar con ella y con otros el Colegio Apostólico) (Mateo 4, 19-20) **Y sucedió que la muchedumbre se agolpaba sobre Él para oír la palabra de Dios,** (El pueblo había comenzado a gustar la palabra de Dios, y teniendo hambre de ella se amontonaban sobre Jesús, para saborear más cerca de su presencia.) **estando Jesús de pie junto al lago de Genesaret.** (Llamado también mar de Galilea y de Tiberiades, por la ciudad que fundara Herodes en honor del Emperador Tiberio.) **Y viendo dos barcas amarradas a la orilla del lago, cuyos pescadores habían descendido, subió a una de aquellas, la que era de Simón, y rogó a éste que la apartara un poco de la tierra.** (Simón es el nombre primitivo de Pedro, antes de su vocación. Desde esta escena la barca de Pedro es mirada como símbolo de la Iglesia.) **Y sentado enseñaba a la muchedumbre desde la barca.** (Estas enseñanzas de Jesús desde la barca son el preludio de la pesca milagrosa que seguidamente va a comenzar. Este paralelismo es siempre seguido por Dios, Él es el primero en dar para que nosotros con la fe puesta en Él roguemos el favor de su gracia.) **Cuando acabó de hablar dijo a Simón: “Guía adelante hacia lo profundo y echad las redes para pescar.” Respondióle Simón y dijo: “Maestro, toda la noche estuvimos bregando y no pescamos nada, pero, sobre tu palabra, echaré las redes.”** (Simón seguro de su experiencia, se hubiese reído de una proposición semejante en labios de otro pescador; pero es el Maestro quién le ordena, y ante la palabra de Dios solo se resisten los

débiles y pusilánimes engréidos por su vacía soberbia, no así los sencillos y pequeños quienes sumisos a la Palabra la obedecen sin vacilar, aunque estén en contra de toda lógica y de toda apariencia.) **Lo hicieron y apresaron una gran cantidad de peces. Pero sus redes se rompían.** (A la obediencia sucedió el prodigio: la gran pesca milagrosa que hace romper las redes en un simbolismo sin precedentes, que puede interpretarse de diferentes maneras, pero que Jesús acentuará cuando hablando del reino de los cielos los asemeje a la red que echó al mar.) **Entonces hicieron señas a los compañeros, de la otra barca, para que viniesen a ayudarles. Vinieron, y se llenaron ambas barcas, a tal punto que se hundían.** (Todo ello tiende a acentuar el carácter sobrenatural de la pesca, primeramente, se echan las redes de día cuando en tiempo apropiado para pescar es la noche, y en segundo lugar es tan abundante la pesca que las redes comienzan a romperse, y acentuando con más énfasis este prodigio nos dice que las barcas comenzaban a hundirse.) **Visto lo cual, Simón Pedro se echó a los pies de Jesús, le dijo: “¡Apártate de mí, porque yo soy un pecador!”** Es que el estupor se había apoderado de él y de todos sus compañeros, por la pesca que habían hecho juntos. (Ante la grandeza de Jesús, Pedro siente su pequeñez de hombre pecador, y no comprende precisamente que, porque somos pecadores, no podemos decirle a Jesús que se aleje, sino por el contrario hemos de esforzarnos humildemente a que venga para perdonarnos.

La figura de Simón Pedro tiene en este relato un relieve y significado excepcional. Es el patrón principal de la barca; es, pues, el que recibe y ejecuta la orden de Jesús. Ahora bien, si la nave es figura de la Iglesia, en él podemos ya adivinar al jefe, al hombre que manda y lleva el gobierno. Se diría que esta gran misión hace vislumbrar algo más allá de la nave, de la pesca, de lo que acaba de suceder. Por eso se intimida y tiembla antes de dar el sí a la voz que le llama. No se trataba de seguir a Jesús, engañado por un impulso ciego, como creyeron el filósofo Porfirio y el emperador Juliano, sino de tomar una resolución suprema, después de pasar por un drama desgarrador. El pescador fuera de sí, sin saber si saltar de gozo o llorar de agradecimiento, en un arrebató dulce y amargo a la vez, que le inspira el conocimiento de su indignidad, prorrumpe a pedir al Señor: *Aléjate de mí*, es la carne quien protesta mientras su espíritu se lanza generoso al destino terrible y glorioso que seguidamente Jesús le descubre.) **Y Jesús dijo a Simón: “No temas; desde ahora pescarás hombres.”** (Como si le dijese: no te acobarde la vista y consideración de tus pecados. Tú eres pecador como lo has confesado, y haces muy bien en reconocer lo que por tí mismo eres; más por mi gracia, de pecador que eres y de pescador de peces Yo te haré pescador de hombres. Tú los cogerás en tus redes; y esto no para matarlos, sino para

darles la vida, y una vida de fe y de gracia. ¡Maravillosa promesa de eficacia para nuestro apostolado! Así como Pedro antes echando las redes en la noche anterior no consiguió ningún pez, ahora tiene tantas solamente por haberse apoyado en la palabra de Jesús para nuevamente echar las redes, así también nosotros en medio de este mundo malo, podemos pescar hombres sin número, si usamos para ello las palabras del Evangelio y no las nuestras, pues Cristo ora constantemente por nuestro éxito ante el Padre, no sólo por nosotros, sino por aquellos que mediante nuestras palabras crean en Él; y sigue orando por nosotros hasta el fin. ¡Qué consuelo tan grande sabernos que Cristo intercede siempre por nosotros y que podemos contar permanentemente con la oración todopoderosa de Cristo rogando por nosotros y por nuestro ideal apostólico! Es decir, Cristo es nuestro Santo Patrono y Protector por excelencia. Solemos pensar que, a Jesús, por ser Dios, no debemos pedirle que ruegue por nosotros, como si fuera impropio de Él tal cosa. Aquí vemos, con más claridad aún que respecto de los santos y de la Santísima Virgen, como Jesús no sólo rogó por nosotros en vida pidiendo al Padre no por el mundo, sino por los que Tú me diste y que son Tuyos; y nos prometió que además de pedir después al Padre que nos envíe un Intercesor para que esté siempre con nosotros, iluminando, consolando y fortaleciendo con virtud divina, Él estaría permanentemente rogando por nosotros, siendo ésta su misión como Sacerdote Santo, Inocente, Imaculado, apartado de los pecadores y encumbrado sobre los cielos, siendo también el Buen Pastor y el Obispo de nuestras almas. Jesucristo resucitado asumirá en la Nueva Alianza, que se funda en la Su sangre derramada, y que se muestra además en el lugar donde ejerce sus funciones de Sacerdote, es decir, no en la tierra, ni en el Santa Santorum, sino en el cielo. Esto quiere decir que, allá en lo Alto, Jesucristo presenta perpetuamente al Padre el mérito de su pasión y de su muerte consumada ya en la cruz, misterio que repetimos cada día en el Sacrificio Eucarístico) **Llevaron las barcas a tierra y, dejando todo, se fueron con Él.** (Pedro y sus compañeros tenían familia y hogar. En un instante lo dejaron todo para seguir a Jesús, y eso que en aquel momento no creían todavía en su divinidad. En otras palabras, que nadie podía resistirse a la suavidad del trato con Jesús, a menos que tuviera doblez de conciencia. La figura de Simón Pedro tiene en este relato un relieve excepcional. Es el patrón principal de la barca; es el que recibe y ejecuta la orden de Jesús. Si la nave es figura de la Iglesia, en él podemos ya adivinar al jefe, al hombre que manda y gobierna. Se diría que se vislumbra ya esa gran misión, algo más allá de la nave, de la pesca y de lo que acaba de suceder. Por eso no sigue a Jesús engañado por un impulso ciego, sino que toma una resolución suprema, después de pasar por un drama desgarrador.) (Lucas 5,1-11) **Yendo un poco más adelante, vio a Santiago, hijo de Zebedeo,**

**y a Juan su hermano, que estaban también en la barca, arreglando sus redes. Al punto los llamó (Marcos 1, 19) y Díjoles: “Venid en pos de Mí, y os haré pescadores de hombres.”** (El divino Redentor llama a todos a seguirle, dando ejemplo de esto mismo, pues fue Él mismo el que les pescó a ellos con las redes de su palabra y doctrina celestial.) (Mateo 4, 19) **y dejando a Zebedeo, su padre, en la barca con los jornaleros, lo siguieron.** (Estos hermanos pertenecían a la clase media, como se deduce del hecho de que Zebedeo, su padre ocupaba jornaleros. Es, pues, un error considerar a los discípulos del Señor como gentes que nada tenían que perder, y por eso seguían a Jesús. Igualmente veremos que Mateo, recaudador de impuestos no era tampoco in indigente. Sin embargo, estos y otros muchos abrazaron la pobreza espontáneamente, atraídos en la sinceridad de sus corazones, por el irresistible sello de bondad que ofrecía el divino Maestro a todos los que como he dicho anteriormente no tenían doblez. ¿Quién podía decir entonces, ni siquiera sospecharlo, que aquellos hombres extenderían sus redes, frágiles a la vista humana, y donde en la noche de la filosofía nada hubieran pescado con las redes de la razón humana, y en el día del Evangelio pescaron el universo entero en las redes de la fe y del amor a Jesucristo? Desde Entonces, los cuatro pescadores, que habían sido objeto de un favor semejante, comprendieron que estaban destinados a una misión más alta. Ya no volverían a coger las redes hasta que Cristo sea arrebatado de su lado. En adelante le seguirán por todas partes, recogiendo amorosamente sus palabras, tratando de comprender los misterios de su doctrina. Serán los cuatro predilectos del Señor. Hasta ahora le habían seguido con intermitencias, en adelante no se apartarán de Él un sólo día.) (Marcos 1, 20). **Entraron en Cafarnaúm; y luego, el día del sábado, entró en la sinagoga, y se puso a enseñar.** (Hemos de entender que siendo sábado el día que entró Jesús en Cafarnaúm, se dirigió inmediatamente a la sinagoga, donde se reunían las gentes para la adoración, oración, lectura y explicación de la Ley y los Profetas. En las sinagogas le brindaban la oportunidad que aprovechaba Jesús para explicar la Ley, oportunidad que entonces era normal y que fue disminuyendo a medida que crecía el rompimiento entre Jesús y los rabinos. Creemos que mientras permaneció en Cafarnaúm continuaría haciendo lo mismo todos los sábados.) **Y estaban asombrados por su doctrina; pues les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los Escribas.** (Los doctores ordinarios de la nación, les entretenían el tiempo con cuestiones vanas que la curiosidad y la ociosidad habían inventado, y a las que daba lugar la ley ceremonial, Jesucristo enseñaba una moral sublime, que siendo contraria a las preocupaciones e inclinaciones de los hombres, al mismo tiempo arrebatava, por su nobleza, la admiración de los que la escuchaban, excitando la contradicción de los que, pagados de sí mismos, no conocían

otra ley que la que ellos interpretaban a su modo. Así mismo enseñaba con autoridad, con una autoridad que le era propia, esto es, divina, como ellos mismos extrañándolo lo confesaban. Los doctores judíos solamente se apoyaban en las tradiciones, opiniones y decisiones de sus antepasados y predecesores que habían sido maestros de sus escuelas. Y así la autoridad en que se apoyaban era puramente humana.) **Se encontraba en la sinagoga de ellos un hombre poseído por un espíritu inmundo,** (Un endemoniado. A todo espíritu malo se le llamaba inmundo o impuro, por contraposición al Espíritu Santo.) **el cual gritó: “¿Qué tenemos que ver contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a perdernos? Te conozco quién eres: El Santo de Dios.”** (El que habla es un demonio, utilizando como instrumento al poseso. El Santo de Dios, esto es el Santo por excelencia, el Santo de los santos, que es el Mesías. Parece que aquí el espíritu maligno confiesa la divinidad de Jesucristo, quejándose de que había venido a atormentarle y a destruir su imperio. Pero no es un claro conocimiento el que tenía el demonio de la divinidad de Jesucristo, sino solamente una sospecha. A veces el Señor se deja conocer de los demonios en cuanto que fuese necesario para cumplir los designios de la Sabiduría. Y esto, no según se comunica y alumbra a las almas de los justos, sino por algunas señales temporales y exteriores de su poder, las cuales podrían ser percibidas por la inteligencia de los espíritus malignos. Cuando el Señor suspendía estas señales visibles, el mismo príncipe de los demonios entraba luego en duda sobre este punto, recordemos que así le tentó en el desierto para conocer si era Cristo.) **Más Jesús lo increpó diciendo: “Cállate y sal de él”. Entonces el espíritu inmundo, zarramateándolo y gritando muy fuerte salió de él.** (Este hombre poseído del demonio es una viva imagen de aquellos que, estando metidos en los vicios, quieren convertirse a Dios. Luego que un alma empieza a disgustarse de sí misma para volverse a su Creador, el antiguo e implacable enemigo de la salud mueve en ella tentaciones mucho más violentas que las que experimentaba antes; pero entonces, con el ejemplo de este endemoniado, debe hacer frente al furor de su enemigo, sin turbarse por los nuevos esfuerzos que hace contra ella, pues estos pueden aprovechar para convertirla de su propia flaqueza y de la necesidad que tiene del socorro del Salvador, con el cual todos los ardiles de éste espíritu tentador, lejos de dañarle, se le convertirán en mayor bien y provecho.) **Y todos quedaron llenos de estupor, tanto que discutían entre sí y decían: “¿Qué es esto? ¿Una doctrina nueva e impartida con autoridad! ¿Aún a los espíritus inmundos manda, y le obedecen!”** (Se describe la enorme impresión que causa la predicación y el milagro. Hasta entonces, los judíos, no habían conocido la necesidad que tenían de humillarse para quedar libres de la esclavitud del demonio, por lo que esta doctrina era nueva para ellos y para los gentiles, a quienes el ejemplo

de un Dios encarnado era todavía nuevo, pero necesario para inspirarles una verdad tan opuesta a su orgullo y vanidad.) **Y pronto se extendió la fama por doquier, y todos los confines de Galilea.** (La fama de Jesús se difunde por toda la región con un entusiasmo popular que despertará bien pronto el recelo del judaísmo oficial, que terminará llevándole a la muerte.)

**Luego que salieron de la sinagoga, vinieron a casa de Simón y Andrés, con Santiago y Juan.** (Los cuatro discípulos que ya seguían a Jesús desde el Jordán, lo harán totalmente desde ahora. Serán pescadores de hombres en las aguas del bautismo.) **Y estaba la suegra de Simón en cama, con fiebre y al punto le hablaron de ella.** (Es una expresión discretísima, que equivalía a una súplica, quizás fue el mismo Simón, quién acababa de asistir a la liberación del poseso, aguardó la oportunidad para confiar al Maestro la preocupación de la fiebre de su suegra.) **Entonces fue a ella, y tomándola la mano, la levantó, la dejó la fiebre, y se puso a servirles.** (Normalmente Después de una enfermedad con fiebre como aquella, el paciente suele levantarse fatigado y sin fuerzas, sintiéndose quizás peor que durante la misma enfermedad. Sin embargo, la suegra de Pedro tan radicalmente curada que levantándose al instante les sirvió la comida a todos os familiares y amigos.) **Llegada la tarde, cuando el sol se hubo puesto, le trajeron todos los enfermos y los endemoniados. Y toda la ciudad estaba agolpada a la puerta.** (Marcos 1 ,20-33) **Y Él imponía las manos sobre cada uno de ellos, y los sanaba. Salían también los demonios de muchos,** (Un prodigio sucedía a otro prodigio. Ordinariamente, cuando llegaba la noche se recogía a los enfermos, sin embargo, en esa ocasión hicieron todo lo contrario, y juntándose de golpe a la puerta de la casa de Simón, colocaron a sus enfermos y Jesús presentándose como Señor de la vida fue poniendo las manos sobre cada uno de los enfermos, y con su palabra echaba a los demonios de los posesos. Todo esto se realizó para que se cumpliese lo que dijo el Profeta Isaías: *Él tomó nuestras enfermedades y cargó con nuestras dolencias.*) **gritando y diciendo: “¡Tú eres el hijo de Dios!” Y Él los reprendía y no los dejaba hablar, porque sabían que Él era el Cristo.** (Jesús sentía repugnancia por esas declaraciones del espíritu del mal y no quería apoyarse en el testimonio de los demonios, que sirven a la mentira, aunque alguna vez digan la verdad. Él, que no recibió el testimonio de los hombres y por ello tampoco necesitaba el Juan Bautista, ya que tenía el de su divino Padre, y es por ese motivo por lo que manda callar públicamente a los demonios.) (Lucas 4, 40-41) **En la madrugada, siendo aún muy de noche, se levantó, salió y fue a un lugar desierto, y se puso allí a orar.** (Este rasgo se repite frecuentemente durante toda su vida pública. Como hombre, necesita del socorro del cielo, como además la plegaria y el trato

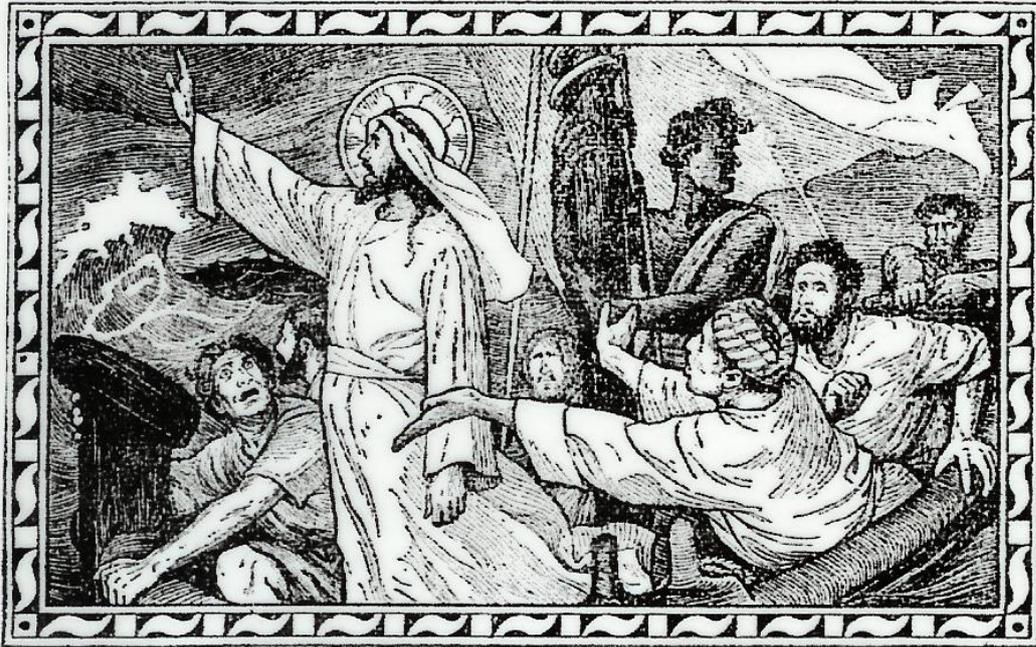
con su Padre es para Él un gozo divino, es por lo que Jesús se retira para orar a solas, después de trabajar todo el día y gran parte de la noche, enseñándonos que la oración es tan indispensable como el trabajo. Lección y ejemplo importante, que muchos santos han seguido y que en el caso de San Juan de Dios se hizo tan suyo que además de identificarse en su espíritu lo materializo grabando en su habitación esta hermosa frase: *Reza consciente de que todo te viene de Dios, y trabaja como si todo dependiera de ti. Para que todo tu trabajo se convierta en oración y que tu oración te cueste trabajo.*

Y es que la oración, hablando propiamente, es una sagrada conversación del alma con Dios. La confianza es el denominador común de la oración, Dios habla con dignación infinita al alma que confidencialmente habla a Dios. En la oración el alma contempla, iluminada de una purísima y benéfica luz, las incomprensibles e infinitas perfecciones de Dios, al mismo tiempo que expone sus necesidades como a un amoroso padre, declarando sus enfermedades espirituales como a un médico; y Dios la ilumina, la alienta, la consuela, la fortalece y la cura. Es la oración como un comercio espiritual del alma sustentándose de la palabra interior de Dios, en el que se halla armas para domar las pasiones, para triunfar de sus enemigos, para prevenir sus malignos artificios, para descubrir y desatar sus insidiosos lazos. En fin, para hacer patentes nuestras obligaciones y recibir de la misericordia de Dios las gracias oportunas para cumplir con ellas. Cuando se alcanza el claro conocimiento de las grandes excelencias de la meditación, se puede decir, mejor dicho, se está obligado a decir, que es muy dificultoso ser verdaderamente cristiano sin la saludable práctica de la oración mental, y mucho más aún aspirar a la santidad sin este admirable ejercicio. ¿Qué equivocados están los que consideran la oración como propia de los claustros? Algún día conoceremos que la oración era y es un auxilio, una devoción, un ejercicio casi indispensable a todo cristiano.

Imitar a Jesucristo debe ser una constante de todo cristiano y orar es un ejercicio de amor que impide la relajación, el tedio y el desamor. Jesús se retira, siempre que puede, para en soledad alimentarse, como hombre, de las delicias de Dios, y nosotros estamos obligados, digámoslo abiertamente, a rendir alabanza continua y perseverante a Aquel que en un acto de sumo Amor nos entregó a su Hijo único para que sacrificándose por nosotros nos salvase y pudiésemos por sus méritos poder llamar verdaderamente Padre, al que nos amó desde el principio. Pero, siempre existe un pero, hablar de meditación a un seglar a un hombre del mundo, es algarabía, es hablar de galimatías, marañas y embrollos, como vulgarmente se dice hablar en griego. A la sola palabra de meditación el alma disipada se asusta y el corazón disoluto se inquieta. De esta aversión a la oración nace aquella lastimosa ceguedad en la que

se vive el asombroso trastorno de las costumbres que a guisa de torrente inunda toda la tierra, pues paradójicamente no hay nadie que medite, quién haga reflexión de lo mismo en que se dice creer. Las verdades más importantes de nuestra religión: una muerte inevitable, un juicio terrible, el infierno, la gloria, la eternidad..., son para la mayor parte de los hombres objetos desconocidos o si no es que disimulan muy bien. Yo pienso que entienden estas verdades poco más, poco menos, como los ignorantes y fatuos groseros comprenden las proposiciones del álgebra. Desterrada la reflexión de esas singulares verdades, corren sin freno las pasiones y de ahí nace la corrupción general en el mundo, por ello los verdaderos cristianos no podemos ni debemos relajarnos en la tibieza imitadora y mezcladora de las máximas del mundo justificando un falso ecumenismo, sino que debemos como único medio eficaz, imitando a Jesucristo, retirarnos a practicar aquel santo ejercicio que es la oración, fragua de la meditación del fuego que aviva el santo amor de Dios y Señor nuestro, y haga subir a Vos el humo de nuestras oraciones como incienso de buen olor.) **Más Simón partió en su busca son sus compañeros. Cuando lo encontraron, le dijeron. “todos te buscan.”** (Esta vez la oración fue interrumpida por los gritos de Simón y los que con él estaban, quienes, al advertir la ausencia del Maestro, le buscaron clamando hasta llegar a Él. Otra lección que debe servirnos para cuando perdamos la compañía de Jesucristo, le busquemos apasionadamente hasta encontrarle, porque quién busca a Cristo le encuentra. Y es un gran consuelo hallarle después de buscado.) **Respondióles: “Vamos a otra parte, a las aldeas vecinas para que predique allí también. Porque a eso salí.”** (Jesús les explica que tiene que evangelizar a otras ciudades el reino de Dios, pues para eso, dice, he sido enviado y he venido.) (Marcos 1, 35-38).





**Yo tengo designios de paz sobre vosotros, y no de aflicción.  
Me invocaréis y Yo os escucharé.**

## 32 - JESÚS CALMA LA TEMPESTAD

**Y recorría toda la Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos,** (Jesús andaba sin descanso por toda la región predicando las buenas y felices nuevas del reino celestial que les proponía, enseñándoles el camino que debían tomar para llegar a Él sin tropiezo.) (Mateo 4, 23) predicando **la Buena Nueva de Dios, y diciendo: “El tiempo se ha cumplido, y se ha acercado el reino de Dios. Arrepentíos y creed en el Evangelio.”** (Esta expresión sintetiza todo el mensaje de Jesucristo. Todo hombre debe confesarse pecador y creer en la Buena Nueva de que Dios es un Padre que perdona, porque si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonarnos los pecados, y limpiarnos de toda iniquidad. La pobre alma que ignora la gracia y no cree en la misericordia supone que salir de su estado pernicioso es como subir a pie una montaña. No se le ocurre pensar que Dios ha imaginado todo lo más ingenioso posible para facilitar este suceso que tanto le interesa -recuérdese al padre admirable del hijo pródigo-, de modo tal que, apenas nos confesamos sinceramente culpables, Él nos previene con su misericordia, y lo demás corre por su cuenta, puesto que es a Él a quién toca dar la gracia para la enmienda, y sin ella no podríamos nada, porque es Dios con su benevolencia obra en nosotros tanto el querer como el hacer. He aquí lo suficiente para que nadie pueda nunca atribuirse ningún mérito a sí mismo; y también para que nadie se desanime, puesto que aun la voluntad que nos falta puede sernos dada por la bondad de nuestro divino Padre. Eso es lo que expresa la oración dominical: *Dios misericordioso, de cuyo don viene el que tus fieles puedan servirte digna y provechosamente.* Y es que la cooperación humana, según San Bernardo, se circunscribe en la siguiente fórmula: Dios obra en nosotros el pensar, el querer y el obrar; lo primero sin nosotros, lo segundo con nosotros, lo tercero por medio de nosotros. Un buen médico sólo necesita para sanarnos que le declaremos nuestra enfermedad. No pide que le enseñemos a curarnos. Jesús vino de la parte del Padre como Médico y así se llama a sí mismo expresamente. Él es un Médico que nunca está ausente para el que le busca. Hagamos, pues, simplemente que Él vea bien desnuda nuestra llaga, y sepamos que lo demás lo hará Él, tal y como nos recuerda el Salmo 93: *Apenas pienso que mi pie va resbalar tu misericordia, Señor, me sostiene.* ¡Doctrina de consuelo incomparable para los pequeños! Apenas me confieso a mí mismo que soy incapaz vuela a socorrerme toda la fuerza del Padre omnipotente. Todo lo contrario del que confía en sí mismo. Lección sencilla y viva que puede entender incluso el más párvulo, y éste mejor que nadie, que nos enseña la confianza en la realidad sobrenatural que, más que explicaciones

técnicas o filosóficas, necesita ser creída simplemente, de la misma forma que un hijo cree en su padre. Tal es el valor educativo de la Palabra de Dios. El rechazo de este mensaje por parte del pueblo llevó a Jesús a la cruz.) (Marcos 1,15) **Su fama se extendió por toda Siria, y le traían todos los pacientes afligidos de toda clase de dolencias y sufrimientos, endemoniados, lunáticos, paralíticos, y los sanó.** (La fe en el poder de Jesús y en su caridad, la muestran las gentes presentándole toda clase de enfermos, en los que se especifican en primer lugar a los endemoniados o poseídos diabólicos, pues eran numerosos los casos habidos, para lo que Jesucristo dará más tarde a los Apóstoles el poder de arrojarlos, distinto del poder de sanar a los enfermos. Después los lunáticos que eran pacientes del llamado mal caduco o gota coral, esto es, lo que conocemos como epilépticos, que según la opinión del vulgo depende de los crecientes y menguantes de la luna. Aunque otros se persuaden de que los lunáticos eran obsesos y atormentados de los espíritus malignos en ciertos periodos. Lo cierto es que existen dolencias que siguen los movimientos de la luna. Los paralíticos son enfermos que tienen atrofiados algunos de sus miembros y no pueden moverse. Termina el versículo con este misterio de amor y misericordia que San Pedro, testigo de él, condensa en estas palabras: *Pasó haciendo el bien.*) **Y le siguieron grandes muchedumbres de Galilea, Decápolis, Jerusalén y Judea, y el otro lado del Jordán.** (Era tal la fama alcanzada por Jesús en aquellas regiones que sus habitantes, conmocionados por los milagros de Cristo, le buscaban, le seguían y se agolpaban en su alrededor para escuchar sus enseñanzas.) (Mateo 4, 24-25) **Y Jesús viéndose rodeado por la multitud (Mateo 8, 18) subió con sus discípulos a una barca (Lucas 8, 22) y les dijo llegada la tarde: “Pasemos a la otra orilla.”** (El momento del atardecer era el menos propicio para cruzar el lago de Genesaret, pero Jesús, viendo ese gran gentío, lo ordena huyendo de la vanagloria para darnos ejemplo de humildad o para evitar la envidia de los Sacerdotes, Fariseos y doctores de la ley, o para ejercer una grande misericordia.) **Entonces ellos dejando la multitud lo tomaron consigo tal como estaba en la barca; y otras barcas lo acompañaban** (Ellos obedecen sin la más mínima observación. A la sazón sin haber tomado alimento ni reposado de la fatiga de haber estado predicando y enseñando todo el día, y sin provisión ni aparejo, comienzan una travesía larga e imprevista.) (Marcos 4, 35-36) **mientras navegaban, se durmió.** (Olvidado siempre se Sí mismo, el Verbo hecho hombre cae rendido de cansancio en la barca. La verdadera naturaleza de Jesús aparece en este pasaje agotado porque con frecuencia, después de un día de trabajo sin descanso, pasaba la noche en el mar o al raso, donde no tenía ni donde reposar la cabeza.) **Entonces un torbellino de viento cayó sobre el lago (Lucas 8,23) y de pronto el mar se puso muy agitado, al punto que las olas llegaban a**

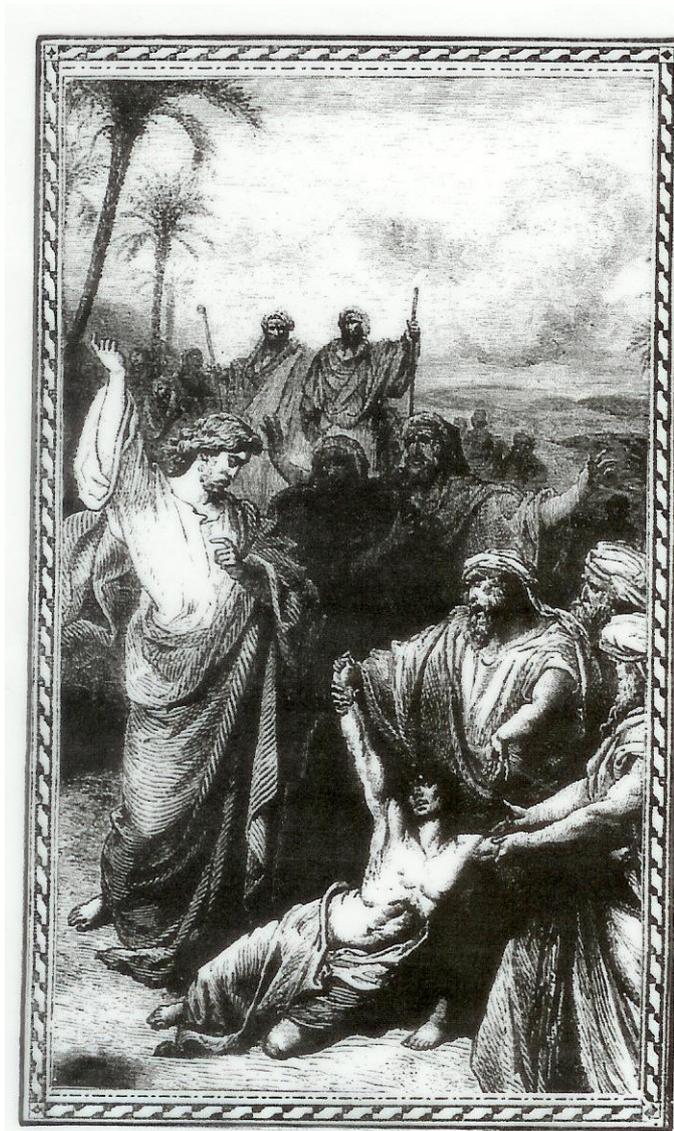
**cubrir la barca; Él, en tanto, dormía** (Las tempestades repentinas son muy frecuentes en el mar de Tiberiades, sobre todo al atardecer. Aquel anochecer se vio turbado por una columna de viento huracanado que revuelve y alborota el mar y la tranquilidad de los discípulos. Con todo, Jesús presa de la fatiga de haber pasado muchas jornadas agotado por el trabajo acumulado sin reposo y quizás sin alimentación, continúa dormido en la popa de la barca.) **Acercáronse y lo despertaron diciendo: “Señor, sálvanos, que perecemos.”** (A pesar de haber empleado todas sus habilidades para sobrevivir en medio de aquella borrasca, son conscientes de su fracaso y del peligro que corren sus vidas, por lo que muy asustados despiertan a Jesús con ese desesperado ¡sálvanos!, procedente de una débil fe en que Cristo podría recogerlos en aquel trance tan apurado. Aunque realmente es una fe imperfecta, ya que suponían que Él ignoraba el peligro existente, como si su divinidad no vigilase mientras su humanidad dormía.) **Él les dijo: “¿Por qué tenéis miedo, desconfiados?”** (Jesús sabe que si acuden a Él pidiéndole que les salve de aquel peligro es por el temor y el miedo a perecer a pesar de estar en su compañía, por los que les llama desconfiados.

La barca abandonada a las olas es una imagen de la Iglesia, que sin cesar tiene que luchar contra toda clase de tormentas; más Cristo está en la barca para conducirla a través del tiempo de nuestra peregrinación en este siglo malo, que representa este mundo, con el cual nunca hemos de estar conformes, porque en él tiene su reino Satanás; y en él serán perseguidos los discípulos de Cristo, y en él la cizaña estará ahogando el trigo hasta que venga nuevamente Jesús y no encuentre fe en la tierra; pues Él no vendrá sin que antes prevalezca la apostasía y se revele el Anticristo, a quién Jesús destruirá con la manifestación de la Parusía. Nunca podrá, pues triunfar su Reino mientras no sea quitado el poder de Satanás y Cristo celebre las Bodas con su Iglesia, libre ya de toda arruga después de la derrota del Anticristo, cuando la cizaña haya sido cortada, los peces malos estén separados de los buenos y sea expulsado del banquete el que no tiene traje nupcial. Tal es la dichosa esperanza del cristiano sin la cual nada puede satisfacerle ni ilusionarle sobre el triunfo del bien. Tal es lo que el Espíritu Santo y la Iglesia novia dicen y anhelan hoy, llamando al esposo. *Ven... Ven Señor Jesús*, mientras les aguardamos con ansia en este siglo malo, llevando las esperanzas proféticas como antorchas que nos alumbran en este *lugar oscuro*. Es esta una de las orientaciones básicas de la espiritualidad que nos enseña la Escritura en oposición al mundo. Jesús nos lo hace recordar continuamente al darnos la afanosa petición del Padrenuestro: *Venga a nosotros tu reino*. Tengamos pues confianza y cuando nuestra poca fe aflore en nuestra vida, cuando parezca que nuestra barca de hunde y hace aguas, tengamos confianza en que Jesucristo está siempre en nuestra

barca.) Entonces se levantó e increpó a los vientos y al mar, y se hizo la calma. (Ante este prodigio de apaciguar el mar, hemos de recordar que Dios como Señor absoluto de los mares doma la altivez de las olas y se señora de la soberbia del mar, porque con su sola palabra quebranta el orgullo de las olas, fijándolas un límite que no traspasarán, para que no vuelvan a cubrir la tierra.) (Mateo 8,24-26) **Entonces les dijo: “¿Dónde está vuestra fe?” Y llenos de miedo y admiración, se dijeron unos a otros: “¿Quién, pues, es Este que manda a los vientos y al agua, y le obedecen?”** (Los discípulos habían experimentado ya el poder de Jesús y por tanto debían conocer y confiar en Él. La fe que les reprocha supone conocimiento y confianza, sin embargo, el temor y la admiración que surge en ellos brota de la presencia de lo sobrenatural que les hace plantearse el problema de la persona de Jesús. Por la expresión y pregunta de ¿quién es? Vemos la incertidumbre en que aún están sumidos estos discípulos respecto a Jesús, no obstante, la admirable confesión hecha por Natanael, después de haberle visto bajo la higuera, cuando le dijo: *Rabí. Tú eres el hijo de Dios. Tú eres el Rey de Israel.*) (Lucas 8, 25).



**UBI EST FIDES VESTRA?**



**Del hombre inicuo y falaz, líbrame, ¡Oh Señor!  
Porque Tú eres mi Dios y mi fortaleza.**

### 33 - EL ENDEMONIADO DE GERASA

**Llegaron a la otra orilla del mar, al país de los gerasenos,** (Al otro lado de la Galilea, en la región de Gerasa, ciudad situada en el mar de Tiberiades, llega y arriba la barca del Señor.) (Marcos 5.1) **cuando hubo descendido a tierra, vino a su encuentro un hombre de esta ciudad, que tenía demonios; hacía mucho tiempo que no llevaba ningún vestido, ni vivía en casa sino en sepulcro.** (Jesús viene de dominar la naturaleza para enfrentarse a un hombre poseído de demonios, al que el evangelista escribe como un loco furioso, que desnudo por fuera y repleto de demonios por dentro no permitía a nadie pasar por aquel camino: seguramente por ser paso a los sepulcros donde él habitaba. Como se ve en muchos lugares de la Escritura y de la Historia Sagrada, los sepulcros eran grandes grutas o cavernas espaciosas excavadas en las montañas, a veces tan amplias que podían colocarse varias tumbas, por lo que podían ofrecer alojamiento a las personas. Estaban ubicadas en las montañas alejadas de la ciudad o la población para que los cadáveres no inficionasen el aire con su corrupción y porque los que se acercaban a ellos quedaban impuros según la Ley.) (Lucas 8, 27). **Y ni con cadenas podían ya nadie amarrarlo, pues muchas veces lo habían amarrado con grillos y cadenas, pero él había roto las cadenas y hecho pedazos los grillos y nadie era capaz de sujetarlo. Y todo el tiempo estaba en los sepulcros y en las montañas, gritando e hiriéndose con piedras.** (Los discípulos, después de los temores de la noche anterior, creyeron tener delante una aparición, cuando vieron a aquel endemoniado, que había huido de las gentes y vivía allí a semejanza de las bestias salvajes en libertad, agrediendo a los pasajeros, llenándoles de terror con sus aullidos horribles y destrozando a veces su propio cuerpo con piedras, y al que no había medio de reducirle a una existencia razonable.) **Divisando a Jesús de lejos, vino corriendo, se postró delante de Él.** (Ahora, como arrastrado por una virtud sobrenatural, ve a Jesús y dirigiéndose a Él cae a sus pies y lo adoró.) (Marcos 5, 4-6) **Y se pusieron a gritar: ¿Qué tenemos que ver contigo, Jesús, Hijo de Dios Altísimo?** (Cuando el tentado se dirigió anteriormente a Jesús le pregunta dudoso: Si eres Hijo de Dios, como si quisiese averiguar su verdadera identidad. Ahora después de los milagros que le ha visto obrar, habla afirmando con certeza su divinidad, reconociendo que con el triunfo final del Hijo de Dios se terminará el reinado de ellos sobre la pobre humanidad.) **¿Viniste aquí para atormentarnos antes de tiempo?** (Antes del día del juicio, en el que serán juzgados por el Hijo del hombre y condenados a eternas penas, justamente con todos los hombres que hubieren arrastrado a ser compañeros de su desgracia.) (Mateo 8,29) **Porque Él estaba diciendo: “Sal de este hombre, inmundo espíritu.”** (Pues, aunque eran muchos

los demonios interiorizados en aquel hombre, Jesucristo habla a uno solo, que era como el principal caudillo de los otros; porque también existe subordinación entre los demonios.) **Y le preguntó: “¿Cuál es tu nombre?” Respondióle: “Mi nombre es Legión, porque somos muchos.”** (Legión es palabra latina usada para designar a la unidad de tropa compuesta por gran cantidad de hombres, y que aquí, en la literatura talmúdica, significa la multitud de los demonios que poseían a aquel hombre. Y le rogó con ahínco que no los echaran fuera del país. Piden quedarse en esta región, que pertenecía a los gentiles, y estaba habitada por muchos judíos apóstatas que habían abandonado el culto del verdadero Dios, y por esto el mismo Señor los había también abandonado a la cruel tiranía del demonio; y este espíritu maligno, que ejercía allí muy de asiento su dominio e imperio, pedía al Señor con gran insistencia que no le hiciese salir de aquel país. Viéndose al mismo tiempo que nada puede el demonio contra el hombre si Dios no se lo permite.) (Marcos 5, 8-10). **Ahora bien, había allí una piara de puercos que pacían sobre la montaña.** (Recordemos que estamos en territorio helenista, y por eso encontramos cerdos, animales prohibidos para los judíos.) (Lucas 8, 32). **Y le suplicaron diciendo: “Envíanos a los puercos, para que entremos en ellos.” Se lo permitió.** (He aquí un ruego de demonios. Y Jesús no solo le escuchó, sino que se lo permitió. Sin lugar a dudas era un ruego menos perverso que el que iban a hacer después los pobladores de Gerasa.) **Entonces los espíritus inmundos salieron y entraron en los puercos; y la piara, con unos dos mil se despeñó precipitadamente en el mar y se ahogaron en el agua.** (El ahogarse la piara parece un castigo infringido a los propietarios de los cerdos, para quienes los sucios animales valían más que la presencia del bienhechor que había curado al endemoniado.

Notemos que cuando el demonio no puede hacer a los hombres todo el mal que quiere, les hace todo el que puede o se le permite.) **Lo porqueros huyeron a toda prisa y llevaron la nueva a la Ciudad y a las granjas;** (Es fácil comprender el espanto con que huían los porqueros y la admiración que en todo produciría el caso tan maravilloso que contaban. Pero el efecto en ellos no fue como la respuesta de los samaritanos, por el contrario, estos gentiles no quisieron aprovecharse de la gracia que Cristo les estaba ofreciendo.) **Y Vino la gente a cerciorarse de lo que había pasado. Más llegados a Jesús vieron el endemoniado, sentado, vestido y en su sano juicio; al mismo que había estado poseído por la Legión, y quedaron espantados. Y los que habían presenciado el hecho, les explicaron cómo había sucedido con el endemoniado y con los puercos.** (Posiblemente entre los recién llegados estarían los dueños de los puercos, que verían incrédulos ante las palabras de los porqueros para ver por sí mismos lo ocurrido, por lo que solicitan información de

los testigos presenciales del hecho, quedando pasmados por lo ocurrido.) (Marcos 5,12-17). **Y todos los pobladores de la comarca de los Geraseos le rogaron a Jesús que se alejara de ellos, porque estaban poseídos de gran terror.** (Los geraseos no comprendieron el beneficio que Cristo les ofrecía con su visita y aquel poder que manifestaba contra los poderes del infierno de los que quería librarles, y es que éstos representaban a los que rechazan la luz de Cristo, pidiéndole *que salga de su región*, o sea de sus casas, de sus corazones y de sus vidas, porque aman más las tinieblas que la luz. Son el tipo similar a aquellos hombres que se retiran de la Iglesia para no ser inquietados en la cómoda vida que llevan. Siendo los cerdos, es decir, los bienes materiales los que valen para ellos más que la fe y las promesas de Cristo; por ello hacen una oración negativa rogando a Jesús ¡Que se vaya! Y es todo un pueblo el que así suplica, con tal de no arriesgar su vida cómoda y sibarita. Ellos sienten miedo, y éste hace que se alejen de Cristo. Nuestra postura muchas veces es parecida a los geraseos, e incluso peor, porque ellos no creían en Cristo como nosotros creemos con una fe más o menos hecha, y sin embargo, a pesar de sentirnos creyentes no decimos de forma abierta, clara y concluyente a Jesús que desaparezca de nuestras vidas, pero si se lo decimos, no de frente pero sí con nuestro corazón que rechazando su compañía, que no queremos que permanezca con nosotros, al no querer privarnos de las migajas apetecidas por nuestra insatisfecha hambre; y a sabiendas que nos comemos nuestra propia condenación, conscientes de que estamos rehusando el verdadero alimento, el que puede satisfacer nuestro apetito de forma perfecta, somos tan incoherentes y tan absurdos, que a pesar de saber que estamos hechos exclusivamente para Él, y que Él es el único que se adapta a nuestras exigencias y que solamente Él puede satisfacer plenamente nuestro deseo de felicidad, seguimos obcecados en una postura negativa y más falsa que aquellos geraseos que de palabra pidieron a Cristo que se fuese y les dejase solos. ¡Qué poca hombría la nuestra! Presumir de lo que realmente carecemos, de ser y aparentar exactamente lo que debemos ser, es decir, que exista el equilibrio entre nuestra forma de comportarnos con nuestra forma de pensar.) **Y Él entrando en la barca, se volvió, y el hombre del cual los demonios habían salido, le suplicaba estar con Él.** (Jesús accedió a los deseos de aquella gente ignorante, y subió a la barca mientras el exorcizado temeroso de que el demonio volviese a atormentarle si se apartaba de su divino liberador, le rogaba que le permitiese seguirle y a su lado.) (Lucas 8, 37-38). **Pero no se lo permitió, sino que le dijo: “Vuelve a tu casa, junto a los tuyos y cuéntales todo lo que el Señor te ha hecho y cómo tuvo misericordia de ti.” Fuese, y se puso a proclamar por la Decápolis todo lo que Jesús había hecho por Él, y todos se maravillaban.** (El Señor no permite que le acompañe,

dándole a entender, por una parte, que, aunque no estuviese presente corporalmente le bastaba la gracia para vivir seguro de las acechanzas y tiranía del demonio, y por otra que dejándoles uno que les predicase sus maravillas, pusiesen conocer la verdad y convertirse.

El Señor nos enseña, tanto en este pasaje como en el anterior de la tempestad, que hemos de fiarnos de su palabra y confiar en su gracia. Porque es en virtud de la fe, que obtenemos asimismo el acceso a esta gracia, en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios, porque, así como el salario del pecado es la muerte, el de la gracia de Dios es la vida eterna con Cristo nuestro Señor. Y es que mediante la gracia descansamos bajo la tienda de la eternidad divina junto a la fuente de todo ser y de toda vida. Nuestra existencia eterna está tan asegurada como si fuéramos Dios en persona. Pueden perecer el cielo y la tierra, caer los astros del firmamento, desquiciarse la tierra de sus bases, no importa; nada de esto nos afectará puesto que reposamos más arriba que todas las criaturas en el seno del Creador. Porque Él, a los que preconoció, los predestinó a ser conformes a la imagen de su Hijo, para que Éste sea el primogénito entre muchos hermanos. Y nosotros, los hombres y mujeres de hoy, nos beneficiamos de esta enseñanza, y en virtud de la fe en la palabra de Jesucristo, en el testimonio de la Verdad, esperamos por medio del Espíritu Santo la promesa de la justicia. Porque Jesucristo no nos predicó para que fuésemos esclavos sino para librarnos del mal mediante la verdad, de ahí que el que escucha la Palabra de Cristo y cree a Aquel que Dios ha enviado, tiene la vida eterna y no viene a juicio, sino que ha pasado ya de la muerte a la vida. Por cuanto en Cristo solamente vale la fe que obra por amor. Las leyes son para los delincuentes, esto es para el hombre simplemente natural que no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios. Los creyentes no estamos bajo la Ley sino bajo la gracia. Es la misma visión de San Pablo al describir la distinción entre la carne y el espíritu, y el poder del pecado en el hombre sometido a la Ley y aún no renovado por la gracia de la Redención.

Este episodio en la vida del Mesías es digno de atención, no sólo por la enseñanza y ejemplo, sino también porque es la primera vez que Cristo sale a predicar a los gentiles en su breve estancia para librar a un gentil de una legión de demonios.) (Marcos 5, 19-20).



**Hazme justicia, ¡Oh Dios! y defiende mi causa contra  
un pueblo infiel. Enséñame a hacer tu voluntad.**

### 34 - CURACIÓN DE UN PARALÍTICO

**Entró de nuevo en Cafarnaúm al cabo de cierto tiempo, y oyeron las gentes que estaban en casa. Y se juntaban allí tantos que ya no cabían ni delante de la puerta; y les predicaba la palabra.** (Después de mostrarnos el poder sobre las enfermedades, los elementos de la naturaleza y sobre los demonios, el evangelista nos presenta ahora junto a un nuevo milagro, una nueva faceta, que ensancha el círculo de poder, mostrándonos además del milagro, cómo perdonar los pecados. Comienza situándonos en el entorno de Jesucristo, que ha vuelto a su propia ciudad, a Cafarnaúm, la ciudad galilea que Él había escogido como centro de su predicación; posiblemente estaría instalado en casa de Pedro, donde había curado a su suegra. Y después de algunos días de haber llegado, sin precisar el número, las gentes conocedoras de su presencia, acuden allí en multitud agrupándose delante de la casa, donde Él les predicaba la Palabra de Dios, la Palabra de Verdad, el Evangelio. Y es que Jesús aprovecha cualquier tiempo, cualquier lugar y circunstancia para cumplir la voluntad del Padre, y transmitir la enseñanza sobre el reino de los cielos, que ya había indicado a Juan el Bautista, cuál era la proximidad.) **Le trajeron entonces un paralítico, llevado por cuatro, y como no podían llegar hasta Él, a causa de la muchedumbre, levantaron el techo encima del lugar donde Él estaba, y haciendo una abertura, descolgaron la camilla en que yacía el paralítico.** (Las casas judías estaban provistas generalmente de una escalera exterior para comunicarse con la azotea, que aprovecharon los que levaban al enfermo para subir por ella, y una vez en la terraza, abrir la trampilla, que servía para dar luz y airear la instancia inferior, y por cuyo hueco es por donde descolgaron al enfermo asido en la camilla, para situarle delante mismamente de Jesús. Se ve en ello, que esa era la intención de sus portadores: presentar al enfermo frente al Señor, quién consiente, y esto es muy importante para nosotros, ya que a veces no nos presentamos delante del Señor, a pesar de que Él está deseado y consintiendo este encuentro, que por nuestra falta de fe y confianza dejamos en un segundo plano, sin dar la preferencia a lo que es lo más importante en nuestra vida: el encuentro con Jesús. En este encuentro toda la benignidad el Salvador se trasmite y traspasa hasta curar el alma, como veremos enseguida.) **Al ver la fe de ellos dijo Jesús al paralítico. “Hijo mío, tus pecados te son perdonados.”** (Lo hecho hasta aquí prueba que aquellos hombres tenían una fe tan viva, que les inspiró un medio extraordinario para poner al enfermo delante de Jesús, quién viendo su fe y la del propio paralítico, declara fuerte y alto, para que todos lo oigan: "tus pecados te son perdonados". Acaba de suceder algo insólito, algo que hasta ahora no había sucedido jamás, pues según la

tradición rabínica, ni el mismo Mesías tendría poder de perdonar los pecados. El Señor obra según sus designios, y no como nosotros pensamos que debe obrar, y es por ello que a pesar de que la fe de estas gentes se manifiesta pretendiendo que Jesús curase al paralítico, Él no responde a lo que ellos esperaban, sino que comienza benignamente por llamar hijo mío al paralítico, para darle esa confianza que el Señor siempre trasmite, y para ofrecer el perdón de sus pecados, ya que como buen médico, quiso curar de raíz el mal, que es el pecado, y enseñarnos de esta manera que las enfermedades son muchas veces efectos de los pecados. Posiblemente aquél enfermo, al verse frente a Jesús y contemplar el rostro divino que respiraba santidad, y sensibilizado por ese *hijo mío* tan entrañable y cariñoso con que le había distinguido el Señor, se sintió confuso y avergonzado de sus pecados, y temeroso de que fuese un impedimento para su curación, y al mismo tiempo movido por la gracia, rogaría interiormente quedar limpio de sus iniquidades, por lo que el Señor misericordioso comenzó quitando la causa del mal.

Y ¿cuál es la verdadera causa del mal? En la tierra no existe otra causa que el pecado, que es aquel que por él solo nos priva del Bien, que es principio de todos los bienes. El pecado fue el que inundó la tierra de tantas desdichas y el que tiene encendido el fuego del infierno; el pecado es el que hace infelices a los que lo son; la tranquilidad y la alegría solo reinan donde reina la inocencia. Siendo Dios el Bien infinito, no puede por Sí mismo comunicar otra cosa. Solamente el pecado es quién causa toda privación de bien. ¿Es esta la idea que tenemos del pecado o por el contrario dejará de ser menos malo y por tanto menos pecado porque se tenga de él otra idea diferente? Mírese por donde se mire, el pecado siempre es pecado y sus consecuencias son todos los males del mundo.

Verdad es que existen desdichas que erróneamente reciben el nombre de males y que sin embargo contribuyen a nuestra salvación y, que son muy útiles a las almas fervorosas. No olvidemos que las desgracias, las persecuciones, las enfermedades, la pobreza e incluso la misma muerte, pueden servirnos para alcanzar la felicidad y pueden conducirnos a nuestra propia santidad. La gran diferencia existente entre un creyente y otro aferrado al siglo, es que éste ante las adversidades no encuentra salida del hoyo de la amargura, en tanto que el cristiano adhiriéndose por la fe a la cruz redentora sale a la luz. Toda la malicia y rabia de los tiranos no podrán arrancar un solo cabello de nuestro cuerpo sin que Dios lo permita para nuestro bien. Quién está en gracia de Dios, el que es querido de Dios ¿qué puede temer? Grave error es repudiar el odio del mundo como mal, cuando todo ese odio acumulado de muchos es porque existen también otros muchos que quieren amar y servir a Dios. Y lo que no entienden los odiadores es que el que ama a Dios sobre todas las cosas está dispuesto a todo, a perder la salud y la misma vida, antes que perder

la gracia. Múltiples ejemplos existen de tantos y tantos mártires que testificaron con su vida esta verdad. No comprenden como se puede perder lo visible por lo invisible. Dignos de lástima son os que se hallan es esta disposición, porque de nada sirven las mejores máximas si no se traducen a la práctica, si solamente se quedan en buenas intenciones; siempre que nos suceda alguna desgracia, algún contratiempo, alguna adversidad, tomemos la santa costumbre de decirnos a nosotros mismos: *no hay otro mal que el pecado*. Consolémonos sabiendo que la pérdida de la fortuna, de la salud, o la honra pueden convertirse en un gran provecho. Pidamos, por tanto, a Dios que nos libre del mal, mayor o menor, de todo mal, de todo pecado, y que escuchemos su voz diciéndonos como al paralítico: *tus pecados te son perdonados*. Ante cualquier contrariedad sea nuestro adagio, nuestro refrán y nuestro lema el comunicar a los nuestros, a los más próximos, que en este mundo no hay más que un solo mal: e pecado. Repitémoslo sin cesar a nuestros hijos, digámoslo cuantas veces sea necesario para que se tome conciencia y no nos perdonemos, en vanas justificaciones, ni las más leves mentiras oficiosas, ni las más sutiles restricciones mentales, que no son sino verdaderas mentiras disfrazada; ni las más ligeras impaciencias para que no se altere nuestra caridad y pueda ser demasiado indulgente con nosotros mismos y poquísimos con los demás, pudiendo ser ocasión de muchos pecados. Todo lo que pueda agraviar al prójimo, todo lo que tenga sombra de pecado, debe causarnos horror. Repitamos machaconamente, cuantas veces haga falta, aquella conocida frase. *Más quiero morir que manchar mi alma*. No nos contentemos con tener horror solamente al peccad, sino que huyamos de las ocasiones, pues no se aborrece el pecado cuando no se aborrece la ocasión. No abandonemos la Ley de nuestro Dios y Señor y pidámosle que nos sane como al paralítico, no sólo el cuerpo sino también el alma.) **Más estaban allí sentados algunos Escribas, que pensaron en sus corazones: ¿Cómo habla Éste así? Blasfema ¿Quién puede perdonar los pecados sino Dios?** (Como los doctores de la ley, le tenían por un puro hombre, y sabían además que el perdonar los pecados pertenecía solamente a Dios, se escandalizaron de su atrevimiento y en su interior le acusaron de blasfemo, y de usurpara un poder que era propio de Dios.) **Al punto Jesús conociendo en su espíritu que ellos tenían estos pensamientos dentro de sí, les dijo: “¿Por qué discurrís así en vuestros corazones?”**(El Señor, penetrando en sus más ocultos pensamientos, les dio bien claro a entender que era Dios, descubriéndoles lo que pensaban en el secreto de sus corazones, lo que también es propio de Dios.) **¿Qué es más fácil, decir al paralítico: “Tus pecados te son perdonados, o decirle: ¿Levántate, toma tu camilla y anda?”** (¿Cuál de estas dos cosas es más fácil, sanar el cuerpo de un paralítico o perdonar los pecados

de su alma? No hay duda que el curar a un enfermo, en cuanto el alma es más excelente que el cuerpo, y por tanto son mayores sus enfermedades y más difíciles de curar. Esto no obstante según la opinión de los hombres, decir lo segundo es cosa fácil, porque nadie puede comprobar si realmente los pecados quedan perdonados, pues la curación del alma es oculta; pero es difícil decir al paralítico levántate y que efectivamente el paralítico pueda levantarse curado, porque eso es visible y manifiesto, que hace conocer la verdad de lo que no está patente a nuestros ojos por lo mismo que vemos por ellos. El poder que Cristo tiene prueba que también lo tiene para lo segundo. Fuera de esto, los judíos creían que todas las enfermedades son consecuencias y efectos de los pecados que cometemos los hombres. Oyendo por otra parte al señor decir al paralítico: *Tus pecados son perdonados*, hacían en su interior este argumento: Dios sólo es el que puede perdonar los pecados. Éste dice que tiene potestad de perdonarlos, luego este usurpa una potestad que solamente pertenece a Dios, y por consiguiente es un blasfemo. El Señor emplea sus mismos principios y argumentación para convencerlos, y así, curando al paralítico con sólo su palabra, les hace ver, que no sólo tiene potestad para curar los efectos del pecado, según ellos creían, sino que también la tiene para curar la causa, y por tanto también que es Dios y que puede perdonarlos.) **¡Pues bien! Para que sepáis que el Hijo del hombre tiene el poder de remitir los pecados, sobre la tierra, dijo al paralítico. “Te los digo, levántate, toma tu camilla y vuélvete a tu casa.”** (Saneando primero el alma, Jesús nos enseña que ésta vale más que el cuerpo. Él ha obrado el milagro visible de la curación del paralítico, probando que tiene poder para perdonar los pecados, aunque su efecto fuera invisible, y que este poder lo ejercita en la tierra, pero la reconciliación es con Dios, en el cielo. La curación del paralítico es una obra de potencia divina que la realiza para confirmar su potestad de perdonar los pecados. Así, de esta forma el milagro se hace más patente, y por ello, Jesús manda al paralítico no sólo que se levante, sino que además coja al hombro su camilla y delante de todos se la lleve a su casa.) **Se levantó, tomo enseguida su camilla y se fue de allí, a la vista de todos, de modo que todos se quedaron asombrados y glorificaban a Dios diciendo: “No hemos visto jamás nada semejante.”** (Todos los presentes estaban anonadados y perplejos de lo que acababan de ver, y quedaron aún más sorprendidos al comprobar que el paralítico no sólo había recibido la salud, sino que no hallando por donde salir rompió por medio de todos, dando muestra de su robustez y vigor.) (Marcos 2, 1-12).



**Líbrame, ¡Oh Dios mío!, del poder de mis enemigos, y  
protégeme, Señor, de los que se levantan contra mí.**

### 35 - VOCACIÓN DE MATEO

**Salió otra vez a la orilla del mar, y todo el pueblo venía a Él, y enseñaba.** (De nuevo Jesús se dirige a la orilla del mar de Tiberiades, aludiendo al mismo lugar en que por primera vez aparecía junto al lago para llamar a los primeros cuatro discípulos. Allí se agolpaba toda la multitud que le seguía deseosos de aprender sus enseñanzas.) **Al pasar vio a Leví, hijo de Alfeo, sentado en la recaudación de impuestos.** (Leví, joven publicano, era hijo de un oficial al servicio de Herodes llamado Alfeo, que no debe confundirse con el padre del apóstol Santiago, de igual nombre. Leví era empleado en la recaudación de tributos, donde sentado a una mesa recibía y contaba los impuestos públicos.

Existía en Palestina y en tiempo de Jesucristo una clase de hombres que a los ojos de los verdaderos judíos era el sinónimo de pecadores: los Publicanos. *Publicum* era el nombre con que los romanos designaban el impuesto del Estado, fuese directo, indirecto o de cualquier clase. Y los Publicanos eran los hombres encargados de cobrarlos, a quienes el Estado en pública subasta adjudicaba este cargo para que ejerciesen esta profesión tan degradada entre sus contemporáneos y tenida por los judíos como infame. No eran de baja condición, sino que formaban una clase intermedia, la de los caballeros inferiores, sin duda, a los Patricios, pero muy superiores a la plebe. Formaban, por lo regular, compañías de varios individuos, cada uno de los cuales tenía su representante en Roma, en tanto que en Provincias existían los subgerentes necesarios, cada uno de los cuales tenía a su vez a sus órdenes muchos empleados subalternos como contadores, cobradores, corredores y agentes de diferentes clases. Naturalmente toda esta turba era de rango inferior a los de los directores, y descendía por todos los grados de la escala social hasta contar entre ellos muchos esclavos y gente perversa y ruin.

Todos ellos, aunque no lo eran, recibían el nombre de Publicanos. Y como, aún los verdaderos Publicanos, pero sobre todo sus subalternos eran, en su mayor parte, una ralea de hombres codiciosos, usureros y ladrones de todos los géneros, la infamia de los más manchaba el nombre de todos, inferiores y superiores.

A estas razones generales que hacían odiosas el nombre de Publicano de toda especie, había que añadir entre los judíos otra, y es que los Publicanos eran la representación más sensible y odiosa de la dominación romana, con todas sus injusticias, tiranías y violencias. Así que decir Publicano y señalar el tipo más odioso y abominable a los judíos era lo mismo.

**Y las dijo: “Sígueme.”** (Nada de eso detiene a Jesús; el relato evangélico subraya la bondad y a magnanimidad con que cumplió su misión el

Salvador.) **Y levantándose le siguió.** (Leví cambió, no sólo de profesión, sino también su nombre, llamándose en adelante Mateo, -don de Dios- eminente Apóstol que fue el primero en escribir la Buena Nueva en forma de libro, entre los años 40-50 de nuestra era. Lo compuso en arameo, la lengua que habló Nuestro Señor, para los judíos de Palestina que usaban aquel idioma. El fin que San Mateo se propuso fue demostrar que Jesús era el Mesías prometido, porque en Él se cumplían los vaticinios de los Profetas. Para sus lectores inmediatos no había mejor prueba que ésta, y también nosotros experimentamos al leer su Evangelio, la fuerza arrolladora de esa comprobación.

Es interesante destacar que siendo Leví rabiosamente judío fuese el único Evangelista que dejara plasmada la frase acusadora: *¡La sangre de Él, sobre nosotros y sobre nuestros hijos!* cuando Pilato propuso al pueblo judío la elección de Jesús o Barrabás.

San Mateo nos da un ejemplo de la eficacia de la vocación. Una sola palabra de la boca del Señor, una sola mirada basta para convertirlo de un publicano y pecador en un fervoroso Apóstol, enseñándonos que todos podemos ser escogidos para el apostolado. Su vocación es consecuencia de la elección, que transforma el interior de las almas, porque Dios nos previene para llamarnos, y nos acompaña para glorificarnos. Pero *es el Señor quién elige, y a esos que predestinó, también los llamó, y a estos que llamó, también los justificó; a las que justificó, también los glorificó.*) (Marcos 2, 13-14) **Ahora bien, Leví le ofreció un gran festín en su casa** (Lucas 5, 29) **Y sucedió que cuando Jesús estaba sentado a la mesa en casa de él, muchos Publicanos y pecadores se hallaban también allí con Él y sus discípulos porque eran numerosas las que le habían seguido.** (Mateo siguió al punto al Salvador, y para manifestar su reconocimiento e interior regocijo celebró un gran festín al que convidó al Señor, a sus discípulos, y a muchos Publicanos y compañeros suyos. Jesucristo quiso asistir a este convite y hallarse en medio de estos Publicanos y pecadores, como un médico lleno de caridad que no puede curar a sus enfermos sino sufriendo su hedor y molestia.) **Los Escribas de entre los Fariseos, empero viendo que comían con los pecadores y Publicanos dijeron a los discípulos: “¿Por qué come con los Publicanos y los pecadores?”** (Aunque los Fariseos no tomaban parte en el banquete, porque ellos no asistían nunca allí donde hubiera Publicanos y gentiles; sin embargo, podían observar a los comensales sin tomar parte en el convite, ya que generalmente, las alas donde se celebraban estos acontecimientos estaban abiertas a los curiosos que los presenciaban. Ahora bien, los Escribas allí presentes, posiblemente aprendices de Doctores de la Ley, no se atrevieron a enfrentarse directamente a Jesús, y por ello se dirigieron a sus discípulos para manifestarles, con aparente religiosidad, su escándalo de ver a Jesús y a

sus discípulos tomando parte activa en el banquete con los Publicanos y los pecadores.) (Marcos 2, 15-16) **Él los oyó y dijo: “No son los sanos los que tienen necesidad de médico, sino los enfermos.”** (Cristo responde con un proverbio lleno de sentido común, ya que nadie ha de admirar que un médico se encuentre entre los enfermos, y con esa contestación aclaró que Él era médico espiritual de los hombres y que su presencia allí era de lo más natural, pues auxiliar a los abandonados y enfermos espirituales era, por tanto, lo más adecuado para cuidar sus heridas y sus necesidades. Quiso el Señor hacer conocer a los Escribas la malicia de su acusación, diciéndoles que por los pecadores había venido al mundo; esto es, por aquellos pecadores que reconociendo humildemente sus pecados los detestaban y se encomendaban; y no por los sanos, esto es, por aquellos que teniéndose por sanos y justos, aunque en su corazón alimentasen la corrupción, el orgullo y la hipocresía, semejantes a los frenéticos, parecían fuertes, pero su fuerza consistía en lo violento y grande de la fiebre que los consumía.) **Id, pues y aprended lo que significa: “Misericordia quiero y no sacrificio.”** (Les da también otra razón muy usada por los rabinos en sus discusiones: *Vete y aprende* lo que significa este texto de Oseas que los Fariseos no querían entender. Porque era una represión tácita del espíritu farisaico, que ponía la santidad en las apariencias y ritos externos, descuidando la caridad interna, que debe animar toda la vida del justo. Esta frase es como si les dijese: yo estimo más el sacrificio interior del corazón que el exterior y carnal. Y es que esta frase es clave de toda la doctrina que el Profeta quiere inculcar. Efectivamente misericordia y conocimiento de Dios son el fundamento de la religión que los Profetas oponen al ritualismo judaico de los sacrificios y holocaustos. Se ha de recordar esta enseñanza, tan fundamental en la espiritualidad cristiana, que mereció ser citada por dos veces por el mismo Jesús.) **Porque no he venido a llamar justos, sino pecadores.** (Fina respuesta, llena de dulce ironía y de profunda teología y de suavísima esperanza para todos. Porque todos somos pecadores, y a todos ha venido a buscar Nuestro Señor Jesucristo, y solamente quedarán sin parte de su misericordia los que su soberbia les hace pensar que no son pecadores, los demás, los que, aunque culpables, somos lo bastante humildes para reconocerlo, seremos buscados por el Buen Pastor y recibidos por el dulce Maestro con aquel amor y bondad con que fueron recibidos todos aquellos Publicanos y pecadores amigos de Leví, que tuvieron mano a mano a la mesa con Él.

Hay aquí, junto a la manifestación del corazón misericordioso del Redentor, que se inclina sobre los necesitados de perdón, una honda tristeza irónica para los Fariseos, es decir, para todos los que, como hemos dicho anteriormente, soberbios se creen justos. Ellos no se dan por redimidos, pues no se sienten necesitados de la redención. Y Jesús no los

llama a ellos porque sabe que no responderán. Terrible estado de espíritu que los hará morir en su pecado.) (Mateo 9, 12-13) **Entonces les dijeron: “Los discípulos de Juan ayunan con frecuencia y hacen suplicas, e igualmente los de los Fariseos, pero los tuyos comen y beben.”** (Confundidos pues los Fariseos con las respuestas del Salvador, se valieron de los discípulos de San Juan para atacarle de nuevo, haciendo una nueva tentativa o insulto a Jesucristo escudándose en aquellos como si fuesen los que acusaban a los discípulos de Jesús; pero como sabemos que en el uso común se atribuye una cosa a aquel por cuyo mandato, consejo o instigación se hace, se deduce que fueron ellos mismos los que en tono orgulloso e irónico recriminan a Jesús, no de un ayuno determinado y concreto, sino de su comportamiento actual en la figura de sus discípulos. Pero el Hijo de Dios, usando la comprensión y la mayor dulzura se contentó con instruirlos.) **Más Jesús les dijo: “¿Podéis hacer ayunar a los compañeros del esposo, mientras está con ellos el esposo?”** (En las bodas de los judíos los amigos solían acompañar al esposo cuando éste salía al encuentro de la novia. El esposo de esta parábola es el mismo Jesucristo, los "compañeros" y amigos son los apóstoles, elegidos por Él mismo, y que no podían ayunar como si hicieran duelo por su presencia. El tiempo que Jesús pasa en la tierra es el anuncio de las Bodas eternas del Cordero que se realizarán en su segunda venida, cuando una voz de gran muchedumbre se oiga como un estruendo de muchas aguas, y como estampido de fuertes truenos, que dirá: ¡Alabad al Señor! Porque el Señor nuestro Dios, el Todopoderoso, ha establecido el reinado. Regocijémonos y saltemos de júbilo los convidados al banquete nupcial del Cordero, y démosle gloria en este momento esperado, y en el que su esposa se ha preparado y vestido de finísimo y limpio lino. Entonces serán dichosos los convidados a las bodas del Cordero.) **Un tiempo vendrá, en que el esposo les será quitado, entonces en aquellos días ayunarán.**" (El ayuno no era, como hoy, parcial, sino que consistía en la abstinencia total de todas las comidas y bebidas durante el día. Era, pues, una verdadera privación, una auténtica señal de penitencia, que practicaban también los primeros cristianos principalmente el viernes de cada semana, por ser el día en que el esposo nos fue quitado. Para colofón y enseñanza de cómo debemos practicar el ayuno, recordemos la lección dada por Jesús a sus discípulos cuando les dijo: *Cuando ayunéis no pongáis cara triste, como los hipócritas, que fungen un rostro escuálido para que las gentes noten que ellos ayunan; en verdad, os digo, ya tienen su paga. Más tú, cuando ayunes, perfuma tu cabeza y lava tu rostro, a fin de que tu ayuno sea visto, no de las gentes, sino de tu Padre, que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo pagará.*) **Y Les dijo también una parábola: “Nadie corta un pedazo de un vestido nuevo para ponerlo**

**(de remiendo), a un vestido viejo, pues si lo hace, no solo romperá el nuevo, sino que el pedazo cortado al nuevo no andará bien con el viejo.** (La doctrina del nuevo nacimiento que trae Jesús es una renovación total del hombre; no dé a pedazos, como remiendo que sirve de pretexto para continuar en lo demás como antes. Toda ella tiene la unidad de un sólo diamante; aunque con innumerables facetas. Es para tomarla tal como es o dejarla, por eso nos dice. *Ninguno que pone mano al arado y mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios.* Y es que el Señor no quiere medias tintas ni mezclas; prefiere que seamos o fríos o hirvientes, pues si somos tibios nos vomitará de su boca. Curiosamente en la primera encíclica de Pío XII reproducía este tremendo pasaje apocalíptico y preguntaba ¿No se puede aplicar a nuestra época estas palabras reveladoras? Jesús escucho una burla a Natanael sobre Nazaret, y lo elogió por su sinceridad; en cambio, oye de otras alabanzas, y las desprecia porque son sólo de los labios y no del corazón. Por eso dice que se perdonará la blasfemia contra Él, pero no la que sea contra el Espíritu, el pecado contra la luz.) **Nadie tampoco, echa vino nuevo en cueros viejos, pues procediendo así, el vino nuevo hará reventar los cueros, y se derramará, y los cueros se perderán.** (Como el cuero viejo no es capaz de resistir la fuerza expansiva del vino nuevo, así las almas apegadas a lo propio, sean intereses, tradiciones o rutinas, no soportan las *paradojas* de Jesús que son un escándalo para los que se creen santos y una locura para los que se creen sabios, y así los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, en tanto que nosotros, dice el Apóstol, predicamos un Cristo crucificado: *para los judíos escándalo; para los gentiles insensatez, más para los que son llamados, sean judíos o griegos, un Cristo que es poder de Dios y sabiduría de Dios.* Porque la *insensatez* de Dios es más sabia que los hombres, y la debilidad de Dios es más fuerte que los hombres. Hay aquí una lección semejante a la que nos da cuando nos exhorta a que no demos a los perros lo que es santo, ni echemos nuestras perlas a los cerdos, no sea que las pisoteen con sus pies y después volviéndose, los despedacen. Es decir, que el Evangelio, que es semilla, no debe darse por la fuerza a quienes tienen el espíritu mal dispuesto por la soberbia, pues sólo conseguiríamos que lo profanasen y aumentasen su odio. Porque como dice San Juan de la Cruz, sólo a los que negando los apetitos se disponen para recibir el espíritu, les es dado apacentarse del mismo. Ese despedazar a los justos es una actitud propia del pecador, por eso es muy importante para el discípulo de Cristo compenetrarse de este misterio, a primera vista inexplicable, pues el justo no trata de hacer daño al pecador, sino bien. Es que, para el insensato, cada palabra es un azote., y la sola presencia del justo es un testimonio que le reprocha su maldad. Solo meditando esto podremos tener conciencia de que no somos del mundo, ni podemos acoplarnos a

él, sino que estamos en él *como corderos entre lobos.*) **Sino que el vino nuevo ha de echarse en cueros nuevos. Y nadie que bebe de lo viejo quiere luego de lo nuevo porque dice: “El viejo es excelente.”** (Esta alegoría plantea al vivo el problema del "no conformismo" cristiano. Cristo, "el mayor revolucionario de la historia", no es aceptado fácilmente por los satisfechos si no sentimos en carne viva la miseria de lo que somos nosotros mismos en esta naturaleza caída y de lo que es este siglo malo en que vivimos, no sentiremos la necesidad de un Libertador. Si no nos sentimos enfermos, no creemos que necesitamos médico, ni deseáremos que Él venga, y miraremos su doctrina como perturbadora del plácido sueño de muerte en que nos tiene narcotizados Satanás *el príncipe de este mundo.* El que está satisfecho con el actual vino, que es el mundo, o quiera adaptarse a él, no querrá otro porque si uno es del mundo no puede tener el Espíritu Santo, ni puede tener amor. Entonces verá pasar la luz, que es el bien infinito, la dejará alejarse porque amará más sus propias tinieblas. Tal es precisamente este tremendo juicio de discernimiento que Jesús vino a hacer. Y tal es lo que obliga al amor paternal de Dios a enviar pruebas severas a los que quiera salvar de la muerte. Quiso el Señor significar con esto, que, así como el que está acostumbrado a beber vino añejo no pasa de repente a beberle nuevo, el mismo modo los que siempre han guardado un género de vida común y ordinario no pasan repentinamente a hacer una vida austera y penitente, sino poco a poco y como por grados. Ni sus discípulos podían pasar de repente a gustar las asperezas de la cruz que eran propias de la nueva Ley. Con todas estas comparaciones quiso dar a entender el Salvador que sus discípulos, como todavía no habían sido renovados por el Espíritu Santo, no debían ser cargados con excesivas obras de penitencia. Pero luego que les fue quitado el esposo, esto es, después de la muerte de Jesucristo, sus vidas fueron una continua mortificación. Enseña también con esto, que no se ha de atender tanto a la mortificación, que se crea estibar en esta precisamente la sustancia de la ley, o que por esta faltemos a los deberes esenciales de nuestro propio estado.) (Lucas 5, 33-39).



**“NO HE VENIDO  
A LLAMAR  
JUSTOS, SINO  
PECADORES”**

# INDICE y CRONOLOGÍA

**INTRIDUCCIÓN.....11-24**

**DEDICATORIA..... 27**

**JUSTIFICACIÓN.....30**

**Habiendo muchos tratados de componer una narración de las cosas plenamente confirmadas entre nosotros, según lo que nos han trasmitido aquellos que fueron, desde el comienzo, testigos oculares y ministros de la palabra; me ha parecido conveniente, también a mí, que desde hace mucho tiempo he seguido todo exactamente, escribirlo todo en forma ordenada, optimo Teófilo, a fin de que conozcas bien la certidumbre de las palabras en que fuiste instruido. (Lucas 1, 1- 4).**

**PRÓLOGO.....32-38**

**En el principio el Verbo era, y el Verbo era junto a Dios, y el Verbo era Dios. Él era, en el principio, junto a Dios: Por Él todo fue hecho, y sin Él nada se hizo de lo que ha sido hecho. En Él está la vida, y la vida es la luz de los hombres. Y la luz luce en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron. Apareció un hombre, enviado de Dios, que se llamaba Juan. Él vino como testigo, para dar testimonio acerca de la luz, a fin de que todos creyesen en Él. Él no era la luz, sino para dar testimonio acerca de la luz. La verdadera luz, la que alumbra a todo hombre, venía a este mundo. Él estaba en el mundo; el mundo había sido hecho por él, y el mundo no lo conoció. Él vino a lo suyo, y los suyos no le recibieron. Pero todos los que le recibieron, les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios: a los que creen en su nombre. Los cuales no han nacido de la sangre, ni del deseo de la carne, ni de la voluntad de varón, sino de Dios. Y el Verbo se hizo carne, y puso su morada entre nosotros - y nosotros vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre - lleno de gracia y de verdad. Juan da testimonio de Él, y clama: “De Este dije yo: El que viene después de mí, se me ha adelantado porque Él existía antes que yo.” Y de su plenitud hemos recibido todos, a saber, una gracia correspondiente a su gracia. Porque la Ley fue dada por Moisés, pero la gracia correspondiente a la gracia y la verdad han venido de Jesucristo. Nadie ha visto jamás a Dios; el Dios, Hijo Unigénito, que es en el seno del Padre, Ése le ha dado a conocer. (Juan 1,1-18).**

## **1 - GENEALOGÍA DE JESÚS.....40 a 45**

**Genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham: Abraham engendró a Isaac; Isaac engendró a Jacob; Jacob engendró a Judá y a sus hermanos; Judá engendró a Farés y a Zara, de Tamar; Farés engendró a Aram; Aram engendró a Aminadab; Aminadab engendró a Salmón; Salmón engendro a Booz; Booz engendró a Obed, de Rut; Obed engendró a Jesé; Jesé engendró al rey David; David engendró a Salomón, de aquella (que había sido mujer) de Urías; Salomón engendró a Roboam: Roboam engendró a Abía; Abía engendró a Asaf; Asaf engendró a Jopsafat; Josafat engendró a Joram; Joram engendró a Ozías; Ozías engendró a Joatam; Joatam engendró a Acaz; Acaz engendró a Ezequías; Ezequías engendró a Manasés; Manasés engendró a Amón; Amón engendró a Josías; Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos por el tiempo de la deportación a Babilonia. Después de la deportación a Babilonia, Jeconías engendró a Salatiel; Salatiel engendró a Zorobabel; Zorobabel engendró a Abiud; Abiud engendró a Eliaquim; Eliaquim engendró a Azor; Azor engendró a Sadoc, Sadoc engendró a Aquim; Aquim engendró a Eliud; Eliud engendró a Eleazar; Eleazar engendró a Matán; Matán engendró a Jacoj; Jacoj engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo. Así que todas las generaciones son: desde Abraham hasta David catorce generaciones; desde David hasta la deportación de Babilonia, catorce generaciones; desde la deportación de Babilonia hasta Cristo, catorce generaciones. (Mateo 1, 1-17).**

**Y el mismo Jesús era, en su iniciación, como de treinta años, siendo hijo, mientras se creía de José, de Helí, de Matat, de Leví, de Malquí, de Jannaí, de José, de Matatías, de Amós, de Naún, de Eslí, de Naggai, de Maat, de Matatías, de Semeín, de Josech, de Jodá, de Joanán, de Resá, de Zorobabel, de Salatiel, de Nerí, de Melquí, de Addí, de Kosam, de Elmadam, de Er, de Jesús, de Eliezer, de Jorim, de Matat, de Natám, de Leví, de Simeón, de Judá, de José, de Jonam, de Eliaquin, de Meleá, de Menná, de Matatá, de Natán, de David, de Jessaí, de Jebed, de Booz, de Salá, de Naassón, de Aminadab, de Admím, de Arní, de Esrom, de Farés, de Judá, de Jacob, de Isaac, de Abrahán, de Tara, de Nachor, de Seruch, de Ragau, de Falec, de Eber, de Salá, de Cainán, de Arfaxad, de Sem, de Noé, de Lamed, de Matusalá, de Enoch, de Járet, de Maleleed, de Caínan, de Enós, de Set, de Adán, de Dios. (Lucas 3, 23-37).**

## **2 - CONCEPCIÓN DEL PRECURSOR.....47-50**

**Hubo en tiempo de Herodes, Rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías, de la clase de Abía Su mujer, que descendía de Aarón, se llamaba Isabel. Ambos eran justos delante de Dios, siguiendo todos los mandamientos y justificaciones del Señor de manera irreprochable. Más no tenían hijos, porque Isabel era estéril, y ambos eran de edad avanzada. Un día que estaba de servicio delante de Dios, en el turno de su clase, fue designado según la usanza sacerdotal para entrar en el Santuario del Señor y ofrecer incienso. Y toda la multitud del pueblo estaba en oración afuera. Era la hora del incienso. Apareciósele, entonces, un Ángel del Señor, en pie, a la derecha del altar de los perfumes. Al verle Zacarías se turbó, y lo invadió el temor. Pero el ángel le dijo: “No temas Zacarías, pues tu súplica ha sido escuchada: Isabel, tu mujer, te dará un hijo, al que pondrás por nombre Juan”. Te traerá gozo y alegría y muchos se regocijarán con su nacimiento. Porque será grande delante del Señor; nunca beberá vino ni bebida embriagante y será colmado del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre, y convertirá a muchos de los hijos de Israel al Señor su Dios. Caminará delante de Él con el espíritu y el poder de Elías, para convertir los corazones de los padres hacia los hijos, y los rebeldes a la sabiduría de los justos y preparar al Señor un pueblo bien dispuesto. Zacarías dijo al ángel: - “¿En qué conoceré esto? Porque yo soy viejo y mi mujer ha pasado los días”. El ángel le respondió: - “Yo soy Gabriel, el que asisto a la vista de Dios; y he sido enviado para hablarte y traerte está feliz nueva. He aquí que quedarás mudo, sin poder hablar hasta el día en que esto suceda, porque no creíste a mis palabras, que se cumplirán a su tiempo”. El pueblo estaba esperando a Zacarías, y se extrañaba que tardase en el santuario. Cuando salió por fin, no podía hablarles, y comprendieron que había tenido alguna visión en el santuario; les hacía señas con la cabeza y permaneció sin decir palabra. Y cuando se cumplió el tiempo de su ministerio se volvió a su casa. Después de aquel tiempo, Isabel, su mujer concibió, y se mantuvo escondida durante cinco meses, diciendo: - “He ahí lo que el señor ha hecho por mí, en los días en que me ha mirado para quitar mi oprobio entre los hombres”. (Lucas 1, 5-25).**

## **3 - LA ANUNCIACIÓN.....52-60**

**Al sexto mes, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen Desposada a un varón, de nombre José, de la casa de David; y el nombre de la virgen era María.**

**Y entrando donde ella estaba, le dijo: “Salve, llena de gracia; el señor es contigo”. Al oír estas palabras, se turbó, y se preguntaba qué podría significar este saludo. Mas el ángel le dijo: “No temas, María, porque has hallado gracia cerca de Dios. He aquí que vas a concebir en tu seno, y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. El será grande y será llamado el Hijo del Altísimo; (Y el Señor Dios le dará el trono de David su padre, y reinará sobre la casa de Jacob por los siglos, y su reino no tendrá fin, Entonces María dijo al ángel: “¿Cómo será eso, pues no conozco varón?” El ángel le respondió y dijo: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá; por eso lo Santo que nacerá será llamado Hijo de Dios. Y he aquí que tu parienta Isabel, en su vejez también ha concebido un hijo, y está en su sexto mes la que era llamada estéril; porque no hay nada imposible para Dios”. Entonces María dijo: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.” Y el ángel la dejó. (Lucas 1, 26-38).**

#### **4 – LA VISITACION.....62-64**

**En aquellos días, María se levantó y fue apresuradamente a la montaña, a una ciudad de Judá; y entro en la casa de Zacarías y saludó a Isabel. Y sucedió cuando Isabel oyó el saludo de María, que el niño dio saltos en el seno de Isabel, quedó lleno del Espíritu Santo. Y exclamó en alta voz y dijo: “¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Y de dónde me viene, que la madre de mi Señor venga a mí? Pues, desde el mismo instante en que tu saludo sonó en mis oídos, el hijo saltó de gozo en mi seno. Y dichosa la que creyó, porque tendrá cumplimiento lo que se le dijo de parte del Señor”. Y María dijo: “Glorifica mi alma al señor, y mi espíritu se goza en Dios mi salvador, porque ha mirado la pequeñez de su esclava. Y he aquí que desde ahora me felicitarán todas las generaciones; porque en mí obró grandezas el Poderoso. Santo es su nombre, Y su misericordia, para los que le temen va de generación en generación. Desplegó el poder de su brazo; dispersó a los que se engrieron en los pensamientos de su corazón. Bajó del trono a los poderosos, y levantó a los pequeños; llenó de bienes a los hambrientos y a los ricos despidió vacíos. Acogió a Israel su siervo, recordando la misericordia, conforme lo dijera a nuestros padres a favor de Abrahán y su posteridad para siempre.” (Lucas 1, 39-55).**

#### **5 - NACIMIENTO DE JUAN.....66-69**

**Y quedose María con Isabel hasta que la llevo el tiempo de su alumbramiento, y dio a luz un hijo. Al oír los vecinos y los parientes la gran misericordia que con ella había usado el Señor, se regocijaron con ella. Y al octavo día vinieron para circuncidar al niño y querían darle el nombre de su padre: Zacarías. Entonces la madre dijo: “No, su nombre ha de ser Juan”. Le dijeron: “Pero nadie hay en tu parentela que lleve ese nombre”. Preguntaron, pues, por señas, al padre cómo quería que se llamase. Él pidió una tablilla y escribió: “Juan es su nombre”. Y todos quedaron admirados. Y al punto le fue abierta la boca y la lengua, y se puso a hablar y a bendecir a Dios. Y sobrecogió el temor a todos sus vecinos, y en toda la montaña de Judea se hablaba de todas estas cosas, y todos los que las oían las grababan en sus corazones, diciendo: “¿Qué será este niño?”, pues la mano del Señor estaba con él. Y Zacarías su padre fue colmado de Espíritu Santo y profetizó así:**

**“Bendito sea el Señor, el Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo, al suscitar nos un poderoso Salvador, en la casa de David, su siervo, como lo había anunciado por boca de sus santos Profetas, que han sido desde los tiempos antiguos: un Salvador para librarnos de nuestros enemigos, y de las manos de todos los que nos aborrecen; usando de misericordia con nuestros padres, y acordándose de su santa alianza, según el juramento, hecho a Abrahán nuestro padre de concedernos que librados de la mano de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor en santidad y justicia, en su presencia, todos nuestros días. Y tú, pequeñuelo, serás llamado Profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor, para preparar sus caminos, para dar a su pueblo el conocimiento de la salvación, en la remisión de sus pecados, gracias a las entrañas misericordiosas de nuestro Dios, por las que nos visitará desde lo alto el Oriente, para iluminar a los que en tinieblas y en sombra de muerte yacen, y dirigir nuestros pies por el camino de la paz**

**Y el niño crecía y se fortalecía en espíritu, y habitó en los desiertos hasta el día de darse a conocer a Israel. (Lucas 1, 56-80).**

## **6 – LOS DESPOSORIOS.....71-72**

**La generación de Jesucristo fue como sigue: Desposada su madre María con José, se halló antes de vivir juntos ellos, que había concebido del Espíritu Santo. José, su esposo, como era justo y no quería delatarla, se proponía despedirla en secreto. Más mientras andaba con este pensamiento, he aquí que un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: “José, hijo de David, no temas recibir a María tu esposa, porque su concepción es del Espíritu Santo. Dará a**

luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús – Salvador -, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados”. Todo esto se sucedió para que se cumpliese la palabra que había dicho el Señor por el Profeta: *Ved ahí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrán el nombre de Emmanuel, que se traduce: “Dios con nosotros”*. Cuando despertó del sueño, hizo José como el ángel del Señor le había mandado y recibió a su esposa. (Mateo 1, 18-24).

## **7 -NACIMIENTO DE JESÚS.....74-77**

En aquel tiempo, apareció un edicto del César Augusto, para que se hiciera el censo de toda la tierra. Este primer censo, tuvo lugar cuando Quirinio era gobernador de Siria. Y todos iban a hacerse empadronar, cada uno a su ciudad. Subió también José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, porque él era de la casa y del linaje de David, para hacerse inscribir con María su esposa, que estaba en cinta. Ahora bien, mientras estaban allí, llegó para ella el tiempo del alumbramiento. (Lucas 2, 1-6) Y José no la conoció hasta que dio a luz un hijo primogénito, al que puso de nombre Jesús; (Mateo 1, 25) y lo envolvió en pañales, y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en la posada. (Lucas 2, 7).

## **8 – GLORIA IN EXCÉLSIS DEO.....79-80**

Había en aquel entorno unos pastores acampados al raso, que pasaban la noche custodiando su rebaño, y he aquí que un ángel del señor se les apareció, y la gloria del Señor los envolvió de luz, y los invadió un gran temor. Díjoles el ángel: “No temáis porque os anuncio una gran alegría que será para todo el pueblo: Hoy os ha nacido en la ciudad de David un Salvador, que es Cristo Señor. Y esto os servirá de Señal: Hallareis un niño envuelto en pañales, y acostado en un pesebre.” Y de repente vino a unirse al ángel una multitud del ejército del cielo que se puso a alabar a Dios diciendo: Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad”. (Lucas 2, 8-14).

## **9- LOS PRIMEROS ADORADORES.....82-83**

Cuando los ángeles se retiraron de ellos al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: “Vayamos, pues a Belén y veamos este acontecimiento, que el Señor nos ha hecho conocer.” Y fueron aprisa,

y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. Y al verle, hicieron conocer lo que les había sido dicho acerca de este niño Y todos los que oyeron se maravillaron de las cosas que les referían los pastores. Pero María retenía todas estas palabras ponderándolas en su corazón. Y los pastores se volvieron, glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto según les había sido anunciado. (Lucas 2, 15-20).

## **10 - LA CIRCUNCISIÓN.....84-90**

Habiendo cumplido los ocho días para su circuncisión, le pusieron por nombre Jesús, el mismo que le fue dado por el ángel antes que fuese concebido en el seno  
(Lucas 2,21).

## **11 - ADORACION DE LOS MAGOS.....91-95**

Cuando hubo nacido Jesús en Belén de Judea, en tiempos del rey Herodes, unos magos de Oriente llegaron a Jerusalén, y preguntaron: “¿Dónde está en rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto su estrella en el Oriente y venimos a adorarlo. Oyendo esto, el rey Herodes se turbó y con él toda Jerusalén. Y convocando a todos los principales Sacerdotes y a los Escribas del pueblo, se informó de ellos dónde debía nacer el Cristo. Ellos le dijeron: “En Belén de Judea, porque así está escrito por el Profeta: Y tu Belén del país de Judá, no eres de ninguna manera la menor entre las principales ciudades de Judá, porque de ti saldrá el caudillo que apacentará a Israel mi pueblo.” Entonces Herodes llamó en secreto a los magos y se informó exactamente de ellos acerca del tiempo en que la estrella había aparecido. Después les envió a Belén diciéndoles: “Id y buscad cuidadosamente al niño, y cuando lo hayáis encontrado hacédmelo saber para que vaya yo también a adorarlo.” Con estas palabras del rey, se pusieron en marcha, y he ahí que la estrella, que habían visto en el Oriente iba delante de ellos, hasta que llegando se detuvo encima del lugar donde estaba el Niño. Al ver de nuevo la estrella experimentaron un gozo muy grande. Entraron en la casa y vieron al Niño con María su Madre. Entonces, postrándose le adoraron; luego abrieron sus tesoros y le ofrecieron sus dones: oro, incienso y mirra Y, avisados en sueños que no volvieran a Herodes, regresaron a su país por otro camino. (Mateo 2, 1-12).

## **12 – LA PRESENTACIÓN Y LA PURIFICACIÓN.....97-100**

**Y cuando se cumplieron los días de la Purificación de ellos, según la Ley de Moisés, lo llevaron a Jerusalén a fin de presentarlo al Señor, según está escrito en la Ley de Moisés: “Todo varón primer nacido será llamado santo para el Señor”, y a fin de dar en sacrificio, según lo dicho en la Ley del Señor “un par de tórtolas o dos pichones”.**

**Y he aquí que había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que esperaba la consolación de Israel, y el Espíritu Santo era sobre él. Y le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de haber visto al Ungido del Señor. Y, movido por el Espíritu, vino al Templo; y cuando los padres llevaron al niño Jesús para cumplir con Él las prescripciones acostumbradas de la Ley, él lo tomó en sus brazos, y alabó a Dios y dijo: “Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, según tu palabra, porque han visto mis ojos tu salvación, que preparaste a la faz de todos os pueblos. Luz para revelarse a los gentiles, y para gloria de Israel, tu pueblo.” Su padre y su madre estaban asombrados de lo que decía de Él. Bendíjolos entonces Simeón, y dijo a María su madre: “Este es puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel, y para ser una señal de contradicción, -y a tu misma alma, una espada la traspasará-, a fin de que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones.”**

**Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad muy avanzada; había vivido con su marido siete años desde su virginidad; y en su viudez había llegado hasta los ochenta y cuatro años, y no se apartaba del Templo, sirviendo a Dios noche y día en ayunos y oraciones. Se presentó también en aquel mismo momento y se puso a alabar a Dios y a hablar de aquel Niño a todos los que esperaban la liberación de Jerusalén. (Lucas 2, 22-38).**

### **13 - LA HUÍDA A EGIPTO.....102-104**

**Luego que partieron, un ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: “Levántate, toma contigo al Niño y a su madre y huye a Egipto, donde permanecerás, hasta que yo te avise. Porque Herodes va a buscar al niño para matarlo.” Y él se levantó, tomo al niño y a su madre, de noche, y salió para Egipto y se quedó allí hasta la muerte de Herodes; para que se cumpliera lo que había dicho el Señor por el Profeta: “De Egipto llamé a mi hijo.” (Mateo 2, 13-15).**

### **14 – LOS SANTOS INOCENTES.....106**

**Entonces Herodes, viendo que los magos le habían burlado, se enfureció sobremanera, y mandó matar a todos los niños de Belén y**

de toda su comarca, de la edad de dos años para abajo, según el tiempo que había averiguado de los magos. Entonces se cumplió la palabra dicha por el Profeta Jeremías: “Un clamor se hizo oír en Rama, llanto y alarido grande: Raquel llora a sus hijos y rehúsa todo consuelo porque ellos no están más”. ((Mateo 2,16-18).

## **15 – LA VUELTA DE EGIPTO.....108-111**

Muerto Herodes un ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto y le dijo: “Levántate, toma contigo al niño y su madre y vuelve a la tierra de Israel, porque han muerto los que buscaban la vida del niño.” Él se levantó, tomó consigo al niño y a su madre y entró en tierra de Israel. Pero oyendo que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, temió ir allí; y, advertido en sueños, fuese a la región de Galilea (Mateo 2, 19-22) Y cuando hubieron cumplido todo lo que era exigido por la Ley del Señor, volvieron a su ciudad de Nazaret en Galilea (Lucas 2, 39) Y llegando allí se estableció, para que se cumpliese la palabra de los Profetas: “Él será llamado nazareno”. (Mateo 2,23) El niño crecía y se robustecía, lleno de sabiduría; Y la gracia de Dios era sobre Él. (Lucas 2,40).

## **16- EL NIÑO JESUS EN EL TEMPLO.....113-118**

Sus padres iban cada año a Jerusalén, por la fiesta de Pascua. Cuando tuvo doce años, subieron, según la costumbre de la fiesta más a su regreso, cumplidos los días, se quedó el Niño Jesús en Jerusalén, sin que sus padres lo advirtiesen. Pensando que Él estaba en la caravana, hicieron una jornada de camino, y le buscaron entre los parientes y los conocidos. Como no le hallaron, se volvieron a Jerusalén en su busca. Y, al cabo de tres días le encontraron en el Templo, en medio de los doctores, escuchándolos e interrogándolos; y todos los que le oían, estaban estupefactos de su inteligencia y de sus respuestas. Al verle quedaron y le dijo su madre: “Hijo, ¿por qué has hecho así con nosotros? Tu padre y yo te estábamos buscando con angustia.” Les respondió. “¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabíais que conviene que Yo esté en lo de mi Padre?” Pero ellos no comprendieron las palabras que les habló. Y bajo con ellos y volvió a Nazaret, y estaba sometido a ellos, y su madre conservaba todas estas palabras en su corazón. Y Jesús crecía en sabiduría, como en estatura, y en favor ante Dios y ante los hombres. (Lucas 2, 41-52).

## **17-LO QUE NO DICE EL EVANGELIO.....120-123**

(Sin texto)

## 18 - PREDICACIÓN DE JUAN.....125-130

El año decimoquinto del reinado de Tiberio César, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea, Herodes tetrarca de Galilea, Filipino su hermano tetrarca de Irutea y de la Traconítida, y Lisanías tetrarca de Abilene, bajo el pontificado de Anás y Caifás, la palabra de Dios vino sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. Y recorrió toda la región del Jordán, predicando el bautismo de arrepentimiento para la remisión de los pecados, (Lucas 3, 1-3) Y decía: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos está cerca”. Este es de quién hablo el Profeta Isaías cuando dijo: (Mateo 3,2) “Mira que envío delante de Ti, a mi mensajero, el cual preparará Tu camino. (Marcos 1, 2) Voz de uno que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas. Todo valle ha de rellenarse, y toda montaña y colina ha de rebajarse; los caminos tortuosos han de hacerse rectos, y los escabrosos, llanos; (Lucas 3, 4-6) Juan tenía un vestido de pelos de camello, y un cinto de piel alrededor de su cintura; su comida eran langostas y miel silvestre. Entonces salía hacia él Jerusalén y toda la Judea y toda la región del Jordán, y se hacían bautizar por él en río Jordán, confesando sus pecados. Más viendo a muchos Fariseos y Saduceos venir a su bautismo, les decía: “Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a escapar de la cólera que os viene encima? Producid frutos propios del Arrepentimiento. Y no andéis diciendo dentro de vosotros: Tenemos por padre a Abrahán. Porque os digo que de estas piedras puede Dios hacer que nazcan hijos de Abrahán. Ya que el hacha está puesta a la raíz de los árboles; todo árbol que no produce buen fruto será cortado y arrojado al fuego (Mateo 3. 4-10) Preguntábanle las gentes: “¿Y bien! ¿Qué debemos hacer?” Les respondió y dijo: “Quien tiene dos túnicas, dé una a quién no tiene; y quién víveres, haga lo mismo”. Vinieron también los Publicanos a hacerse bautizar, y le dijeron: “Maestro, ¿qué debemos hacer?” Les dijo: “No hagáis pagar nada por encima de vuestro arancel A su vez unos soldados le preguntaron: “Y nosotros, ¿qué debemos hacer?” Les dijo: “No hagáis extorsión a nadie, no denunciéis falsamente a nadie y contentaos con vuestra paga.” Como el pueblo estuviese en expectación, y cada uno se preguntase, interiormente, a propósito de Juan, si no era él el Cristo, Juan respondió a todos diciendo: “Yo, por mi parte, os bautizo con agua. Pero viene Aquel que es más poderoso que yo, a quién yo no soy digno de desatar la correa de sus sandalias. Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego. El aventador está en su mano para limpiar su era y recoger el trigo en su granero,

pero a paja la quemará en un fuego que no se apaga.” (Lucas 3, 10-17).

## **19- BAUTISMO DE JESÚS.....131-134**

Y sucedió que por aquellos días Jesús vino de Nazaret de Galilea al Jordán, a Juan para ser bautizado por él. Pero Juan quería impedirselo y la decía: “Yo tengo necesidad de ser bautizado por Ti y ¿Tú vienes a mí? Jesús le respondió y dijo: “Deja ahora; porque así conviene que nosotros cumplamos toda justicia.” Entonces le condescendió. Bautizado Jesús, salió al punto del agua, y he aquí que se le abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios, en figura de paloma, que descendía y venía sobre Él. Y una voz del cielo decía: “Este es mi Hijo, el Amado, en quién me complazco”. (Mateo3, 13-17).

## **20- LAS TENTACIONES.....135-139**

Jesús lleno de Espíritu Santo, dejó el Jordán, y conducido por el Espíritu al desierto, donde permaneció cuarenta días y fue tentado por el diablo. No comió nada en aquellos días, y cuando hubieron transcurrido, tuvo hambre. Entonces el tentador se aproximó y le dijo: “Si tú eres el Hijo de Dios, manda que estas piedras se vuelvan panes”. Más Él replicó y dijo: “Está escrito: No sólo de pan vivirá el hombre sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”. (Lucas 4, 1-4). Entonces lo llevó el diablo a Jerusalén y lo puso sobre el pináculo del Templo y le dijo: “Si Tú eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo, porque está escrito: Él mandará en tu favor a sus ángeles que te guarden; y ellos te llevarán en palmas, para que no lastimes tu pie contra alguna piedra.” Respondióle Jesús: “También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios.” (Lucas 4, 9-12) De nuevo lo llevó el diablo a una montaña muy alta, y mostrándole todos los reinos del mundo y su gloria, en un instante, y le dijo: “Yo te daré todo este poder y la gloria de ellos, porque a mí me ha sido entregada, y la doy a quién quiero, si pues si postrándote delante de mí me adoraras, Tú la tendrás toda entera.” (Lucas 4, 5-7) Entonces Jesús le dijo: “Vete, Satanás, porque está escrito: Adorarás al Señor, tu Dios, y a Él sólo servirás.” (Mateo, 4,10). Entonces el diablo habiendo agotado toda tentación, se alejó de Él hasta su tiempo (Lucas 4.13) y he aquí que estaba entre las fieras y los ángeles se acercaron para servirle. (Marcos 1 -13).

## **21 - TESTIMONIO DEL BAUTISTA.....141-144**

Y he aquí el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron a él, desde Jerusalén, Sacerdotes y Levitas para preguntarle: “¿Quién eres tú?” Él confesó y no negó; y confesó: “Yo no soy el Cristo.” Le preguntaron: “¿Entonces qué? ¿Eres tú Elías?” Dijo: “No lo soy.” “¿Eres el Profeta?” Respondió: “No”. Le dijeron entonces: “¿Quién eres tú? Para que demos una respuesta a los que nos han enviado. ¿Qué dices de ti mismo? Él dijo: “Yo soy la voz de uno que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, como dijo el Profeta Isaías.” Había también enviados de entre los Fariseos. Ellos le preguntaron. “¿Por qué, pues, bautizas, si no eres el Cristo, ni Elías, ni el Profeta?” Juan les respondió: “Yo, por mi parte, bautizo con agua; pero en medio de vosotros está uno que vosotros no conocéis, que viene después de mí, y al cual yo no soy digno de desatar la correa de su sandalia.” Esto sucedió en Betania, al otro lado del Jordán, donde Juan Bautizada.

Al día siguiente vio a Jesús que venía hacia él, y dijo: “He aquí el cordero de Dios, que lleva el pecado del mundo. Este es Aquel de quién yo dije: En pos de mí viene un varón que me ha tomado la delantera, porque Él existía antes que yo. Yo no le conocía, más yo vine a bautizar en agua, para que Él sea manifestado a Israel.” Y Juan dio testimonio, diciendo: “He visto al Espíritu descender como paloma del cielo, y se posó sobre Él. Ahora bien, yo no le conocía, pero Él que me envió a bautizar con agua, me había dicho: “Aquel sobre quién vieres descender el Espíritu y posarse sobre Él. Ése es el que bautiza en Espíritu Santo.” Y bien: he visto, y testifico que Él es el Hijo de Dios.” (Juan 1, 19-34).

## **22 - LOS PRIMEROS DISCÍPULOS.....146-149**

Al día siguiente, Juan estaba otra vez allí, como también dos de sus discípulos, y fijando su mirada sobre Jesús que pasaba, dijo: “He aquí el cordero de Dios”. Los discípulos, oyéndolo hablar (así), siguieron a Jesús. Jesús volviéndose y viendo que le seguían, les dijo: “¿Qué queréis?” Le dijeron: “Rabí - que se traduce: Maestro -, ¿dónde moras?” Él les dijo: “Venid y veréis.” Fueron entonces y vieron dónde moraba, y se quedaron con él ese día. Esto pasaba alrededor de la hora décima. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído (la palabra) de Juan y que habían seguido (a Jesús). 1 El encontró primero a su hermano Simón y le dijo: “Hemos hallado al Mesías – que se traduce: Cristo.” Lo condujo a Jesús y Jesús poniendo sus ojos en él, dijo: “Tu eres Simón, hijo de Juan: tú te llamarás Kefás – que se traduce: Pedro.” Al día siguiente resolvió partir para Galilea. Encontró a Felipe y le dijo: “Sígueme.”

**Era Felipe de Betsaida, la ciudad de Andrés y Pedro. Felipe encontró a Natanael y le dijo: “A Aquel a quién Moisés habló en la Ley, y también los Profetas, lo hemos encontrado: es Jesús, hijo de José, de Nazaret.” Natanael le replicó. “¿De Nazaret puede salir algo bueno?” Felipe le dijo. “Ven y ve.” Jesús vio a Natanael que se le acercaba, y dijo de él: “He aquí, en verdad, un israelita sin doblez.” Díjole Natanael: “¿De dónde me conoces?” Jesús le respondió: “Antes de que Felipe te llamase, cuando estabas bajo la higuera te vi”. Natanael le dijo: “Rabí, tú eres el Hijo de Dios, Tú eres el Rey de Israel.” Jesús le respondió. “Porque te dije que te vi debajo de la higuera, crees. Verás todavía más.” Y le dijo. “En verdad, en verdad s digo: Veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre.” (Juan 1,35-51).**

## **23-LAS BODAS DE CANÁ.....151-156**

**Al tercer día hubo unas bodas en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús. Jesús también fue invitado a estas bodas, como así mismo sus discípulos. Y llegando a faltar vino, la madre de Jesús le dijo: “No tienen vino.” Jesús le dijo. “¿Qué (nos va en esto) a Mí y a ti, mujer? Mi hora no ha venido todavía.” Su madre dijo a los sirvientes. “Cualquier cosa que Él os diga, hacedla.” Había allí seis tinajas de piedra para las purificaciones de los judíos, que contenían cada una dos o tres metretas. Jesús les dijo: “Llenad las tinajas de agua”; y las llenaron hasta arriba. Entonces les dijo: “Ahora sacad y llevad al maestresala”; y le llevaron. Cuando el maestresala probó el agua convertida en vino, cuya procedencia ignoraba -aunque la conocían los sirvientes que habían sacado el agua-, llamó al novio y le dijo. “Todo el mundo sirve primero el buen vino, y después, cuando han bebido bien, el menos bueno; pero tú has conservado el buen vino hasta este momento.” Tal fue el comienzo que dio Jesús a sus milagros, en Caná de Galilea; y manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron el Él. (Juan 2, 1-11).**

## **24 – DEFENSA DEL TEMPLO.....158-163**

**Después de esto descendió a Cafarnaúm con su madre, sus hermanos y sus discípulos, y se quedaron -163allí no muchos días. La Pascua de los judíos estaba próxima, y Jesús subió a Jerusalén. En el Templo encontró a los mercaderes de bueyes, de ovejas y de palomas, y a los cambistas sentados (a sus mesas). Y haciendo un azote de cuerdas, arrojó del Templo a todos, con las ovejas y los bueyes, desparramó las monedas de los cambistas y volcó sus mesas. Y a los vendedores**

de palomas dijo: “Quitad esto de aquí; no hagáis de la casa mi Padre un mercado”. Y sus discípulos se acordaron de que está escrito: “El celo de tu Casa me devorará”. Entonces los judíos dijeron: “Qué señal nos muestras, ¿ya que haces estas cosas?” Jesús les respondió: “Destruid este Templo, y en tres días Yo lo volveré a levantar”. Replicáronle los judíos: “Se han empleado cuarenta y seis años en edificar este Templo, ¿y Tú, en tres días, lo volverás a levantar? Pero Él hablaba del Templo de su cuerpo. Y cuando hubo resucitado de entre los muertos, sus discípulos se acordaron de que había dicho esto, y creyeron en la Escritura y a la palabra que Jesús había dicho. (Jun 2,12-22).

## **25 – CORAZÓN DE LOS HOMBRES.....165-170**

Mientras él estaba en Jerusalén, durante la fiesta de Pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo los milagros que hacía. Pero Jesús no se fiaba de ellos, porque a todos los conocía, y no necesitaba de informes acerca del hombre, conociendo por sí mismo lo que hay en el hombre. (Juan 2,23-25).

## **26 – NICODEMO.....172-180**

Había un hombre de los Fariseos, llamado Nicodemo, príncipe de los judíos. Vino de noche a encontrarle y le dijo: “Rabí, sabemos que has venido de parte de Dios, como maestro, porque nadie puede hacer los milagros que Tú haces, si Dios no está con él. Jesús le respondió: “En verdad, en verdad, te digo si uno no nace de lo alto, no puede ver el reino de Dios.”, Nicodemo le dijo: “¿Cómo puede nacer un hombre siendo viejo? ¿Puede acaso entrar en el seno de su madre y nacer de nuevo?” Jesús le respondió: “En verdad, en verdad, te digo, si uno no nace del agua y del espíritu, no puede entrar en el reino de los cielos. Lo nacido de la carne, es carne; y lo nacido del espíritu, es espíritu. No te admires de que te haya dicho: “Os es necesario nacer de lo alto”. El viento sopla donde quiere; tú oyes su sonido, pero no sabes de donde viene, ni a donde va. Así acontece con todo aquel que ha nacido del espíritu.” A lo cual Nicodemo le dijo: “¿Cómo puede hacerse esto? Jesús le respondió: “¿Tú eres el doctor de Israel, y no entiendes esto? En verdad, en verdad te digo: nosotros hablamos lo que sabemos, y atestiguamos lo que hemos visto, y vosotros no recibís nuestro testimonio. Si cuando os digo las cosas de la tierra, no creéis, ¿cómo creeréis si os digo cosas del cielo? Nadie ha subido al cielo, sino Aquel que ha descendido del cielo, el Hijo del Hombre. Y como Moisés en el desierto, levantó la serpiente, así es necesario que el Hijo

del Hombre sea levantado. Para que todo el que cree tenga en Él vida eterna.” Porque así amó Dios al mundo: Hasta dar a su hijo único, para que todo aquel que cree en Él no se pierda, sino que tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo para juzgar al mundo, sino para que el mundo por Él sea salvo. Quién cree en Él, no es juzgado, más quién no cree, ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios. Y éste es el juicio: que la luz ha venido al mundo y los hombres han amado más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo el que obra mal, odia la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprobadas. Al contrario, el que no pone en práctica la verdad, viene a la luz, para que se vean que sus obras están hechas en Dios. (Juan 3, 1-21).

## **27-NUEVO TESTIMONIO DEL BAUTISTA.....182-185**

Después de esto fue Jesús con sus discípulos al territorio de Judea y allí se quedó con ellos, y bautizaba. Por su parte, Juan bautizaba en Aimón, junto a Salím, donde había muchas aguas, y se le presentaban las gentes, y se hacía bautizar; porque Juan no había sido todavía aprisionado. Y algunos discípulos de Juan tuvieron una discusión con un judío a propósito de la purificación. Y fueron a Juan y le dijeron: “Rabí, Aquel que estaba contigo al otro lado del Jordán, de quién tú diste testimonio, mira que también bautiza, y todo el mundo va a Él.” Juan les respondió: “No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo. Vosotros mismos me sois testigos de que yo he dicho: “No soy yo el Mesías, sino que he sido enviado delante de ÉL.” El que tiene la esposa, es el esposo. El amigo del esposo, que está a su lado y le oye, experimenta una gran alegría con la voz del esposo. Esta alegría que es la mía, está, pues, cumplida. Es necesario que Él crezca y que yo disminuya. El que viene de lo alto, está por encima de todos. Quien viene de la tierra, es terrenal y habla de lo terrenal. Aquel que viene del cielo está por encima de todos. Lo que ha visto y oído, eso testifica, ¿y nadie admite su testimonio! Pero el que acepta su testimonio ha reconocido auténticamente que Dios es veraz. Aquel a quién Dios envió dice las palabras de Dios; porque Él no da con medida el Espíritu. El Padre ama al Hijo y le ha entregado pleno poder. Quien cree al Hijo tiene vida eterna; quien no quiere creer al Hijo no verá la vida, sino que la cólera de Dios permanece sobre él.” (Juan 3, 22-36).

## **28- PRISIÓN DEL BAUTISTA.....187**

Herodes, en efecto, había mandado arrestar a Juan, y lo había encadenado en la cárcel, a causa de Herodías, la mujer de Filippo, su hermano, pues la había tomado por su mujer. Porque Juan decía a Herodes: “No te es lícito tener a la mujer de tu hermano.” Herodías le guardaba rencor y quería hacerlo morir, y no podía. Porque Herodes tenía respeto por Juan, sabiendo que era un varón justo y santo, y lo amparaba; al oírlo se quedaba muy perplejo y sin embargo lo escuchaba con gusto. (Marcos 6, 17-20).

## **29 – LA SAMARITANA.....189-200**

Después que Juan hubo sido encarcelado (Marcos 1, 14) y el Señor enterado que los Fariseos estaban informados de que Él hacía más discípulos y bautizaba más que Juan - aunque Jesús mismo no bautizaba, sino sus discípulos – abandonó la Judea y se volvió a Galilea, Debía, pues, atravesar Samaria.

Llegó a una ciudad de Samaria llamada Sicar, junto a la posesión que dio Jacob a su hijo José. Allí se encuentra el pozo de Jacob. Jesús, pues, fatigado del viaje, se sentó así junto al pozo. Era alrededor de la hora sexta. Vino una mujer de Samaria a sacar agua, Jesús le dijo: “Dame de beber.” Entretanto, sus discípulos se habían ido a la ciudad a comprar víveres. Entonces la samaritana le dijo. “¿Cómo, Tú, judío, me pides de beber a mí que soy mujer samaritana? Porque los judíos no tienen comunicación con los samaritanos.” Jesús le respondió y dijo. “Si tú conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: “Dame de beber”, quizás tú le hubieras pedido a Él, y Él te habría dado agua viva.” Ella le dijo. “Señor, Tú no tienes con qué sacar, y el pozo es hondo; ¿de dónde tienes entonces esa agua viva Acaso eres Tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual bebió él mismo, y sus hijos y sus ganados?” Respondióle Jesús: “Todos los que beben de esta agua, tendrán de nuevo sed, más quien beba del agua que Yo le daré, no tendrá sed nunca, sino que el agua que Yo le daré se hará en él fuente de agua surgente para vida eterna.” Díjole la mujer: “Señor, dame esa agua, para que no tenga más sed, ni tenga más que venir a sacar agua.” Él le dijo: “Ve a buscar a tu marido, y vuelve aquí.” Replicole la mujer y dijo: “No tengo marido.” Jesús le dijo: “Bien has dicho: “No tengo marido; porque cinco maridos has tenido, y el hombre que ahora tienes, no es tu marido; has dicho la verdad.” Díjole la mujer: “Señor, veo que eres Profeta. Nuestros padres adoraron sobre este monte, según vosotros, en Jerusalén está el lugar donde se debe adorar.” Jesús le respondió: “Mujer, créeme a mí, porque viene la hora, en que ni sobre este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros

adoráis lo que no conocéis, nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero la hora viene, y ya ha llegado, en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre desea que los que adoren sean tales. Dios es espíritu, y los que lo adoran, deben adorarlo en espíritu y en verdad.” Díjole la mujer: “Yo sé que el Mesías –es decir el Cristo- ha de venir. Cuando Él venga nos instruirá en todo.” Jesús le dijo: “Yo lo soy. Yo que te hablo.” En este momento llegaron los discípulos y quedaron admirados de que hablase con una mujer. Ninguno, sin embargo, le dijo: “¿Qué preguntas?” o “¿Qué hablas con ella?” Entonces la mujer, dejando su cántaro, se fue a la ciudad, y dijo a los hombres: “Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será éste el Cristo?” Y salieron de la ciudad para ir a encontrarlo. Entretanto los discípulos le rogaron. “Rabí, come.” Pero Él les dijo. “Yo tengo un manjar para comer, que vosotros no conocéis.” Y los discípulos se decían entre ellos. “¿Alguien le habrá traído de comer?” Más Jesús les dijo. “Mi alimento es hacer la voluntad de Aquel que me envió y dar cumplimiento a su obra. ¿No decís vosotros: Todavía cuatro meses, y viene la siega? Y bien Yo os digo: Levantad vuestros ojos, y mirad los campos, que ya están blancos para la siega. El que siega, recibe su recompensa y recoge la mies para la vida eterna, para que el que siembra se regocije al mismo tiempo que el que siega. Pues en esto se verifica el provecho. Uno es el que siembra, otro el que siega.” Yo os he enviado a cosechar lo que vosotros no habéis labrado. Otros labraron y vosotros habéis entrado (en posesión del fruto de) sus trabajos. Muchos de los samaritanos de aquella ciudad creyeron en Él por la palabra de la mujer que testificaba diciendo: “Él me ha dicho todo cuento he hecho.” Cuando los samaritanos vieron a Él, le rogaron se quedase con ellos; y se quedó allí dos días. Y muchos más creyeron a causa de su palabra, y decían a la mujer. “Ya no creemos a causa de tus palabras; nosotros mismos lo hemos oído, y sabemos que Él es verdaderamente el Salvador del mundo (Juan 4,1-42).

### **30 – NUEVO MILAGRO EN CANÁ.....203-205**

Pasados aquellos dos días, (Juan 4,43) Jesús volvió a Galilea por el poder del Espíritu y su fama se difundió en toda la región Enseñaba en las sinagogas de ellos y era alabado de todos. (Lucas 4, 14-15) Cuando llegó a Galilea, fue recibido por los galileos, que habían visto todas las grandes cosas hechos por Él en Jerusalén durante la fiesta, porque ellos también habían ido a la fiesta. Fue otra vez, pues, a

**Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Y había un cortesano cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaúm. Cuando él oyó que Jesús había vuelto de Judea a Galilea, se fue a encontrarlo y le rogó que bajase para sanar a su hijo, porque estaba para morir. Jesús le dijo: “¡Si no veis signos y prodigios, no creéis!” Respondióle el cortesano: “Señor, baja antes de que muera mi hijo.” Jesús le dijo: “Ve, tu hijo vive.” Creyó este hombre a la palabra que le dijo Jesús y se puso en marcha. Ya bajaba, cuando encontró a algunos de sus criados que le dijeron que su hijo vivía. Preguntóles, entonces, la hora en que se había puesto mejor. Y le respondieron: “Ayer a la hora séptima, le dejó la fiebre.” Y el padre reconoció que era la misma hora en que Jesús le había dicho. “Tu hijo vive.” Y creyó él, y toda su casa. Este fue el segundo milagro que hizo Jesús vuelto de Judea a Galilea. Comenzó la predicación del Evangelio en Galilea. (Juan 4, 45-54).**

### **31 – LA PESCA MILIAGROSA.....207-215**

**Y habitó en Cafarnaúm junto al mar, (en el territorio de Zabulón y de Neftalí, para que se cumpliera lo que había dicho el Profeta Isaías: “Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar, más allá del Jordán, Galilea de los gentiles; el pueblo asentado en tinieblas, luz grande vio; y a los asentados en la región y sombra de la muerte, luz les alboreó”. (Mateo 4, 13-16) Caminando junto al mar de galilea vio a dos hermanos, Simón el llamado Pedro y Andrés su hermano, Mateo 4, 18) que lavaban las redes, (Lucas 5,2) pues eran pescadores, y Díjoles: “Venid en pos de Mí y os haré pescadores de hombres.” Al instante, dejando las redes, le siguieron. Al instante, dejando las redes, le siguieron. (Mateo 4, 19-20) Y sucedió que la muchedumbre se agolpaba sobre Él para oír la palabra de Dios, estando Jesús de pie junto al lago de Genesaret. Y viendo dos barcas amarradas a la orilla del lago, cuyos pescadores habían descendido, subió a una de aquellas, la que era de Simón, y rogó a éste que la apartara un poco de la tierra. Y sentado enseñaba a la muchedumbre desde la barca. Cuando acabó de hablar dijo a Simón: “Guía adelante hacia lo profundo y echad las redes para pescar.” Respondióle Simón y dijo: “Maestro, toda la noche estuvimos bregando y no pescamos nada, pero, sobre tu palabra, echaré las redes.” Lo hicieron y apresaron una gran cantidad de peces. Pero sus redes se rompían. Entonces hicieron señas a los compañeros, de la otra barca, para que viniesen a ayudarles. Vinieron, y se llenaron ambas barcas, a tal punto que se hundían. Visto lo cual, Simón Pedro se echó a los pies de Jesús, le dijo: “¡Apártate de mí, porque yo soy un pecador!” Es que el estupor**

se había apoderado de él y de todos sus compañeros, por la pesca que habían hecho juntos. Y Jesús dijo a Simón: “No temas; desde ahora pescarás hombres.” Llevaron las barcas a tierra y, dejando todo, se fueron con Él. (Lucas 5,1-11) Yendo un poco más adelante, vio a Santiago, hijo de Zebedeo, y a Juan su hermano, que estaban también en la barca, arreglando sus redes. Al punto los llamó (Marcos 1, 19) y Díjoles: “Venid en pos de Mí, y os haré pescadores de hombres.” (Mateo 4, 19) y dejando a Zebedeo, su padre, en la barca con los jornaleros, lo siguieron. (Marcos 1, 20) Entraron en Cafarnaúm; y luego, el día del sábado, entró en la sinagoga, y se puso a enseñar. Y estaban asombrados por su doctrina; pues les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los Escribas. Se encontraba en la sinagoga de ellos un hombre poseído por un espíritu inmundo, el cual gritó: “¿Qué tenemos que ver contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a perdernos? Te conozco quién eres: El Santo de Dios.” Más Jesús lo increpó diciendo: “Cállate y sal de él”. Entonces el espíritu inmundo, zarramateándolo y gritando muy fuerte salió de él. Y todos quedaron llenos de estupor, tanto que discutían entre sí y decían: “¿Qué es esto? ¿Una doctrina nueva e impartida con autoridad! ¿Aún a los espíritus inmundos manda, y le obedecen! Y pronto se extendió la fama por doquier, y todos los confines de Galilea. Luego que salieron de la sinagoga, vinieron a casa de Simón y Andrés, con Santiago y Juan. Y estaba la suegra de Simón en cama, con fiebre y al punto le hablaron de ella. Entonces fue a ella, y tomándola la mano, la levantó, la dejó la fiebre, y se puso a servirles. Llegada la tarde, cuando el sol se hubo puesto, le trajeron todos los enfermos y los endemoniados. Y toda la ciudad estaba agolpada a la puerta. (Marcos 1 ,20-33) Y Él imponía las manos sobre cada uno de ellos, y los sanaba. Salían también los demonios de muchos, gritando y diciendo: “¿Tú eres el hijo de Dios!” Y Él los reprendía y no los dejaba hablar, porque sabían que Él era el Cristo. (Lucas 4, 40-41) En la madrugada, siendo aún muy de noche, se levantó, salió y fue a un lugar desierto, y se puso allí a orar. Más Simón partió en su busca con sus compañeros. Cuando lo encontraron, le dijeron. “todos te buscan.” (Respondióles: “Vamos a otra parte, a las aldeas vecinas para que predique allí también. Porque a eso salí. (Marcos 1, 35-38).

## **32 - JESÚS CALMA LA TEMPESTAD.....217-220**

Y recorría toda la Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, (Mateo 4, 23) predicando la Buena Nueva de Dios, y diciendo: “El tiempo se ha cumplido, y se ha acercado el reino de Dios. Arrepentíos y creed en el Evangelio.” (Marcos 1,15) Su fama se extendió por toda

Siria, y le traían todos los pacientes afligidos de toda clase de dolencias y sufrimientos, endemoniados, lunáticos, paralíticos, y los sanó. Y le siguieron grandes muchedumbres de Galilea, Decápolis, Jerusalén y Judea, y el otro lado del Jordán. (Mateo 4, 24-25) Y Jesús viéndose rodeado por la multitud (Mateo 8, 18) subió con sus discípulos a una barca (Lucas 8, 22) y les dijo llegada la tarde: “Pasemos a la otra orilla”. Entonces ellos dejando la multitud lo tomaron consigo tal como estaba en la barca; y otras barcas lo acompañaban (Marcos 4, 35-36) mientras navegaban, se durmió. Entonces un torbellino de viento cayó sobre el lago (Lucas 8,23) y de pronto el mar se puso muy agitado, al punto que las olas llegaban a cubrir la barca; Él, en tanto, dormía Acercáronse y lo despertaron diciendo: “Señor, sálvanos, que perecemos”. Él les dijo: “¿Por qué tenéis miedo, desconfiados?” Entonces se levantó e increpó a los vientos y al mar, y se hizo la calma. (Mateo 8,24-26) Entonces les dijo: “¿Dónde está vuestra fe?” Y llenos de miedo y admiración, se dijeron unos a otros: “¿Quién, pues, es Este que manda a los vientos y al agua, y le obedecen?” (Lucas 8, 25).

### **33 – EL ENDEMONIADO DE GERASA.....222-225**

Llegaron a la otra orilla del mar, al país de los geraseos, (Marcos 5.1) cuando hubo descendido a tierra, vino a su encuentro un hombre de esta ciudad, que tenía demonios; hacía mucho tiempo que no llevaba ningún vestido, ni vivía en casa sino en sepulcro. (Lucas 8, 27) Y ni con cadenas podían ya nadie amarrarlo, pues muchas veces lo habían amarrado con grillos y cadenas, pero él había roto las cadenas y hecho pedazos los grillos y nadie era capaz de sujetarlo. Y todo el tiempo estaba en los sepulcros y en las montañas, gritando e hiriéndose con piedras. Divisando a Jesús de lejos, vino corriendo, se postró delante de Él. (Marcos 5, 4-6) Y se pusieron a gritar: ¿Qué tenemos que ver contigo, Jesús, Hijo de Dios Altísimo? ¿Viniste aquí para atormentarnos antes de tiempo? (Mateo 8,29) Porque Él estaba diciendo: “Sal de este hombre, inmundo espíritu.” Y le preguntó: “Cuál es tu nombre?” Respondióle: “Mi nombre es Legión, porque somos muchos. Y le rogó con ahínco que no los echaran fuera del país (Marcos 5, 8-10) Ahora bien, había allí una piara de puercos que pacían sobre la montaña. (Lucas 8, 32) Y le suplicaron diciendo: “Envíanos a los puercos, para que entremos en ellos.” Se lo permitió. Entonces los espíritus inmundos salieron y entraron en los puercos; y la piara, con unos dos mil se despeñó precipitadamente en el mar y se ahogaron en el agua. Lo porqueros huyeron a toda prisa y llevaron la nueva a la Ciudad y a las granjas; Y Vino la gente a cerciorarse de

lo que había pasado. Más llegados a Jesús vieron el endemoniado, sentado, vestido y en su sano juicio; al mismo que había estado poseído por la Legión, y quedaron espantados. Y los que habían presenciado el hecho, les explicaron cómo había sucedido con el endemoniado y con los puercos. (Marcos 5,12-17) Y todos los pobladores de la comarca de los Geraseos le rogaron a Jesús que se alejara de ellos, porque estaban poseídos de gran terror. Y Él entrando en la barca, se volvió, y el hombre del cual los demonios habían salido, le suplicaba estar con Él. (Lucas 8, 37-38) Pero no se lo permitió, sino que le dijo: “Vuelve a tu casa, junto a los tuyos y cuéntales todo lo que el Señor te ha hecho y cómo tuvo misericordia de ti.” Fuese, y se puso a proclamar por la Decápolis todo lo que Jesús había hecho por Él, y todos se maravillaban. (Marcos 5, 19-20).

#### **34- CURACIÓN DE UNPARALÍTICO.....227-230**

Entró de nuevo en Cafarnaúm al cabo de cierto tiempo, y oyeron las gentes que estaban en casa. Y se juntaban allí tantos que ya no cabían ni delante de la puerta; y les predicaba la palabra. Le trajeron entonces un parálítico, llevado por cuatro, y como no podían llegar hasta Él, a causa de la muchedumbre, levantaron el techo encima del lugar donde Él estaba, y haciendo una abertura, descolgaron la camilla en que yacía el parálítico. Al ver la fe de ellos dijo Jesús al parálítico. “Hijo mío, tus pecados te son perdonados.” Más estaban allí sentados algunos Escribas, que pensaron en sus corazones: “¿Cómo habla Éste así? Blasfemia ¿Quién puede perdonar los pecados sino Dios?” Al punto Jesús conociendo en su espíritu que ellos tenían estos pensamientos dentro de sí, les dijo: “¿Por qué discurrís así en vuestros corazones?” ¿Qué es más fácil, decir al parálítico: “Tus pecados te son perdonados, o decirle: Levántate, toma tu camilla y anda?” ¡Pues bien! Para que sepáis que el Hijo del hombre tiene el poder de remitir los pecados, sobre la tierra, dijo al parálítico. “Te los digo, levántate, toma tu camilla y vuélvete a tu casa”. Se levantó, tomo enseguida su camilla y se fue de allí, a la vista de todos, de modo que todos se quedaron asombrados y glorificaban a Dios diciendo: “No hemos visto jamás nada semejante”. (Marcos 2, 1-12).

#### **35 - VOCACIÓN DE MATEO.....232-237**

Salió otra vez a la orilla del mar, y todo el pueblo venía a Él, y enseñaba. Y las dijo: “Sígueme.” Y levantándose le siguió. (Marcos 2, 13-14) Ahora bien, Leví le ofreció un gran festín en su casa (Lucas 5,

29) Y sucedió que cuando Jesús estaba sentado a la mesa en casa de él, muchos Publicanos y pecadores se hallaban también allí con Él y sus discípulos porque eran numerosas las que le habían seguido. Los Escribas de entre los Fariseos, empero viendo que comían con los pecadores y Publicanos dijeron a los discípulos: “¿Por qué come con los Publicanos y los pecadores?” (Marcos 2, 15-16) Él les oyó y dijo: “No son los sanos los que tienen necesidad de médico, sino los enfermos.” Id, pues y aprended lo que significa:” Misericordia quiero y no sacrificio”. Porque no he venido a llamar justos, sino pecadores. (Mateo 9, 12-13) Entonces les dijeron: “Los discípulos de Juan ayunan con frecuencia y hacen suplicas, e igualmente los de los Fariseos, pero los tuyos comen y beben.” Más Jesús les dijo: “¿Podéis hacer ayunar a los compañeros del esposo, mientras está con ellos el esposo? Un tiempo vendrá, en que el esposo les será quitado, entonces en aquellos días ayunarán.” Y Les dijo también una parábola: “Nadie corta un pedazo de un vestido nuevo para ponerlo (de remiendo), a un vestido viejo, pues si lo hace, no solo romperá el nuevo, sino que el pedazo cortado al nuevo no andará bien con el viejo. Nadie tampoco, echa vino nuevo en cueros viejos, pues procediendo así, el vino nuevo hará reventar los cueros, y se derramará, y los cueros se perderán. Sino que el vino nuevo ha de echarse en cueros nuevos. Y nadie que bebe de lo viejo quiere luego de lo nuevo porque dice: “El viejo es excelente.” (Lucas 5, 33-39).



